

DIOS
en la poesía actual

Selección de poemas españoles
e hispanoamericanos

POR

ERNESTINA DE CHAMPOURCIN

SEGUNDA EDICIÓN REVISADA Y AUMENTADA

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

MADRID · MCMLXXII

INDICE GENERAL

	<i>Págs.</i>
NOTA EDITORIAL.....	XIX
Introducción	
Algunos comentarios en torno a este tema.....	3
Nota a la segunda edición.....	27
EL MODERNISMO	
Joan Maragall	
Goigs a la Verge de Núria.....	31
Cant espiritual.....	33
El mal caçador.....	34
Miguel de Unamuno	
Hermosura.....	37
Salmo I.....	39
Libértate, Señor.....	43
El Cristo de Velázquez (fragmentos).....	46
La oración del ateo.....	49
Authadeia.....	49
A una pajarita de papel.....	50
Ramón del Valle-Inclán	
Cantigas.....	51
Prosas de dos ermitaños.....	52
La trae un cuervo.....	53
La trae una paloma.....	54
Rubén Darío	
Canto de esperanza.....	55
A Francisca.....	56
La Cartuja.....	56
Amado Nervo	
La hermana agua (fragmento).....	59
Ofertorio.....	60
El signo.....	61
¿Le buscas? Es que le tienes.....	61
Si amas a Dios.....	62
¿Cómo es?.....	62
Le tienes.....	63
Pastor.....	64
La oración.....	64

© 1972. La Editorial Católica, S. A.
Mateo Inurria, 15. Madrid-16

CON CENSURA ECLESIASTICA

Depósito legal M 15217-1972

Impreso en España. Printed in Spain

	Págs.
Manuel Machado	
Jesús del Gran Poder.....	64
A Nuestra Señora de la Esperanza.....	65
La saeta.....	65
Las Concepciones de Murillo.....	66
Antonio Machado	
Anoche cuando dormía.....	67
Profesión de fe.....	68
La saeta.....	69
En tren.....	70
Ramón Cabanillas Enríquez	
Oración.....	71
Paz.....	72
Silenzio.....	72
Enrique Díez-Canedo	
1919.....	73
Oración de los débiles al comenzar el año.....	74
Juan Ramón Jiménez	
Granados en cielo azul.....	77
Enfermo.....	78
Lo que vos queráis, Señor.....	78
Amaneceres.....	79
La transparencia, Dios, la transparencia.....	79
Dios deseado y deseante.....	80
Esa órbita abierta.....	81
Josep Carner	
Preservació.....	82
Nabí.....	82
Josep Maria López Picó	
Entre la mort i Déu.....	85
La vida en dos camins.....	86
Gabriela Mistral	
Credo.....	87
Nocturno.....	88
Interrogaciones.....	89
Josep Massó i Ventós	
L'oració del pa.....	90

	Págs.
Carles Riba	
Amor, adesiara sento mon pensament.....	91
Que jo no sigui més.....	92
Omne animal.....	93
Joan Salvat Papasseit	
Nadal.....	93
Juana de Ibarbourou	
Amor divino.....	94
Ruta.....	95
Divino amor.....	95
GENERACIÓN DEL «27»	
José Crecente Vega	
Oración.....	95
Luis Pimentel	
O meu refúgio.....	96
Oración derradeira.....	96
Oración e gabanza dos nosos pes.....	98
Oración al terminar mi iglesia.....	98
Oración para que no se muera un pájaro.....	99
Oración al poeta muerto.....	99
Oración del comisionista.....	99
Jorge Guillén	
Viernes Santo.....	103
Sábado de Gloria.....	104
Una exposición (San Francisco).....	105
César Vallejo	
Los heraldos negros.....	109
La de a mil.....	110
El pan nuestro.....	110
Espergesia.....	111
Juan de Contreras y López de Ayala	
¿Quién recuerda el aroma de las flores?.....	112
Sonetos.....	113
José Bergamín	
Sonetos a Cristo.....	114

	<u>Págs.</u>
Gerardo Diego	
Creer.....	116
Adoración al Santísimo Sacramento.....	117
Salmo de la transfiguración.....	120
Marta y María.....	123
Juan José Domenchina.....	124
Félix García	
Mal de ausencia.....	125
La Samaritana.....	125
La tarde se ha desangrado.....	126
José María Pemán	
Canto a la Eucaristía.....	127
Dialoguillo y cantar de las bodas místicas.....	131
Oración a la luz.....	132
Federico García Lorca	
Paso.....	133
Saeta.....	133
Madrugada.....	134
Oda al Santísimo Sacramento del altar.....	134
Mundo.....	135
Romaxe de Nosa Señora da Barca.....	136
Dámaso Alonso	
A la Virgen María.....	137
Las alas.....	140
Sonetos sobre la libertad humana.....	145
Concha Méndez	
¿Hacia qué cielo, niño?.....	146
Fue.....	147
Juan José Domenchina	
Te busco desde siempre.....	148
Estás solo, sin Dios.....	149
La vida, que se nos va.....	149
Sonetos.....	150
Aquí tienes la vida.....	151
La tarde.....	151
Oración.....	152
Dolor humano.....	153
Yo sé que tu silencio.....	153
Te devuelvo mi voz.....	154
Los labios tiemblan.....	154

	<u>Págs.</u>
Emilio Prados	
Sangre de Abel (fragmentos).....	155
Nostalgia de la uva.....	157
Abril de Dios.....	158
Canción.....	160
Memorias sin presencias (meditaciones).....	116
Carlos Pellicer	
En medio de la dicha.....	162
Sonetos de esperanza.....	164
A la Virgen de la Soledad.....	165
Vicente Aleixandre	
Al cielo.....	166
No basta.....	167
Angel Martínez	
Pero escondido.....	170
Cayendo en tu presencia.....	170
Ser más.....	171
Por la iluminación de aquel instante.....	171
Gozos de presencia.....	172
Coloquio en voz de canto y llanto.....	173
Francisco Luis Bernárdez	
Estampa de San Juan de la Cruz.....	175
Poema del Pan eucarístico.....	176
Soneto a la Natividad de la Santísima Virgen.....	178
Palabras a una cruz de palo.....	179
José Gorostiza	
La luz sumisa.....	180
Muerte sin fin (fragmento).....	181
Pedro Garfias	
Motivos del mar.....	184
Oye al árbol.....	184
Primavera en Eaton Hastings.....	185
Alvaro de las Casas	
Salajo.....	186
Rafael Alberti	
A la pintura.....	187
Basilica de San Pedro.....	190
Entro, Señor, en tus iglesias.....	190

	<u>Págs.</u>
Luis Cernuda	
La visita de Dios.....	191
Atardecer en la catedral.....	193
Angela Figuera Aymerich	
El barro humilde.....	195
Destino.....	197
Unidad.....	199
Cristina de Arteaga	
Coronas.....	200
Amor contra amor.....	201
Entrega total.....	201
Cipriano Torre Enciso	
Miña campia.....	202
San Xosé foi carpinteiro.....	203
¡Meu Manoeliño!.....	204
Antonio Oliver Belmás	
La paz íntima.....	205
Misa en el mar.....	205
Del nacer y el morir (casi ovillejos).....	206
Del buen arder.....	207
Súplica.....	207
Sebastiá Sánchez Juan	
Nadal.....	208
Plenitud de Nadal.....	208
Camins.....	209
Ernestina de Champourcin	
Décima.....	210
Hora santa.....	210
El nombre que me diste.....	212
Emaús.....	212
Y te quise traer.....	213
Poemas del ser y del estar.....	214
Lugares del encuentro.....	215
Manuel Altolaguirre	
Centro del alma.....	216
Soneto a un cántico espiritual.....	217
Escribir es nacer.....	218
Eternidad.....	218

	<u>Págs.</u>
José Filgueira Valverde	
Da seguida dos anxos.....	219
Capela viva.....	220
Carmen Conde	
Arrebato.....	221
Nostalgia de mujer.....	222
Plegaria.....	223
Dios y mar.....	224
Ya a los pies de Jesús.....	224
Bartolomé Mostaza Rodríguez	
Acaecer.....	225
Entrar en el silencio.....	226
¿Hasta cuándo, hasta dónde?.....	227
Nuestro vértice.....	228
GENERACIÓN DE LA POSGUERRA	
Agustí Bartra	
El nou día.....	229
Octavi Saltor	
Pentecostés.....	231
Leopoldo Panero	
Invocación.....	235
Escrito a cada instante.....	236
El templo vacío.....	236
Tú que andas sobre la nieve.....	237
Como la hierba.....	239
Guillermo Díaz-Plaja	
Vencedor de mi muerte.....	240
Magnificat.....	241
Las nochebuenas de la tierra.....	244
Aquilino Iglesia Alvariño	
Oración do sapo.....	245
Panxoliña.....	246
Miguel Hernández	
Eclipse celestial.....	247
La morada amarilla.....	248
El silbo del dale.....	250

	Págs.
Luis Rosales	
Misericordia.....	251
De cómo fue gozoso el nacimiento de Dios Nuestro Señor.....	255
De cuán graciosa y apacible era la belleza de la Virgen.....	255
De cómo vino al mundo la oración.....	256
Concha Urquiza	
Un soñar con el pálido ramaje.....	256
Dicha.....	257
Rafael de Balbín Lucas	
Canto a la tierra.....	258
Con la tarde que huye.....	258
José Camón Aznar	
El Greco.....	259
Deseos enormes.....	260
En la Eucaristía.....	260
Juan Bautista Bertrán	
Oración desde una azotea ciudadana.....	261
Oración de una tarde de otoño.....	262
Bendición nupcial.....	262
Concha Lagos	
Duda y desolación con Dios al fondo.....	263
Oración.....	264
Como pan cotidiano.....	264
Carta a lo azul.....	265
Dale oficio a mis manos.....	266
Enrique Azcoaga	
De un muerto puesto a prueba soy testigo.....	267
El rumor.....	267
Dionisio Ridruejo	
Confesión.....	269
Nocturno.....	270
Cristo Crucificado.....	271
Dulce María Loynaz	
La oración del alba.....	271
Señor que lo quisiste.....	273

	Págs.
Poema IV.....	274
Poema LXXXIX.....	275
Alfonsa de la Torre	
Defensa de las virtudes.....	275
Himnodia de las espigas.....	278
Manuel Casado Nieto	
I afinal todo amor.....	280
A noite.....	280
Ramón de Garciasol	
Mala lluvia.....	281
Hombre en soledad.....	282
Bartomeu Rosselló-Porcèl	
Brollador.....	285
Concha Zardoya	
La hermosura sencilla.....	286
Subida a la montaña.....	287
¡Más alto!.....	289
Aquel secreto valle.....	290
José García Nieto	
Gracias, Señor.....	291
El Hacedor.....	292
La red.....	293
Gerardo Rosales	
Búsqueda.....	294
Noche sombría.....	295
Aceptación.....	296
Celso Emilio Ferreiro	
Oración polos parvos.....	297
José María Díaz Castro	
Transfiguración.....	299
O verme y a estrella.....	299
Blas de Otero	
Hombre.....	300
Estos sonetos.....	300

	Págs.
Salmo por el hombre de hoy.....	301
Serena verdad.....	301
Francisco Giner de los Ríos	
Nueva primavera.....	303
Los romances de San Angel.....	304
Pura Vázquez	
Dios.....	307
Prisión total.....	307
Nostalgia de Dios.....	308
Distante plenitud.....	309
Noite.....	310
Vicente Gaos	
Atardecer.....	311
Dios mío.....	312
Omnibus vitae.....	313
Más que eterno.....	315
Mí creación.....	315
José Luis Hidalgo	
Muerto en el aire.....	316
Esta noche.....	317
Amanecer.....	317
Mano de Dios.....	318
Te busco.....	318
Dios en la piedra.....	319
Rafael Morales	
Los ateos.....	320
Invocación al Señor.....	321
Los niños muertos.....	321
Gloria Fuertes	
Oración.....	322
Otros pobres.....	323
Tracoma por el alma.....	323
Vamos a ver.....	324
El poeta.....	324
Bernardo Casanueva	
Creación.....	325
La fuente de tres caños.....	326
Soneto sediento.....	326

	Págs.
Soneto sombrío.....	327
El sueño del carpintero.....	327
El clavo.....	328
Ramón González Alegre	
A eirexa.....	329
O relojio de Dios.....	329
Faustino Rey Romero	
María-Eucaristía.....	330
O merlo que cantou a eternidá a San Ero de Armen-teira.....	330
José Hierro	
Oración primera.....	331
Viento de invierno.....	332
Yepes cock-tail (fragmento).....	333
La sombra.....	334
Las nubes.....	335
Alucinación en Salamanca.....	335
Carlos Bousoño	
Salmo desesperado.....	339
Dios sobre España.....	340
La luz de Dios.....	340
Decídme.....	341
Oda en la ceniza.....	343
Cuestiones humanas acerca del ojo de la aguja.....	345
Bartolomé Lloréns	
Amor de la tierra.....	346
Pecado y resurrección.....	347
Amor de Dios.....	347
Noche.....	348
Presencia del Señor.....	348
Guadalupe Amor	
Décimas.....	349
Clara Silva	
Despiértate, Señor.....	351
Te pregunto, Señor.....	351
Las bodas.....	352

	<u>Págs.</u>
Ernesto Cardenal	
Como en la rueda de un alfarero.....	353
No se ensoberbece, Señor, mi corazón.....	358
El cosmos es su santuario.....	358
José María Valverde	
Salmo inicial.....	359
Oración por las rosas.....	360
Oración por nosotros los poetas.....	360
Salmo de la mano de Dios.....	362
Luis Jiménez Martos	
Dos sonetos esenciales.....	363
Plegaria donde se pide tiempo libre.....	364
Emilio del Río	
Secuencia del laurel.....	365
Centauro.....	366
El juego.....	366
Una cárcel y un ciervo.....	367
Blai Bonet	
Déu company.....	368
José Luis Martín Descalzo	
Sonetos del alba.....	369
Manuel María Teijeiro	
Percurei e chamei o Señor cando me ollei magoado..	370
E liberou ó probe da probeza.....	371
Porque van é a salvación que ven do home.....	372
Deus, botáchenos e desfixéchenos.....	372
Pilar Paz Pasamar	
El reclinatorio.....	373
Mundo nuevo.....	374
Los que no te conocen.....	375
A un crucifijo de hierro forjado.....	375
Violencia inútil.....	376
María Elvira Lacaci	
La cuchilla.....	377
En el jardincillo.....	378
Dios soñado.....	380
Las cosas viejas.....	381

	<u>Págs.</u>
Antonio Murciano	
Nochebuena del astronauta.....	382
A solas con mi alma.....	383
Villancico triste por lo que ocurrió aquella noche...	384
Carlos Murciano	
Todavía.....	385
8 de diciembre.....	385
22 de marzo.....	386
La puerta.....	387
Hablando claro.....	387
Dios encontrado.....	388
Antonio y Carlos Murciano	
Corpus Christi.....	390
Nicolás Ormaetxea («Orixe»)	
Miramar 1954.....	392
Jainkoagan bat.....	394
Jaime de Kerexeta	
Biotza Jaunagan.....	398
Juan María Lekuona	
Jainkoa il da.....	400
Xabier Azurmendi	
Txistu balasta.....	408
Maiteminduen.....	410
Joxe Azurmendi	
Otoitza.....	412
Berbizkunde.....	418

NOTA EDITORIAL

PARA responder a la excelente acogida que el público ha dispensado a este volumen, la BAC ha querido que la segunda edición se ajuste al doble criterio de ampliación sensible y de idéntica depuración en calidad.

Al criterio ampliatorio obedece la presencia de una selecta representación de todas las lenguas de España. Se ha aumentado el número de poetas de habla castellana y también se ha visto incrementado el número de poemas de algunos autores que aparecían ya en la primera edición.

Pero además—y éste es el enriquecimiento más importante de la obra—surgen en este volumen la claridad cadenciosa y mediterránea de la lengua catalana, la efonía ancestral y dinámica de la poesía vasca moderna y la dulzura, transida de saudade, del habla gallega. También ha visto acrecido su caudal la nutrida representación de la poesía hispanoamericana.

La autora de este volumen, ERNESTINA DE CHAMPOURCIN, ha mantenido, en cuanto a la incorporación de todas estas novedades, el criterio selectivo del máximo nivel poético.

Debemos agradecer las colaboraciones que han permitido la evidente mejora de esta nueva edición. A don Ramón Xirau, por la ayuda prestada en la selección de poesía catalana; a don José Filgueira Valverde, por el trabajo realizado para la antología de la poesía gallega, y a don Luis Castresana y al padre Joseba Intxausti, por la selección que nos han hecho de la poesía vasca y las magníficas traducciones que nos han proporcionado.

Esperamos que esta segunda edición consolide el favor del público y contribuya a subrayar el testimonio de lo divino dado por este coro impresionante de poetas de España y de Hispanoamérica.

DIOS EN LA POESIA ACTUAL

INTRODUCCION

Algunos comentarios en torno a este tema

Esta antología no se ha propuesto ofrecer a los lectores un panorama completo de la literatura de tema religioso en lengua española, tema en realidad inagotable. Me he limitado a seleccionar, partiendo del modernismo, aquellos autores y aquellos poemas que me parecen más sintomáticos de la inquietud espiritual—siempre latente en nuestra poesía y especialmente agudizada en este final de siglo—. Tampoco he querido limitarme a una sola generación o a una sola tendencia, cosa muy frecuente en las antologías de hoy.

Quizá haya algunos críticos e historiadores de la literatura que opinen que Rubén y Machado, por ejemplo, y Gloria Fuertes o Elvira Lacaci, representan dos polos de una oposición demasiado estridente.

Pero he preferido correr este riesgo al contrario, e incluso sacrificar a algunos magníficos poetas de cada generación y cada grupo, ya que las normas tan estrictas de espacio impuestas por los editores no me permitían, como yo quisiera, dedicar a este empeño dos o tres volúmenes de unas quinientas páginas cada uno... Por este motivo empiezo rogando a todos los poetas de habla española que se sientan con sobra de razones para figurar en este florilegio, que no me culpen si no encuentran su nombre en él.

He aceptado el honroso encargo de la BAC consciente de los escollos que todo antólogo que se respeta encuentra al adentrarse en el proceloso mar de la poesía. Díganlo, si no, algunos de mis más ilustres antecesores cuyos nombres no cito porque están en la mente de todos.

Mi caso es doblemente espinoso, porque aquí, además de poesía, se trata también de Dios. «Dios en la

poesía», con la poesía, por la poesía... y sobre la poesía...

El tema no es nuevo, aunque sí lo sea, tal vez, la problemática en la que se ha desarrollado en estos últimos tiempos. La poesía, desde sus primeros balbuceos en las civilizaciones más primitivas, se ha ocupado siempre de la divinidad, fuera cual fuese su forma, o su nombre: Osiris, Viracocha, Quetzalcoatl, Odin o Frida.

Los primeros poetas del mundo, si no cantaban las hazañas de sus héroes, ensalzaban a sus dioses o componían himnos litúrgicos para sus ritos y ceremonias.

El advenimiento del cristianismo con su Dios único, en vez de cegar aquella antigua fuente de inspiración, irradió en torno suyo una luz tan pura y radiante que hizo brotar una poesía extraordinaria por su abundancia y su calidad. Por lo tanto, este elemento religioso, bien sea plegaria, alabanza o simple manifestación de amor, no es un ingrediente nuevo que haya surgido por generación espontánea en la poesía de lengua española. Como tantas otras cosas que se nos quiere presentar con categoría de invento o hallazgo, se trata de un aspecto tradicional de nuestra lírica con valiosos antecedentes y ya, a estas alturas, con solera propia.

No es mi intención clasificar ahora—como han intentado otros antólogos—el tipo de poema que integra esta antología. ¿Poesía religiosa porque se reduce a nombrar a Dios, a describir alguna piadosa ceremonia, a invocarlo por obligatoriedad devota? No se trata de eso. Pero tampoco, de ninguna manera, de eludir todo lo que sea únicamente poesía de amor divino, impulso desinteresado hacia la Perfección y la Belleza. Ni sobre todo de componer un florilegio de poetas *contestatarios*, como si hoy la única forma válida de invocar a Dios fuera protestando por algo. La inconformidad nos interesa, claro, como característica esencial de nuestro tiempo; pero los poetas que cultivan esa vena, que nos ha dado y seguirá sin duda dándonos maravillosos arranques líricos, son objeto de una predilección casi general y tienden a cerrar el círculo, como si ellos tuvieran el monopolio de Dios como objeto de poesía.

Esto no significa, ni mucho menos, que los haya excluido al hacer esta selección. Considero que están bien representados, pero, sin embargo, he hecho mayor hincapié en la generación del «27» por juzgar menos conocidas sus obras de inspiración religiosa, como sucede, por ejemplo, con Emilio Prados, Altolaguirre y el mismo Alberti, aunque sus últimas composiciones de este género sean más bien irónicas o negativas. Pero en casi todos ellos la inquietud está ahí, palpable o latente, y no puede pasarse por alto.

La prueba de que no se trata de algo ligero, trivial, sin trascendencia, reside en que muchos líricos, incluso algunos no creyentes, escépticos o ateos, dejan asomar de vez en cuando en sus obras, en forma más o menos velada o vergonzante, la idea de eternidad, de permanencia del espíritu, de esencia divina. Los poetas primitivos no reprimían su inspiración instintiva—no se habían inventado aún los traumas y los complejos—y el sentimiento de lo sagrado; el temor y el amor hacia lo absoluto, bien pronto presentido, se expresaban sin trabas en sus obras.

De Rubén Darío a los poetas de la *Antología de Poesía Religiosa* de Leopoldo de Luis—y cito este ejemplo porque es la más reciente sobre este tema que yo conozco—, el camino es largo y se bifurca en infinidad de senderos y atajos.

El gran poeta nicaragüense nos da su *Canto de esperanza*, que, sin prescindir de la típica elocuencia rubeniana, es un acto de fe y una vehemente plegaria por la paz. Y esta fe asoma de nuevo en el tierno poema a Francisca, tan falto de retórica, y en la breve composición titulada *Spes*, que reproducimos aquí:

Jesús, incomparable perdonador de injurias,
oye: sembrador de trigo, dame el tierno
pan de tus hostias; dame contra el saúdo infierno,
una gracia lustral de iras y lujurias.

Dime que este espantoso horror de la agonía
que me obsede, es no más de mi culpa nefanda;
que al morir hallaré la luz de un nuevo día,
y que entonces oiré mi «Levántate y anda».

El valor estético de estos versos puede discutirse, pero no el sentimiento que los inspira. En cambio, en el *Canto de Esperanza* e incluso en el demasiado conocido poema *A Roosevelt*, su impetu casi épico no le impide entreverar en él su preocupación cristiana. Por eso, tras la amplia muestra de la poesía unamuniana con su fe agónica y a la vez contemplativa:

Con la ciudad enfrente me hallo solo
y Dios entero
respira entre ella y yo su gloria.
A la gloria de Dios se alzan las torres,
a su gloria los álamos...

.....
Nada deseo,
mi voluntad descansa,
mi voluntad reclina
de Dios en el regazo su cabeza
y duerme y sueña...

incluyo a Rubén en el lugar que le corresponde por orden cronológico, como hago después con otros insustituibles poetas de la América hispana. Su presencia, a la que tienen derecho por su espléndida obra y porque escriben la palabra Dios en español, como reitera Dámaso Alonso en un magnífico soneto, será una prueba más de la universalidad irrefutable del tema que norma el criterio por el cual se ha guiado esta selección.

El volumen se ha dividido en tres partes para evitar en cierto modo la fatiga del lector ante una continuidad sin fronteras, y asimismo para proporcionarle una especie de hitos que le orienten por los caminos de unas poesías tan distantes y diferentes unas de otras por la época y el acento. En la parte que titulo «Modernismo» van los poetas a quienes los de la generación siguiente dieron con respeto el título de maestros, aun cuando, llegada la madurez—esa madurez implacable del lírico—, algunos se lo hayan retirado, al menos momentáneamente.

Estos nombres, bien conocidos—Unamuno (aunque los admiradores de su poesía son pocos y de fecha más reciente), Rubén, Enrique Díez-Canedo, Amado Nervo, los Machado, Juan Ramón, León Felipe, que no pueden ser considerados como grupo dadas sus fuertes e inconfundibles personalidades—, abren la antología, cada uno con su propia expresión de la divinidad y su modo peculiarísimo de creer, dudar, suplicar y también imprecicar, ¿por qué no? Si nuestro Juan de la Cruz ha dicho que «La fe es un hábito del alma, cierto y oscuro», es lógico que esa oscuridad que a veces invade las almas produzca en ocasiones protestas y también afirmaciones casi negativas.

* * *

Y aquí voy a permitirme un paréntesis para hablar de León Felipe, de este querido León Felipe Camino, originalísimo poeta, con su existencia errante, y esa obra vehemente, de carácter único, oscilando con frecuencia entre dos polos. Porque todo León se encuentra ya condensado en su primer libro *Versos y oraciones del caminante*, cuyo acento puede decirse que abre y cierra su devenir lírico. Nada tan impresionante como oírle declamar en el Ateneo de Madrid aquellos versos que no se parecían a nada y que él sabía recitar como ningún otro poeta:

Nadie fue ayer,
ni va hoy,
ni irá mañana
hacia Dios
por este mismo camino
que yo voy;
para cada hombre guarda
un rayo nuevo de luz el sol...
Y un camino virgen Dios.

Nacido en 1884 en Tábara (Zamora) y muerto en México en 1968, León Felipe es en el panorama de la poesía en lengua española un caso aparte. Desde el volumen que incluye el poema que acabamos de citar (1920) hasta su muerte, su obra es un largo, ininterrum-

pido clamor. Un sublevarse contra todo y un decepcionarse de todo. A través de sus imprecaciones, que clamaron a los cuatro vientos su fe, su escepticismo, su protesta, su rebeldía, engendradas muchas veces por su generosidad, no abandona un solo momento su búsqueda ansiosa, estridente en ocasiones, mansa y humilde en otras, como en algunos de sus últimos versos: nos referimos a su búsqueda de Dios.

MI VERSO Y SU LINEA PARABOLICA GOAL

Te vi pasar por la nube
y salir limpia y libre
buscando el corazón de una estrella.
Ibas
derecha... derecha.
¿En dónde te habrás clavado
cuando hayas vuelto—sin fuerza,
vencida ya—
otra vez hacia la tierra?
¿Vencida? No. ¿En qué pecho,
en que corazón virginal y balbuciente de poeta
—¡victoriosa!, ¡¡victoriosa!!—, al caer,
has hecho blanco, saeta?
Te vi pasar por la nube
y salir limpia y libre...
Fuiste derecha... derecha
al corazón de una estrella.

Sus largas estancias en América influyen, si no en la médula, sí en algunos detalles de su poesía. Por ejemplo, en el *Libro II de versos y oraciones del caminante*, publicado por el Instituto de las Españas en Nueva York (1930), encontramos este delicioso comentario:

LA MAQUINA (*The labour-saving Machinery*)

Ni es un dragón
ni es un juguete, Marta.
Es un regalo religioso...,
el último regalo del Señor...
Para que no te pierdas demasiado
en el trajín diario de la casa;

para que no digas ya más:
primero es la obligación que la devoción,
y para que no te distraigas en el templo
pensando en el horno, en la rueca
y en el esclavo perezoso.

Leyendo su obra completa, incluso la publicada póstumamente, nos parece que se repite, y en realidad no es así. Sus preocupaciones esenciales no cambian, pero tal vez se transforma un poco el tono, el acento. En ¡*Oh, este viejo y roto violín!*, que vio la luz en 1967, encontramos poemas publicados mucho antes, y nos parece hondamente significativo que quisiera publicarlos, tantos años después, con ciertas modificaciones y también, en algunos casos, explicarlos:

Hazme una cruz sencilla,
carpintero...;
sin añadidos
ni ornamentos...,
que se vean desnudos
los maderos,
desnudos
y decididamente rectos:
los brazos en abrazo hacia la tierra,
el astil disparándose a los cielos.
Que no haya un solo adorno
que distraiga este gesto:
este equilibrio humano
de los dos mandamientos...
Sencilla, sencilla...
Hazme una cruz sencilla, carpintero.

Pero quizá lo más nuevo en este libro sea el humorismo que de cuando en cuando aligera las grandes tragedias de nuestro tiempo, que tan profunda huella han dejado en la poesía de León:

MAS BAJO

—Aquí en el cielo no hay retórica, ¿verdad?,
le pregunto a un ángel amigo mío.
Todos los ángeles son amigos míos,
pero a éste no le había visto nunca.
El ya me conocía, sabía mi nombre y mi mote,
pero me dijo: —No, León Felipe,
aquí todos hablan con su voz natural.

Nadie engola la voz.
 Aquí no hay temores,
 ni falsete,
 ni retórica,
 ni hipérbaton.
 A Quevedo y a Góngora
 los hemos mandado al Olimpo.
 Sencillez, claridad;
 la voz es lo que Dios cuida más.
 —Pero si Dios no habla nunca;
 yo le he llamado muchas veces
 y nunca me contesta.
 —Porque no le hablas con la voz que a El le gusta.
 Tú gritas mucho...,
 y a Dios, como a los mexicanos,
 no le gusta que le hablen «golpeado».
 Modérate, modérate, León Felipe,
 y habla más bajo.
 Ya habréis notado
 que desde que sali del infierno
 y soy amigo de los ángeles
 hablo de otra manera.
 Esto me enseña
 que me voy a morir pronto
 y que estoy aprendiendo
 cómo se debe hablar con Dios.

Se trata de un humorismo tierno y una visión de la muerte más bien serena y clara. He aquí lo que él llamó «la última piedra de mi zurrón de viejo pastor trashumante»:

PERDON

Soy tan viejo,
 y se ha muerto tanta gente a la que yo he ofendido
 y ya no puedo encontrarla
 para pedirle perdón...
 Ya no puedo hacer otra cosa
 que arrodillarme ante el primer mendigo
 y besarle la mano.
 Yo no he sido bueno...;
 quisiera haber sido mejor.
 Estoy hecho de un barro
 que no está bien cocido todavía.
 ¡Tenía que pedir perdón a tanta gente!...
 Pero todos se han muerto.
 ¿A quién le pido perdón ya?
 ¿A ese mendigo?

¿No hay nadie más en España...
 en el mundo,
 a quien yo deba pedirle perdón?...
 Voy perdiendo la memoria y olvidando
 todas las palabras...
 Ya no recuerdo bien...
 Voy olvidando..., olvidando..., olvidando...;
 pero quiero que la última palabra,
 la última palabra, pegadiza y terca,
 que recuerde al morir
 sea ésta: *perdón*.

El libro VII de *¡Oh, este viejo y roto violín!* está «dedicado a los judíos», y entre muchos versos conmovedores destacamos éste, lleno de emoción religiosa y humana:

¿QUIEN ERA?

Lo vi muy bien,
 aquel niño judío
 que estaba allí esperando
 a que se abrieran los hornos
 crematorios de Auschwitz...
 Lo vi muy bien;
 llevaba una túnica ligera
 ceñida con un cordón de esparto.
 Tenía doce años,
 la misma edad de Cristo
 cuando se escapa de su casa
 a discutir con los doctores del Templo.
 Puede ser que aquel niño
 fuese el mismo Cristo...
 El hombre que todos crucificamos.

Estos pocos poemas dan una idea muy somera de León Felipe en lo que respecta a su inquietud espiritual y religiosa. El autor de *Ganarás la luz*, *Llamadme publicano*, *El ciervo* y otros poemas, etc., necesitaría muchas páginas para él solo.

Y no sigo citando, porque, desgraciadamente, la familia de León Felipe no ha dado la autorización para que los poemas de éste figuren aquí. Sin embargo, no quiero dejar de recordarle y de hacer constar cuánto deploro su ausencia, forzosa en estas páginas.

Resulta por demás interesante leer a los poetas del primer grupo que aparece en este volumen, comparándolos y profundizando en el concepto o sentimiento religioso que aflora en sus obras. Ya me he referido a Rubén con su desbordamiento de fe y sensualidad, que se contraponen sin esfuerzo en muchos de sus poemas.

Unamuno ocupa quizás un espacio excesivo en mi selección, pero no podía ser de otro modo. Su *Salmo I*, su *Libértate, Señor*, con su ritmo quebrado y áspero; su lenguaje duro y directo, su preocupación teológica, así como ciertos fragmentos del *Cristo de Velázquez*, exigen un primer lugar en todo florilegio de tipo religioso. Pocas voces de habla española han expresado en forma tan hiriente y angustiosa la búsqueda de Dios en el hombre intelectual sensible al misterio y torturado a la vez por las mil y una tentaciones que le brinda la razón.

En Antonio Machado el acento es muy distinto, como diluido entre una niebla de sueños, exquisitamente delicado. Parece que asistiéramos a un diálogo entre el poeta y Dios: diálogo del que sólo nos llegan la parte humana, la del dolor y el deseo del hombre. En cambio, Manuel, excelente poeta, un poco opacado por la gloria de su hermano, nos trae una religiosidad típicamente andaluza, centrada en las enojadas imágenes de la Virgen y sus triunfales procesiones.

Juan Ramón, después del *Como vos queráis*, que trasciende a misticismo juvenil de colegio religioso, y tras un largo paréntesis en que su lirismo adopta mil distintas formas, se concentra en su *Dios deseante y deseado* del libro *Animal de fondo* y asegura que al fin encontró...; si alguien toma esos poemas como lo que parecen, nos hablará de panteísmo, de egolatría, de un culto exacerbado del yo que acaba endiosándose, divinizándose a su modo. Todo eso es posible. Pero los que conocimos y tratamos a este singular poeta, presentimos en esa su aparente seguridad de última hora una vuelta disfrazada al mismo estado de ánimo que lo hizo exclamar ya en 1912 en el poema llamado *Amane-*

ceres: «Viene un gorrión a la ventana abierta... — Pienso en Dios — y trabajo».

Y esta pasión juanramoniana por el trabajo depurado, perfeccionado, ¿no procede acaso de un sentimiento religioso, de una especie de deuda, que lo impulsa a devolver en creación, en Obra, así, con mayúscula, el don poético recibido?

La voz de Amado Nervo, esfumada en el tiempo, vuelve ahora a nosotros al celebrarse el primer centenario de su nacimiento y reclama aquí su lugar con su modernismo, menos brillante que el de Rubén, pero que no carece de interés en su cristianismo franciscano, teñido de teosofía. El poeta mexicano tiene un libro llamado *Serenidad*, pero quien nos la comunica realmente es Enrique Díez-Canedo, cuya *Oración de los débiles al empezar el año* reproducimos aquí. La poesía de este gran crítico es poco conocida; de lo contrario, es posible que los antólogos de la poesía social hubieran reclamado el privilegio de reproducir esta hermosa composición vibrante de un amor que lo abarca todo.

Con estos poetas incluimos a dos mujeres nacidas en este período de la poesía de lengua española y cuyo modo de hacer me parece más próximo al modernismo que al de la generación del «27». Me refiero a la uruguaya Juana de Ibarbourou y a la chilena Gabriela Mistral. La primera, que mereció el título de Juana de América, nos tenía acostumbrados a una explosión poética de juventud y alegría; a una sensualidad limpia y sana que el propio Unamuno definió como «castísima desnudez espiritual». Pero más tarde, en 1950, con su libro *Pérdida*, y en 1953 con *Azor*, nos llega un canto diferente, como de voz última que, sin embargo, sabe no entristecerse cuando siente que va a apagarse.

Y al nombrar a la primera mujer que figura en esta selección, me doy cuenta de que son muchas las voces femeninas escogidas por mí si se compara su número con el que han incluido otros antólogos. En la ya larga y pintoresca historia de la antología poética se observa una como resistencia a introducir en ella nuestros poe-

mas y a veces nuestros nombres. En este aspecto existen diversas categorías de antólogos: los que nos excluyen totalmente; los que se lanzan a citarnos en el prólogo junto con otros poetas excluidos, naturalmente, por falta de espacio; los que nos sitúan aparte, en una sección femenina, una especie de Ellis Island para mujeres solas. Y la última antología que llega a nuestras manos de *Poesía Religiosa*, de Alfaguara, incluye solamente a dos poetisas, Concha Zardoya y Elvira Lacaci, que son, por cierto, de las que con más originalidad han expresado sus vivencias en cuanto a lo religioso.

En contraste con esta sobriedad, o penuria, yo me he atrevido a elegir poemas de quince mujeres, que van a ser dieciséis si mis editores siguen insistiendo en que se incluya la propia antóloga, idea que me ha producido siempre un extraño malestar. Nunca he logrado pensar en la poesía como algo exclusivamente masculino o femenino. Y en igual forma me repugnan los calificativos con los que suele acompañarse esa palabra. Para mí, la poesía es poesía o no es nada. Y entonces sobran las etiquetas de «social», «amorosa», «religiosa», «femenina», etc.; creo que en toda poesía que lo es, o sea en toda poesía auténtica, está Dios. Tiene que estar Dios, y en ella lo encontramos con frecuencia, aunque no se le nombre. Por eso el título de *Dios en la poesía moderna* me ha parecido mucho más expresivo. Abarca lo mismo la presencia del ser divino en la poesía que su ausencia, la cual es en muchos casos otro modo de estar de Dios, aunque se nos antoje negativo.

La otra figura importante entre las mujeres poetas que corresponden al período que inaugura esta antología es la de Gabriela Mistral, cuya voz peculiarísima e inconfundible incorpora a su obra una fe poderosa como las cordilleras de su patria, que no flaquea y, a pesar de anegarse en dolor, sigue esperando. El fervor y la vehemencia de su expresión poética nos hace olvidar algunas de sus fallas técnicas, su frecuente descuido formal.

... * * *

La extraordinaria generación del «27», de tan apretadas y personales filas, no ha sido ajena, ni mucho menos, como afirman algunos críticos, a la preocupación religiosa. En una lectura alerta y minuciosa, son muy pocos aquellos en los que no se descubre esa veta, oculta a veces para el lector apresurado, y entre estos poetas es notable el caso de Emilio Prados, que según alguno de sus investigadores apenas tenía nada sobre el tema cuando yo le interrogué sobre ello, y del que me veo obligada a presentar una nutrida selección, ya que su poesía no sólo siente hasta el fondo la preocupación religiosa, sino que llega a un punto que linda con el misticismo de auténtica raigambre española. Cuando se conozca en España a fondo su obra completa, creo que se le dará fácilmente uno de los lugares más altos en su propia y brillante generación. Los excesivos incisos y las constantes interrogaciones que parecen cortar el ímpetu lírico no son, en realidad, más que su modo de meditar y dialogar a lo humano y lo divino; un asordado soliloquio en que, como en su conversación, indaga, busca, admira inacabablemente, hasta que al final del poema—de muchos de sus poemas—surge, huye o se le entrega Dios: «Contemplo a Dios...; escucho a su espejo en mi alma»; o bien en ese estremecedor *Abril de Dios*, la última exclamación: «¡Y Dios siempre naciendo!»

La poesía religiosa en sus amigos y compañeros de generación es muy distinta. De José Bergamín, católico declarado, publicamos en esta segunda edición la trilogía de *Sonetos a Cristo*, que ofrecimos incompleta en la primera edición.

Jorge Guillén, a propósito del cual se ha hablado tantas veces de poesía pura y se ha recordado a Paul Valéry, concreta sus vivencias religiosas en unos poemas acendrados, cristalinos, como todos los suyos, pero de tema muy concreto: *Viernes Santo*, *Sábado de Gloria* y esa *Exposición* con tan positivo acto de fe al terminar.

Pero el católico poeta—que no poeta católico—por antonomasia en esta generación es, sin duda, Gerardo

Diego, cuya vasta poesía ha recorrido casi todas las fases del modernismo y en especial el creacionismo, sin abandonar nunca por completo las formas clásicas, como el soneto, que domina tan magistralmente como el verso libre. Y en este caso la elección ha sido más ardua que en ningún otro, pues se podría hacer todo un volumen, bien nutrido y de gran calidad—ignoro si alguien lo ha intentado—, con el título de «Gerardo Diego, un católico poeta».

Dámaso Alonso, algo más tardío que los poetas de este grupo en tocar el tema que nos ocupa, irrumpe en 1944 con *Oscura noticia e Hijos de la ira* y, más tarde, *Hombre y Dios*. Y digo irrumpe, con toda intención, porque ese efecto producen algunos de los poemas de esos libros. ¡Qué distancia tan enorme de sus *Poemas puros*, *poemillas de la ciudad*, a esas *Alas* en que no se pierde el trasfondo humano, o los sonetos *Arrepentimiento* y *Hermanos*, este último con su resonancia del Rubén que canta en el famoso *A Roosevelt!*

Cernuda tampoco rehúye esa búsqueda dolorosa, con frecuencia recompensada por el don de un espléndido poema, aunque lo atraviesen la rebelión, la duda o el rechazo.

Federico García Lorca, en el *Poema del cante hondo*, capta el sentido religioso andaluz, y en su *Oda al Santísimo Sacramento del Altar* se afina y como sensibiliza aún más que de costumbre para hablarnos del inefable Misterio. Sus piropos a la Eucaristía, salvando alguna que otra imagen de mal gusto, son deliciosos: «Dios en mantillas», «panderito de harina para el recién nacido», «Cristo diminuto y eterno repetido mil veces», «brisa y materia juntas en expresión exacta», etc.

De Juan José Domenchina acaba de decir Gerardo Diego en el prólogo de *El extrañado y otros poemas*, publicado en Adonais: «Es un poeta a la vez el mismo, inconfundible, que habíamos estimado tanto en 1936, pero también otro totalmente nuevo, con un poderío de convicción y persuasión, con un acento agudísimo de dolor descarnado, desollado, con un

calor humano, en suma, que estaba muy lejos de haber alcanzado en las primeras etapas madrileñas. Y no es que desaparezcan su característico vocabulario, su presencia y fervor de lo abstracto, sino que se calienta con tan inusitada llama interior y se atersa y melodiza con tan vibrada música, que nos deja estupefactos y tocados, alcanzados en lo más hondo de nuestro ser de lectores...».

La expresión religiosa de Vicente Aleixandre hay que buscarla en profundidad y amplitud, en ese *No basta* que le lleva a escudriñar más allá de una exaltación panteísta del mundo y la belleza, algo más hondo, como una dicha eterna presentida. Dos voces de América, las de César Vallejo y Carlos Pellicer, peruano el primero y mexicano el segundo, nos traen su mensaje, rebelde y torturado aquél y lleno éste de una fe que se derrama en armonías profusas y cálidas como el paisaje tropical que enmarca su obra. La Virgen de la Soledad le inspira uno de sus más bellos cantos, cuajado de audaces metáforas que visten su hondo y profundo sentir. Esa Virgen de la Soledad, española y mexicana, que tanto impresionaba a otro poeta, el norteamericano Thomas Merton, fallecido hace poco...

En cambio, César Vallejo, cuyo primer libro se publicó en 1918, pero que goza de una fama más bien póstuma, es desgarradoramente humano, y su lamento duro, abrupto, que marca un hito en la poesía moderna, se alza ante Dios, adelantándose casi en veinte años a los poetas religiosos-sociales-protestatarios de ahora.

Antonio Oliver Belmás publica precisamente su primer libro en el «27». Su *Misa en el mar* y otros de sus poemas, como *El buen arder*, son muestras de un lirismo sereno y creyente que empezábamos a olvidar ya.

Entre esta misma gavilla poética, Concha Méndez nos confía sus ramalazos de fe y ternura en los poemas al hijo muerto o en la gracia de sus villancicos. Y, de paso, observamos la curiosa afición de todos los poetas—primitivos, clásicos o modernos—por esa forma ingenua, deliciosa en muchos casos, que, teniendo su raíz

en los principios de la poesía en lengua hispana, no se ha perdido nunca.

De Juan del Enzina, pasando por Lope y Góngora, a Gerardo Diego, Bernardo Casanueva y Antonio y Carlos Murciano, por citar a los más jóvenes cuya obra conozco, nuestra literatura se adorna con un larguísimo collar de estos poemillas, muchos de los cuales son, en su brevedad, auténticas obras maestras...

* * *

Antes de entrar de lleno en la generación de la posguerra me veo obligada a desviarme un poco del riguroso orden cronológico que me estoy esforzando en seguir, para dar el lugar que les corresponde a dos poetas importantes que mi mente relaciona siempre.

Carmen Conde, que no necesita presentación, se situó, después de la guerra civil, en un primerísimo lugar entre los poetas de España. Yo, que la conozco desde aquel librito de poemas en prosa, de cuyo año no quiero acordarme—solamente por lo lejos que ambas lo tenemos ya—, encuentro ahora con satisfacción esa madura voz suya, que le habla a Dios como desde un pozo, ese pozo del que solamente El puede ayudarnos a salir.

Miguel Hernández, que Carmen me dio a conocer, desapareció en plena madurez poética, es difícil de situar; los poetas del «27» lo reclaman, y, sin embargo, es tan singular, tan suyo propio... Su visión de la Eucaristía enmarcada en el campo, en la espiga, en todo un paisaje de tierras de «pan llevar» se resume en fe oscura. Y su poesía es tierra, fruto, viña, con una sencillez claramente evangélica.

Y también trigales y uvas en los poemas de un sacerdote: el P. Angel Martínez, S. I.; nos ensancha el alma oírle hablar de su Misa, de su «Dios en blancura», ahora que los mensajes más insólitos brotan inesperadamente de los labios menos indicados para lanzarlos.

Una cubana, Dulce María Loynaz, empezó a escribir hacia 1920, pero su primer libro apareció mucho más tarde. Misteriosa en sus cartas escritas a lápiz, de redac-

ción voluntariamente infantil, escribe una poesía de mujer solitaria que a veces habla con Dios: «Señor, te pido ahora que me dejes bajar de esta mi torre de marfil...». Nunca se desborda, ni en el amor divino; al contrario de otra americana, la uruguaya Clara Silva, que sigue, aun en su poesía de intención mística, la tradición de las mujeres poetas de América del Sur, en las que el ímpetu más elevado se tiñe de cálida sensualidad.

Angela Figuera Aymerich pertenece, más que al «27», a la generación de la posguerra, por la fecha de su primer libro y la tendencia a lo que algunos llaman poesía humanista.

* * *

Y al llegar la última parte, la que puede llamarse generación de la posguerra o de los años treinta y tantos, quiero aludir al denominador común o característica general que algunos compiladores han querido imprimir a sus selecciones. Me refiero a las más actuales, pues andan por ahí otras como *Cien de las mejores poesías religiosas de la lengua castellana*, que empieza hablando de Aurelio Prudencio en el prólogo, inicia su selección con el célebre y discutido *No me mueve, mi Dios, para quererte*, que atribuye a autor anónimo; continúa con el Arcipreste de Hita y, pasando por los indiscutibles del Siglo de Oro, acaba con una mezcla de poetas españoles y americanos en cuyas obras campea, más que una inspiración auténtica, el afán de dejar plasmados determinados títulos devotos o litúrgicos, sin atención a su calidad poética, muy variable ¹.

Pero un poco anterior a la antología de Alfaguara es el número 237-238 del *Apostolado sacerdotal*, revista publicada en Barcelona y que me envió hace algún tiempo un cuaderno titulado *Ultima poesía religiosa*. Me interesa comentarla, pues en un breve prólogo firmado por Ramón Cunill se hacen preguntas como éstas: ¿Hasta qué punto la poesía es hoy la expresión de la vitalidad del

¹ *Cien de las mejores poesías religiosas de la lengua castellana*, por el P. Pablo Schneider (Ed. Poble, Buenos Aires).

alma actual? ¿Está ahora nuestra poesía religiosa conectada con la sensibilidad popular de todo el pueblo?

Y estas preguntas se me antojan un poco pueriles. ¿Qué clase de poesía ha estado alguna vez conectada con la sensibilidad popular?, ¿y menos aún la de todo un pueblo? La poesía, exceptuando ciertas formas casi siempre de fuentes anónimas, como la copla o el romance, ha sido casi siempre una expresión subjetiva, personal, ¿y hay algo más íntimo, más difícil de transferir que la convicción o la emoción religiosa?

El cuaderno contiene obras de treinta y cinco poetas, sin contar a los cuatro elegidos como póstumo o precursores, que son: Unamuno, naturalmente; Miguel Hernández, el catalán López-Picó y Leopoldo Panero.

El autor del segundo prólogo o preámbulo, Luis Moya Plana, alude a la poesía de sus autores dividiéndolos en tres grupos, de acuerdo con su visión de Dios: «Dios como receptáculo de la petición del hombre», «Dios como lucha» y, por último, «Dios como cotidianidad». Y cita en cada apartado a los poetas que representan mejor, a su juicio, cada uno de esos aspectos. Y al leerlo, yo me he planteado una pregunta: ¿Y por qué no también un primer o un cuarto apartado?: «Dios como amor del hombre». Así, sencillamente, sin más complicaciones. No olvidemos que nuestra gran poesía mística procede de esa única fuente, de «La fuente que mana y corre», y no creo que toda nuestra ciencia de hombres modernos, con sus investigaciones y razonamientos más o menos ciertos acerca de la divinidad, puede borrar por completo esa raíz, una de las principales fuentes de la auténtica poesía. Está muy bien que se intente encasillar, cuadrangular, con fines críticos, la poesía que trata de Dios. Pero ¿por qué reducirla a una poesía imprecatoria de exclamaciones iracundas, a una retórica de mitin demócrata-cristiano o a unas pinceladas de tinte hogareño, con mesa puesta, pan blanco y alusiones al niño hambriento que contempla los pasteles exhibidos tras un escaparate?

Algunos autores que integran ese cuaderno se encuentran asimismo entre los que yo he elegido para esta tercera parte: la generación de la posguerra. Pero mi tabla de valores es muy distinta y no me ha sido posible pasar por alto a los que cantan a Dios como objeto del amor del hombre y también al hombre como objeto personal, indiscutible, del maravilloso amor de Dios. Y este último tema es el que, a fin de cuentas, ha inspirado la más bella, la más pura y la más limpia poesía. Quiero inaugurar esta última parte con un gran poeta mexicano que, tal vez por su carácter prudente y recoleto, por su acendrada modestia, no ha difundido como le corresponde su espléndida obra. El autor de *Canciones para cantar en las barcas* y de *Muerte sin fin* es sin duda una de las voces más hondas, no solamente de la poesía mexicana, sino de todo el conjunto de la poesía en lengua española. Ha publicado poco, pero su obra completa, que vio la luz en 1964, ha sido una revelación para muchos.

Leopoldo Panero y Luis Rosales son dos cantos que se destacan de modo especial entre la «varia invención» de la posguerra. El primero habla desde muy adentro, con voz ancha, limpia, sin concesiones o modas pasajeras, atento sólo a esa luz interior que lo acecha en la naturaleza y también brota de él mismo. «Porque el amor del hombre de mano en mano rueda — hasta que Dios de nuevo lo refresque en su mano».

Si en algunos poemas de Rosales encontramos un acento afín al de Panero, en otros vibra un gozo especial, una alegría clara que coincide casi siempre con temas donde se enciende un ingenuo y sincero júbilo religioso.

El quehacer de crítico de Guillermo Díaz-Plaja, fruto de una vocación indudable, ha encubierto, en cierto modo, su vocación de poeta, cuajada en un trabajo constante. Es un poeta que no olvida nunca su condición de católico. Así, *Vencedor de mi muerte* es un cántico a la Eucaristía, y en *Nochebuena de la tierra*

desfila ante el lector toda la gama de los belenes, con sus celebraciones, diversas siempre bajo diversos climas, como esa *Nochebuena caliente bajo la Cruz del Sur*. Todavía encontramos al empezar la posguerra poetas que seguramente se iniciaron antes, pero que no publicaron o maduraron hasta entonces. Algunos conservan aún una forma que podríamos llamar clásica y un decir sereno en apariencia, como Enrique Azcoaga o Alfonsa de la Torre, con sus abundantes alusiones teológicas, su empaque litúrgico y sus reminiscencias evangélicas.

Otra mujer, una mexicana, Guadalupe Amor, que fecha su libro *Poesías completas*, publicadas por Aguilar, de 1946 a 1951, encaja en este grupo, con sus décimas atormentadas, donde busca a Dios torturadamente, pidiéndole ayuda unas veces, creyendo que lo inventa otras y desafiándole con cinismo las más.

En Concha Zardoya encontramos también la forma tradicional en donde la entrega a Dios se hace sin esfuerzos, amorosamente y con un deseo de elevación cada vez mayor. Aunque la autora confiese que su fe es más bien ascesis y autodisciplina, un misticismo que procede del Siglo de Oro ronda sus poemas.

Blas de Otero, que conmovió al mundo de los poetas con su *Ángel fieramente humano*, inaugura un nuevo acento: el de la lucha con Dios, lucha que oculta un vehemente deseo de encontrarlo. Sus libros posteriores complican al hombre en esta lucha, pero sin que su poesía pierda nada de su desgarrado ímpetu, de su desalada carrera en pos de la fe.

Ramón de Garciasol es un gran poeta con profundas inquietudes religiosas. Su ocasional estridencia no es afectada ni hay artificios en su búsqueda de lo absoluto, de lo eterno. Búsqueda a gritos, como dice él mismo, pero que felizmente desemboca en poemas de tan alta calidad como *Soledad del hombre*.

Concha Lagos, la esforzada directora de la revista *Agora* y de la colección del mismo nombre, está evolucionando de su primera voz sencilla, íntima y

como asordada, al tono actualizado que informa, como, por ejemplo, su composición *Duda y desolación con Dios al fondo*. Es difícil eludir el acento que prevalece en cada época. Pero la voz tierna de *Tema fundamental* y *Golpeando el silencio* no se nos olvida.

Francisco Giner de los Ríos, que nació a la poesía en México, díganlo si no sus *Laureles de Oaxaca* y sus *Poemas mexicanos*, aparece aquí con unos romances de San Ángel. A quien conozca ese rincón—oasis de paz en la ruidosa y enorme capital—no puede extrañarle que este poeta «romancee» sus momentos de serenidad en ese ambiente colonial y recoleto. Dios está en la belleza, y el poeta de buena fe lo encuentra aunque no quiera.

Pura Vázquez es nostalgia de Dios, así, sin complicaciones, con un acento grave, lleno a veces de angustia y otras de esperanza.

La poesía religiosa de Vicente Gaos ha evolucionado mucho desde *Arcángel de mi noche* a los *Mitos para tiempo de incrédulos*. Pero aunque busque a los demás en su *Omnibus vitae* y pida igualdad para todos, tiene poemas bellísimos y llenos de fe, a pesar suyo.

José Luis Hidalgo, con su muerte prematura, ahondó la validez de la poesía de su libro *Los muertos*, el tercero suyo y que no alcanzó a ver. Su obsesión del fin se suaviza en el sentimiento de la proximidad divina. Otro poeta muerto un año antes, Bartolomé Lloréns, canta al amor humano, y después del acercamiento a Dios, poco antes de su muerte, escribe unos sonetos *A lo divino* que nos hacen lamentar doblemente que se nos fuera tan pronto.

Una de las figuras señeras de esos años es Carlos Bousoño, cuya evolución, en lo que respecta al sentimiento religioso, nos recuerda un poco la de Gaos. Obsérvese el contraste entre los poemas de los primeros libros, de una deliciosa transparencia, con los poemas de sus últimas publicaciones: *Oda en la ceniza*, o *Cuestiones humanas acerca del ojo de la aguja*. El contraste es patente y de gran interés para quien

se lance a una crítica profunda y siga de cerca el desarrollo o la transformación del sentimiento religioso de estos poetas.

José García Nieto es más sereno y clásico. Sus sonetos dejan una sensación de fe viva, de esa fe que da paz y esperanza.

En José Hierro hay una interrogación vibrante, atravesada en ocasiones por la duda, en otras por un sarcasmo debido a la frivolidad tan de ahora, con que se aprovechan las realidades más hondas, las experiencias más altas, como en ese fragmento de *Yepes cock-tail* que siento mucho no conocer completo.

Dos mujeres, Gloria Fuertes y María Elvira Lacaci, son tal vez, entre todos estos poetas, las que hacen una poesía más de estos tiempos, una poesía que puede sonar prosaica, pero que, sin embargo, lleva consigo un fondo de fe y de ternura. Un secreto convencimiento de que las cosas que cantan no podrían ser cantadas sin Dios. Pilar Paz Pasamar, casi tan joven como la autora de *Las cosas viejas*, adopta ese mismo lenguaje colonial, de todos los días, que a veces, por su misma cotidianidad, se antoja un poco afectado.

José María Valverde, con su «Hombre de Dios me llamo, — pero sin Dios estoy», expresa un concepto habitual en la lírica moderna. Concepto que es un síntoma positivo, pese a su afirmación negativa, y que manifiesta un modo de pensar que probablemente cuajará del todo en las próximas generaciones.

Bernardo Casanueva es místico, pero es un místico con sus ribetes de teólogo, hondamente influido por San Juan de la Cruz. Díganlo si no el título de uno de sus libros, *La fuente de tres caños*. Este poeta y el P. Angel Martínez son sin duda la vertiente realmente mística de esta antología. Esto no quiere decir que Casanueva no beba también en las claras ondas del Nuevo Testamento, como lo afirma uno de sus próximos libros, *El quinto Evangelio*, del que adelantamos un poema.

El director de la colección Adonais, Luis Jiménez

Martos, figura aquí con un soneto que él llama «esencial» y esa *Plegaria* donde se pide tiempo libre, plegaria que se escucha hoy en los labios de la mayoría de los poetas.

Antonio y Carlos Murciano cultivan la misma nota equilibrada y creyente. El primero, hombre de este tiempo, entrevera sus poemas de acento subjetivo con una *Nochebuena del astronauta*, llena de gracia andaluza, con cierto regusto lorquiano. El segundo nos da un emotivo diario poemático, *Un día más o menos*, donde nos revela su convivencia diaria—de cristiano entero—con Dios.

Pero estos dos hermanos, unidos por la fe y la poesía, colaboran con frecuencia, y así tenemos los conmovedores sonetos del *Corpus Christi* con los que se cierra «adrede» esta colección de poesías.

* * *

De sobra sé que faltan aquí muchos buenos, grandes poetas. Pero no era posible incluirlos a todos y ya dije al iniciar estos comentarios que preferí hacer resaltar el aspecto religioso de la generación del «27» por menos reproducida y comentada en esa faceta. Y de los últimos he escogido los que responden a la temática menos apreciada y manifiesta ahora: la del hombre amado por Dios y la de Dios amado por el hombre.

Y un último ruego: espero que algunos buenos amigos de cierta tertulia madrileña, muchos de ellos con una obra madura y magnífica, sabrán excusar su ausencia. Otros que me prometieron sus poemas no me los han mandado. Las cartas que dirigí a algunos apremiándolos me han sido devueltas por error en las señas, o no han sido contestadas. Y en lo que respecta a este continente desde el cual escribo, sé que también faltan nombres importantes y espero tener ocasión de llenar algún día estos vacíos, realmente involuntarios.

* * *

La selección ha sido ardua, pero me daré por satisfecha si los lectores descubren, entre tanto poema distinto, entre tantas voces que con diferentes tesituras cantan, al fin y al cabo, lo mismo, la emoción estética y la palabra única que les llame a cada uno «por su nombre».

México, febrero de 1970.

ERNESTINA DE CHAMPOURCIN

NOTA A LA SEGUNDA EDICION

En esta segunda edición de *Dios en la poesía actual* yo hubiera querido salvar dos obstáculos casi infranqueables, el factor distancia y el factor tiempo, a fin de corregir ciertos defectos señalados por la crítica y de los que no voy a excusarme.

El primero, la deficiente representación de cada poeta, se ha subsanado, al menos en parte, ahora. Si queda algún autor con solamente uno o dos poemas, atribúyase a la dificultad de una comunicación directa, o de encontrar, aquí, sus libros.

Ya se sabe que, salvo alguna honrosa excepción, el gremio de los libreros suele torcer el gesto ante el libro de poesía, que tan pocos beneficios le brinda, aunque sea siempre alguno más que al propio poeta. La búsqueda de los poemas que yo quería añadir me habría llevado a largos periplos por las librerías de viejo, cosa muy grata sin duda, pero que los agobios de la vida en una enorme ciudad ya no permiten.

El hecho de no indicar la procedencia de cada aportación no se debe, es obvio, a la ignorancia de dichas fuentes, ya que se recurrió, como es lógico, a ellas, sino al propósito de dedicar los pocos miles de líneas asignadas a la poesía en sí.

Como ya lo indiqué en la nota preliminar de la primera edición, la «generación del 27» ha sido para muchos una sorpresa en lo que respecta a la inquietud religiosa. Sin embargo, me interesa aclarar que no ha habido «tensión» alguna por mi parte en la búsqueda de esa nota peculiar. No fue preciso repasar, hoja por hoja, volúmenes de «Poesías completas»; mis lecturas de siempre y la amistad y contacto personal con sus autores bastaron para llevarme al camino que buscaba.

No es preciso tensión alguna para percibir el acento profundamente místico de Emilio Prados, y más aún cuando se ha tenido el privilegio de verlo vivir su largo exilio y escucharle en sus últimos días, a más de casi

acompañarle en su muerte cristiana. Lo mismo puede decirse de los otros representantes de esta famosa generación. Ocupan su lugar en mi *Antología* por derecho propio y nada más.

Si faltan grandes poetas que todos admiramos, y cuyos nombres están en nuestras bocas, es porque les faltó o no supe encontrar entre su obra ese inefable «no sé qué» que pide el título de este florilegio.

El lector encontrará también algunos poetas que fueron omitidos, pero no adrede, en la primera edición. El P. Emilio del Río, al enviarme su densa e interesante *Antología de la poesía católica del siglo XX*, ambiciosa por su internacionalidad, pues incluye a 42 autores de 21 países, me hizo recordar a Francisco Luis Bernárdez, el magnífico poeta argentino, con su acento un poco claudeliano a veces y su religiosidad de hombre que vive en el mundo y desde él siente a Dios.

El nicaragüense Ernesto Cardenal, personalidad llena de complejidades, aparece aquí con sus *Salmos* de resonancia antigua en lengua moderna y sus vivencias de cuando, en el noviciado del monasterio trapense de Getsemaní, tuvo por maestro a Thomas Merton. En la actualidad se dedica a la contemplación y a la escultura en la comunidad fundada por él en la isla de Solentiname.

De los españoles conocidos por mí y admirados hace tiempo, Rafael Morales ocupa el lugar eminente que le corresponde. Y ruego a aquellos que no hayan recibido mi carta pidiéndoles autorización para incluirlos en la *Antología*, que no se sorprendan: en unos casos no les debe de haber llegado; en otros, como en el de esta segunda edición, me faltaron direcciones y tiempo. La BAC, ante la aceptación de este libro por el público, no ha querido retrasar la segunda edición, y, por lo tanto, yo no he podido prepararla con la calma que quisiera haberme exigido. Esperemos que, con el favor de los lectores, podamos llegar un día a la *Antología* «ideal», en la que no falte nadie y en la que hasta los críticos encuentren todo lo que buscan.

EL MODERNISMO

JOAN MARAGALL

Nació en Barcelona en 1860 y murió en la misma ciudad en 1911. Obras: *L'oda infinita* (1888), *La vaca cega y Paternal* (1891), *Claror* (1894), *El pas de l'any*, *Comte*, *Armau* y *Visions i cantos* (1897), *Les muntanyes* (1901), *Les disperses* (1904), *Intermezzo*, *Oda nova a Barcelona* (1910) y *Seqüències* (1911).

GOIGS A LA VERGE DE NÚRIA

Verge de la vall de Núria,
voltada de soletats,
que immòbil en la foscuria
i en vostres vestits daurats,
oïu l'eterna cantúria
del vent i les tempestats.
Verge de la vall de Núria
a Vós vénen les ciutats.

Vers Vós avancen incertes
per les altes quietuds
i els camins desconeguts
de les grans serres desertes.

Troben rius que naixent van
en els regnes dels pastors,
i ramats esquellejant
lentament pasturadors.

Van pels cims celestials
sobre les muntanyes nues...
Les congrestres brillen crues
amb blancures immortals.

Van per augustes carenes
on del buit amb els afanys
troben, abocant-s'hi a penes,
al fons de les valls serenes
les mirades blavoses dels estanys.

I del vent sota la fúria,
menyspreuador dels sentits,
amb els sentits desmaiats,
se'n baixen a la foscúria
de la nostra vall de Núria
voltada de soletats.

Aquí ens teniu, Verge tosca,
vagament cercant redós
en el clos misteriós
de vostra capella fosca.

Cau la nit per tot arreu...
nostre cor torna's psalteri
pressentint el sant misteri
tremolós de vostra veu.

Per què ens mireu Verge santa,
amb aquests ulls tan oberts?
Doneu-nos l'esgarrifança
dels vells miracles complerts!

Castigueu nostre sentit
amb tant d'oblidades febres!
Deu ànima a les tenebres!
Deu-nos la fe de la Nit...

Que demà, quan surti el sol,
tonarem a pendre el vol
per les serres encantades,
i els camins de les cascades
seguirem de sol a sol...

Les cascades que s'estan
allà lluny canta que canta,
tot trenant i destrenant
llur blancura ressonanta
sobre el negre mur gegant.

Cospats per negres alçàries,
eixordats de la remor,
anirem avall com l'aigua
per les goles solitàries
plenes d'abims i frescor.

Quan a l'última portella
tot el cel s'eixamplará,
amb alegria novella
veurem la plana més bella
i la verdor que s'hi fa.

.....
A l'hivern quan neva i plou
i la ciutat se remou
brillant d'insomnis i fúria,
nostres ulls enlluernats
veuran, allà en la foscúria,
la immòbil Verge de Núria
voltada de soletats.

CANT ESPIRITUAL

Si el món ja és tan formós, Senyor, si es mira
amb la pau vostra a dintre de l'ull nostre,
què més ens podeu dà en una altra vida?

Perxò estic tan gelós dels ulls, i el rostre,
i el cos que m'heu donat, Senyor, i el cor
que s'hi mou sempre... i temo tant la mort!

Amb quins altres sentits me'l fareu veure
aquest cel blau damunt de les muntanyes,
i el mar immens, i el sol que pertot brilla?
Deu-me en aquests sentits l'eterna pau
i no voldré més cel que aquest cel blau.

Aquell que a cap moment li digué «—Atura't»
sinó al mateix que li dugué la mort,
jo no l'entenc, Senyor; jo, que voldria
aturar tants moments de cada dia
per fè'ls eterns a dintre del meu cor!...
O és que aquest «fè etern» és ja la mort?

Mes llavors, la vida, què seria?
Fóra l'ombra només del temps que passa,
la il·lusió del lluny i de l'a prop,
i el compte de lo molt, i el poc, i el massa,
enganyador, perquè ja tot ho és tot?

Tant se val! Aquest món, sia com sia,
tan divers, tan extens, tan temporal;
aquesta terra, amb tot lo que s'hi cria,
és ma pàtria, Senyor; i no podria
ésser també una pàtria celestial?
Home só i és humana ma mesura
per tot quant puga creure i esperar:
si ma fe i ma esperança aquí s'atura
me'n fareu una culpa més enllà?

Més enllà veig el cel i les estrelles,
i encara allí voldria ésser-hi hom:
si heu fet les coses a mos ulls tan belles,
si heu fet mos ulls i mos sentits per elles,
per què aclucà'ls cercant un altre com?

Si per mi com aquest no n'hi haurà cap!
Ja ho sé que sou, Senyor; prò on sou, qui ho sap?
Tot lo que veig se vos assembla en mi...
Deixeu-me creure, doncs, que sou aquí.

I quan vinga aquella hora de temença
en què s'acluquin aquests ulls humans,
obriu-me'n, Senyó, uns altres de més grans
per contemplar la vostra faç immensa.
Sia'm la mort una major naixença!

EL MAL CAÇADOR

La missa matinal
la diuen allà dalt
aixís que es fa de dia.

La missa de l'estiu
el capellà la diu
amb les portes obertes.

S'oeix de tots costats
quan enflaira els serrats
el ginestar de Corpus.

El caçadó es daleix.
De fora estant l'oeix
amb un genoll a terra.

Al bell punt d'alçar Déu,
li bota allà al bell peu
la llebre endiastrada.

S'esventa el gos lladrant,
la llebre fuig botant,
i el caçadó al darrera.

«Corres i correràs.
Mai més t'aturaràs».
Aquesta és la sentència.

«Doncs, corro i correré.
Mai més m'aturaré.
Alegre és la sentència».

S'allunyen amb el vent,
perdent-se en un moment
els crits, la fressa, el rastre...

Passen dies i nits...
Pels marges re florits
ha tornat Corpus Christi.

La missa matinal
la diuen allà dalt,
les portes són obertes.

En un vent de visió
passa el mal caçador
entre lladrucs i fressa.

Se gira i veu l'altar,
i al peu el capellà,
i en alt veu l'Hòstia càndida.

Passa i es perd al lluny...
La boirina de juny
cenyeix l'horitzó immòbil.

Roden les estacions,
revénen els plançons:
cada any, cada any ve Corpus.

Cada any torna a passar;
cada any torna a mirar,
cada any, la missa augusta.

Cada any els capellans
tenen més cabells blancs
i aixequen més els braços.

Cada any l'Hòstia es va alçant,
el temple es va aixafant
i l'Hòstia puja, puja...

Passen més anys i més,
el capellà no hi és:
l'Hòstia va sola en l'aire.

Amunt... amunt... amunt...
La volta perd el junt,
la llum del cel s'hi filtra.

L'Hòstia s'hi va acostant...
El temple es va esquerdant...
El caçador no para.

Ve un any, la volta cau
i s'obre el gran cel blau
damunt de l'Hòstia blanca,

que s'alça lentament...
Al ser l'estiu vinent
floreix el temple en runes.

Se'n va pujant al cel...
El caçadó amb anhel,
cada any, cada any la mira.

L'Hòstia per'nà al zenit,
té l'espai infinit,
i ell, per caçà, encisat,
té el temps, l'eternitat.

MIGUEL DE UNAMUNO

Nació en Bilbao (1864) y murió en Salamanca en 1936.
Obras: *Poesía* (1907), *Rosario de sonetos ltricos* (1911), *El Cristo de Velázquez* (1920), *Teresa, poema*; *Romances del destierro* (1937), *De Fuerteventura a París* (1925), *Rimas de dentro*, *Cancionero* (1953).

HERMOSURA

*¡Aguas dormidas,
verdura densa,
piedras de oro,
cielo de plata!*

Del agua surge la verdura densa;
de la verdura,
como espigas gigantes, las torres
que en el cielo burilan
en plata su oro.
Son cuatro fajas:
la del río, sobre ella la alameda,
la ciudadana torre
y el cielo en que reposa.
Y todo descansando sobre el agua,
fluido cimientó,
agua de siglos,
espejo de hermosura.
La ciudad en el cielo pintada
con luz inmóvil;
inmóvil se halla todo,
el agua inmóvil,
inmóviles los álamos,
quietas las torres en el cielo quieto.
Y es todo el mundo;
detrás no hay nada.
Con la ciudad enfrente me hallo solo,
y Dios entero
respira entre ella y yo toda su gloria.

A la gloria de Dios se alzan las torres,
 a su gloria los álamos,
 a su gloria los cielos
 y las aguas descansan a su gloria.
 El tiempo se recoge;
 desarrolla lo eterno sus entrañas;
 se lavan los cuidados y congojas
 en las aguas inmóviles,
 en los inmóviles álamos,
 en las torres pintadas en el cielo,
 mar de altos mundos.
 El reposo reposa en la hermosura
 del corazón de Dios que así nos abre
 tesoros de su gloria.
 Nada deseo,
 mi voluntad descansa,
 mi voluntad reclina
 de Dios en el regazo su cabeza
 y duerme y sueña...
 Sueña en descanso
 toda aquesta visión de alta hermosura.
 ¡Hermosura! ¡Hermosura!
 Descanso de las almas doloridas,
 enfermas de querer sin esperanza.
 ¡Santa hermosura,
 solución del enigma!
 Tú matarás la Esfinge,
 Tú reposas en ti sin más cimiento.
 Gloria de Dios, te bastas.
 ¿Qué quieren esas torres?
 Ese cielo, ¿qué quiere?,
 ¿qué la verdura?,
 ¿y qué las aguas?
 Nada, no quieren;
 su voluntad murióse;
 descansan en el seno
 de la hermosura eterna;
 son palabras de Dios limpias de todo
 querer humano.

Son la oración de Dios que se regala
 cantándose a sí mismo,
 y así mata las penas.

La noche cae; despierto,
 me vuelve la congoja,
 la espléndida visión se ha derretido,
 vuelvo a ser hombre.
 Y ahora dime, Señor, dime al oído:
 tanta hermosura,
 ¿matará nuestra muerte?

SALMO I

(Ex 33,20)

Señor, Señor, ¿por qué consientes
 que te nieguen ateos?
 ¿Por qué, Señor, no te nos muestras
 sin velos, sin engaños?
 ¿Por qué, Señor, nos dejas en la duda,
 duda de muerte?
 ¿Por qué te escondes?
 ¿Por qué encendiste en nuestro pecho el ansia
 de conocerte,
 el ansia de que existas,
 para velarte así a nuestras miradas?
 ¿Dónde estás, mi Señor; acaso existes?
 ¿Eres tú creación de mi congoja,
 o lo soy tuya?
 ¿Por qué, Señor, nos dejas
 vagar sin rumbo
 buscando nuestro objeto?
 ¿Por qué hiciste la vida?
 ¿Qué significa todo, qué sentido
 tienen los seres?
 ¿Cómo del peso eterno de las lágrimas,
 del mar de las angustias,
 de la herencia de penas y tormentos
 no has despertado?

Señor, ¿por qué no existes?
 ¿Dónde te escondes?
 Te buscamos, y te hurtas;
 te llamamos, y callas;
 te queremos, y Tú, Señor, no quieres
 decir: ¡vedme, mis hijos!
 Una señal, Señor, una tan sólo,
 una que acabe
 con todos los ateos de la tierra;
 una que dé sentido
 a esta sombría vida que arrastramos.
 ¿Qué hay más allá, Señor, de nuestra vida?
 Si Tú, Señor, existes,
 ¡dí por qué y para qué, di tu sentido!
 ¡Di por qué todo!
 ¿No pudo bien no haber habido nada,
 ni Tú, ni mundo?
 Di el porqué del porqué, ¡Dios de silencio!
 Está en el aire todo,
 no hay cimientto ninguno
 y todo vanidad de vanidades.
 «Coge el día», nos dice
 con mundano saber aquel romano
 que buscó la virtud fuera de extremos,
 medianía dorada
 e ir viviendo... ¿qué vida?
 «Coge el día», y nos coge
 ese día a nosotros,
 y así, esclavos del tiempo, nos rendimos.
 ¿Tú, Señor, nos hiciste
 para que a ti te hagamos,
 o es que te hacemos
 para que Tú nos hagas?
 ¿Dónde está el suelo firme, dónde?
 ¿Dónde la roca de la vida, dónde?
 ¿Dónde está lo absoluto?
 ¡Lo absoluto, lo suelto, lo sin traba
 no ha de entrabarse
 ni al corazón ni a la cabeza nuestra!

Pero... ¿es que existe?
 ¿Dónde hallaré sosiego?
 ¿Dónde descanso?
 ¡Fantasma de mi pecho dolorido;
 proyección de mi espíritu al remoto
 más allá de las últimas estrellas;
 mi yo infinito;
 sustanciación del eternal anhelo;
 sueño de la congoja;
 Padre, Hijo del alma;
 oh Tú, a quien negamos afirmando
 y negando afirmamos,
 dinos si eres!
 ¡Quiero verte, Señor, y morir luego,
 morir del todo;
 pero verte, Señor, verte la cara,
 saber que eres!
 ¡Saber que vives!
 ¡Mírame con tus ojos,
 ojos que abrasan;
 mírame y que te vea!
 ¡Que te vea, Señor, y morir luego!
 Si hay un Dios de los hombres,
 el más allá, ¿qué nos importa, hermanos?
 ¡Morir para que El viva,
 para que El sea!
 Pero, ¡Señor, «yo soy» dinos tan sólo,
 dinos «yo soy» para que en paz muramos,
 no en soledad terrible,
 sino en tus brazos!
 ¡Pero dinos que eres,
 sácanos de la duda
 que mata al alma!
 Del Sinaí desgarras las tinieblas
 y enciende nuestros rostros
 como a Moisés el rostro le encendiste;
 baja, Señor, a nuestro tabernáculo,
 rompe la nube,
 desparrama tu gloria por el mundo.

y en ella nos anega;
 ¡que muramos, Señor, de ver tu cara,
 de haberte visto!
 «Quien a Dios ve se muere»,
 dicen que has dicho Tú, Dios de silencio;
 ¡que muramos de verte
 y luego haz de nosotros lo que quieras!
 ¡Mira, Señor, que va a rayar el alba
 y estoy cansado de luchar contigo
 como Jacob lo estuvo!
 ¡Dime tu nombre!
 ¡Tu nombre, que es tu esencia!
 ¡Dame consuelo!
 ¡Dime que eres!
 ¡Dame, Señor, tu espíritu divino,
 para que al fin te vea!
 El espíritu todo lo escudriña
 aun de Dios lo profundo.
 Tú solo te conoces,
 Tú solo sabes que eres.
 ¡Decir «yo soy»! ¿Quién puede a boca llena
 sino Tú solo?
 ¡Dinos «yo soy», Señor, que te lo oigamos,
 sin velo de misterio,
 sin enigma ninguno!
 Razón del Universo, ¿dónde habitas?
 ¿Por qué sufrimos?
 ¿Por qué nacemos?
 Ya de tanto buscarte
 perdimos el camino de la vida,
 el que a ti lleva
 si es, ¡oh mi Dios!, que vives.
 Erramos sin ventura,
 sin sosiego y sin norte,
 perdidos en un nudo de tinieblas,
 con los pies destrozados,
 manando sangre,
 desfallecido el pecho,
 y en él el corazón pidiendo muerte

Ve, ya no puedo más, de aquí no paso,
 de aquí no sigo,
 aquí me quedo;
 yo ya no puedo más, ¡oh Dios sin nombre!
 Ya no te busco,
 ya no puedo moverme, estoy rendido;
 aquí, Señor, te espero,
 aquí te aguardo,
 en el umbral tendido de la puerta
 cerrada con tu llave.
 Yo te llamé, grité, lloré afligido,
 te di mil voces;
 llamé y no abriste,
 no abriste a mi agonía;
 aquí, Señor, me quedo,
 sentado en el umbral como un mendigo
 que aguarda una limosna;
 aquí te aguardo.
 Tú me abrirás la puerta cuando muera,
 la puerta de la muerte,
 y entonces la verdad veré de lleno,
 sabré si Tú eres
 o dormiré en tu tumba.

LIBERTATE, SEÑOR

Dime tú lo que quiero,
 que no lo sé...
 Despoja a mis ansiones de su velo...
 Descúbreme mi mar,
 Mar de lo eterno...
 Dime quién soy..., dime quién soy..., que vivo...
 Revélame el misterio...
 Descúbreme mi mar...
 Abreme mi tesoro,
 mi tesoro, ¡Señor!
 ¡Ciérrame los oídos,
 ciérramelos con tu palabra inmensa,
 que no oiga los quejidos
 de los pobres esclavos de la tierra...

¡Que al llegar sus murmullos a mi pecho,
al entrar en mi selva,
me rompen la quietud!

* * *

Tu palabra no muere, nunca muere...
porque no vive...

No muere tu palabra omnipotente,
porque es la vida misma,
y la vida no vive...
no vive..., vivifica...

Tu palabra no muere..., nunca muere...,
¡nunca puede morir!

Follaje de la vida,
raíces de la muerte...,

jeso son sus palabras nada más!

Me llegan sus canciones al oído...
estribillos de moda...

¡cantan la libertad!

No canta libertad más que el esclavo,
el pobre esclavo;

el libre canta amor,
te canta a ti, ¡Señor!

Que en mí cante tu selva,
¡selva de inmensidad!

Que en mí cante tu selva,
la virgen selva libre en que colgaste
al aire libre

mi nido del follaje...

Que en mí cante tu selva,
¡selva de inmensidad!

Allí en sus jaulas de oro,
fuera del nido,

la cantinela en moda

repiten los esclavos... ¡pobrecillos!

¡Libérta-los!

¡Libérta-los, Señor!

Mira, Señor, que mi alma
jamás ha de ser libre

mientras quede algo esclavo
en el mundo que hiciste,
y mira que si al alma no libertas,
al alma en que Tú vives,
serás en ella esclavo.

¡Tú, Tú mismo, Señor!

¡Libérta-te!

¡Libérta-te, Señor!

¡Libérta-les,

átales con tu amor!

Libérta-te.

¡Libérta-te en tu amor!

Libérta-me.

¡Libérta-me, Señor!

* * *

No me muestres sendero,

no me muestres camino;

no me lo muestres,

que no lo sigo...

Déjame descansar en tu reposo,

en el reposo vivo,

y en su dulce regazo,

en tu seno dormido

guárda-me, ¡Señor!

Guárdame tranquilo,

guárdame en tu mar,

mar del olvido...,

mar de lo eterno...,

guárda-me, ¡Señor!

No me muestres camino,

no me muestres sendero,

que no lo sigo...

¡No puedo andar!

A las demás renuncio

si sigo una vereda...;

quiero perderme,

perderme sin senderos en la selva,

selva de vida;

quiero tenerla abierta...,
las sendas me la cierran...,
guárda-me,
guárda-me, ¡Señor!

* * *

Callaron los esclavos...
Están durmiendo...
Callaron los esclavos...
En silencio te rezan sin saberlo...
Mientras duermen te rezan,
es oración su sueño...
No los despiertes...
Libérta-los.
¡Libérta-los, Señor!
Ata-les con el sueño...
Libérta-los.
¡Libérta-los, Señor!
Mientras quede algo esclavo
no será mi alma libre,
ni Tú, Señor,
ni Tú que en ella vives...
Serás tú mismo esclavo...
Libérta-me,
libérta-me, ¡Señor!
Libérta-te,
libérta-te, ¡Señor!
¡Libérta-te!

EL CRISTO DE VELAZQUEZ

(Fragmentos)

(ECCE HOMO)

Tu cuerpo de hombre con blancura de hostia
para los hombres es el evangelio.
Dieron sus cuerpos los helenos dioses
de la rosada niebla del Olimpo
para la vista en paño de hermosura,

regocijo de vida que se escurre;
mas sólo Tú, la carne que padece,
la carne de dolor que se desangra,
a las entrañas nos la diste en pábulo,
pan de inmortalidad a los mortales.
¡Tú eres el Hombre-Dios, Hijo del hombre!
La humanidad en doloroso parto
de última muerte que salvó a la vida
te dio a luz como Luz de nuestra noche,
que es todo un hombre el Dios de nuestra noche,
y hombría es su humanidad divina.
Tú eres el Hombre, la Razón, la Norma,
tu cruz es nuestra vara, la medida
del dolor que sublima, y es la escuadra
de nuestra derechura: ella endereza,
cuando caído, al corazón del hombre.
Tú has humanado al Universo, Cristo,
¡que por ti es obra humana! ¡Vedlo todo!
«He aquí al Hombre!» por quien Dios es algo.
«¡No tengo hombre!», decimos en los trances
de la vida mortal; mas Tú contestas:
«¡Yo soy el Hombre, la Verdad, la Vida!»
¡Tal es el Hombre, Rey de las naciones
de desterrados, de la Iglesia santa,
del pueblo sin hogar que va cruzando
el desierto mortal tras de la enseña
y cifra de lo eterno, que es la cruz!...

(LA VIDA ES SUEÑO)

¿Estás muerto, Maestro, o bien tranquilo
durmiendo estás el sueño de los justos?
Tu muerte de tres días fue un desmayo,
sueño más largo que los otros tuyos;
pues tú dormías, Cristo, sueños de Hombre,
mientras velaba el corazón. Posábase,
ángel sobre tu sien, esa primicia
del descanso mortal, ese pregusto
del sosiego final de aqueste tráfigo;
cual pabellón las blandas alas negras

del ángel del silencio y del olvido sobre tus párpados; lecho de sábana pardo, la tierra nuestra madre; al borde, con los brazos cruzados, meditando sobre sí mismo, el Verbo. Y di, ¿soñabas? ¿Soñaste, Hermano, el reino de tu Padre? ¿Tu vida acaso fue, como la nuestra, sueño? ¿De tu alma fue en el alma quieta fiel trasunto del sueño de la vida de nuestro Padre? Di, ¿de qué vivimos sino del sueño de tu vida, Hermano? ¡No es la sustancia de lo que esperamos, nuestra fe, nada más que de tus obras el sueño, Cristo! ¡Nos pusiste el cielo, ramilletes de estrellas de venturas; hicistenos la noche para el alma cual manto regio de ilusión eterna! Por Ti los brazos del Señor nos brizan al vaivén de los cielos y al arrullo del silencio que tupe por las noches la bóveda de luces tachonada. ¡Y tu sueño es la paz que da la guerra, y es tu vida la guerra que da paz!

(SOLEDAD)

Abandonado de tu Dios y Padre, que con sus manos recogió tu espíritu, te alzas en ese tronco congojoso de soledad, sobre la escueta cumbre del teso de la calavera, encima del bosque de almas muertas que esperaban tu muerte, que es su vida. ¡Duro trono de soledad! Tú, solo, abandonado de Dios y de los hombres y los ángeles, eslabón entre cielo y tierra, mueres, ¡oh León de Judá, Rey del desierto y de la soledad! Las soledades hinchas del alma, y haces de los hombres solitarios un hombre; Tú nos juntas,

y a tu soplo las almas van rodando en una misma ola. Pues moriste, Cristo Jesús, para juntar en uno a los hijos de Dios que andan dispersos, sólo un rebaño bajo de un pastor.

LA ORACION DEL ATEO

Oye mi ruego Tú, Dios que no existes, y en tu nada recoge estas mis quejas; Tú que a los pobres hombres nunca dejas sin consuelo de engaño. No resistes

a nuestro ruego y nuestro anhelo vistas, cuando Tú de mi mente más te alejas; más recuerdo las plácidas consejas con que mi alma endulzóme noches tristes.

¡Qué grande eres, mi Dios! Eres tan grande, que no eres sino Idea; es muy angosta la realidad por mucho que se expande

para abarcarte. Sufro yo a tu costa, Dios no existente; pues si Tú existieras, existiría yo también de veras.

AUTHADEIA

Dejadme solo, que no quiero bandas; menos si de ellas me queréis caudillo, pues sé muy bien que empañaréis mi brillo con vuestra sombra. Un potro son las andas

que me ofrecéis, aun cuando lleven randas de oro y laurel. No quiero de argandillo servir para el devane del ovillo de vuestras viles pasioncillas blandas.

Solo y señero, que éste es mi castigo, y en mi castigo busco mi consuelo; solo y señero, y pongo por testigo

a Dios, que mientras pese aquí en el suelo
a El, que me aísla, quiero por amigo
y os emplazo a vosotros para el cielo.

A UNA PAJARITA DE PAPEL

¡Habla, que lo quiere el niño!

¡Ya está hablando!

El Hijo del Hombre, el Verbo
encarnado

se hizo Dios en una cuna

con el canto

de la niñez campesina,

canto alado...

¡Habla, que lo quiere el niño!

¡Hable tu papel, mi pájaro!

Háblale al niño que sabe

voz del alto,

la voz que se hace silencio

sobre el fango...

Háblale al niño que vive

en su pecho a Dios criando...

Tú eres la paloma mística,

tú el Santo

Espíritu que hizo el hombre

con sus manos...

Habla a los niños, que el reino

tan soñado

de los cielos es del niño

soberano;

del niño, rey de los sueños,

¡corazón de lo creado!

¡Habla, que lo quiere el niño!

¡Ya está hablando!...

RAMON DEL VALLE-INCLAN

Nació en Villagarcía de Arosa (Pontevedra) (1866-1936). Los temas religiosos aparecen especialmente en *Aromas de Leyenda* y en *El Pasajero*, recogidos en el volumen de *Claves Líricas*. La única poesía religiosa de tema gallego está distribuida al pie de los poemas del primero de los referidos volúmenes, formando lo que se han llamado «las jarchas de Valle-Inclán».

CANTIGAS

Campana, campaniña

do Pico Sagro,

toca por que floreza

a rosa do milagro.

Estaba una pomba blanca

sobre un rosal florecido,

pra un ermitaño do monte

o pan levaba no vico.

Por sobre o rosal

voa un paxariño

que leva unha rosa

a Jesús Meniño.

¡Ruseñol! ¡Cotovía!

¡Paxariño lindo!

Cántame no peito

que o teño ferido.

Anque sea ben baixo,

canta paxariño.

Cántame no peito,

paxariño lindo,

que con Jesús falas

no teu asovío.

Pola mañán cedo,

lindo ruseñol,

hai na tua cantiga

orballo de frol.

¡Orballiño fresco

nas pallas do día,
orballiño, gracia
de Santa María!

PROSAS DE DOS ERMITAÑOS

En la austera quietud del monte
y en la sombra de un peñascal,
nido de buitres y de cuervos
que el cielo cubren al volar,
razonaban dos ermitaños:
San Serenín y San Gundián.

—San Serenín, padre maestro,
tu grande saber doctoral,
que aconseja a papas y reyes,
puede mi alma aconsejar
y un cirio de cándida cera
encender en su oscuridad.

—San Gundián, padre maestro,
y definidor teologal,
confesor de papas y reyes
en toda la cristiandad,
el cirio que enciende mi mano
ninguna luz darte podrá.

—San Serenín, padre maestro,
mis ojos quieren penetrar
en el abismo de la muerte,
el abismo del bien o el mal
adonde vuelan nuestras ánimas
cuando el cuerpo al polvo se da.

—San Gundián, padre maestro,
¿quién el trigo contó al granar,
y del ave que va volando
dice en dónde se posará,
y de la piedra de la honda
y de la flecha, adónde van?

—San Serenín, padre maestro,
como los ríos a la mar,
todas las cosas en el mundo
hacen camino sin final.
Y el ave y la flecha y la piedra
son en el aire Eternidad.

—San Gundián, padre maestro,
todo el saber en eso da:
Cuanto es misterio, en el misterio
ha de ser por siempre jamás,
hasta que el cirio de la muerte
nos alumbré en la Eternidad.

—San Serenín, padre maestro,
esa luz que no apagarán
todas las borrascas del mundo,
mi aliento quisiera apagar.
¡El dolor de sentir la vida
en otra vida seguirá!

—San Gundián, padre maestro,
mientras seas cuerpo mortal
y al cielo mires, en el día
la luz del sol te cegará,
y en la noche, las negras alas
del murciélago Satanás.

Callaron los dos ermitaños
y se pusieron a rezar.
San Serenín, como más viejo,
tenía abierto su misal,
y en el misal la calavera
abría su hueco mirar.

LA TRAE UN CUERVO

¡Tengo rota la vida! En el combate
de tantos años ya mi aliento cede,
y el orgulloso pensamiento abate
la idea de la muerte, que lo obsede.

Quisiera entrar en mí, vivir conmigo,
poder hacer la cruz sobre mi frente,
y sin saber de amigo ni enemigo,
apartado, vivir devotamente.

¿Dónde la verde quiebra de la altura
con rebaños y músicos pastores?
¿Dónde gozar de la visión tan pura
que hace hermanas las almas y las flores?
¿Dónde cavar en paz la sepultura
y hacer místico pan con mis dolores?

LA TRAE UNA PALOMA

Corazón, melífica en ti el acimo
fruto del mundo, y de dolor llagado,
aprende a ser humilde en el racimo
que es de los pies en el lagar pisado.

Por tu gracia de lágrimas el limo
de mi forma será vaso sagrado,
verbo de luz la cárcel donde gimo
con la sierpe del tiempo encadenado.

¡Alma lisiada, negra, arrepentida,
arde como el zarzal ardió en la cumbre!
¡Espina del dolor, rasga mi vida

en una herida de encendida lumbre!
¡Dolor, eres la clara amanecida,
y pan sacramental es tu acedumbre!

RUBEN DARIO

Nació en Metapa (Nicaragua) en 1867 y murió en León (Nicaragua) en 1916. Puede decirse que fue el introductor del movimiento poético modernista en América y en la misma Europa. Obras: *Epístolas y poemas* (1885), *Abrojos* (1887), *Prosas profanas* (1896), *Cantos de vida y esperanza* (1905), *Oda a Mitre* (1906), *El canto errante* (1907), *Poema del otoño y otros poemas* (1910), *Canto a la Argentina y otros poemas* (1914), *Sol de domingo* (1917), *Lira póstuma* (1919). Por no prolongar esta nota omitimos la larga serie de selecciones, antologías, obras completas y reediciones de este poeta.

CANTO DE ESPERANZA

Un gran vuelo de cuervos mancha el azul celeste.
Un soplo milenario trae amagos de peste.
Se asesinan los hombres en el extremo Este.
¿Ha nacido el apocalíptico Anticristo?
Se han sabido presagios, y prodigios se han visto,
y parece inminente el retorno del Cristo.
La tierra está preñada de dolor tan profundo
que el soñador, imperial meditabundo,
sufre con las angustias del corazón del mundo.
Verdugos de ideales afligieron la tierra,
en un pozo de sombras la humanidad se encierra
con los rudos colosos del odio y de la guerra.
¡Oh, Señor Jesucristo!, ¿por qué tardas, qué esperas
para tender tu mano de luz sobre las fieras
y hacer brillar al sol tus divinas banderas?
Surge de pronto y vierte la esencia de la vida
sobre tanta alma loca, triste o empedernida
que, amante de tinieblas, tu dulce aurora olvida.
Ven, Señor, para hacer la gloria de ti mismo;
ven con temblor de estrella y horror de cataclismo;
ven a traer amor y paz sobre el abismo.
Y tu caballo blanco, que miró el visionario,
pase. Y suene el divino clarín extraordinario.
Mi corazón será brasa de tu incensario.

A FRANCISCA

Ajena al dolo y al sentir artero,
 llena de la ilusión que da la fe,
 lazarillo de Dios en mi sendero,
 Francisca Sánchez, acompáñame...
 En mi pesar de duelo y de martirio,
 casi inconsciente me pusiste miel,
 multiplicaste pétalos de lirio
 y refrescaste la hoja de laurel.
 Ser cuidadosa del dolor supiste
 y elevarte al amor sin comprender;
 enciendes luz en las horas del triste,
 pones pasión donde no puede haber.
 Seguramente Dios te ha conducido
 para regar el árbol de mi fe;
 hacia la fuente de noche y de olvido,
 Francisca Sánchez, acompáñame...
 Y huelle tu talón de rosa
 la arena de oro perfumado
 por los unguentos de la Esposa
 en los jardines del Amado.

LA CARTUJA

Este vetusto monasterio ha visto,
 secos de orar y pálidos de ayuno,
 con el breviario y con el Santo Cristo,
 a los callados hijos de San Bruno.
 A los que en su existencia solitaria
 con la locura de la cruz y al vuelo
 místicamente azul de la plegaria,
 fueron a Dios en busca de consuelo.
 Mortificaron con las disciplinas
 y los cilicios la carne mortal
 y opusieron, orando, las divinas
 ansias celestes al furor sexual.
 La soledad que amaba Jeremías,

el misterioso profesor de llanto,
 y el silencio, en que encuentran armonías
 el soñador, el místico y el santo,
 fueron para ellos minas de diamantes
 que cavan los mineros serafines
 a la luz de los cirios parpadeantes
 y al son de las campanas de maitines.
 Gustaron las harinas celestiales
 en el maravilloso simulacro,
 herido el cuerpo bajo los sayales,
 el espíritu ardiente en amor sacro.
 Vieron la nada amarga de este mundo,
 pozos de horror y dolores extremos,
 y hallaron el concepto más profundo
 en el profundo de «Morir tenemos».
 Y como a Pablo e Hilarión y Antonio,
 a pesar de cilicios y oraciones,
 les presentó con su hechizo, el demonio,
 sus mil visiones de fornicaciones.
 Y fueron castos por dolor y fe,
 y fueron pobres por la santidad,
 y fueron obedientes porque fue
 su reina de pies blancos la humildad.
 Vieron los belcebúes y satanes
 que esas almas humildes y apostólicas
 triunfaban de maléficos afanes
 y de tantas acedias melancólicas.
 Que el *Mortui estis* del candente Pablo
 les forjaba corazas arcangélicas
 y que nada podría hacer el diablo
 de halagos finos o añagazas bélicas.
 ¡Ah!, fuera yo de esos que Dios quería,
 y que Dios quiere cuando así le place,
 dichosos ante el temeroso día
 de losa fría y *Requiescat in pace!*
 Poder matar el orgullo perverso
 y el palpitante de la carne maligna,
 todo por Dios, delante el Universo,
 con corazón que sufre y se resigna.

Sentir la unción de la divina mano,
 ver florecer de eterna luz mi anhelo,
 y oír como un Pitágoras cristiano
 la música teológica del cielo.
 Y al fauno que hay en mí, darle la ciencia
 que al Ángel hace estremecer las alas.
 Por la oración y por la penitencia
 poner en fuga a las diablas malas.
 Darme otros ojos, no estos ojos vivos
 que gozan en mirar, como los ojos
 de los sátiros locos medio-chivos,
 redondeces de nieve y labios rojos.
 Darme otra boca en que queden impresos
 los ardientes carbones del asceta,
 y no esta boca en que vinos y besos
 aumentan gulas de hombre y de poeta.
 Darme unas manos de disciplinante
 que me dejen el lomo ensangrentado,
 y no estas manos lúbricas de amante
 que acarician las pomas del pecado.
 Darme una sangre que me deje llenas
 las venas de quietud y en paz los sesos,
 y no esta sangre que hace arder las venas,
 vibrar los nervios y crujir los huesos.
 ¡Y quedar libre de maldad y engaño
 y sentir una mano que me empuja
 a la cueva que acoge al ermitaño,
 o al silencio y la paz de la Cartuja!

AMADO NERVO

Nació en México, en 1870, y murió en Montevideo (1919). Diplomático de su país en España y Uruguay. Obras poéticas: *Perlas negras* (1898), *Poemas* (1901), *Los jardines interiores* (1905), *En voz baja* (1900), *Serenidad* (1914), *Elevación* (1917), *Plenitud* (1918), *El estanque de los lotos* (1919), *La amada inmóvil* (1920), *El arquero divino* (1927).

LA HERMANA AGUA

(Fragmento)

EL AGUA MULTIFORME

«El agua toma siempre la forma de los vasos que la contienen», dicen las ciencias que mis pasos atisban y pretenden analizarme en vano; yo soy la resignada por excelencia, hermano.
 ¿No ves que a cada instante mi forma se aniquila?
 Hoy soy torrente inquieto y ayer fui agua tranquila;
 hoy soy, en vaso esférico, redonda; ayer, apenas me mostraba cilíndrica en las ánforas plenas,
 y así pitagorizo mi ser, hora tras hora:
 hielo, corriente, niebla, vapor que el día dora,
 todo lo soy, y a todo me pliego en cuanto cabe.
 ¡Los hombres no lo saben, pero Dios sí lo sabe!
 ¿Por qué tú te rebelas? ¿Por qué tu ánimo agitas?
 ¡Tonto! ¡Si comprendieras las dichas infinitas de plegarse a los fines del Señor que nos rige!
 ¿Qué quieres? ¿Por qué sufres? ¿Qué sueñas? ¿Qué te aflige?
 ¡Imaginaciones que se extinguen en cuanto aparecen... En cambio, yo canto, canto, canto!
 Canto mientras tú penas, la voluntad ignota;
 canto cuando soy linfa; canto cuando soy gota,
 y al ir, Proteo extraño, de mi destino en pos,
 murmuro: ¡Que se cumpla la santa ley de Dios!

¿Por qué tantos anhelos sin rumbo tu alma fragua?
 ¿Pretendes ser dichoso? Pues bien: sé como el agua;
 sé como el agua, llena de oblación y heroísmo,
 sangre en el cáliz, gracia de Dios en el bautismo;
 sé como el agua, dócil a la ley infinita,
 que reza en las iglesias en donde está bendita,
 y en el estanque arrulla meciendo la piragua.
 ¿Pretendes ser dichoso? Pues bien: sé como el agua;
 viste, cantando, el traje de que el Señor te viste,
 y no estés triste nunca, que es pecado estar triste.
 Deja que en ti se cumplan los fines de la vida;
 sé declive, no roca; transfórmate y anida
 donde al Señor le plazca, y al ir del fin en pos,
 murmura: —¡Que se cumpla la santa ley de Dios!
 Lograrás, si lo hicieres así, magno tesoro
 de bienes: si eres bruma, serás bruma de oro;
 si eres nube, la tarde te dará su arrebol;
 si eres fuente, en tu seno verás temblando al sol;
 tendrán filetes de ámbar tus ondas, si laguna
 eres, y si océano, te plateará la luna.
 Si eres torrente, espuma tendrás tornasolada,
 y una crencha de arco iris en flor, si eres cascada.
 Así me dijo el agua con místico reproche,
 y yo, rendido al santo consejo de la Maga,
 sabiendo que es el Padre quien habla entre la noche,
 clamé con el Apóstol: —Señor, ¿qué quieres que haga?

OFERTORIO

Deus dedit, Deus abstulit.

Dios mío, yo te ofrezco mi dolor:
 ¡Es todo lo que puedo ya ofrecerte!
 Tú me diste un amor, un solo amor,
 ¡un gran amor!

Me lo robó la muerte
 ... y no me queda más que mi dolor.
 Acéptalo, Señor:
 ¡Es todo lo que puedo ya ofrecerte!...

EL SIGNO

No hables a todos de las cosas bellas y esenciales.
 No arrojes margaritas a los cerdos.
 Desciende al nivel de tu interlocutor para no humi-
 llarle o desorientarle.
 Sé frívolo con los frívolos...; pero de vez en cuando,
 como sin querer, como sin pensarlo, deja caer en
 su copa, sobre la espuma de su frivolidad, el péta-
 lo de rosa del ensueño.
 Si no reparan en él, recógelo y vete de su lado, sonrien-
 te siempre; es que para ellos aún no llega la hora.
 Mas si alguien coge el pétalo, como a hurtadillas, y lo
 acaricia, y aspira su blando aroma, hazle en segui-
 da un discreto signo de inteligencia...
 Llévale después aparte; muéstrale alguna o algunas de
 las flores milagrosas de tu jardín; háblale de la
 Divinidad invisible que nos rodea... y dale la pa-
 labra del conjuro, el ¡*Sésamo, ábrete!* de la *verda-*
dera libertad.

¿LE BUSCAS? ES QUE LE TIENES

Oirás decir frecuentemente a muchos que no encuen-
 tran a Dios.
 Pregúntales si le buscan y hasta dónde llega su anhelo
 de hallarle.
 Si le buscan con mucho ahínco, tranquilízalos, porque
 ya le han encontrado...
 Dios dice a Pascal en las *Meditaciones*:
 «Console toi, tu ne me chercherais pas si tu ne m'avais
 trouvé»¹.
 Pensamiento admirable, capaz de inundar de consuelo
 al espíritu más árido y desolado.
 Pensamiento, por otra parte, de una sorprendente exac-
 titud.

¹ «Consuélate, no me buscarías si no me hubieras ya encontrado».

El que busca, en efecto, a Dios con ahínco es porque le ama, y el que le ama, ya le posee.

Amar a Dios y poseerle es todo uno.

Por eso el autor de estas líneas ha dicho en unos versos, glosando la frase del divino pensador francés:

«Alma, sigue hasta el final—en pos del Bien de los bienes—y consuélate en tu mal—pensando como Pascal—: «¿Le buscas? ¡Es que le tienes!»

SI AMAS A DIOS

Si amas a Dios, en ninguna parte has de sentirte extranjero, porque El estará en todas las regiones, en lo más dulce de todos los países, en el límite indeciso de todos los horizontes.

Si amas a Dios, en ninguna parte estarás triste, porque, a pesar de la diaria tragedia, El llena de júbilo el universo.

Si amas a Dios, no tendrás miedo de nada ni de nadie, porque nada puedes perder, y todas las fuerzas del cosmos serían impotentes para quitarte tu heredad.

Si amas a Dios, ya tienes alta ocupación para todos los instantes, porque no habrá acto que no ejecutes en su nombre, ni el más humilde ni el más elevado.

Si amas a Dios, ya no querrás investigar los enigmas, porque le llevas a El, que es la clave y resolución de todos.

Si amas a Dios, ya no podrás establecer con angustia una diferencia entre la vida y la muerte, porque en El estás y El permanece incólume a través de todos los cambios.

¿COMO ES?

¿Es Dios personal?

¿Es impersonal?

¿Tiene forma?

¿No tiene forma?

¿Es esencia?

¿Es substancia?

¿Es uno?

¿Es múltiple?

¿Es la conciencia del universo?

¿Es voluntad sin conciencia y sin fin?

¿Es todo lo que existe?

¿Es distinto de todo lo que existe?

¿Es como el alma de la naturaleza?

¿Es una ley?

¿Es simplemente la armonía de las fuerzas?

¿Está en nosotros mismos?

¿Es nosotros mismos?

¿Está fuera de nosotros?

Alma mía, hace tiempo que tú ya no te preguntas estas cosas.

Tiempo ha que estas cosas ya no te interesan.

Lo único que tú sabes es que le amas.

LE TIENES

Pues busco, debo encontrar.

Pues llamo, débenme abrir.

Pues pido, me deben dar.

Pues amo, débeme amar

aquel que me hizo vivir.

¿Calla? Un día me hablará.

¿Me pone a prueba? Soy fiel.

¿Pasa? No lejos irá;

pues tiene alas mi alma, y va

volando detrás de El.

Es poderoso, mas no

podrá mi amor esquivar.

Invisible se volvió,

mas ojos de lince yo

tengo y le habré de mirar.

Alma, sigue hasta el final

en pos del Bien de los bienes

y consuélate en tu mal
pensando como Pascal:
«¿Le buscas? ¡Es que le tienes!»

PASTOR

Pastor, te bendigo por lo que me das.
Si nada me das, también te bendigo.
Te sigo riendo si entre rosas vas.
Si vas entre cardos y zarzas, te sigo.
¡Contigo en lo menos, contigo en lo más,
y siempre contigo!

LA ORACION

No será lo que quieres—murmura el desaliento—,
tu plegaria es inútil; no verá tu pupila
el dulce bien que sueñas... ¡Imposible es tu intento!
Yo escucho estas palabras como el rumor del viento
y sigo en mi oración obstinada y tranquila.

MANUEL MACHADO

Nació en Sevilla en 1874 y murió en Madrid en 1947. Obras:
Alma (1902), *Caprichos* (1905 y 1908), *La fiesta nacional* (1906),
Alma, *Museo*, *Cantares* (1907), *El mal poema* (1909), *Apolo*
(1911), *Cante hondo* (1916), *Trofeos* (1913), *Canciones y dedi-*
catorias (1915), *Sevilla y otros poemas* (1918), *Ars moriendi*
(1921). Poesías: *Opera omnia lírica* (1924), *Poesías escogidas*,
Barcelona (1910), *Fénix* (1936), *Cadencias* (1947).

JESUS DEL GRAN PODER

Jesús del Gran Poder, Señor, Dios mío...
Si en medio de la noche sevillana
aparece tu efigie soberana
entre gotas de llanto y de rocío...

Si de tu santa faz el sol sombrío
antes que el astro enciende la mañana
y de tu sangre la Divina grana
eterna corre como fluye el río...

Y vuelven a bajar las golondrinas
a quitar de tu frente las espinas
al mandato de Amor, eterno y fuerte.

Ríndese el mal y el odio. Y tu «Carrera»
al hombre enseña, al fin, de qué manera
puede ser Dios un condenado a muerte.

A NUESTRA SEÑORA DE LA ESPERANZA

(Sevilla, madrugada del Jueves Santo)

¡Virgen de la Esperanza! ¡Macarena!...
Y una explosión de sol y de armonía,
y un fluir generoso de alegría...

¡Y un sentir que está el alma toda llena!

¡Virgen de la Esperanza! En tu morena
cara divina el sevillano día
toma toda la luz de su poesía...
Mañana de cristal, tarde serena.

¡Ay, de no amar, de no creer, no hay modo
cuando tu imagen célica aparece
mecida entre el incienso, en lontananza!

¡Ay mi Sevilla, que lo tiene todo:
cuando el Señor del Gran Poder le ofrece
la Fe y la Caridad... Tú, la Esperanza!

LA SAETA

I

«Míralo por dónde viene
el Mejor de los nacidos...»
Una calle de Sevilla
entre rezos y suspiros...
Largas trompetas de plata...

Túnicas de seda... Cirios
 en hormiguero de estrellas
 festoneando el camino...
 El azahar y el incienso
 embriagan los sentidos...
 Ventana que da a la noche
 se ilumina de improviso
 y en ella una voz—¡saeta!—
 canta o llora, que es lo mismo:
 «Míralo por dónde viene
 el Mejor de los nacidos...»

II

Canto llano... Sentimiento
 que sin guitarra se canta.
 Maravilla
 que por acompañamiento
 tiene... la Semana Santa
 de Sevilla.
 Cantar de nuestros cantares,
 llanto y oración. Cantar,
 salmo y trino.
 Entre efluvios de azahares
 tan humano y, a la par,
 ¡tan divino!
 Canción del pueblo andaluz:
 ... De cómo las golondrinas
 le quitaban las espinas
 al Rey del cielo en la cruz.

LAS CONCEPCIONES DE MURILLO

De las dos Concepciones, la morena...
 La de gracia celeste y sevillana,
 la más divina cuanto más humana,
 la que habla del querer y de la pena.
 La pintada a caricias ideales...
 La toda bendición, toda consuelo,
 la que mira a la tierra desde el cielo
 con los divinos ojos maternales.

La que sabe de gentes que en la vida
 van sin fe, sin amor y sin fortuna,
 y en vez del agua beben el veneno.

La que perdona y ve... La que convida
 a la dicha posible y oportuna,
 al encanto de amar y de ser bueno.

ANTONIO MACHADO

Nació en Sevilla en 1875 y murió en Collioure (Francia) en 1939. Obras: *Soledades* (1903), *Soledades, Galerías y otros poemas* (1907), *Campos de Castilla* (1912), *Nuevas canciones* (1925), *La guerra* (1938). Varias ediciones de *Poesías completas*.

Anoche cuando dormía
 soñé, ¡bendita ilusión!,
 que una fontana fluía
 dentro de mi corazón.
 Di, ¿por qué acequia escondida,
 agua, vienes hasta mí,
 manantial de nueva vida
 en donde nunca bebí?
 Anoche cuando dormía
 soñé, ¡bendita ilusión!,
 que una colmena tenía
 dentro de mi corazón;
 y las doradas abejas
 iban fabricando en él,
 con las amarguras viejas,
 blanca cera y dulce miel.
 Anoche cuando dormía
 soñé, ¡bendita ilusión!,
 que un ardiente sol lucía
 dentro de mi corazón.
 Era ardiente porque daba
 calores de rojo hogar,
 y era sol porque alumbraba
 y porque hacía llorar.

Anoche cuando dormía
soñé, ¡bendita ilusión!,
que era Dios lo que tenía
dentro de mi corazón.

* * *

Señor, ya me arrancaste lo que yo más quería.
Oye otra vez, Dios mío, mi corazón clamar.
Tu voluntad se hizo, Señor, contra la mía.
Señor, ya estamos solos mi corazón y el mar.

* * *

Ayer soñé que veía
a Dios y que a Dios hablaba;
y soñé que Dios me oía...
Después soñé que soñaba.

* * *

Todo hombre tiene dos
batallas que pelear:
en sueños lucha con Dios;
y despierto, con el mar.

* * *

Anoche soñé que oía
a Dios, gritándome: ¡Alerta!
Luego era Dios quien dormía,
y yo gritaba: ¡Despierta!

PROFESION DE FE

Dios no es el mar, está en el mar; riela
como luna en el agua o aparece
como una blanca vela;
en el mar se despierta o se adormece.
Creó la mar, y nace
de la mar cual la nube y la tormenta;
es el Criador y la criatura lo hace;

su aliento es alma, y por el alma alienta.
Yo he de hacerte, mi Dios, cual Tú me hiciste,
y para darte el alma que me diste
en mí te he de crear. Que el puro río
de caridad que fluye eternamente,
fluya en mi corazón. ¡Seca, Dios mío,
de una fe sin amor la turbia fuente!

* * *

No desdeñéis la palabra;
el mundo es ruidoso y mudo,
poetas, sólo Dios habla.

* * *

¿Para qué llamar caminos
a los surcos del azar?...
Todo el que camina anda,
como Jesús, sobre el mar.

LA SAETA

*¿Quién me presta una escalera
para subir al madero,
para quitarle los clavos
a Jesús el Nazareno?*

SAETA POPULAR

¡Oh, la saeta, el cantar
al Cristo de los gitanos,
siempre con sangre en las manos,
siempre por desenclavar!
¡Cantar del pueblo andaluz,
que todas las primaveras
anda pidiendo escaleras
para subir a la cruz!
¡Cantar de la tierra mía,
que echa flores
al Jesús de la agonía,

y es la fe de mis mayores!
 ¡Oh, no eres tú mi cantar!
 ¡No puedo cantar, ni quiero
 a ese Jesús del madero,
 sino al que anduvo en el mar!

EN TREN

Yo, para todo viaje
 —siempre sobre la madera
 de mi vagón de tercera—,
 voy ligero de equipaje.
 Si es de noche, porque no
 acostumbro a dormir yo,
 y de día, por mirar
 los arbolitos pasar,
 yo nunca duermo en el tren,
 y, sin embargo, voy bien.
 ¡Este placer de alejarse!
 Londres, Madrid, Ponferrada,
 tan lindos... para marcharse.
 Lo molesto es la llegada.
 Luego, el tren, al caminar,
 siempre nos hace soñar;
 y casi, casi olvidamos
 el jamelgo que montamos.
 ¡Oh, el pollino
 que sabe bien el camino!
 ¿Dónde estamos?
 ¿Dónde todos nos bajamos?
 ¡Frente a mí va una monjita
 tan bonita!
 Tiene esa expresión serena
 que a la pena
 da una esperanza infinita.
 Y yo pienso: Tú eres buena;
 porque diste tus amores
 a Jesús; porque no quieres
 ser madre de pecadores.

Mas tú eres
 maternal,
 bendita entre las mujeres,
 madrecita virginal.
 Algo en tu rostro es divino
 bajo tus cofias de lino,
 Tus mejillas
 —esas rosas amarillas—
 fueron rosadas, y, luego,
 ardió en tus entrañas fuego;
 y hoy, esposa de la Cruz,
 ya eres luz, y sólo luz...
 ¡Todas las mujeres bellas
 fueran, como tú, doncellas
 en un convento a encerrarse!...
 ¡Y la niña que yo quiero,
 ay, preferirá casarse
 con un mocito barbero!
 El tren camina y camina,
 y la máquina resuella,
 y tose con tos ferina.
 ¡Vamos en una centella!

RAMON CABANILLAS ENRIQUEZ

Nacido en Cambados, Pontevedra (1876-1959). Cultivó la épica de tema religioso y legendario, como la lírica. Obra poética: *No desterro, Camiños no tempo, Samos*.

ORACION

Da nube baixa á decaída rosa
 o orballo que a sostén fresca e vizosa,
 e a rosa, agradecida
 á graciosa mercede recibida,
 fai do orballo fragancia deleitosa
 que en fios de recendo rube e rube
 a perfumar a nube.

A alma pol-a voz de Dios unxida
conquire santa, inmorredoira vida:
xusto é que, como a rosa,
pagadora da gracia miragrosa
ruba ó ceo de donde foi roscida,
de gratitude anxélica emisaria,
trastocada en pregaría.

P A Z

É a man da paz a santa man que enxoita
bágoas do dor e sangue da ferida,
reconforto da alma esmorecida
pol-os estragos da mundana loita.

É a man da paz a santa man recoita
que acolle a ovella no breñal perdida
e pondo os lobos irtos en fuxida
verte a mel do consolo encol da coita.

Trouxo, ó baixar do ceo, unha roseira
da que fixo ó silencio xardineiro,
co-a soedades por guión e freira.

E a chantóu, con acerto milagreiro,
na terra máis doada e criandeira:
o recatado craustro do mosteiro.

SILENZO

Cando o paxaro agáchase no niño,
o vento dorme, o río vai calado
e o espírito voa ó ceo, translevado,
en cobiza de luz e de aloumiño,

ergue o silencio o cántico diviño:
¡A terra, o mar, o ámbito estrelado,
todo, Señor, se move ó teu mandado,
que Ti es comenzo e fin, rumbo e camiño!

¡Si la estrella de nuevo...!

Voz sin soído, milagreira fala
que soio escoita o corazón que cala
abrasado en amor de eternidade,

é a espresión das aladas xerarquías
tecida en silandeiras melonías
ante o solio da Eterna Maxestade.

ENRIQUE DIEZ-CANEDO

Nació en Badajoz (1879) y murió en México (1944). Su reputación como crítico literario fue extraordinaria, hasta el punto de que algunos olvidan su obra poética. Obras: *Versos de las horas* (1906), *La visita del sol* (1907), *La sombra del ensueño* (1910), *Algunos versos* (1924), *El desterrado* (1940), *Epigramas americanos* (1945), *Oración de los débiles al comenzar el año* (1950).

1919

¡Si la estrella de nuevo
señalara el camino!
Porque tú siempre naces,
pero ya no te anhelan
los pequeños del mundo
ni te buscan los sabios.
Cierran todos sus puertas;
sólo tienen los ojos
en el pan que sus manos
doloridas amasan
o en el arma que aguzan.
Temen ver a lo lejos
resplandores de hoguera.
Espantados, escuchan
el rumor de un galope
cada vez más cercano.
Pero si alguien hiciera
la pregunta olvidada
levantando los ojos
a buscar en el cielo

nuevamente la estrella,
¿brillaría en la noche?...
Porque tú siempre naces...

ORACION DE LOS DEBILES AL COMENZAR EL AÑO

Señor, el año empieza. Como siempre,
postrados a tus pies, la luz del día
queremos esperar. Cuando los rayos
del sol levante por el cielo extiendan
rosados matutinos esplendores,
descienda con su luz en nuestra frente
tu bendición, Señor. Eres la fuerza
que tenemos los débiles, nosotros.
Y porque, débiles de cuerpo,
mil veces nuestro espíritu flaquea
y hasta de tu sostén—¡perdón, oh Padre!—
llegamos a dudar.

Empieza el año.

¡Cuántos vimos venir! ¡Cuántos anhelos
de que al pasar las invernales horas,
las horas del dolor, en la sedante
calma de florecida primavera
pudiéramos curar nuestras heridas
para entrar, animosos y serenos,
en el seno fecundo del estío,
fortaleza del cuerpo y paz del alma!
¡Y cómo, con las hojas otoñales,
vencidos nuestros ánimos cayeron!
¡Y cómo nuevamente nos hallamos
en el hielo invernal, hielo de muerte!
Pero Tú, nuestra fuerza, que respondes
a nuestra voz doliente que te llama,
siempre nos consolaste. Y en el fondo
de la noche pensamos en el día.
Pensamos en el día de victoria
que tiene que venir... ¿quién sabe cuándo?
Tal vez cuando la noche más oscura

pese sobre la tierra, cuando reinen
vientos de tempestad y olas de crimen,
nazca el día risueño que esperamos,
como en Belén el Redentor del mundo,
rubio niño nacido en el siniestro
corazón de diciembre. ¡Y como entonces,
unidos los pastores y los reyes,
le vendrán a rendir parias y ofrendas!
Señor, empieza el año. Tú que sabes,
al ver del árbol las escuetas ramas
ateridas y tristes, cuántas hojas
las vestirán en la estación propicia;
Tú, que al ver arrojadas las simientes
en los surcos abiertos por la reja,
puedes contar los diminutos granos
que mecerán más tarde las espigas;
Tú, que ves cada día las arenas
que del peñasco ingente desarraigan
los besos furibundos de las olas,
ves igualmente lo que está escondido
del año que comienza en el arcano.
¿Qué nos guarda en él? ¿Como en los otros
que ya pasaron, la opresión del fuerte
sentirán nuestros hombros? ¿Serviremos
para que suban los que, más osados,
se apoyan en nosotros, y consiguen
lo que nosotros, fundamento suyo,
jamás conseguiremos? ¿En la nada
se agitarán nuestros inermes brazos?
¿O tal vez, más que nunca miserables,
perecerá—¡Señor, no lo permitas!—
nuestra esperanza en Ti?
Si a tu palabra
de la nada formáronse universos;
si fue tu voluntad razón bastante
para que el sol, rasgando las tinieblas,
a todo diera luz, calor y vida,
puedes con tu palabra salvadora
trocar la faz del mundo.

Padre nuestro
 que en los cielos estás: haz a los hombres
 iguales: que ninguno se avergüence
 de los demás; que todos al que gime
 den consuelo; que todos, al que sufre
 del hambre la tortura, le regalen
 en rica mesa de manteles blancos,
 con blanco pan y generoso vino;
 que todos, en su hogar, el fuego aviven
 para que a su calor los fríos miembros
 del caminante vuelvan a la vida;
 que no luchen jamás; que nunca emerjan
 entre las áureas mieses de la historia,
 sangrientas amapolas, las batallas;
 que no profanen la extensión augusta
 del mar inmenso las armadas naves;
 y reinando la paz, que todos tengan,
 como cifra de amor, por Ti bendita,
 una mujer, un campo y una casa.
 Y haz, Señor, que descienda sobre el mundo
 la luz de la Verdad; luz prodigiosa
 que trueca en alegría los pesares
 y en risa desatada el triste llanto.
 Luz, Señor, que ilumine las campiñas
 y las ciudades; que a los hombres todos
 en sus destellos mágicos envuelva
 y en las almas unidas desarrolle
 los mismos sentimientos, y equilibre
 para todos las fuerzas corporales.
 Luz inmortal, Señor, luz de los cielos,
 fuente de amor y causa de la vida.

JUAN RAMON JIMENEZ

Nació en Moguer (1881) y murió en San Juan de Puerto Rico en 1958. En 1916 casó con Zenobia Camprubí. En 1957 recibió el Premio Nobel de Literatura. Obras: *Almas de violeta* (1900), *Ninfeas* (1902), *Rimas* (1902), *Arias tristes* (1903), *Jardines lejanos* (1904), *Elejías puras* (1908), *Elejías intermedias* (1909), *Olvidanzas* (1909), *Elejías lamentables* (1910), *Baladas de primavera* (1910), *La soledad sonora* (1911), *Pastorales* (1911), *Melancolía* (1912), *Laberinto* (1913), *Estro* (1915), *Sonetos espirituales* (1917), *Diario de un poeta recién casado* (1917), *Eternidades* (1918), *Piedra y cielo* (1919), *Belleza* (1923), *Poesía* (1923), *Unidad* (1925), *Sucesión* (1932), *Canción* (1936), *Varias antologías*; *Estación total con las Canciones de la Nueva Luz* (1939), *Animal de fondo* (1949).

(DE «PASTORALES»)

¡Granados en cielo azul,
 calle de los marineros!;
 ¡qué verdes están tus árboles,
 qué alegre tienes el cielo!
 ¡Viento ilusorio del mar,
 calle de los marineros!;
 ojo azul, guedeja de oro,
 rostro florido y moreno.
 La mujer canta a la puerta:
 «¡Vida de los marineros!;
 ¡el hombre siempre en el mar
 y el corazón en el viento!»
 —¡Virgen del Carmen, que estén
 siempre en tus manos los remos,
 que, bajo tus ojos, sean
 dulce el mar y azul el cielo!—
 ... Por la tarde brilla el aire,
 el ocaso está de ensueños,
 es un oro de nostalgia,
 de llanto y de pensamiento...
 ¡Viento ilusorio del mar,
 calle de los marineros!;

la blusa azul, y la Virgen
milagrosa sobre el pecho.
¡Granados en cielo azul,
calle de los marineros!;
¡el hombre siempre en el mar
y el corazón en el viento!

ENFERMO

¡Ponlo otra vez, Señor, en pie sobre tu tierra,
y firme, y sonriente, y plácido!
—¡Que no sea este estar tendido, enfermo,
estar tendido ya por siempre!
¡Levántale, Señor; torna la sangre
justa a su corazón, el claro ver
a sus ojos, el bello hablar
a su boca; devuélvele
la corriente completa
al cauce exhausto de su pensamiento;
ese sentirse a gusto, ese
no sentirse la vida—y darla toda—,
que es vida plena!

¡Ponlo,
Señor, en pie, como me tienes
a mí, como estás Tú!

LO QUE VOS QUERAIS, SEÑOR

Lo que Vos queráis, Señor;
sea lo que Vos queráis.
Si queréis que entre las rosas
ría hacia los matinales
resplandores de la vida,
sea lo que Vos queráis.
Si queréis que, entre los cardos,
sangre hacia las insondables
sombras de la noche eterna,
sea lo que Vos queráis.
Gracias si queréis que mire,

gracias si queréis cegarme;
gracias por todo y por nada;
sea lo que Vos queráis.
Lo que Vos queráis, Señor;
sea lo que Vos queráis.

AMANECERES

Brisas primaverales
embriagan mi estancia
de una áspera fragancia
de hojas verdes, con agua, de rosales.
Aún no da el sol en el papel, escrito
con mano firme y pura,
mientras el noble corazón conrito
trocaba, blando, su amargura
en dulzura...
¡Qué paz y qué ventura!
Amanece, riendo, en lo infinito.
La fronda, ya despierta
y plena de la tropa cristalina
que engarza el alba en un gorgear bendito,
dora su claridad, que aún sueña, oscura;
¡viva esperanza cierta
en que la duda, fúnebre, perdura,
se va a colgar de una expresión divina!...
Canta la codorniz, fresca, allá abajo...
Viene un gorrión a la ventana abierta...
Pienso en Dios...
Y trabajo.

LA TRANSPARENCIA, DIOS, LA TRANSPARENCIA

Dios del venir, te siento entre mis manos;
aquí estás enredado conmigo, en lucha hermosa
de amor, lo mismo
que un fuego con su aire.
No eres mi redentor, ni eres mi ejemplo,

ni mi padre, ni mi hijo, ni mi hermano;
eres igual y uno, eres distinto y todo;
eres Dios de lo hermoso conseguido,
conciencia mía de lo hermoso.
Yo nada tengo que purgar.
Toda mi impedimenta
no es sino fundación para este hoy
en que, al fin, te deseo;
porque estás ya a mi lado,
en mi eléctrica zona,
como está en el amor el amor lleno.
Tú, esencia, eres conciencia; mi conciencia,
y la de otro, la de todos,
con forma suma de conciencia;
que la esencia es lo sumo,
es la forma suprema conseguible;
y tu esencia está en mí, como mi forma.

DIOS DESEADO Y DESEANTE

LA FRUTA DE MI FLOR

Esta conciencia que me rodeó
en toda mi vida,
como halo, aura, atmósfera de mí,
se me ha metido ahora dentro.
Ahora el halo es de dentro
y ahora es mi cuerpo centro
visible de mí mismo; soy, visible,
cuerpo maduro de este halo,
lo mismo que la fruta, que fue flor
de ella misma, es ahora la fruta de ella, flor.
La fruta de mi flor soy, hoy, por ti,
Dios deseado y deseante,
siempre verde, florido, fruteado,
y dorado y nevado, y verdecido
otra vez (estación total toda en un punto,
sin más tiempo ni espacio
que el de mi pecho, esta

mi cabeza sentida palpitante,
todo cuerpo, alma, míos
(con la semilla siempre
del más antiguo corazón).
Dios, ya soy la envoltura de mi centro,
de Ti dentro.

ESA ORBITA ABIERTA

Los pájaros del aire
se mecen en las ramas de las nubes;
los pájaros del agua
se mecen en las olas de la mar
(y viento, lluvia, espuma, sol en torno),
como yo, Dios, me mezco en los embates
de ola y rama, viento y sol, espuma y lluvia,
de tu conciencia mecedora bienandante.
(¿No es el goce
mayor de lo divino de lo humano,
el dejarse mecer en Dios, en la conciencia
rezagada de Dios, en la inmanencia madreada,
con su vaivén seguro interminable?)
Va y ven, el movimiento
de lo eterno que vuelve, en ello mismo
y en uno mismo;
esa órbita abierta
que no se sale de sí nunca; abierta,
y que nunca me libra de sí; abierta,
(porque)
lo cerrado no existe en su infinito,
aunque sea regazo y madre y gloria.

JOSEP CARNER

Nació en Barcelona en 1884. Obras: *L'idili dels nyanyos* (1904), *Libre dels poetes* (1904), *Deu rondalles de Jesus Infant* (1905), *Primer llibre de sonets* (1905), *Fruyts sabrosos* (1906), *Segon llibre de sonets* (1907), *La malvestat d'oriana* (1910), *Verger de les galanies* (1911), *La inútil ofrenda* (1924), *Les bonhomies* (1925), *Nabi* (1940), *El misterio de Quanaxhuta* (1943), *Bestiari* (1966) y *El tomo de l'any* (1967).

PRESERVACIO

Es pau només de pols la que es deposa
sobre el que ens fou amat i ens fou plangut.
Ja no sé pas ço que de mi reposa;
res no viu altrament que combatut.

L'hora foscant ha mal tenyit de rosa
la finestra que em serva, inconegut.
Diumenge pur: só franc de cada cosa.
Jo poblaré la meva solitud.

Un clos ja val com infinit teatre
per a desfer-hi eumenides, debatre
amb l'àngel, viure i caure en el combat.

Va a tomballons cap a la sort comuna
qui s'alegra i es plany de la fortuna:
no hi ha corona com un dol callat.

N A B I

(Fragment)

Tot era al món començament i joventut.
La mar mirallejava només per a un llagut.
Jo veia l'or del dia que sobre el mar s'escola.
En una cala, prop d'un pi, la negra gola
m'havia tirat a l'eixut.
Sentia olor de sal i olor de ginestera;
lluïa al sol un home pel turó

i anava a jeure en el tendal d'una figuera;
un fuminyol pujava damunt d'un cabanó.
—Ací, vaig dir, jo restaria
com l'arbre, com el roc. —Però la Veu vingué:
—Vés a l'esclat de Nínive, Jonàs, no passis dia:
plegats, tu arribaràs i Jo diré.

I em vaig alçar. Del roc l'ardència,
del pi l'aroma m'ignoraven el posat.
S'esvaïa tot tracte del lloc amb ma presència
com si ja hagués pres comiat.
Son gust d'embadalir perdia la mar blava;
mudà el jaient un núvol com si l'esquena em des;
sentia l'aire que es desficiava
i la mota de pols em deia: —Vés.—
I en aquell punt vaig ésser
com picat d'escurçó diví:
em va sobtar i em va garfir,
em va comprendre i consumir
la pressa.

En delerosa caminada,
sota l'asselellada
em retornava el brot de romaní;
i en fosquejant, quan em sentia deixondir,
em redreçava el cap l'amor de l'estelada
on era escrit el manament diví.
De mon trigament en revenja
feia com l'home que d'un sol neguit és ple:
dormir com qui no dorm, menjar com qui no menja,
fer via sense veure, sentir sense saber.

Era ma força i ma sola esperança
el mot que Déu m'havia dit.

I aquell mot repetia dia i nit
com un amant llaminejant amb delectança,
com un infant que va cantant per por d'oblit.
Cap arbre no em parava, cap casa no em prenia,
tot quant topava era darrera meu llençat,
i caminava nit i dia:
no veia més que pols roent o fosquedat.

Mon viatge en xardor, perill, dejuni
durà de pleniluni a pleniluni,
i l'esperó diví feia mes plantes lleus.
Amb res mos ulls no feren pacte
ni va tenir ma boca tracte:
soldar complint un manament exacte
no s'entrebanca de lligams ni adéus.

Però tantost la quarta lluna era passada,
malaltia cruel fou mon camí:
si deturava un punt la caminada,
no em sabia tenir.

Vermelles del sol les parpelles,
mes passes eren cada cop menys amatents;
empolsegades la barba i les celles,
feixuges les espatlles i mos badius ardents.
Les coses avinents semblaven en llunyària,
s'esgarriava l'esma dins la cremor del cap;
mon peu sagnava; malgirbaven llur pregària
el tèrbol seny, la llengua eixuta com un drap.
I vaig sentir un matí que la claror del dia
dintre ma testa feia com l'abellot que brum,
i ma mirada al raig del sol s'agemolia,
malreceptosa de la llum.

Volia tot pensant: —Iahvè t'espera—,
refer-me en nou delit;
però topant en pedra travessera,
a terra vaig trobar-me, colgat en polseguera,
i no sabia com alçar-me, estamordit.
—Fuig Nínive de mi? —vaig saber dir-me encara;
i per fer-me, batut, un poc de nit,
entre les mans vaig recerar la cara.

Darrera meu un vell descavalcà d'un ruc.
—Alça't! Qui cau, si no s'aixeca, algú l'enterra.
Un covenant de figues i una verra
porto a ciutat. Mai no l'has vista? Malastruc,
puja a cavall de l'ase. Poc tires per feixuc!
D'ací s'albira el lloc per on el riu aferra
la gran ciutat que talla i ascla i serra,
i abat les fites en el món poruc.

Ací l'home de cor occeix, empala, aterra;
els himnes de triomf són obra de l'eunuc.
Totes les arts acalen el front davant la guerra
car és l'espasa jove i l'esperit caduc.
I dels mercats emplenen seguidament el buc
amb saques precioses la gent de coll feixuc;
i vénen dones de tota la terra,
les més perfectes en pit i maluc.
Assur és immortal, i el món una desferra.

Ma testa amb pena es redreçà.
D'una torta del riu dellà
blanquejaven casals per la vorada;
i jo, de tort, com bèstia ferida, amb la mirada
que ho veia tot rodar,
vaig alçar el braç amb virior desesperada
del darrer pòsit de mob cor arrabassada:
i malversant-hi un any de vida vaig clamar:
—Quaranta dies més i Nínive caurà.

JOSEP MARIA LOPEZ PICO

Nació en Barcelona en 1886 y morí en la misma capital en 1959. Obras: *Intermezzo galant* (1910), *Turmet-Froment* (1910), *Pax* (1948), *Invocació secular* (1926), *Antologia lírica* (1931). Escribió sesenta colecciones de poemas recogidas en sus *Obras completas*, que se editaron en 1948.

ENTRE LA MORT I DEU

(Fragment)

Entre la mort i Déu l'hora s'inflama
crua, agressiva, violenta i dura;
que l'home diu: —No, no morir; vull viure!—
i, contra Déu que sent com si el devori,
també diu: —Viure!— amb un sol mot, per vèncer
la repugnant feblesa adverdadora
dels qui molt parlen per portar la vida,
sense el gust sa de contradir-se l'esma,

amb l'heroisme, que ni sap que ho sigui
 que renta la nuesa i alluenta
 els moments oposats, enlluernant-nos
 amb el contrast que fa la indiferència
 entre les penes d'uns i el goig d'uns altres.
 L'home que ahir caigué de la bastida
 tenia aquests companys que encara riuen.
 Ell no riurà mai més, i ells ara parlen
 de la festa que ve, i d'una dona.
 D'una dona, sabeu? Moltes es perden
 sense nom ni record, i foren noies,
 com la vostra Roser, filla de casa.
 No cal pensar-hi. Sant Joan que vingui
 i encengui a tots indrets noves fogueres
 i ajunti, flames d'un sol foc, els cossos,
 obedients en l'ímpetu que arbora
 la creadora força del deliri.
 No, no morir, sinó més viure i viure!
 Entre la mort i Déu l'home destria,
 ni de l'un ni de l'altre l'egoisme;
 però la vida per la vida el deixa
 decebut i cansat del guany inútil,
 com els cels combatuts d'opostes fúries
 que en ésser nit encenen l'alimària
 del seu repòs per altres mons sense homes;
 o com el port, un jorn de vaga al vespre,
 que sembla clos de ni enyorar els viatges:
 vaixells amb flanc als gastaments propici
 i pals immòbils, dreturers per l'odi.

LA VIDA EN DOS CAMINS...

La vida en dos camins. A l'un costat
 l'esquerp silenci on Déu treballa i calla;
 a l'altra banda la impotent batalla
 del meu diàleg amb la soletat.

Escenes dissemblants del mateix drama,
 diàlegs i silencis, Déu i jo.

Quantes comparses volen joc, però
 s'esporgueixen del vestit de flama!

I el desenllaç... que mai no troba fi,
 equívoc del camí triat a posta,
 pregunta desadita amb la resposta:
 si cercó Déu sols m'he trobat a mi;
 i si em cercava jo, la meva deixa
 és el límit distint on Déu ni es queixa.

GABRIELA MISTRAL

Nació en 1889 en Vicuña (Chile). Su verdadero nombre es Lucila Godoy. Maestra en las escuelas rurales de su país. En 1922 José Vasconcelos la llamó a México para colaborar en la reforma de la enseñanza en dicho país. Premio Nobel en 1945. Murió en 1957. Obra poética: *Desolación* (1922), *Ternura* (1925), *Tala*.

CREDO

Creo en mi corazón, ramo de aromas
 que mi Señor como una fronda agita,
 perfumando de amor toda la vida
 y haciéndola bendita.
 Creo en mi corazón, el que no pide
 nada porque es capaz del sumo ensueño
 y abraza en el ensueño lo creado,
 ¡inmenso dueño!
 Creo en mi corazón que cuando canta
 sumerge en el Dios hondo el flanco herido
 para subir de la piscina viva
 como recién nacido.
 Creo en mi corazón, el que tremola,
 porque lo hizo el que turbó los mares,
 y en el que da la Vida orquestaciones
 como de pleamares.
 Creo en mi corazón, el que yo expreso
 para teñir el lienzo de la vida
 de rojez o palor, y que le ha hecho
 veste encendida.

Creo en mi corazón, el que en la siembra
 por el surco sin fin fue acrecentado.
 Creo en mi corazón siempre vertido,
 pero nunca vaciado.
 Creo en mi corazón en que el gusano
 no ha de morder, pues mellará a la muerte;
 creo en mi corazón, el reclinado
 en el pecho del Dios terrible y fuerte.

NOCTURNO

«Padre nuestro que estás en los cielos,
 ¿por qué te has olvidado de mí?»
 Te acordaste del fruto en Febrero,
 al llagarse su pulpa rubí.
 ¡Llevo abierto también mi costado,
 y no quieres mirar hacia mí!
 Te acordaste del negro racimo,
 y lo diste al lagar carmesí;
 y aventaste las hojas del álamo,
 con tu aliento, en el aire sutil.
 ¡Y en el ancho lagar de la muerte
 aún no quieres mi pecho exprimir!
 Caminando vi abrir las violetas;
 el falerno del viento bebí,
 y he bajado, amarillos, mis párpados,
 por no ver más Enero ni Abril.
 Y he apretado la boca, anegada
 de la estrofa que no he de exprimir.
 ¡Has herido la nube de Otoño
 y no quieres volverte hacia mí!
 Me vendió el que besó mi mejilla;
 me negó por la túnica ruin.
 Yo en mis versos el rostro con sangre,
 como Tú sobre el paño, le di,
 y en mi noche del Huerto, me han sido
 Juan cobarde y el Ángel hostil.
 Ha venido el cansancio infinito
 a clavarse en mis ojos, al fin:

el cansancio del día que muere
 y el del alba que debe venir;
 ¡el cansancio del cielo de estaño
 y el cansancio del cielo de añil!
 Ahora suelto la mártir sandalia
 y las trenzas pidiendo dormir.
 Y, perdida en la noche, levanto
 el clamor aprendido de Ti:
 «Padre nuestro que estás en los cielos,
 ¿por qué te has olvidado de mí?»

INTERROGACIONES

¿Cómo quedan, Señor, durmiendo los suicidas?
 ¿Un cuajo entre la boca, las dos sienas vaciadas,
 las lunas de los ojos albas y engrandecidas,
 hacia un ancla invisible las manos orientadas?
 ¿O Tú llegas, después que los hombres se han ido,
 y les bajas el párpado sobre el ojo cegado,
 acomodas las vísceras sin dolor y sin ruido
 y entrecruzas las manos sobre el pecho callado?
 El rosal que los vivos riegan sobre su huesa
 ¿no les pinta a sus rosas unas formas de heridas?,
 ¿no tiene acre el olor, siniestra la belleza
 y las frondas menguadas, de serpientes tejidas?
 Y responde, Señor: cuando se fuga el alma,
 por la mojada puerta de las hondas heridas,
 ¿entra en la zona tuya hendiendo el aire en calma
 o se oye un crepitar de alas enloquecidas?
 ¿Angosto cerco lívido se aprieta en torno suyo?
 ¿El éter es un campo de monstruos florecido?
 ¿En el pavor no aciertan ni con el nombre tuyo?
 ¿O lo gritan, y sigue tu corazón dormido?
 ¿No hay un rayo de sol que los alcance un día?
 ¿No hay agua que los lave de sus estigmas rojos?
 ¿Para ellos solamente queda tu entraña fría,
 sordo tu oído fino y apretados tus ojos?
 Tal el hombre asegura, por error o malicia;
 mas yo, que te he gustado, como un vino, Señor,

mientras los otros siguen llamándote Justicia,
no te llamaré nunca otra cosa que ¡Amor!
Yo sé que como el hombre fue siempre zarpa dura;
la catarata, vértigo, aspereza la sierra,
¡Tú eres el vaso donde se esponjan de dulzura
los nectarios de todos los huertos de la Tierra!

JOSEP MASSO I VENTOS

Nació en Barcelona en 1891 y murió en la misma ciudad en 1931. Obras: *Portich* (1910), *Arca d'Ivori* (1912), *La hora tranquila* (1913) y posteriormente se publicaron sus *Camins de la vida* y *Vella cançó*.

L'ORACIO DEL PA

Aquest pa tan formós que la padrina
amb les mans amoroses ha pastat,
és fet amb el llevat i la farina
que reia ahir, daurada, al camp de blat.

Aquella forta massa tant brillanta
caigué sota la falç amb dolç morir,
i els cavalls de narina escumejanta
la petjaren a l'era un clar matí;

els cavalls que voltaven, crins perdudes,
alta la testà en flamejant estol
sobre l'or sanganent de les batudes,
heroicament orats de llum de sol.

I, després que fou tretta la farina
que dormia en els grans d'aquell forment,
ha passat per les mans de la padrina
que tenen aquell aire ben olent.

Ella en pastà aquest pa de pagesia,
tant bru de dins i clarament crostat;
i, mentre el gran miracle s'acomplia,
Senyor, tu en feies el teu cos sagrat.

Aquesta gran virtut olent que mostra,
ve de que la padrina, quan el treu,

li resa al seu damunt un Parenostre
i el parteix amb un signe de la creu.

Ara que ja el tenim sobre la taula,
feu que no ens manqui mai, Senyor, aquest pa;
i en tant purifiquem-me la paraula,
que els llavis vostre cos van a gustar.

Senyor, feu que demà, com cada dia,
llemeni aquest sojorn assollellat
aquest pa ben olent de pagesia,
tant bru de dins i clarament crostat.

CARLES RIBA

Nació en Barcelona en 1893 y murió en la misma capital en 1959. Obras: *Primer llibre d'estances* (1919), *Estances* (1930), *Tres suites* (1937), *Elegies de Bierville* (1946), *Del joc i del foc* (1946), *Salvatge cor* (1952), *Esbós per a tres oratoris* (1957).

AMOR, ADESIARA SENTO MON PENSAMENT...

Amor, adesiara sento mon pensament
que un sacre horror l'assalta en sa tranquilla via:
a l'un costat vas tu, la usada companyia;
però ens volta una turba pàlida i vehement.
Tàcites ombres, òrfenes de fesomia! L'alba
neix plena de records; d'elles, ni el nom se salva
de dins la mar udoladora del present.

Amor, elles amaren també, i de ventura
va ser llur pit desesperadament avar;
no sents—cendra tornà llur pit—el secular
heretatge de joia que dintre l'aire dura
difús? Les ombres vénen de llur estatge mort
no a pregar una minsa almoina de record,
ans a captar de llur tresor la dolça usura.

Amor, l'innúmer deute clama de dins l'abis.
Vivim dels juraments, els sospirs, les besades
infinites de tantes gèneres escolades!

També un dia la casa clara i el verd país
seran buits de nosaltres i sons d'altres vides
ignorants que jo i tu, ombres engelosides,
en cada cosa amada ventem un flam d'encís.

QUE JO NO SIGUI MES...

Que jo no sigui més com un ocell tot sol,
ales esteses sobre un gran riu
per on davallen lentes barques de gent que riu
a l'ombra baixa del tenderol,
i el rai que el muntanyenc mig nu, enyoradís,
mena amb fatiga cap a ciutats
que estrenyen l'aigua lliure entre molls oblidats
d'haver-hi comes verdes amb arbres i ramats
i un cloqueret feliç.

La vida passa, i l'ull no es cansa d'abocar
imatges clares dintre del cor.
... Tot en mi torna somni: nuvolet d'ombra i d'or
que flota i fina lluny de la mà.
Qui endinsa en el seu cor com un minaire avar,
qui de recança ulls clucs es peix,
tenen més que no jo, que estrany a mi mateix
i alt sobre els altres, guaito l'ona incessant com creix
i minva cap al mar.

Quin moviment humà pot encara desfer
l'encant, llançar-me sang i sentits
a la presa, que és nostra, afanyada, entre els dits,
o al cant, que d'home a home va i ve?
O ha d'ésser mon destí el de l'ocell reial
que un tret, per folga, tomba del cel,
i l'aigua indiferent l'endú, vençut rebel,
cobrint-se amb ala inútil els ulls buidats d'anhel,
sense un plany pel seu mal?

OMNE ANIMAL

Escolta, Déu, Tu més pregon, Tu alt
a somnis lluny per sobre el meu saber,
el crit que Et faig, Tu me n'has dat poder,
natura jo i, en mi, tot animal.

Lleuger de mi, he pres cel matinal,
seguint un cant que se m'endua alè,
veu i dolçor cap al raig i la fe;
m'han recollit l'agrum comú i el Mal.

Nu en el meu pes, m'he llançat, bus tenaç
en noble golf, pantera amb tèrbol pas
en bosc salvatge, al profund de l'amor;

la boca al goig, l'esperit cos avall,
de sobte he vist, dolç dins l'obac mirall
que l'inverteix, l'esclat del Teu Favor.

JOAN SALVAT-PAPASSEIT

Nació en Barcelona en 1894. Murió en Barcelona en 1924.
Obras: *Poemes en ondes hertzianas* (1919), *L'irradiador del port i les gavines* (1921), *Les conspiracions* (1922), *La gesta dels estels* (1922), *El poema de la rosa als llavis* (1923).

NADAL

Sento el fred de la nit
i la simbomba fosca.
Així el grup d'homes joves que ara passa cantant.
Sento el carro dels apís
que l'empedra: recolza
i els altres qui l'avencen, tots d'adreça al mercat.

Els de casa, a la cuina,
prop del braser que crema,
amb el gas tot encès han enllestit el gall.
Ara esguardo la lluna, que m'apar lluna plena;

i ells recullen les plomes,
 i ja enyoren demà.
 Demà posats a taula oblidarem els pobres
 —i tan pobres com som—.
 Jesús ja serà nat.
 Ens mirarà un moment a l'hora de les postres
 i després de mirar-nos arrencarà a plorar.

JUANA DE IBARBOUROU

Nació en Montevideo (Uruguay) en 1895. Obra poètica:
Las lenguas de diamante (1919), *Raíz salvaje* (1922), *La rosa de los vientos* (1930), *Perdida* (1950), *Azor* (1953), *Estampas de la Biblia*.

AMOR DIVINO

D I O S

El hombre tierno y cruel, el mirlo músico,
 el agua abierta en sus magnolias frescas,
 la tierra henchida de metales útiles,
 el trompo zumbador de las abejas;
 de aquí, a lo alto de la espesa esfera,
 el gemido hacia Ti, rezo implorante;
 en las celestes horas, risas jóvenes;
 en selva y mar los peces y elefantes
 que hace tu voluntad de obrero insigne;
 el musgo, fiel gamuza de los ángeles;
 la rosa elemental que se persigue
 para el amor y el verso alucinante;
 la belleza y el bien que no se miden,
 el carbón superado en los diamantes,
 el fuego alado y el alado aire,
 todo está en Ti, todo eres Tú, Tú eres,
 ¡oh Padre universal, extenso Padre!
 Por mi perfecta célula y el alma
 que a Ti elevo en jornadas de alabanza,

por la piedra que calla,
 por el río que canta,
 gracias, Señor, mi Dios, tan necesario
 que hasta el monstruo te ama.

RUTA

Apaciguada estoy, apaciguada,
 muertos ya los neblies de la sangre.
 Silencio es, silencio,
 el día que empezaba en jazmín suave.
 Por otras calles voy mucho más altas,
 bajo un gélido cielo de palomas.
 Es limpio, enjuto, el aire que me roza
 y hay en el campo frías amapolas.
 Serena voy, serena, ya quebradas
 las ardientes raíces de los nervios.
 Queda detrás el límite
 y empieza el nuevo cielo.

DIVINO AMOR

Porque es puro y es fiel y avizorante,
 y en el dolor me hubo acompañado,
 porque a las fieras hubo amordazado,
 canto a mi azor con lenguas de diamante.

JOSE CRECENTE VEGA

Lucense, de Castro de Rey (1896-1948). Sacerdote. Licenciado en Letras. Catedrático. Obra poética: *Codeseira*.

ORACION

Señor,
 pol-o teu amor...
 Pra o probe que amosa a man
 un bocadiño de pan.

Pra o que morre de segura
 unha sede de auga pura.
 Pra o que aterece de frío
 dunha raiola o desfío.
 Pra o que ás escuras camiña
 o claror dunha estrela.
 Pra o que ten falla de alento
 unha rachiña de vento.
 Señor...

LUIS PIMENTEL

Lucense. Nació en 1897. Obra poética: *Barco sin luces,*
Triscos, Sombra do aire nã herba.

O MEU REFUXIO

¡Cántas veces tremei de medo,
 pensando que se poden pechar as portas do meu refuxio!
 Nin somentes cabe un esmoleiro.
 Alí chego coa miña probe carga
 de refugallos, de lixumes...
 que tódolos un recolle.
 Pasa o tempo.
 E aquí montón escuro e triste
 —ou, milagre, Señor—
 convírtese nun tesouro
 brillante, de pedras preciosas.
 Cántas gracias teño aínda que che dare.
 A miña poesía, o meu reino, o meu refuxio...
 E outra vez tremando de medo
 pensando que as portas pódense pechar.

ORACION DERRADEIRA

Señor:
 Non che pido que camiñes
 sobre as augas.

Véñome sentar á túa beira.
 As miñas armas
 aí están sobor da area.
 Deixar que o mar
 as vele...
 ¡Estou canso!
 Pídoche
 que as douradas portas
 das lonxanías, as peches.
 De alí viñan os meus versos.
 Ise paxaro brillante
 fatigou a miña frente.
 Que sólo unha sombra
 seña sobre o mar.
 ¡Estou canso!
 Que os lirios
 do sono
 caian riba das miñas pálpebras.
 Non me fagas ningunha pregunta:
 faríame
 volver a empezar.
 Coma cando o viático
 por unha rúa pasa,
 eu quero ise silencio agora,
 ise solitario silencio
 que se levaron do Sagrario
 e que uns instantes
 queda pechado e valeiro.
 O mar está quedo,
 e na area
 as miñas modestas armas
 vanse sumindo.
 Non quero soñar
 coas miñas lonxanías misteriosas.
 Alonxa ise paxaro brillante.
 ¡Qué frescura sinte a miña frente,
 apoiada no teu manto!
 ¡Señor, Señor,
 pecha o meu libro pra sempre!

ORACION E GABANZA DOS NOSOS PES

¡Qué esforzo, Señor, pra non ser seixo,
e ser lúa, e ser azas!
Cando alí chega o sangue,
é xa resplandor.
Con qué teimosía a noite adoa istas rosas de marfil,
onde ten a luz seu derradeiro achego.
¿Non tremastes ó ollar as olas ós vosos pes núos?
Debaixo da auga xa non son nosos,
sinón dun náufrago.
Pes de Christo na furna choída do mencer.
A praia deserta garda unhas pisadas
sobor das que pinga
unha choiva de lirios.

.....
Aturades iste pesado queimor da frente
velando con modestia unha soma.

ORACION AL TERMINAR MI IGLESIA

Señor, mis manos están sucias
de tierra, de luna y de sangre.
Hoy he terminado mi obra.
Aún el espacio no ha sido domado:
llora y ruge bajo las bóvedas.
Entre los arcos, no hay el puro silencio,
el silencio que bruñe los cálices.
Tampoco las torres sentaron su cabeza
ni las campanas se llenaron de misterio.
(Cuando todo esté remansado,
diremos la primera misa.)
Sólo sé, Señor, que la distancia del umbral al altar
es la justa: una mirada que llega,
sin desmayar, hasta Ti.

ORACION PARA QUE NO SE MUERA
UN PAJARO

Señor, ¿por qué un pájaro de cerca puede ser un
monstruo?
Lo tengo en mis manos, y tiemblo de miedo.
Es como si fuese mi propio corazón.
Tiemblo, porque puedo matar
esta flor caliente y viva,
hacer que por su boca salgan
todas las mañanitas límpidas.
¿Por qué un pájaro es cosa siempre nueva para
nosotros?
Señor, ¿por qué en nuestras manos palpita el crimen?

ORACION AL POETA MUERTO

Señor, él ya no posee nada.
En las cuatro plazuelas suyas,
cuatro cirios arden,
cuatro ángeles fríos entre el polvo y sus pepeles.
Dadle, Señor, tan sólo una hierba
a él, que sacó de debajo de cualquier piedra
maravillosos sueños.
Solamente un tambor enlutado
bate en la noche su silencio;
en las altas noches
que él sostuvo con sus débiles hombros.
Dadle la mísera llama de una bujía
a él, que lo ha dado todo:
la rosa que hizo día y noche con sus dedos.
Tú, Señor, sabes que un poeta no posee nada.

ORACION DEL COMISIONISTA

Yo nada puedo ofrecerte, Señor:
Esta maleta llena de lívidos amaneceres de tren,
agua muerta en sábados silenciosos,
mis sueños ahogados en todos los verdós,

palomas fatigadas y auroras sin sangre
en los espejos, en tenebrosos remansos.
Hoy siento crecer en mis dedos una cruz vacía,
o miro encima de los lechos coronas de rosas sordas,
o pájaros muertos en patios dormidos.
Siempre, sobre la almohada, las mismas huellas.
¡Muerte de cuarto de hotel!
¿Quieres mis gafas frías, posadas en el mármol?...
¡Haz, Señor, para sus cristales, un íntimo paisaje!

GENERACION DEL "27"

JORGE GUILLEN

Nació en Valladolid (1893). Obras: *Cántico* (1928, 1935), *Cántico* (Fe de vida) (1945, México-Buenos Aires 1950), *Clamor* (1957, 1960, 1963, Buenos Aires) (tres vols.).

VIERNES SANTO

«Este cáliz apártalo de mí.

Pero si es necesario...»

Y el cáliz, de amargura necesaria,
fue llevado a la boca, fue bebido.

La boca, todo el cuerpo,
el alma del más puro
aceptaron el mal sin resistencia.

Y el mal era injusticia,
dolor

—un dolor infligido
con burla—

y sangre derramada.

Todo era necesario
para asumir aquella hombría atroz.
Era el Hijo del hombre.

Hijo con sus apuros, sus congojas,
porque el Padre está lejos o invisible,
y le deja ser hombre, criatura
de aflicción y de gozo,
de viernes y de sábado
sobre cuestras y cuestras.

¿Por qué le abandonaste si es tu Hijo?

Y los cielos se nublan,

la tierra se conmueve,
hay fragor indignado:

todo ve la injusticia. ¿Necesaria?

También sufren los justos que condenan
el mal

y rechazan su ayuda.

Pero el Hijo del hombre sí la quiere.

El es
 quien debe allí, sobre la cuesta humana,
 cargar con todo el peso de su hombría,
 entre los malos, colaboradores,
 frente a los justos que al horror se niegan.
 Culminación de crisis,
 a plenitud alzada.
 Esta vida suprema exige muerte.
 Ha de morir el Hijo.
 Tiene que ser el hombre más humano.
 También
 los minutos serenos transcurrieron:
 hubo días hermosos con parábolas.
 Es viernes hoy con sangre:
 sangre que a la verdad ya desemboca.
 Y entonces...
 Gemido clamoroso de final.
 Un centurión ya entiende.
 Lloran las tres Marías. Hombre sacro.
 La Cruz.

SABADO DE GLORIA

Sábado.

¡Ya gloria aquí!
 Maravilla hay para ti.
 Sí, tu primavera es tuya.
 ¡Resurrección, aleluya!
 Resucitó el Salvador.
 Contempla su resplandor.
 Aleluya en esa aurora
 que el más feliz más explora.
 Se rasgan todos los velos.
 Más Américas, más cielos.
 Ha muerto, por fin, la muerte.
 Vida en vida se convierte.
 Explosiones de esperanza.
 ¡A su forma se abalanza!
 Por aquí ha pasado Aquél.

¡Viva el Ser al ser más fiel!
 Todo a tanta luz se nombra.
 ¡Cuánto color en la sombra!
 Se arremolina impaciente
 la verdad. Triunfe el presente,
 Alumbrándome fulgura
 ya hoy mi suerte futura.
 Magnífico el disparate
 que en júbilo se desate.
 El Señor resucitó.
 Impere el Sí, calle el No.
 Sí, tu primavera es tuya.
 ¡Resurrección, aleluya!
 Sábado.

¡Gloria!

Confía

toda el alma en su alegría.

UNA EXPOSICION

(San Francisco)

I

Por el fondo del mar,
 condensado en acuario
 —eléctrico fulgor—,
 que nos desnuda así, tan crudamente,
 las torvas y terribles pesadumbres
 marinas;
 por ese fondo siempre silencioso
 que voz ninguna rompe
 —¡altos follajes, pájaros, mujeres!—,
 gira, torna, retorna
 con una rapidez
 que ya es afán perpetuo
 —como si hubiese meta—
 un torbellino: peces.
 Muy diminutos peces de colores,
 que sol y tornasol merecerían,

despliegan—¿hacia el aire?—
 rojos, verdes, azules, amarillos
 de velos como túnicas,
 de alas.
 ¿Son peces, son insectos,
 mariposas, libélulas?
 La agilidad del ímpetu,
 una elegancia casi femenina
 de garbo
 mantienen sin cesar esta premura
 de acoso, de carrera, de paseo.
 Los minúsculos peces-insectillos
 acumulan, embrollan, desembrollan
 un tráfico sesgado
 como si fuese escena
 sin ningún auditorio.
 (Un intruso lo sabe. Sólo un hombre.)
 El tráfico se danza,
 jovial,
 y las prisas perfilan armonías.
 Grises, azules, rojos, violetas,
 morados
 en velos al desgaire... Por el aire,
 no, por aguas en masas sobre masas,
 los asombrosos peces
 se agitan desviviéndose,
 exploran si no juegan,
 sin cesar ostentando
 color y más color que se iluminan
 con una claridad que es ansiedad.
 Peces tan superiores
 a toda fantasía
 —a sus trucos y trampas de ventaja—
 yo no los sueño, los registro: reales.

II

Reveladora noche
 de vida hacia más vida
 perpetúa ese pródigo espectáculo:

capricho
 de gratuita gracia
 que llega a ser belleza,
 culminación en cumbre
 bajo mole de océano,
 gran lujo.
 Tantas fuerzas robustas,
 buen carnaval de superabundancias
 que no se extralimitan;
 tanta imaginación en ejercicio
 de puntuales primores,
 con material de realidad tramados,
 se aploman.
 Muy leves esos peces
 —¿por qué? Ni ellos lo saben ni nosotros.
 Cumplen y son destino.
 Se traban ajetreos,
 impulso tras impulso,
 mientras las soledades
 pelean o concuerdan
 en asaltos o abrazos oceánicos.
 Siempre dentro de un fondo que perdura,
 fortalece su ser, que es su victoria;
 consolida sus círculos,
 sus orbes: creación.
 La creación me invade. Yo dependo.
 Como los pececillos,
 casi tan diminuto,
 residente casual de este planeta,
 soy creación también como esos peces.
 Personajes de un cuadro,
 de un orden,
 nos envuelve en sus ondas una vida,
 y nos arrastra por sus remolinos
 desde nuestros orígenes ignotos,
 más allá, más allá
 de nuestras voces y de nuestras ondas.
 Ni esos peces—ahí
 fábulas submarinas—

ni yo, fabulador tras un cristal,
cruzamos ya con clave
por estos remolinos de las aguas,
del polvo.
Errabundos, cruzamos.

III

Peces, peces... A fuerza de silencio
me dicen creación
en Creación mayúscula,
que se vela y revela
bajo su siempre irreductible incógnita.
Yo, torpe, no sé nada,
como ese pez y el mar.
Todos sumisos a una ordenación
que nos abarca a todos;
entramos más adentro en la espesura
para alumbrar lo oscuro con lo oscuro,
lo más oscuro. ¡Tras las apariencias
quedará el manantial
de todos los caudales
que fluyen y confluyen;
inextinguibles ante nuestro asombro,
hacia el divino origen,
van nuestro asombro, nuestras esperanzas
y miedos;
mientras él, ocultándose en la luz,
deslumbra,
y en polvareda y niebla a mí me deja
atónito, ignorante peregrino.
¿Por qué ese pez de azul innecesario
surge, sutil, en aguas
abrumadoramente submarinas
desde el genial troquel de una invención?
Mis ojos ante el vidrio del acuario
contemplan,
rememoran el mar
que entre rumores de oleaje fulge,
sin perder su misterio,

como enigma de sol ante mis ojos,
cegados
en luminosa atmósfera.
Peces, peces de fábula compuesta
circulan.
Maternal, paternal,
a través de su incógnito murmullo,
la Creación nos alza,
nos nutre, nos castiga;
sumo acorde hacia un dios incognoscible,
¡quién sabe...
Ojalá!

CESAR VALLEJO

Nació en Santiago de Chuco (Perú) en 1892. Murió en París en 1938. Obra poética: *Los heraldos negros* (1918), *Trilce* (1922, 1930), *Poemas humanos* (1939), *España, aparte de mí este cáliz* (1940), *Antología de César Vallejo* (1942), *Poemas completas* (1918-1938-1949).

LOS HERALDOS NEGROS

Hay golpes en la vida, tan fuertes... ¡Yo no sé!
Golpes como del odio de Dios; como si ante ellos,
la resaca de todo lo sufrido
se empozara en el alma... ¡Yo no sé!
Son pocos, pero son... Abren zanjas oscuras
en el rostro más fiero y en el lomo más fuerte.
Serán tal vez los potros de bárbaros atilas;
o los heraldos negros que nos manda la Muerte.
Son las caídas hondas de los Cristos del alma,
de alguna fe adorable que el Destino blasfema.
Esos golpes sangrientos son las crepitaciones
de algún pan que en la puerta del horno se nos quema.
Y el hombre... ¡Pobre... pobre! Vuelve los ojos, como
cuando por sobre el hombro nos llama una palmada;
vuelve los ojos locos, y todo lo vivido
se empoza, como un charco de culpa, en la mirada.

LA DE A MIL

El suertero que grita «La de a mil»,
 contiene no sé qué fondo de Dios.
 Pasan todos los labios. El hastío
 despunta en una arruga su yanó.
 Pasa el suertero que atesora, acaso
 nominal, como Dios,
 entre panes tantálicos, humana
 impotencia de amor.
 Yo le miro al andrajo. Y él pudiera
 darnos el corazón;
 pero la suerte aquella que en sus manos
 aporta, pregonando en alta voz,
 como un pájaro cruel, irá a parar
 adonde no lo sabe ni lo quiere
 este bohemio dios.
 Y digo en este viernes tibio que anda
 a cuestras bajo el sol:
 ¡por qué se habrá vestido de suertero
 la voluntad de Dios!

EL PAN NUESTRO

Se bebe el desayuno... Húmeda tierra
 de cementerio huele a sangre amada.
 Ciudad de invierno... ¡La mordaz cruzada
 de una carreta que arrastrar parece
 una emoción de ayuno encadenada!
 Si quisiera tocar las puertas,
 y preguntar por no sé quién; y luego
 ver a los pobres, y, llorando quedos,
 dar pedacitos de pan fresco a todos.
 ¡Y saquear a los ricos sus viñedos
 con las dos manos santas
 que a un golpe de luz
 volaron desclavadas de la Cruz!
 Pestaña matinal, no os levantéis.

¡El pan nuestro de cada día dánoslo,
 Señor!...
 ¡Todos mis huesos son ajenos;
 yo tal vez los robé!
 Yo vine a darme lo que acaso estuvo
 asignado para otro;
 y pienso que, si no hubiera nacido,
 ¡otro pobre tomara este café!
 ¡Yo soy un mal ladrón... A dónde iré!
 ¡Y en esta hora fría, en que la tierra
 trasciende a polvo humano y es tan triste,
 quisiera yo tocar todas las puertas,
 y suplicar a no sé quién perdón,
 y hacerle pedacitos de pan fresco
 aquí, en el horno de mi corazón...!

ESPERGESIA

Yo nací un día
 que Dios estuvo enfermo.
 Todos saben que vivo,
 que soy malo; y no saben
 del diciembre de ese enero.
 Pues yo nací un día
 que Dios estuvo enfermo.
 Hay un vacío
 en mi aire metafísico
 que nadie ha de palpar;
 el claustro de un silencio
 que habló a flor de fuego.
 Yo nací un día
 que Dios estuvo enfermo.
 Hermano, escucha, escucha...
 Bueno. Y que no me vaya
 sin llevar diciembre,
 sin dejar eneros.
 Pues yo nací un día
 que Dios estuvo enfermo.
 Todos saben que vivo,

que mastico... Y no saben
por qué en mi verso chirrían,
oscuro sinsabor de fêretro,
luyidos vientos
desenroscados de la Esfinge
preguntona del Desierto.
Yo nací un día
que Dios estuvo enfermo,
grave.

JUAN DE CONTRERAS Y LOPEZ DE AYALA

MARQUÉS DE LOZOYA

Nació en Segovia el 30 de junio de 1893. Cursó en Madrid la carrera de Filosofía y Letras, doctorándose en dicha disciplina en la Universidad Central.

¿Quién recuerda el aroma de las flores
abiertas en lejanas primaveras?
¿Quién aquel resplandor de las hogueras
que hicieron, otro invierno, los pastores?

Pasa la vida así, con sus dolores;
así la gloria, que afanoso esperas.
Poeta, ¿quién sabrá de tus quimeras?
Amante, ¿qué ha de ser de tus amores?

Una noche serena así decía,
mirando de los cielos la grandeza,
cuando una voz me susurró al oído:

«Ama con puro amor, trabaja y reza;
duérmete luego en paz y en Mí confía:
¡Cuanto se hace por Mí, nunca es perdido!»

SONETOS

I

Yo he sentido, Señor, tu voz amante,
en el misterio de las noches bellas,
y en el suave temblor de las estrellas
la armonía gocé de tu semblante.

No me llegó tu acento amenazante
entre el fragor de trueno y de centellas,
¡al ánima llamaron tus querellas
como el tenue vagido de un infante!

¿Por qué no obedecí cuando le oía?
¿Quién me hizo abandonar tu franca vía
y hundirme en las tinieblas del vacío?

Haz, mi dulce Señor, que en la serena
noche vuelva a escuchar tu cantilena;
¡ya no seré cobarde, Padre mío!

II

¿Quién me dará, Señor, llegar a hablarte
en la dulce penumbra, sin testigo,
como el amigo fiel con el amigo
alegremente y sin temor departe?

Y sólo por Ti te amé, y llegué a amarte
olvidado de premio y de castigo;
y embebecido con estar contigo,
del todo me perdiera por hallarte.

¡Oh, con cuánta verdad veré ese día
la nada de las cosas, y cuán graves
aquellos lazos que me impiden verte!

¡Háblame ya, Señor, como Tú sabes,
y sufriré el dolor con alegría
y llegaré sin miedo hasta la muerte!

JOSE BERGAMIN

Nació en Madrid en 1895. Fundador de la importante revista *Cruz y Raya*, que dirigió de 1934 a 1936 y complemento con las ediciones *Arbol*. Publicó su primer libro, *La estrella y el cohete*, en 1923. Le siguieron: *Detrás de la cruz* (1941), *Pozo de la angustia* (1941), *La voz apagada* (1943), *La muerte burlada* (1945), *Fronteras infernales de la poesía* (1959), *Rimas y sonetos rezagados* (1962).

SONETOS A CRISTO

(Trilogía)

I

No te entiendo, Señor, cuando te miro
frente al mar, ante el mar crucificado.
Solos el mar y tú. Tú en cruz anclado,
dando a la mar el último suspiro.

No sé si entiendo lo que más admiro:
que cante el mar estando Dios callado;
que brote el agua, muda, a su costado,
tras el morir, de herida sin respiro.

O el mar o tú me engañan, al mirarte
entre dos soledades, a la espera
de un mar de sed, que es sed de mar perdido.

¿Me engañas tú o el mar, al contemplarte
ancla celeste en tierra marinera,
mortal memoria ante inmortal olvido?

II

Ven ya, madre de monstruos y quimeras,
paridora de música radiante:
ven a cantarle al Hombre agonizante
tus mágicas palabras verdaderas.

Rompe a sus pies tus olas altaneras
deshechas en murmullo suspirante.
De la nube sin agua al desbordante
trueno de voz, enciende tus banderas.

Relampaguea, de tormenta suma,
la faz divinamente atormentada
del Hijo a tus entrañas evadido.

Pulsa la cruz con dedos de tu espuma.
Y mece, por el sueño acariciada,
la muerte de tu Dios recién nacido.

III

No se mueven de Dios para anegarte
las aguas por sus manos esparcidas;
ni se hace lengua el mar en tus heridas,
lamiéndolas de sal, para callarte.

Llega hasta ti la mar, a suplicarte,
madre de madres por tu afán transidas,
que ancles en sus entrañas doloridas
la misteriosa voz con que engendrarte.

No hagas tu cruz espada en carne muerta;
mástil en tierra y sequedad hundido;
árbol en cielo y nubes arraigado.

Madre tuya es la mar: sola, desierta.
Mírala tú que callas, tú caído.
Y entrégale tu grito arrebatado.

GERARDO DIEGO

Nació en Santander en 1896. Con el chileno Huidobro y el español Juan Larrea lanzó el movimiento creacionista. Catedrático de Literatura en Soria, Gijón, Santander y Madrid. Obras: *Imagen* (1922), *Manual de espumas* (1924), *Soria* (1923), *Versos humanos* (1924), *Via Crucis* (1931), *Angeles de Compostela* (1940), *Alondra de verdad* (1941), *La Sorpresa* (1946), *El romancero de la novia*, *Primera antología poética* (1947), *Poemas adrede* (1943), *La suerte o la muerte*, *Soria* (nueva ed. ampliada, 1948), *Hasta siempre* (1949), *La luna en el desierto* (1949), *Limbo* (1951), *Amazona* (1955), *Amor solo* (1958), *Sonetos a Violante* (1962), *Glosa a Villamediana* (1961), *El jándalo* (1964), *Nocturnos de Chopin* (1964), *Segunda antología* (1968).

CREER

Porque, Señor, yo te he visto
y quiero volverte a ver,
quiero creer.

Te vi, sí, cuando era niño
y en agua me bauticé
y, limpio de culpa vieja,
sin velos te pude ver.

Quiero creer.
Devuélveme aquellas puras
transparencias de aire fiel,
devuélveme aquellas niñas
de aquellos ojos de ayer.

Quiero creer.
Limpia mis ojos cansados,
deslumbrados del cimbel,
lastra de plomo mis párpados
y oscurecémelos bien.

Quiero creer.
Ya todo es sombra y olvido
y abandono de mi ser.
Ponme la venda en los ojos.
Ponme tus manos también.
Quiero creer.

Tú que pusiste en las flores
rocío, y debajo miel,
filtra en mis secas pupilas
dos gotas frescas de fe.

Quiero creer.
Porque, Señor, yo te he visto
y quiero volverte a ver,
creo en Ti y quiero creer.

ADORACION AL SANTISIMO SACRAMENTO

Dame, Señor, tu ocio, ocio para adorarte,
ocio de pensamiento si las manos se enfangan,
ocio azul del espíritu mientras cavila el seso,
ocio de Angel sin tiempo tras cancela de plumas,
de mariposa absorta en el borde del Cáliz
que abre y cierra sus alas abanicando el éxtasis,
ocio de alta vigilia reclinada en tu sueño.
No tener prisa, no tener prisa, no tener prisa.
Señor, Tú estás presente, Tú eres presente, Tú eres
el Presente.

Déjame despojarme de todo, de mis hábitos,
de mi calzado cómplice oloroso a tomillo,
de mi seda, mi música y mi rosa,
de mi retina y mi pincel abeja.
No quiero antenas, arríame, tómate,
desarbólame, déjame en puro casco
flotante y sin un rumbo, oscilando en tu mar.
Aquí me tienes, Señor; ahora ya puedo
acercarme, sumirme en tu inmensa presencia,
todo en Ti convertido, deseado.
Ya sólo existo, soy, para adorarte.
Círculo eres sin fin y sin principio.
En el Pan Tú reposas y de onda en onda creces,
naciendo sin cesar para quererme.
Círculo quiero ser como tu blanco Cuerpo,
como el brocal de oro que se asoma a tu Sangre,
un redondo adorarte, anillo puro.
Nada hay más absoluto que este amor que nos une.

Cuerpo, Sangre de Cristo, báñame de tus ondas,
 aliméntame, fúndame, concéntrate,
 ¡oh milagro!, sin vispera y contigo,
 súbito arranque, asombro
 de la viña, nueva revelación del trigo,
 consejo de María inocente en las bodas.

(Y por Ella me acuerdo.

Grumete azul marino.

Primera Comunión.

Yo, niño.

Con mi libro de nácar.

Con mi alma de lirio.

Qué adentro te acunaba.

Tú, Niño.

Estrenaban mis ojos
 góticos paraísos,
 mis labios salmos cándidos.

Yo, David niño.

Te sentía quemándome
 fundirte derretido.

Desmayaba de amores.

Tú, Jesús Niño.

Sí. Siempre, siempre, siempre.

El aire se ha dormido.

Eterna es la pureza,
 amor de niño a Niño.)

¡Oh misterio de amor y de rocío!
 No hay imaginación que delirarlo pueda,
 no hay mente que lo abarque, que lo ciña,
 ni labios que lo canten aunque en su linfa abrevén.
 El pan se hizo mil panes,
 mil peces de canastos cuajaron un Pez solo,
 el agua vino, el vino se hizo Sangre,
 torrentes de amor rojo,
 árbol circulatorio de pasión dibujada
 por donde ya navega la índole redimida.
 Y ahí mismo, en el Sagrario esclavo, manifiesto,
 canta el Pan de la Vida su condición oblata.
 Millonaria cosecha para la que no hay trojes

ni castillos de silos, sino hambres consoladas.
 Hambre de Dios, Dios mío, tener hambre de Dios.
 Pero aún es más prodigio que Dios mismo
 tenga y siga teniendo sed de hombre, sed de hombres.
 Nada hay más absoluto que este amor tan tirano,
 desnivel infinito nivelado a la altura
 de una Persona en dos naturalezas.
 Basta ya de palabras, nada dicen.
 Hechos quieres, Amor, Cristo abreviado
 a la medida de mi indigna vida.

(Amor, Amor, Amor.

Quiero cantarte dentro
 en mi pecho.

Quiero ser tu Sagrario
 y orfebre de mí mismo,
 abírteme en custodia
 que te aloja.

Los Angeles del ocio
 me rodean. Soy jaula.

Canta, canta, Cautivo,
 canta.

Canta, mi Melodía,
 cantemos al unísono,
 que yo te siga.

Arpégíame, transpórtame.
 Sea yo todo tuyo,
 tu arrullo.)

Ya no tengo otra cosa que hacer más que escucharte,
 Sacramento Santísimo,
 Acto, Pacto redondo de eternidad y plazo.
 Veo en torno de mí, ¿qué es lo que veo?
 ¿Dónde fueron los Angeles?
 Ahora son llamas,
 bravías llamas que lamerme quieren
 con lenguas de oro verde y lacre ardiendo.
 Soy el centro visible de no sé qué universo,
 soy acaso una pira y en mí se apiña y quema
 la alada pesadumbre de una sacra Toledo.
 Pero, ¡ay de mí!, soy torpe, incombustible.

De puro amor, mi Rey, mi Verso, mi Recluso,
de puro amor de adoración alzada,
sólo acierto a gloriarme, a transloriarme
en surtidor de ocio
que sube en lanza y llueve calidísimas lágrimas.

SALMO DE LA TRANSFIGURACION

Transfigúrame.

Señor, transfigúrame.

Traspáseme tu rayo rosa y blanco.

Quiero ser tu vidriera,

tu alta vidriera azul, morada y amarilla
en tu más alta catedral.

Quiero ser mi figura, sí, mi historia,
pero de Ti en tu gloria traspasado.

Quiero poder mirarte sin cegarme,
convertirme en tu luz, tu fuego altísimo
que arde de Ti y no quema ni consume.

¡Oh mi Jesús alzado sobre el trío

—Pedro, Juan y Santiago—

que cerraban sus ojos incapaces
de sostener tu Luz, tu Luz!

Y no cerrar mis párpados

como ellos los cerraban

con tu llaga de luz sustituyéndote

en inconsútil túnica incesante,

y dentro Tú manando faz de Dios.

No, déjame mirarte, contemplarte

a través de mi carne y mi figura,

de historia de mi vida y de mi sueño,

inédito capítulo en tu biblia,

vidriera que en colores me fraccionas

para unirme después en tu luz blanca

al otro lado de tu barlovento.

Si he de transfigurarme hasta tu esencia,

menester fue primero ser ese ser con límites,

hecho vicisitud, camino de figura,

pues sólo la figura

puede transfigurarse.

Toma mis rombos, lava mis losanges,

mis curvas de pecado

justificámelas, compensa y recompensa

mis áreas caprichosas de colores de furia,

mi cristal emplomado y tan frágil,

émulo de tus Angeles traslúcidos,

mi fábula de niño, tu parábola

que esperaba de siempre tu visita de sol.

Pues figura me hiciste y me parezco

a mí mismo en mi vitral naturaleza,

¡oh mi Hermano en María!, transfigúrame.

Pero a mí solo no. Como a los tuyos,

como a Moisés, fuego blanco de zarza;

como a Elías, carro de ardiente aluminio;

cada uno en su tienda, a ti acampados;

purifícame también a todos,

los hijos de tu Padre

que te rezan contigo o te rezaron,

o acaso ni una madre tuvieron

que les guiara a balbucir el Padrenuestro.

Purifícame a todos, a todos transfigúralos.

Figúralos primero si aún no alcanzan

ese grado en contornos

y tonos apagados de tapices.

Figúralos, Cristo Jesús; aún no son ellos

y por ser ellos claman, pían,

huérfanos pajarillos.

Y luego, ya trazados, ya cumplidos

en su tránsito, pávidos de hombres,

hiérellos, acribíllalos,

hazlos flecos de Ti, rayos no ajenos,

ellos siempre aunque en Ti glorificados.

Miro en torno de mí;

no, debajo de mí, en las galerías,

los gusanos de luz, casco y piqueta

que afloran luego al aire puro;

mas, ya de noche, negros de carbones.

Hazlos diamantes Tú, como a esos astros.

Si acaso no te saben, o te dudan,
o te blasfeman, límpiales piadoso,
como a Ti la Verónica, su frente,
descórreles las densas cataratas de sus ojos,
que te vean, Señor, y te conozcan;
espéjate en su río subterráneo,
dibújate en su alma
sin quitarles la santa libertad
de ser uno por uno tan suyos, tan distintos.
Mira, Jesús, la adúltera, no aquella
de tus palabras con el dedo en tierra;
ésta de hoy aún es más desdichada
y no piedras le arrojan, sino aplausos y flores,
y la niega el esposo y vive de ella.
Hazla también mirarse en aguas vivas
y cumplirse en sí misma,
de su virtualidad ascender a virtud,
realidad de figura bañada en paz de gracia,
dispuesta a un recrear transverberado.
Y al violento homicida,
y al mal ladrón, y al rebelde soberbio,
y a la horrenda—¡piedad!—madre desnaturalada,
y al teólogo necio que pretende
apresarte en su malla farisea,
y al avaro de oídos tupidos y tapiados,
y al sacrificador de rebaños humanos.
Y, sobre todo, no abandones
al más abyecto, al repugnante
—perdón ahora para mí, no puedo
remediarlo, pero por él te pido—,
al desagradecido.
Nada me imprime más horror, Dios mío.
Sálvale Tú, despiértale
la confianza, alegría incomparable
de llorar recordando el beneficio
del amigo en que Tú, sí, te escondías.
Allégatele bien, que sienta
su corazón cobarde contra el tuyo,
coincidentes los dos en sólo un ritmo,

un ritmo y del envés ya a flor de flor,
su figura, su rostro limpidísimo.
Que todos puedan en la misma nube,
vestidura de Ti, tan sutilísima
fimbria de luz, despojarse y revestirse
de su figura vieja y en Ti transfigurada.
Y a mí con ellos todos, te lo pido,
la frente prosternada hasta hundirla en el polvo;
a mí también, el último, Señor,
preserva mi figura, transfigúrame.

MARTA Y MARIA

Marta tenía razón
y la tenía María.
María, la mejor parte,
y la menos buena—prisa,
humillación, tempestades
de alma que duda y trajina—;
la menos buena, sí, Marta,
pero su parte tenía.
La razón no es corazón,
aunque en habla de Castilla
se arrimen las dos palabras
a sonar casi la misma,
como el Pisuerga y el Duero
sumidos ya en Tordesillas.
El corazón no se parte
como la mente o la vida,
como la rueda de oficios
en el pozo o la cocina.
El corazón se da entero.
Entero lo da María.
Entero lo dará Marta,
pero en su afán distraída
tardará un poco en la entrega,
ella, la puntual, limpiísima.
Activa en la tierra Marta,
María contemplativa
en unos ojos que el cielo

nos remueven cuando miran.
 María quebrando el pomo
 de alabastro en las rodillas
 y redundando de aromas
 gloriosos toda Betania
 que a amor nuevo trascendía:
 dos corazones enteros
 y una razón compartida.
 Y Lázaro entre dos muertes;
 el varón, que ya sabía,
 sonreía a sus hermanas,
 de pie en el rincón..., enigma.

JUAN JOSE DOMENCHINA

Juan José de temblor, sombra sin tierra:
 por nadie no será jamás cantada
 Castilla del adobe y la majada
 como por ti. ¿Castilla de la guerra?,
 no ¿de la paz?; y subes a la sierra
 de tu deseo a verla, a olerla, alada,
 tan delgada a la luz, transverberada,
 gloria de alondras que en su seno entierra.
 «No me dejéis morir mi muerte en vilo».
 Sí, tu cáliz bebiste hasta las heces,
 el Cristo recobrado tu consuelo.
 Y sus brazos te alzaron. Grano en silo,
 ya eres cosecha salva eternas veces
 y duermes en Castilla, la del cielo.

FELIX GARCIA

Nació en Aguilar de Campoo (Palencia) en 1897. Obra poética: *Palabras interiores* (Madrid 1935), *Roto casi el navío* (Biblioteca Nueva, Madrid 1939), *Bajo el dolor de la guerra* (Madrid 1941), *Esta luz que me das* (Madrid 1964).

MAL DE AUSENCIA

Yo me estaba muriendo,
 y de mi mal yo mismo no sabía;
 pero ahora, Señor, ahora comprendo
 que del mal de tu ausencia me moría...

LA SAMARITANA

I

Allí, junto a aquel pozo,
 convidaste, Señor, a mi alma herida
 con las aguas eternas, que, gustadas,
 encienden más la sed del agua viva.
 Ella, la pecadora,
 del mal de tus ausencias padecía,
 y en un instante descubrió los hondos,
 los claros manantiales de la dicha.

2

Nueva samaritana,
 mi alma se hace, Señor, la encontradiza
 en tus caminos interiores.

¡Oye,

no pases tan de prisa!
 ¡He aquí el pozo, el corazón, el agua;
 reposa tu fatiga!
 ¡Oiga yo tus palabras! Haga un alto
 tu amor en mi conquista!
 ¡He aquí el brocal del corazón! Sentaos
 aquí, junto a mi vida!

LA TARDE SE HA DESANGRADO

La tarde se ha desangrado
 en celestes claridades,
 y un silencio recogido
 se apodera de la tarde.
 En el indeciso azul
 como una lámpara arde
 la mirada de una estrella
 —temblor de luz y de sangre—,
 que hace el silencio más hondo
 y la soledad más grande.
 ¡Cómo la mirada se unge
 y se suaviza el aire!
 Extática se desangra
 en místicas suavidades,
 púdica como unos ojos
 que no contemplara nadie.
 ¡Ay estrella! ¡Quién pudiera
 tu secreto arrebatarte!
 ¡Ay, quién pudiera copiar
 ese mirífico arte
 del goce contemplativo,
 del místico desangrarse
 en un amor sin palabras,
 en una oración sin frases,
 en un morirse en silencio
 sin que lo supiera nadie!...
 ¡Ay luz de estrella! ¡Ay amor,
 que Dios solamente sabe!...

JOSE MARIA PEMAN

José María Pemán nació en Cádiz en 1898. Director de la Real Academia de la Lengua de 1938 a 1946. Obra poética: *De la vida sencilla, Nuevas poesías, A la rueda rueda...*, *El barrio de Santa Cruz, Señorita del mar y Las flores del bien* (1946).

CANTO A LA EUCARISTIA

En la nada sin nombre, cuando nada existía,
 como el temblor posible de un venidero día,
 existía el Amor.
 ¿Por qué quiso el Señor,
 que todo lo tenía,
 buscar la compañía
 de este hermano menor?
 Salirse el río de la fuente;
 aceptar este riesgo del «otro»; esta inminente
 llegada del pecado;
 darle nombre y figura al aire despoblado
 de perfil y rigor,
 sólo pudo ser obra del Amor.
 Sólo el Amor podía
 plantearse a sí mismo esta querella:
 reñir esta porfía,
 dar leyes a la estrella,
 complacerse en el día
 y hacer la libertad para luchar con ella...
 ¡sólo el Amor podía!
 Amor se puso a herrar con su mano encendida
 el desbocado potro de la vida.
 En todo fue dejando su cifra y poderío:
 tú serás la gecalá; tú serás el romero;
 y tú el mar y tú el río.
 Y así fue toda cosa nombre exacto y primero
 por obra del Amor.
 Y así por la palabra del Señor
 fue una mañana el Hombre

y otra mañana la Mujer;
 ¡oh la primera eucaristía del Nombre
 que transubstancia la palabra en ser!
 Se casaban el gozo y las querellas,
 y la razón y la locura.
 Se casaba el Creador con la criatura;
 ¡se casaba el Amor!
 La pasión se casaba con la Idea.
 La nada peleaba con el soplo creador.
 ¡Y de aquella pelea
 nacía más Amor!

* * *

Dios estuvo en los bosques como un sordo terror.
 Dios caminó en los ríos con sandalias de luz.
 Luego, como en la entrega de un absoluto Amor,
 Dios estuvo en la Cruz.
 Pero no le bastaba... Quiso estar como pan, como
 alimento.

Como vida total: en la frontera
 de esa indecisa claridad primera
 donde el Amor parece Pensamiento.
 Y así —¡terrible intento!—,
 tras el Amor creador que daba vida,
 vino el Amor del anonadamiento:
 el quedarse escondida
 la Luz en el racimo y en el pan.
 Como la enamorada que busca su galán,
 Cristo es el errabundo
 de todos los caminos donde nazca una flor.
 —«Tanto he querido al mundo
 que en pedazos de mundo he escondido el Amor».
 Cuando en el alto monte de olivos y de rosas
 ascendía hacia el Reino, derrotando calvarios,
 y eran las nubes incensarios
 y las estrellas eran como esposas:
 como un trigal de manos angustiosas,
 tiraba de sus pies un mundo de sagrarios.
 Quédate con nosotros.

No borres de las horas los minutos divinos
 Y no dejes, Señor, sin montura los potros
 que se desbocarán por los caminos.
 En busca de la fuente que nos mana en el centro
 del alma, iban los ciervos de espumosos ijares.
 Pero el Amor venía ya al encuentro
 con prisa de molinos y lagares.
 Me dormí en el trigal cuando el ocaso
 pintaba sus sangrientas maravillas.
 Y Ruth venía paso a paso
 a acostarse y soñar en mis rodillas.
 Toda cosa creada se inauguró divina
 por el poder inmenso de tu voz.
 El racimo y la harina
 ya eran divinos antes de ser Dios.
 ¿Qué es esto que hemos visto?
 El mundo empieza a andar como el ebrio y el harto.
 El mundo entero es vocación de Cristo.
 La Creación se estremece con dolores de parto.

* * *

Me dejaré inundar por la pasión
 de ola y espuma de esta marea viva.
 No soy un corazón
 que frente a Dios está a la defensiva.
 Ni comparo mi gozo al repicar
 de la campana que, al amanecer,
 dice al viento las bodas del hombre y la mujer.
 Allí tocan a amar.
 Aquí tocan a ser.
 Porque El se ha entrado en cada instante
 de la vida ofrecida en el encuentro.
 Que no es unión bastante
 la que no es navegada por el centro
 de cada amante por el otro amante.
 En esta hora infinita de la Verdad de Amor
 —palabra del Señor
 y codicia que guardo y que no cedo—,
 no te canto en las calles floridas de Toledo,

sino en las calles húmedas de mi vida interior.
 Ni te canto, Señor, en la salmodia
 aromada, litúrgica, serena.
 ¡Ay Amor sin custodia,
 tirado como el sol sobre mi pena!
 Es así como quiero
 ser yo el Toledo de tu Eucaristía.
 No te puedo ofrecer sino el granero
 y la paja que sabes, como en tu primer día.
 Me resisto a ese río
 que corre para todos por el prado:
 caudal intacto, comunal y frío.
 Quiero ser balbuceo, pero mío.
 Quiero ser un silencio enamorado.
 ¿Tiene código, acaso, la anarquía
 sin precepto ni ley de un gran cariño?
 «Hijo, te comería»,
 dice la madre al niño.
 Con palabra imposible que no pesa,
 a la orilla de todas las canciones,
 yo le diré al Amor, como Teresa,
 un mundo de novicias sinrazones.
 Es como un disparate hecho de vivos
 excesos... ¿No lo es siempre el impulso creador?
 ¡Qué inesperado mundo de adjetivos
 cualquier copla de amor!
 ¡Qué locura de nombres: príncipe, luz, cordero, flor!
 No es que mi canto mengua
 al compararse a tu Persona.
 Es que al pie de tu torre mi canción desentona.
 Y busca su palabra en otra lengua.
 ¡Ay canción deseada!
 ¡Ay misterio eucarístico del Nombre!
 Poséame la luz de tu mirada
 y manda un ángel a enseñar al hombre.
 Porque todo es posible
 si tú le añades tu terrible
 poderío, Señor.
 Que no diga el eunuco: «Yo soy un árbol seco».

Porque le queda todo si le queda el dolor.
 Toda palabra se desdobra en eco
 si la dice el Amor.
 Tú conoces mi ruego:
 sostén con la voz tuya esta voz que se pierde.
 Porque el árbol es leña para el fuego
 si no viste armadura de hoja verde.
 Mi vida sin tu vida es pura muerte.
 Sin tu palabra es flor marchita el Arte.
 Si me prestas tu amor, podré quererte.
 Si me prestas tu voz, podré cantarte.
 Que sólo así, alentados mis alientos,
 fortalecido sobre el polvo vano,
 prolongado de siete sacramentos,
 tendré la gigantesca estatura del cristiano.
 ¡Y vendrán de la rosa de los vientos
 a comer las palomas en mi mano!

DIALOGUILLO Y CANTAR DE LAS BODAS MISTICAS

I

De retorno estoy de todas
 las cosas que me tenían.
 ¡Vengan a la boda los que me decían
 que no estaba mi amor para bodas!
 —¿Cuándo la boda?
 —Cuando a filo de hacha y pena
 me acabe dentro la poda.
 —¿Dónde la boda?
 —Dentro de mí para mí,
 para El en la tierra toda.
 —¿Corona? —De lumbre pura.
 —¿Arras? —De lágrimas buenas.
 —¿Velo? —El de las azucenas.
 —¿Regalo? —El de la amargura.
 —¿Y la madrina? —Una flor.
 —¿Y el amor? —Yo me lo enciendo.
 —¿Y el novio?... —¡Me lo va haciendo,
 dentro del alma, el Amor!

2

Si ayer al alba, mi Amada,
 fue el casamiento,
 ¿cómo estás tan regalada
 de gozo ya y de contento?
 —¡Es que vine tan escasa,
 Padre, a la boda,
 que El puso la hacienda toda
 y alhajó toda la casa!

ORACION A LA LUZ

Señor: yo sé que en la mañana pura
 de este mundo, tu diestra generosa
 hizo la luz antes que toda cosa
 por que todo tuviera su figura.

Yo sé que te refleja la segura
 línea inmortal del lirio y de la rosa
 mejor que la embriagada y temerosa
 música de los vientos en la altura.

Por eso te celebro yo en el frío
 pensar exacto a la verdad sujeto
 y en la ribera sin temblor del río;

por eso yo te adoro, mudo y quieto;
 y por eso, Señor, el dolor mío
 por llegar hasta Ti se hizo soneto.

FEDERICO GARCIA LORCA

Nació en Fuente Vaqueros (Granada) en 1898 y en Granada murió en forma trágica en 1936. Obras: *Libro de poemas* (1921), *Canciones* (1927), *Romancero gitano* (1928), *Poema del cante jondo* (1931), *Poeta en Nueva York*, *Llanto por Sánchez Mejías* (1935), *Diván de Tamarit* (1936), *Odas*.

PASO

Virgen con miriñaque,
 virgen de Soledad,
 abierta como un inmenso
 tulipán.
 En tu barco de luces
 vas
 por la alta marea
 de la ciudad,
 entre seatas turbias
 y estrellas de cristal.
 Virgen con miriñaque,
 tú vas
 por el río de la calle
 ¡hasta el mar!

SAETA

Cristo moreno
 pasa
 de lirio de Judea
 a clavel de España.
 ¡Miradlo por dónde viene!
 De España.
 Cielo limpio y oscuro,
 tierra tostada
 y cauces donde corre
 muy lenta el agua.

Cristo moreno,
con las gueudejas quemadas,
los pómulos salientes
y las pupilas blancas.
¡Miradlo por dónde va!

MADRUGADA

Pero, como el amor,
los saeteros
están ciegos.
Sobre la noche verde,
las saetas
dejan rastros de lirio
caliente.
La quilla de la luna
rompe nubes moradas
y las aljabas
se llenan de rocío.
¡Ay, pero, como el amor,
los saeteros
están ciegos!

ODA AL SANTISIMO SACRAMENTO DEL ALTAR

EXPOSICIÓN

Cantaban las mujeres por el muro clavado
cuando te vi, Dios fuerte, vivo en el Sacramento,
palpitante y desnudo, como un niño que corre
perseguido por siete novillos capitales.
Vivo estabas, Dios mío, dentro del ostensorio.
Punzado por tu Padre con agujas de lumbre.
Latiendo como el pobre corazón de la rana
que los médicos ponen en el frasco de vidrio.
Piedra de soledad donde la hierba gime
y donde el agua oscura pierde sus tres acentos,
elevan tu columna de nardo bajo nieve

sobre el mundo de ruedas y falos que circula.
Yo miraba tu forma deliciosa flotando
en la llaga de aceites y paño de agonía,
y entornaba mis ojos para dar en el dulce
tiro al blanco de insomnio sin un pájaro negro.
Es así, Dios andado, como quiero tenerte.
Panderito de harina para el recién nacido.
Brisa y materia juntas en expresión exacta
por amor de la carne que no sabe tu nombre.
Es así, forma breve de rumor inefable,
Dios en mantillas, Cristo diminuto y eterno,
repetido mil veces, muerto, crucificado
por la impura palabra del hombre sudoroso.
Cantaban las mujeres en la arena sin norte,
cuando te vi presente sobre tu Sacramento.
Quinientos serafines de resplandor y tinta
en la culpa neutra gustaban tu racimo.
¡Oh, forma sacratísima, vértice de las flores,
donde todos los ángulos toman sus luces fijas,
donde número y boca construyen un presente
cuerpo de luz humana con músculos de harina!
¡Oh, forma limitada para expresar concreta
muchedumbre de luces y clamor escuchado!
¡Oh, nieve circundada por témpanos de música!
¡Oh, llama crepitante sobre todas las venas!

MUNDO

Noche de los tejados y la planta del pie,
silbaba por los ojos secos de las palomas,
alga y cristal en fuga ponen plata mojada,
los hombres de cemento de todas las ciudades.
La *gillette* descansa sobre los tocadores
con su afán impaciente de cuello seccionado.
En la casa del muerto los niños perseguían
una sierpe de arena por el rincón oscuro.
Escribientes dormidos en el piso catorce.
Ramera con los senos de cristal arañado.
Cables y media luna con temblores de insecto.

Bares sin gente. Gritos, cabeza por el agua.
 Para el asesinato del ruiseñor venían
 tres mil hombres armados de lucientes cuchillos;
 viejas y sacerdotes lloraban resistiendo
 una lluvia de lenguas y hormigas voladoras.
 Noche de rostro blanco. Nula noche sin rostro.
 Bajo el sol y la luna. Triste noche del mundo.
 Dos mitades opuestas y un hombre que no sabe
 cuándo una mariposa dejará los relojes.
 Debajo de las alas del dragón hay un niño.
 Caballitos de cardio por la estrella sin sangre.
 El unicornio quiere lo que la rosa olvida,
 y el pájaro pretende lo que las aguas vedan.
 Sólo tu Sacramento de luz en equilibrio
 quietaba la angustia del amor desligado.
 Sólo tu Sacramento, manómetro que salva
 corazones lanzados a quinientos por hora.
 Porque tu signo es clave de llanura celeste
 donde naípe y herida se entrelazan cantando,
 donde la luz desboca su toro relumbrante
 y se afirma el aroma de la rosa templada.
 Porque tu signo expresa la brisa y el gusano.
 Punto de unión y cita del siglo y el minuto.
 Orbe claro de muertos y hormiguero de vivos
 con el hombre de nieves y el negro de llama.
 Mundo, ya tienes meta para tu desamparo.
 Para tu horror perenne de agujero sin fondo.
 ¡Oh Cordero cautivo de tres voces iguales!
 ¡Sacramento inmutable de amor y disciplina!

ROMAXE DE NOSA SEÑORA DA BARCA

*¡Ai ruada, ruada, ruada
 da Virxen pequena
 e a súa barca!*

A Virxen era pequena
 e a súa coroa de prata.
 Marelos os catro bois
 que no seu carro a levaban.

Pombas de vidro traguían
 a choiva pola montana.
 Mortas e mortos de néboa
 polas congostras chegaban.

¡Virxen, deixa a túa cariña
 nos doces ollos das vacas
 e leva sobre teu manto
 as frores da amortallada!

Pola testa de Galicia
 xa ven salaiando a ialba.
 A Virxen mira pra o mar
 dende a porta da súa casa.

*¡Ai ruada, ruada, ruada
 da Virxen pequena
 e a súa barca!*

DAMASO ALONSO

Nació en Madrid (1898). Obras: *Poemas puros, poemillas de la ciudad* (1921), *El viento y el verso* (1925), *Hijos de la ira* (1944), *Oscura noticia* (1944), *Hombre y Dios* (1955).

A LA VIRGEN MARIA

Como hoy estaba abandonado de todos,
 como la vida
 (ese amarillo pus que fluye del hastío,
 de la ilusión que lentamente se pudre,
 de la horrible sombra cárdena donde nuestra húmeda
 orfandad se condensa)
 goteaba en mi sueño, medidora del sueño, segundo tras
 segundo,
 mi corazón rompió en un grito,
 y era tu nombre,
 Virgen María, madre.
 (Treinta años hace que no te invocaba.)
 No, yo no sé quién eres:
 pero eres una gran ternura.

No sé lo que es la caricia de la primavera
cuando la siento subir como una turbia marea de mosto,
ni sé lo que es el pozo del sueño
cuando mis manos y mis pies con delicia se anegan,
y, hundiéndose, aún palpan el agua cada vez más hu-
manamente profunda.

Y los niños, ligados, sordos, ciegos,
en el materno vientre,
antes que por primera vez hinche la oscura llamarada
del oxígeno

la flor gemela de sus pulmones,
así ignoran la madre,
protegidos por tiernas envolturas,
ciudades indefensas, pequeñas y dormidas,
tras el alerta amor de sus murallas.

Y va y viene el fluido sigiloso y veloz de la sangre,
y viene y va la secretísima vena
que trae íntimas músicas, señales misteriosas que con-
juró el instinto,

y ellos
beben a sorbos ávidos, cada instante más ávidos,
la vida,
aún sólo luz de luna sobre una aldea incógnita sumer-
gida en el sueño,
y oscuramente sienten que son un calorcito, que son un
palpitar,

que son amor, que son naturaleza,
se siente bien
arbolitos, del verano en la tarde, a la brisa
bebiendo una ignorante sucesión de minutos,
de la tranquila acequia.

Así te ignoro, madre.

No, yo no sé quién eres, pero tú eres
luna grande de enero que sin rumor nos besa,
primavera surgente como el amor en junio,
dulce sueño en el que nos hundimos,
agua tersa que embebe con trémula avidez la vegetal
célula joven,
matriz eterna donde el amor palpita,

madre, madre.

No, no tengo razón.

Cerraré, cerraré, como al herir la aurora pesadillas de
bronce,

la puerta del espanto,
porque fantasmas eran, son, sólo fantasmas,
mis interiores enemigos,
esa jauría, de carlangas hispídas,
que yo mismo, en traillas, azuzaba frenético
hacia mi destrucción,
y fantasmas también mis enemigos exteriores,
ese friso de bocas, ávidas ya de befa,
que el odio encarnizaba contra mí;
esos dedos, largos como mástiles de navío,
que erizaban la lívida bocana de mi escape;
esas pezuñas, que tamborileaban a mi espalda, crecien-
tes, sobre el llano.

Hoy surjo, aliento, protegido en tu clima,
cercado por tu ambiente,
niño que en noche y orfandad lloraba
en el incendio del horrible barco, y se despierta
en una isla maravillosa del Pacífico,
dentro de un lago azul, rubio de sol,
dentro de una turquesa, de una gota de ámbar
donde todo es prodigio:
el aire que flamea como banderas nítidas sus capas
transparentes,

el sueño invariable de las absortas flores carmesíes,
la pululante pedrería, el crujir, el bullir de los insectos
como átomos del mundo en su primer hervor,
que adensan en perfume sin tristeza los zumos más se-
cretos de la vida.

¡Qué dulce sueño, en tu regazo, madre,
soto seguro y verde entre corrientes rugidoras,
alto nido colgante sobre el pinar cimero,
nieve en quien Dios se posa como el aire del estío, en
un enorme beso azul,
oh tú primera y extrañísima creación de su amor!
... Déjame ahora que te sienta humana,

madre de carne sólo,
 igual que te pintaron tus más tiernos amantes;
 déjame que contemple, tras tus ojos bellísimos,
 los ojos apenados de mi madre terrena;
 permíteme que piense
 que posas un instante esa divina carga
 y me tiendes los brazos,
 me acunas en tus brazos,
 acunas mi dolor,
 nombre que lloro.
 Virgen María, madre,
 dormir quiero en tus brazos hasta que en Dios despierte.

LAS ALAS

¡Ah, pobre Dámaso!,
 tú, el más miserable: tú el último de los seres;
 tú, que con tu fealdad y con el oscuro turbión de tu
 desorden,
 perturbas la sedeña armonía
 del mundo,
 dime,
 ahora que ya se acerca tu momento
 (porque no hay ni un presagio que ya en ti no se haya
 cumplido),
 ahora que subirás al Padre,
 silencioso y veloz como el alcohol bermejo en los
 termómetros,
 ¿cómo has de ir con tus manos estériles?,
 ¿qué le dirás cuando en silencio te pregunte qué has
 hecho?
 Yo le diré: Señor, te amé. Te amaba
 en los montes, cuanto más altos, cuanto más desnudos,
 allí donde la nieve aún se arregosta en julio a los
 canchales,
 en el inmenso circo, en la profunda copa, llena de
 nítido cristal, en cuyo centro
 un águila en enormes espirales se desliza
 como una mota que en pausado giro

desciende por el agua
 del transparente
 vaso:
 allí
 me sentía más cerca de tu terrible amor, de tu garra
 de fuego.
 Y te amaba en la briznilla más pequeña,
 en aquellas florecillas que su mano me daba,
 tan diminutas que sólo sus ojos inocentes,
 aquellos ojos, anteriores a la maldad y al sueño,
 las sabían buscar entre la hierba;
 florecillas tal vez equivocadas en nuestro suelo, de-
 masiado grande,
 quién sabe si caídas de algún planeta niño.
 ¡Ay!, yo te amaba aún con más ternura en lo pequeño.
 Sí—te diré—: Yo te he amado, Señor;
 pero muy pronto
 he de ver que no basta, que Tú me pides más.
 Porque, ¿cómo no amarte, oh Dios mío?
 ¿Qué ha de hacer el espejo sino volver al rayo que le
 hostiga?
 La dulce voz refleja, ¿quién dice que el espejo la
 creaba?
 ¡Oh, no; no puede ser bastante!
 Y como fina lluvia batida por el viento a fines de no-
 viembre,
 han de caer sobre mi corazón
 las palabras heladas: Tú, ¿qué has hecho?
 ¿Me atreveré a decirte
 que yo he sentido desde niño
 brotar en mí, no sé, una dulzura torpe,
 una venilla de fluido azul,
 de ese matiz en que el azul se hace tristeza,
 en que la tristeza se hace música?
 La música interior se iba en el aire, se iba a su centro
 de armonía.
 Algunas veces (¡ah, muy pocas veces!:
 cuando apenas salía de la niñez; y luego en el acíbar
 de la juventud; y ahora que he sentido los pri-

meros manotazos del súbito orangután pardo de mi vejez).

Sí, algunas veces

se quedaba flotando la dulce música,

y, flotando, se cuajaba en canción.

Sí: yo cantaba.

Y aquí—diré—: Señor, te traigo mis canciones.

Es lo que he hecho, lo único que he hecho.

Y no hubo ni una sola

en que el arco y al mismo tiempo el hito

no fueses Tú.

Yo no he tenido un hijo,

no he plantado de viña la ladera de casa,

no he conducido a los hombres

a la gloria inmortal o a la muerte sin gloria,

no he hecho más que estas cancioncillas:

pobres y pocas son.

Primero aquellas puras (¡es decir, claras, tersas!),

y aquellas otras de la ciudad donde vivía.

Al vaciarme de mi candor de niño,

yo vertí mi ternura

en el librito aquel, igual

que una copa de cristal diáfano.

Luego dormí en lo oscuro durante muchas horas,

y sólo unos instantes

me desperté

para cantar el viento, para cantar el verso,

los dos seres más puros

del mundo de materia y del mundo de espíritu.

Y al cabo de los años llegó, por fin, la tarde,

sin que supiera cómo,

en que, cual una llama

de un rojo oscuro y ocre,

me vino la noticia,

la lóbrega noticia

de tu belleza y de tu amor.

¡Cantaba!

¡Rezaba, sí!

Entonces

te recé aquel soneto

por la belleza de una niña, aquel

que tanto

te emocionó.

¡Ay!, sólo después supe

—¿es que me respondías?—

que no era en tu poder quitar la muerte

a lo que vive:

¡Ay, ni Tú mismo harías que la belleza humana

fuese una viva flor sin su fruto: la muerte!

Pero yo era ignorante, tenía sueño, no sabía

que la muerte es el único pórtico de tu inmortalidad.

Y ahora, Señor, ¡oh dulce Padre!,

cundo yo estaba más caído y más triste,

entre amarillo y verde, como un limón no bien maduro,

cundo estaba más lleno de náuseas y de ira,

me has visitado,

y con tu uña,

como impasible médico,

me has partido la bolsa de la bilis,

y he llorado, en furor, mi podredumbre

y la estéril injusticia del mundo,

y he manado en la noche largamente

como un chortal viscoso de miseria.

¡Ay, hijo de la ira

era mi canto!

Pero ya estoy mejor.

Tenía que cantar para sanarme.

Yo te he dado mis canciones.

Recíbelas ahora, Padre mío.

Es lo que he hecho.

Lo único que he hecho.

Así diré.

Me oirá en silencio el Padre,

y ciertamente

que se ha de sonreír.

Sí, se ha de sonreír en cuanto a su bondad, pero no en

cuanto

a su justicia.

Sobre mi corazón,
 como
 cuando quema los brotes demasiado atrevidos el enero,
 caerán estas palabras heladas:
 Más. ¿Qué hiciste?
 ¡Oh Dios!,
 comprendo,
 yo no he cantado;
 yo remedé tu voz cual dicen que los mirlos remedan
 la del pastor paciente que los doma.
 Y he seguido en el sueño que tenía.
 Me he visto vacilante,
 cual si otra vez pesaran sobre mí
 ochenta kilos de miseria orgánica,
 cual si fuera a caer
 a través de planetas y luceros,
 desde la altura
 vertiginosa.
 ... ¡Voy a caer!
 Pero el Padre me ha dicho:
 Vas a caerte,
 abre las alas.
 ¿Qué alas?
 ¡Oh portentoso!, bajo los hombros se me abrían
 dos alas,
 fuertes, inmensas, de inmortal blancura.
 Por debajo, ¡cuán lentos navegaban los orbes!,
 ¡con qué impalpable roce me resbalaba el aire!
 Sí, bogaba, bogaba por el espacio, era
 ser glorioso, ser que se mueve en las tres dimensiones
 de la dicha,
 un ser alado.
 Eran aquellas alas
 lo que ya me bastaba ante el Señor,
 lo único grande y bello
 que yo había ayudado a crear en el mundo.
 Y eran
 aquellas alas vuestros dos amores,
 vuestros amores, mujer, madre.

¡Oh, vosotras, las dos mujeres de mi vida!,
 seguidme dando siempre vuestro amor,
 séguidme sosteniendo,
 para que no me caiga,
 para que no me hunda en la noche,
 para que no me manche,
 para que tenga el valor que me falta para seguir viviendo,
 para que no me detenga voluntariamente en mi camino,
 para que, cuando mi Dios quiera, gane la inmortalidad
 a través de la muerte,
 para que Dios me ame,
 para que mi gran Dios me reciba en sus brazos,
 para que duerma en su recuerdo.

SONETOS SOBRE LA LIBERTAD HUMANA

ARREPENTIMIENTO

¿Qué has hecho tú? ¡Dámaso, bruto, bruto!
 Del mundo, libertad centro te hacía.
 Tiempo de Dios, en libertad crecía.
 La flor, en rama, libre se iba a fruto.

¿Qué hiciste, adolescente chivo hirsuto,
 luego chacal, pantera de su hombría,
 hoy mico viejo ya, tú, inarmonía
 del orbe en Dios, Dámaso bruto, bruto?

¡Alas de libertad! Aire sereno
 el orden era en torno. Y yo gritaba:
 «¡Libre Dámaso-dios!» Dámaso impío:
 aire de Dios rasgó mi desenfreno
 que osé la libertad que Dios me daba,
 látigo contra Dios alzar, ¡Dios mío!

HERMANOS

Hermanos, los que estáis en lejanía
 tras las aguas inmensas, los cercanos
 de mi España natal, todos hermanos
 porque habláis esta lengua que es la mía:

yo digo «amor», yo digo «madre mía»,
y atravesando mares, sierras, llanos,
—¡oh gozo!—con sonidos castellanos,
os llega un dulce efuvio de poesía.

Yo exclamo «amigo», y en el Nuevo Mundo,
«amigo» dice el eco, desde donde
cruza todo el Pacífico, y aún suena.

Yo digo «Dios», y hay un clamor profundo;
y «Dios», en español, todo responde,
y «Dios», sólo «Dios», «Dios», el mundo llena.

CONCHA MENDEZ

Nació en Madrid en 1898. Obras: *Inquietudes* (1929), *Sur-tidor* (1928), *Canciones de mar y tierra* (1930), *Vida* (1932), *Niño y sombra* (1936), *Lluvias enlazadas* (1939), *Villancicos* (1944), *Villancicos* (ed. completa, 1967).

¿Hacia qué cielo, niño,
pasaste por mi sombra
dejando en mis entrañas
en dolor, el recuerdo?

No vieron luz tus ojos.
Yo sí te vi en mi sueño
a luz de cien auroras.

Yo sí te vi sin verte.

Tú, sangre de mi sangre,
centro de mi universo,
llenando con tu ausencia
mil horas desiguales.

Y después, tu partida
sin caricia posible
de tu mano chiquita,
sin conocer siquiera
la sonrisa del ángel.

¡Qué vacío dejaste,
al partir, en mis manos!

¡Qué silencio en mi sangre!

Ahora esa voz, que viene

del más allá, me llama
más imperiosamente
porque estás tú, mi niño.

FUE

Fue más allá del sueño,
en otra realidad no compartida
donde mi alma concibió la tuya.
Al limbo oculto de esas claridades,
por ruta de misterio caminando
hacia ti me acerqué con tu alborada.

Mi sangre fue después
a señalar con pulso
preciso tu contorno.

Hasta que nueva aurora
te llevó para siempre;
y es más allá del sueño
donde has resucitado

para quedar ya en mí
en una eterna lágrima.

Ha vuelto adonde estaba;
de ti se habrá llevado un imposible,
de mí se llevó el alma.

Le he querido seguir y nada puedo...

Existe un más allá que nos separa.

JUAN JOSE DOMENCHINA

Nacido en Madrid en 1898 y muerto en México en 1959. Obras publicadas: *El poema eterno* (1917), *Las interrogaciones del silencio* (1918), *Poesías escogidas* (1922), *La corporeidad de lo abstracto* (1929), *El tacto fervoroso* (1930), *Dédalo* (1932), *Margen* (1933), *Poesías completas* (1936), *Poesías escogidas* (México 1940), *Antología de la poesía española contemporánea* (México 1941, 1946, 1947), *Destierro* (México 1942), *Tercera elegía jubilar* (México 1944), *Pasión de sombra* (México 1944), *Tres elegías jubilares* (México 1946), *El diván de Abz-al-Agríb* (México 1946), *Exul umbra* (México 1948), *Perpetuo arraigo* (México 1949), *La sombra desterrada* (México 1950), *Nueve sonetos y tres romances* (México 1952), *El extrañado* (México 1958), *Poemas y fragmentos inéditos (póstumos)* (México 1964), *El extrañado y otros poemas* (Madrid 1969), *La sombra desterrada* (Málaga 1969).

TE BUSCO DESDE SIEMPRE

Te busco desde siempre. No te he visto nunca. ¿Voy tras tus huellas? Las rastreo con ansia, con angustia, y no las veo. Sé que no sé buscarte, y no desisto.

¿Qué me induce a seguirte? ¿Por qué insisto en descubrir tu rastro? Mi deseo no sé si es fe. No sé. No sé si creo en algo, ¿en qué? No sé. No sé si existo.

Pero, Señor de mis andanzas, Cristo de mis tinieblas, oye mi jadeo. No sufro ya la vida, ni resisto

la noche. Y si amanece, y yo no veo el alba, no podré decirte: «He visto tu luz, tus pasos en la tierra, y creo».

ESTAS SOLO, SIN DIOS

Estás solo, sin Dios. ¿Has entrevisto lo que es un hombre solo? ¿Cabe tanta soledad en un hombre? ¿No te espanta sentir la vida a solas? Yo—que existo

a medias, porque Dios, visto y no visto, no siempre está en mis ojos, y, en su santa noche, la sombra que yo soy no canta—ya la vida de veras he previsto.

Tras tanta muerte engañadora, asisto en el amanecer, que se levanta antes que el sol, a mi existir, y existo,

porque Dios, que se enciende, pone tanta verdad en mí, que resucita Cristo como un raudal de luz en mi garganta.

LA VIDA—QUE SE NOS VA—...

La vida—que se nos va—
y la muerte—que nos llega—
van a encontrarse. (El que juega,
gana o pierde.) Dios dirá.
Lo que yo soy aquí está.
Tengo expedita la entrega.
A la muerte, ¿quién se niega?
La vida, ¿quién nos la da?
Súbitamente mi ciega
condición, humana ya,
ve: ve el filo que la siega.
¡Dios sabe si llegará
a ser cielo claro! (Ruega
por quien de camino va.)

I

Dios te perdone. ¡Cómo le envidiaste
que existiera por sí, que no tuviera
vida precedera y que estuviera
dentro y fuera del mundo en que tú entraste!

Y ¡cómo, por subirte, le bajaste,
le rebajaste a ti, para que fuera
posible que su luz se pareciera
a la luz que en tus dudas adumbraste!

Miguel—¿quién como Dios?—, jamás llegaste
a ver, por invidente, la manera
de ser hombre ese Dios que tú achicaste.

Y él sigue siempre, viva sementera,
y tú pasaste, porque no sembraste
más que sed en tu injuta paramera.

2

Dios te perdone. No le perdonaste
que su ser sin tamaño te midiera
y que tu razón, corta, no pudiera
medirle en las medidas que tomaste.

Tampoco tú, Miguel, te mensuraste.
Siempre encerraste en ti la vida entera
—aunque, fuera de sí—tu vida fuera
la pasión de buscar que te buscaste.

Dios te perdone. Tu verdad amaste
sobre todas las cosas: Y Dios era
tu agonía y la luz que nunca hallaste.

Allí donde él, intacto, nos espera,
serás—¡quién como Dios!, ¿te congraciaste
ya con la gracia?—vida verdadera.

AQUÍ TIENES LA VIDA...

Aquí tienes la vida que me diste.
Te restituí lo que es tuyo. Quiero
ser de verdad en tu verdad. Espero
ver, ya sin ojos, para qué me hiciste.

Si entré en el mundo, porque me metiste
en su vacío de rotundo cero,
quiero zafarme de él, y persevero
en la fe sin medir que me pediste.

... Y viví a medias. Tuve el alma triste
cuando se me salió de tu venero.
Siempre soñé llegar a lo que existe

tras la evidencia. Quiero—ya no inquiero—
lo que esperé, Señor, y tú me diste:
empezar a vivir cuando me muero.

LA TARDE

La tarde, lacia, se llena
de cansancio. Como sobras
del afán, unos intentos
tardíos se desmoronan
en los rincones. Ya lisas,
las desparramadas formas
huelgan. Todo, reclinado
o repantigado, apoya
su fatiga en un inmoble
silencio. La perezosa
luz se rezaga, y adviene,
como a remolque, la sombra.
El reloj tiene un tic-tac
moroso, de cuerda floja.
Sin atirantar, el tiempo
se escurre con remolona
lentitud, como quedándose
al irse en pisadas sordas.
Concluso el día, bosteza

el hombre, hacedor de cosas fugaces. Y, como Dios, descansa. (La luz, que es poca, se va yendo, y su ceniza aterciopela las sombras.) «Aquí me tienes, Señor. Sólo tú me tienes. Poca fuerza tengo ya. Me tuve yo solo a mí mismo, en horas arduas, durante mi duro trajín cotidiano. Ahora me tienes tú. Ya no puedo conmigo ni con mi sombra. Tan sólo desistimientos gozosos me corroboran. Terminó, con mi jornada, vi voluntad codiciosa. Enajenado, a tu imagen y semejanza, en las obras que terminé, y que se mueven por sí, mi quietud te toca...»

ORACION

Dios de mis soledades españolas,
Señor de mi horizonte verdadero:
Jesús, que hizo del mar firme sendero,
no se llega hasta mí sobre las olas.

Aquí, remoto, en esta cruz, me inmolas,
desentrañado de lo que más quiero,
(No te tienes, no tiene derrotero,
el que vive sin tierra y siempre a solas.)

Sopla, Señor, en mi rescoldo; avienta
su ceniza mortal, residuo inerte
de lo que se quemó para tu afrenta.

Y alza tu voz sobre mi suelo, y fuerte,
para que, en mar y cielo, yo la sienta
venir desde mi cuna hasta mi muerte.

DOLOR HUMANO

Aquí en mi jaula estoy, con mi jauría
famélica. El escaso nutrimento
de mi carne no sirve de sustento
a la voracidad en agonía

de este tropel devorador que ansía
mi cotidiano despedazamiento
y que ataraza, en busca de alimento,
mis huesos triturados noche y día.

Pero no me lamento; no podría
dolerme yo, Señor, de mi tormento
junto a tu cruz, que blasfemar sería.

Múltiple fue tu compadecimiento
—por todos tu sufrir—... y en mi agonía
no cabe más dolor que el que yo siento.

YO SE QUE TU SILENCIO...

Yo sé que tu silencio tiene clara
voz, indistinta voz, para un oído
que percibe tu verbo y su sentido.
¡Quién, tácito Señor, quién te escuchara

por siempre! Tú nos dices, cara a cara,
la verdad. Tú despiertas al dormido,
que vive muerto. Todo lo vivido,
si aún no viviese, en Ti resucitara.

Tú no permites que la sombra, vana
voluntad de lo oculto, y el olvido
nos enturbien la vida, siempre clara.

Yo, que he escuchado tu callar, he sido
tu voz. Tú me mandaste que cantara
la gloria ilesa de tu amor herido.

TE DEVUELVO MI VOZ...

Te devuelvo mi voz. Tú me la diste.
Hablé de ti y de mí. Voy a callarme
para siempre. Es mi noche. Fui un adarme
de fuego. Fui una lumbre que encendiste.

Y voy a ser silencio. Me escogiste
para hablar y callar. Y, sin negarme,
callo para ser tierra y escucharme
la voz que tuve y donde tú viviste.

Decir adiós—que es ir a Dios—¿es triste?
Nada de mi existir va a abandonarme.
Nada abandono yo. (Cuando te fuiste

nos quedó lo más tuyo.) Sé mirarme
en el ser—ya apagado—que me diste
ardiendo y del que quiero no olvidarme.

LOS LABIOS TIEMBLAN...

Los labios tiemblan, se desunen... Quieren
cantar. ¡Oh maravilla! Desplegados,
emiten, casi luz, versos alados
hacia Dios. (Que los hombres no se enteren.)

Rezan. Ya los sentidos se transfieren
a la oración, y van tan despegados
de su soporte, que, al surcar, rezados,
los aires, viven cosas que no mueren.

Ajeno a todo voy, que me requieren
las cimas de unos montes nunca hollados.
Estoy sobre la luz, con los que quieren

ver del todo y cegar arrebatados.
Como no soy ya un hombre, que no esperen
mi vuelta los que cuidan sus cuidados.

EMILIO PRADOS

Nació en Málaga (1899) y murió en México en 1962. Obras: *Tiempo* (1925), *Canciones del farero* (1926), *Vuelta* (1927), *El llanto subterráneo* (1936), *Llanto en la sangre* (1937), *Cancionero menor para los combatientes* (1938), *Memoria del olvido* (1940), *Mínima muerte* (1944), *Jardín cerrado* (1960), *Dormido en la yerba* (1953), *Antología* (1954), *Río natural* (1957), *Circuncisión del sueño* (1957), *La sombra abierta* (1961), *La piedra escrita* (1961), *Transparencias* (1962), *Signos del ser* (1962), *Últimos poemas* (1965), *Diario íntimo* (1966), *Poetas completas* (1970).

SANGRE DE ABEL

(Fragmentos)

I

Cantando estoy, llenando
mis huecos en la muerte.
¿Muerte es mi voz?...

(La muerte,

por mi palabra es muerte.)
Vuelvo al cielo mis ojos...
—Las nubes se han perdido—.

Un blanco acorde suena
sobre el cielo sin nubes.
Un sitio. Un cuerpo nuevo.

Una eterna armonía...
Bajo el azul misterio
que vivieron las nubes,

un diminuto sol
comienza por sus llamas...
¡Cruje el tiempo!

(Los huecos

contemplados se prenden.
El sol invade el sitio
de las nubes.)

¡Ya es alba!

(¿Contemplo a Dios?...)

¡Escucho

a su espejo en mi alma!
Canta otra vez la sombra
inmóvil en la tierra:

«Hermano, sobre el cielo,
¿soy yo tu mismo canto?

¿He sido yo tu herida,
tu muerte y tu palabra;
la sangre de tu lengua,
tu trabajo y tu cuerpo;
el doloroso exilio

que a tu sueño persigue,
y hoy tu nombre me lleva
bajo sus mismas alas?

¿Ni tú mismo te nombras,
tan sólo por cantarme?

Desnúdame el castigo
de enredarme en tu vuelo.

¡Te quise por cantarme
y tú ya me cantabas!...

Acerca tu voz: mira
mi sombra que te llama».

Y otra vez reflejado
hacia mí de mí mismo,
vivo el desierto doble
de un sueño abandonado.

Busco el fin de su copla
de la que fui cautivo...

(¿Llego a Dios?...)

¡Me contemplo

en Dios, muerto y cantado!...

Callo y vivo callando,
al seguir en cadena

mi canción, mi rosario
de distancias opuestas.

Ni sé qué mundo vivo,
ni qué mundo me deja
lo eterno en lo infinito

que en mi sangre despierta.

¿Siempre desconocida
dentro de mí o por fuera,
caminaré esta sangre,
sangre mía y ajena?...

Penando bajo el cuerpo
que visito por ellas,

extranjero y errante

de mí soy en mi lengua...

... Y esclavo del silencio

de Dios, vivo en su tierra.

NOSTALGIA DE LA UVA

¡Llanto en septiembre! San Miguel no existe
y vive San Miguel que aún no ha nacido.

Su espada lucha en mí, llama en mi fuego:

«¿Quién como Dios?», y San Miguel florece...

Desgajado por mí—soltado al sueño—,
verde me enreda tierno en sus zarcillos

y su frescor de agraz, desnuda en pámpanos,
la nostalgia en racimos de su fruta.

Luzbel vencido en mí, muere el deseo
al brotar el recuerdo de un olvido,

con la nación y el cuerpo deseados...

«¿Quién como Dios?» Y San Miguel existe.

(Sopla el Sur del olivo. Cruje el cielo...

La tierra sangra su color de tierra.

El sol, sin trigos, muerde en el rastrojo.

Busca el calor del mar sombra en la lluvia.)

Desbordándose al sueño mis dos brazos,
rompen su piel y en tallos iluminan

mi antigua vid que tanto lloré presa,
libre al nacer tendida por mi cuerpo.

¡Cepa es mi corazón! (Llora septiembre...)

¡Lluvia de Dios inunda mis arterias!

(Derramo en mí las hojas que abre el viento
para beber las gotas de mi lluvia.)

¡Tierno soy! ¡Tierno estoy! Dejad que corra

la savia en que nací llanto en septiembre...
 Me inunda—¿vuela?—, en ríos me levanta
 y caigo en tierra, al fin mar de mi tierra.
 ¡Estoy cautivo en mí! Mi cuerpo canta
 sus regatos de luz verdes racimos...
 «¿Quién como Dios?... Y el jugo de las uvas:
 «¿Quién como Dios?», repite por mi sangre.
 (Más quema el Sur. Oscuro está el olivo...
 Madura el mar su lengua sin espumas.
 ¡Crujen mis uvas! ¡Dios me está probando!
 ¡Septiembre y San Miguel vivo en mi sueño!)
 Cantando estoy: ¡Cortadme en la vendimia!
 ¡Partid mi sueño en dos! Yo en tierra quedo
 con la mitad del sueño de mañana
 y, sueño en Dios, con la mitad del vino.
 Se cumple San Miguel. Se va septiembre...
 Y otra vez siento al hombre en mis deseos.
 ¡Lucho con él! Mi espada lo atraviesa:
 «¿Quién como Dios?»... Y en mí liberto al hombre.
 Nostalgia he sido y canto es mi nostalgia.
 ¡Libre está Dios y canta en El septiembre!...
 Con mi nostalgia en San Miguel he dado:
 Septiembre y Dios y el hombre que he vivido.
 ¿Volveré a despertar?...

¡Tal vez no pueda!:

¡Duermo en el Sur, vendimia de mí mismo!

ABRIL DE DIOS

«¿Adónde vas, Emilio?»...
 (Quien me llama soy yo:
 el viento entre los árboles.
 ¿El viento yo? No; el viento
 no conoce, no ve,
 no puede hallar mi nombre...)
 «¿Adónde vas, Emilio?»
 (Quien me llama soy yo:
 una nube en el cielo.

¿Una nube?...

La tierra
 está labrada.

¡Llueve!

Siento entrar gota a gota
 a la lluvia en mi cuerpo...)
 «¿Adónde vas, Emilio?»
 (¡Habló la lluvia! ¿No?
 Sobre la tierra cae
 naturalmente en paz...
 ¡Llueve sobre el barbecho!)
 «¿Adónde vas, Emilio?»
 (La piel de mi costado
 cruje, gime y se parte.
 ¡Mi sangre es una herida!
 Broto a mi libertad:
 nazco por mis costados...)
 «Emilio: ¿Adónde vas?...»
 (Un verde diminuto
 tierno, tierno, ternísimo,
 va subiendo de mí.
 Sube y subo: ¡salimos!
 Blanquísimo es el pie
 que me oculta en la tierra...)
 «Emilio: ¿Adónde vas?»
 (Quien me llama soy yo.
 ¡Tal vez existo! Acaso
 siempre he sido la tierra,
 el cielo y Dios...
 ¡Su yerba diminuta!)
 «¿Adónde vas, Emilio?»
 (Levanto mis pestañas
 cubiertas de rocío.)
 «¿Adónde vas, Emilio?»
 Oigo en mi voz la yerba...
 «¡No llores—dice el viento—,
 ya amanece en mis lágrimas:
 seremos pronto abril
 y en él, los tres, Emilio!...»

(Sale el sol, se va el sol,
viene y se va la luna...)
«¿En dónde estás, Emilio?...»
¡Canto otra vez!
¡Y Dios
siempre naciendo!

CANCION

El Cristo está aquí en España
sobre el campo de batalla.
El Cristo está aquí en España
con la muerte a sus espaldas.
El Cristo está aquí en España...
Del otro lado la lanza
y en su costado la llaga...
y en este lado la fuente
que mana sangre y no acaba,
que mana sangre y no acaba,
que mana sangre y no acaba.

CANCION

No es lo que está roto, no,
el agua que el vaso tiene:
lo que está roto es el vaso
y, el agua, al suelo se vierte.
No es lo que está roto, no,
la luz que sujeta al día:
lo que está roto es el tiempo
y en la sombra se desliza.
No es lo que está roto, no,
la sangre que te levanta:
lo que está roto es tu cuerpo
y en el sueño te derramas.
No es lo que está roto, no,
la capa del pensamiento:
lo que está roto es la idea
que la lleva a lo soberbio.

No es lo que está roto Dios,
ni el campo que El ha creado:
lo que está roto es el hombre
que no ve a Dios en su campo.

MEMORIA SIN PRESENCIAS (Meditaciones)

Por salvar la rosa
me he salvado yo:
No hay rosa de ayer
ni hoy,
sino la rosa de Dios.
Por salvar los vientos
me he salvado yo:
No hay vientos de sur ni norte,
sino los vientos de Dios.
Por salvar las aguas
me he salvado yo:
No hay aguas de mar
ni ríos,
sino las aguas de Dios.
Por salvar la tierra
me he salvado yo:
No hay tierra de sol
ni umbría,
sino la tierra de Dios.
Por salvar los tiempos
me he salvado yo:
No hay tiempo de ayer
ni hoy,
sino el Eterno de Dios.

* * *

Puesto que lo quiere Dios,
sólo me importa
qué digo:
digo lo que quiere Dios.

CARLOS PELLICER

Nació en Villahermosa (Tabasco, México) en 1899. Obras: *Colores en el mar* (1921), *Piedra de sacrificios* (1924), *Seis, siete poemas* (1924), *Hora y veinte* (París 1927), *Camino* (París 1929), *Hora de junio* (1937), *Hexágonos* (1940), *Recinto y otros poemas* (1941), *Subordinación* (1949), *Práctica de vuelo* (1956), *Con palabras de fuego* (1965), *Material poético* (1964), *Primera antología poética* (1969).

EN MEDIO DE LA DICHA...

En medio de la dicha de mi vida
deténgome a decir que el mundo es bueno
por la divina sangre de la herida.
Loemos al Señor que hizo en un trueno
el diamante de amor de la alegría
para todo el que es fuerte y es sereno.
El corazón al corazón se fía
si el alma cual las águilas natales
estrangula serpientes en la vía.
Gloriosa palma la que de los males
del huracán se libre porque eleve
la fruta con sus aguas tropicales.
El corazón al corazón se fía
lo mismo en esas palmas que en el breve
corazón de la perla más sombría.
Porque la flor más alta dance y ría,
y viento entre los árboles se mueve.
Mi corazón, Señor, como el poema,
sube la escalinata de la vida
y te da su pasión como una gema.
Por la divina sangre de la herida,
es fuerte y es sencillo y cancionero.
Filas de oro pusiste a su ola henchida.
El amor, que en el caos fue primero
lo lanzó sobre la órbita más pura
y así cumple su ciclo, dulce y fiero.

Orbita la mejor, porque es ternura
esquilmada a la oveja del pastor
que en diciembre hace eterna su ventura.
Izaré las banderas del amor
lo mismo en esta magna venturanza
que en el palacio en ruinas del dolor.
Danzaré alegremente, y en la danza
anillaré las espirales nobles
con que subo hasta Ti viva alabanza.
Sembrar mi vida de cordiales robles
—hóspitas curvas para el peregrino—,
y en junio darte mis cosechas dobles.
Ser bueno como el agua del camino
que la herida refleja y que la alivia.
Ser dichoso, Señor, no es ser divino,
pero ser bueno, sí. Por eso, entibia
la nieve, y que sea lago. La infinita
palabra del amor arda y convivía
en mi ser, y se dé la estalactita
de la obediencia a Ti. Toma mi frente,
y cíñela, Señor, con la infinita
corona del amor.

* * *

Jesús, te has olvidado de mi América,
ven a nacer un día sobre estas tierras locas.
¿No basta odiarse tanto? La fe que tú decías
aún no arde su hilo de luz en nuestras bocas.

Es un magno crepúsculo tras un fondo de rocas.
Sobre las fuentes negras crecen las lejanías...
Danos una mirada por nuestras melodías.
Enciédenos los ojos y sella nuestras bocas.

Que no haya «discursos», sino actos perfectos.
Yo sé (aunque no lo digas), que somos predilectos...
¡Huracanea un riesgo que hasta tus plantas grita!

¡El amor será inmenso! ¿No basta odiarse tanto?
Sobre las playas tórridas tu ola azul se agita
borrando signos turbios y acantilando un canto.

SONETOS DE ESPERANZA

I

Cuando a tu mesa voy y de rodillas
recibo el mismo pan que Tú partiste
tan luminosamente, un algo triste
suen a en mi corazón mientras Tú brillas.

Y me doy a pensar en las orillas
del lago y en las cosas que dijiste...
¡Cómo el alma es tan dura que resiste
tu invitación al mar que andando humillas!

Y me retiro de tu mesa ciego
de verme junto a Ti. Raro sosiego
con la inquietud de regresar rodea

la gran ruina de sombras en que vivo.
¿Por qué estoy miserable y fugitivo
y una piedra al rodar me pisotea?

II

Y salgo a caminar entre dos cielos
y ya al anochecer vuelvo a mis ruinas.
Últimas nubes, ángeles divinas,
se bañan en desnudos arroyuelos.

La oscura sangre siente los flagelos
de un murciélago en ráfaga de espinas,
y aun en las limpias aguas campesinas
se pudren luminosos terciopelos.

La poderosa soledad se alegra
de ver las luces que su noche integra.
¡Un cielo enorme que alojarla puede!

Y un goce primitivo, una alegría
de Paraíso abierto se sucede.
Algo de Dios al mundo escalofría.

A LA VIRGEN DE LA SOLEDAD

Señora:

como una primavera de puñales
miro tu corazón que parpadea
al pie del árbol sangre.

Tu soledad sin horizonte alcanza
la original potencia elemental,
y el pálido perfil que perece en tu manto
me seca la garganta con el llanto olvidado
en la mitad del desierto.

Sin una lágrima, sin un sollozo, sin una sombra
tu rostro hecho de espinas y de clavos
me mira al pie de tus pies apagados.

Soy un poco de tierra amoratada
que azotó el huracán de caballos desnudos.

Soy un poco de nada puesto al servicio de la noche
para que se consuman los jaguares
de mis fuegos antiguos.

Soy lo que pudo ser un mediodía nublado
lleno de pájaros muertos.

Soy el eco de tu soledad, Señora,
Reina de reinas de las soledades.

Yo te acompaño en este no decir nada.

Yo te acompaño en esta sangre santa.

Yo te acompaño en este fruto quieto.

Yo te acompaño allá muy hondo
en tu virginal sabiduría.

El cielo tiene la hora de un reloj descompuesto.

Las piedras son como sílabas dispersas.

La soledad sin fin es como un cuello
lleno de collares estrangulados.

Yo no tengo en las manos nada,
ni siquiera tengo mis manos en las manos,

ésas, todas manzanas y peras,

esas pequeñas bestias del tacto.

Estamos solos en medio del mundo,
divinamente misterioso y terrible,

Reina de reinas de las soledades.

Yo soy el perro hambriento que agusanó la noche,
huérfano y prodigioso, todo nadie y estrellas,
seco de sed y harapo oculto de ladridos
en el hueco de algo que no sabré decirte
si está en mí, en los demás o en algo
que, si existe, no existe sino en tus ojos vírgenes.

VICENTE ALEIXANDRE

Nació en Sevilla en 1900. Obras: *Ambito* (1928), *Espadas como labios* (1932), *Pasión de la tierra* (1935), *La destrucción o el amor* (1935), *Sombra del paraíso* (1944), *Mundo a solas* (1950), *Poemas paradisiacos* (1952), *Nacimiento último* (1953), *Historia del corazón* (1954), *Mis poemas mejores* (1956), *Poemas amorosos* (antología, 1960), *Poemas completas* (1960), *Picasso* (1961), *En un vasto domingo* (1962), *Presencias* (1965), *Retratos con nombre* (1965), *Dos vidas* (1968), *Poemas de la consumación* (1968).

AL CIELO

El puro azul ennoblece
mi corazón. Sólo tú, ámbito altísimo
inaccesible a mis labios, das paz y calma plena
al agitado corazón con que estos años vivo.
Reciente la historia de mi juventud, alegre todavía
y dolorosa ya, mi sangre se agita, recorre su cárcel
y, roja de oscura hermosura, asalta el muro
débil del pecho, pidiendo tu vista,
cielo feliz que en la mañana rutilas,
que asciendes entero y majestuoso presides
mi frente clara, donde mis ojos te besan.
Luego declinas, joh sereno, oh puro don de la altura,
cielo intocable que siempre me pides, sin cansancio,
mis besos,
como de cada mortal, virginal, solicitas!
Sólo por ti mi frente pervive al sucio embate de la
sangre.

Interiormente combatido de la presencia dolorida y
feroz,
recuerdo impío de tanto amor y de tanta belleza,
una larga espada tendida como sangre recorre
mis venas, y sólo tú, cielo agreste, intocado,
das calma a este acero sin tregua que me yergue en el
mundo.

Baja, baja dulce para mí, da paz a mi vida.
Hazte blando a mi frente como una mano tangible
y oiga yo, como un trueno que sea dulce, una voz
que, azul, sin celajes, clame largamente en mi cabellera.
Hundido en ti, besado del azul poderoso y materno,
mis labios sumidos en tu celeste luz apurada
sientan tu roce meridiano, y mis ojos
ebrios de tu estelar pensamiento te amen,
mientras así, peinado suavemente por el soplo de los
astros,
mis oídos escuchan al único amor que no muere.

NO BASTA

Pero no basta, no; no basta
la luz del sol ni su cálido aliento.
No basta el misterio oscuro de una mirada.
Apenas bastó un día el rumoroso fuego de los bosques.
Supe del mar. Pero tampoco basta.
En medio de la vida, al filo de las mismas estrellas,
mordientes, siempre dulces en sus bordes inquietos,
sentí iluminarse mi frente.
No era tristeza, no. Triste es el mundo;
pero la inmensa alegría invasora del universo
reinó también en los pálidos días.
No era tristeza. Un mensaje remoto
de una invisible luz modulaba unos labios
aéreamente, sobre pálidas ondas,
ondas de un mar intangible a mis manos.
Una nube con peso, nube cargada acaso de pensamien-
to estelar,
se detenía sobre las aguas, pasajera en la tierra,

quizá envió celeste de universos lejanos
 que un momento detiene un paso por el éter.
 Yo vi dibujarse una frente,
 frente divina: hendida de una arruga luminosa,
 atravesó un instante peñada de un pensamiento som-
 brio.

Vi por ella cruzar un relámpago morado, vi unos ojos
 cargados de infinita pesadumbre brillar,
 y vi a la nube alejarse, densa, oscura, cerrada,
 silenciosa, hacia el meditado ocaso sin barreras.

El cielo alto quedó como vacío.

Mi grito resonó en la oquedad sin bóveda,
 y se perdió, como mi pensamiento que voló deshacién-
 dose,

como un llanto hacia arriba, al vacío desolador, al
 hueco.

Sobre la tierra mi bulto cayó. Los cielos eran
 sólo conciencia mía, soledad absoluta.

Un vacío de Dios sentí sobre mi carne,
 y sin mirar arriba, nunca, nunca, hundí mi frente en
 la arena

y besé sólo a la tierra, a la oscura, sola,
 desesperada tierra que me acogía.

Así sollocé sobre el mundo.

¿Qué luz lívida, qué espectral vacío velador,
 qué ausencia de Dios sobre mi cabeza derribada
 vigilaba sin límite mi cuerpo convulso?

¡Oh madre, madre, sólo en tus brazos siento
 mi miseria! Sólo en tu seno martirizado por mi llanto
 rindo mi bulto, sólo en ti me deshago.

Estos límites que me oprimen,
 esta arcilla que de la mar naciera,
 que aquí quedó en tus playas,
 hija tuya, obra tuya, luz tuya,
 extinguida te pide su confusión gloriosa,
 te pide sólo a ti, madre inviolada,
 madre mía de tinieblas calientes,
 seno sólo donde el vacío reina,
 mi amor, mi amor, hecho ya tú, hecho tú sólo.

Todavía quisiera, madre,
 con mi cabeza apoyada en tu regazo,
 volver mi frente hacia el cielo
 y mirar hacia arriba, hacia la luz, hacia la luz pura,
 y, sintiendo tu calor, echado dulcemente sobre tu falda,
 contemplar el azul, la esperanza risueña,
 la promesa de Dios, la presentida frente amorosa.
 ¡Qué bien desde ti, sobre tu caliente carne robusta,
 mirar las ondas puras de la divinidad bienhechora!
 ¡Ver la luz amanecer por oriente, y entre la aborascada
 nube peñada
 contemplar un instante la purísima frente divina des-
 tellar,

y esos inmensos ojos bienhechores
 donde el mundo alzado quiere entero copiarse
 y mecerse en un vaivén de mar, de estelar mar entero,
 compendiador de estrellas, de luceros, de soles,
 mientras suena la música universal, hecha ya frente
 pura,

radioso amor, luz bella, felicidad sin bordes!
 Así, madre querida,
 tú puedes saber bien —lo sabes, siento tu beso secreto
 de sabiduría—

que el mar no baste, que no basten los bosques,
 que una mirada oscura, llena de humano misterio,
 no baste; que no baste, madre, el amor,
 como no baste el mundo.

Madre, madre, sobre tu seno hermoso
 echado tiernamente, déjame así decirte
 mi secreto; mira mi lágrima
 besarte; madre que todavía me sustentas,
 madre cuya profunda sabiduría me sostiene ofrecido.

ANGEL MARTINEZ

Nació en Lodosa (Navarra) en 1900. Obras: *El mantel de bodas* (1931), *Rosa de un mes* (1940), *Poema de la ceiba* (1941), *Río hasta el fin* (1942), *Angel en el País del Aguila* (1950), *Cumbre de la memoria* (1953), *Dios en blancura* (1960), *El mejor tovero* (1961), *Sonetos irreparables* (1964), *Vida en naturalidad* (1966), *Desde el tiempo del hombre* (1967). Es jesuita y enseña en universidades de América latina.

PERO ESCONDIDO

Cuando en mis manos, Rey eterno, os miro.
(LOPE DE VEGA.)

Todo, Señor, lo ordenas con medida:
si a mis ojos humanos se mostrara
tu Luz, entre su aurora se apagara
la estrellita oscilante de mi vida.

Tu gloria, de mis manos suspendida,
al abrirse, mi ser aniquilara:
sólo me puede ser tu lumbre clara
bajo esta Forma blanca oscurecida.

Camino hacia tu Ser, pero aún mi sombra
ante Ti proyectada te oscurece:
la sombra de mi cuerpo el tuyo esconde.

Aún te enturbia mi voz cuando te nombra,
pero en la sombra siento que amanece
y que un eco a mi voz en Ti responde.

CAYENDO EN TU PRESENCIA

Mi conciencia de náufrago te sigue.
Sabe que es mi bajar subir a donde
mi silencio es tu Voz que me responde
con voz de ley que a Libertad me obligue.

Ley del cuerpo que cae, al fin consigue
la altura de su mar, tierra en que ahonde,
con raíz de alma, el cielo en que se esconde
tu centro azul que mi naufragio abrigue.

Cortando el agua el cuerpo, anchos los brazos
que miden con su vuelo mi caída
y elevan su caída con mi vuelo;

cortando el aire el alma, en aletazos
de olvido que es tu Memoria Vida...,
¡me hundo en tu Mar y llego hasta mi cielo!

SER MAS

—*Su Sacrificio*
en Cruz, su Gloria.

Gloria en dos brazos con el arco en vuelo
de hilos de blanca sangre en enredijo,
siempre volando y para siempre fijo,
de carne en luz, crucificado anhelo.

Sin apoyo en la tierra, es todo el cielo
transparente de un aire en crucifijo
con mirada amor, del Padre al Hijo,
que fue y aún no es y está en El tras el velo.

Por mí ya en Ti... Si hui para encontrarme,
ya en tu Sangre mi sangre derramada
la vida es que tu muerte vino a darme:

Forma pura en mi sangre realizada
que en tu Sangre cayó para elevarme
con mi cruz en tu Cruz crucificada.

POR LA ILUMINACION DE AQUEL INSTANTE

Por la iluminación de aquella hora,
luz de esta noche. O día entre vislumbres
que da en lejano resplandor de cumbres
el que en su luz inaccesible mora.

El que es siempre en su pleno día aurora
de Sí en su Hijo, y su Hijo en muchedumbres
de hijos que a El van con lumbre de las lumbres
de esta noche de sangre que el sol dora.

Suena en su eternidad la hora anunciada,
y el amor sube en sucesión constante
que es gozo, en cada paso, de llegada

al gozo pleno de un sentir radiante
la inaccesible Luz, luz habitada
por la iluminación de aquel instante.

EN GOZOS DE PRESENCIA

Saber que siempre estoy en su presencia
—vida de la Verdad de su camino—;
saber que tienes mi presencia en todo
—soy parte de tu Cuerpo reunido—
a punto siempre en todo para lo que dispongas:
saber en todo el gozo de estar así contigo.
Amarte con quien te ama, amarte en todo,
ser Tú sin dejar yo de ser yo mismo.
Y ser porque eres Tú, porque sabemos—todos—
que eres en lo que somos—todos—que te decimos
en lo que Tú nos dices:

estar siempre
sin nada en mí y todo en Ti conmigo.
Saber que todo me eres—como te amo—
y que en todo te soy—como te miro—,
pues sin que Tú me hicieras no podría
verme en Ti, verte en mí y saber que soy Tú mismo,
que es todo mío cuando yo soy tuyo
y es todo tuyo cuando Tú eres mío.
Saber que es siempre estar en tu presencia
llegar al fin—tocar a Dios—andando en el camino.
Saber que así estaré en el que siempre estuve
del todo que en mí pasa al Todo fijo;

saber que tienes mi presencia a punto
y que estando yo en Ti, eres Tú conmigo
y que estando Tú en mí,
yo soy contigo.

COLOQUIO EN VOZ DE CANTO Y LLANTO

Así, con lentitud y andar seguro,
vamos a Ti contigo.
Siempre en la espera de una vida nueva,
nuestro canto es el llanto del pasado
y el eco del futuro, ensayo en lágrimas
de la luz que las ha de hacer hermosas
—arco antes y después de la tormenta—,
presagiada alegría
de tu cantar que cantaremos siempre,
y es Tú mismo cantándote en nosotros.
Para elevarme a Ti de Ti he bajado
y en pura eternidad todo lo he visto
con el eco de luz de tu mañana
que en esta noche de mi ayer clarea.
Quiero ser lo que he visto en tu mirada,
lo que me has hecho por haberme visto
y lo que he sido por haberte visto
entre mis manos y bajo mis besos
con mi ser en tu Ser transfigurado.
Yo, el desecho de todo, mundo a oscuras
—no mundo—,
cuerpo que se corrompe y alma en llamas,
con dolor en los ojos de elevarlos al cielo,
el corazón ahogado de alaridos
y en la tierra clavando mis raíces de estrella
para mirarte en mí transfigurado.
Tú me lo has dado todo,
Señor:
un ser, un nuevo ser y tu palabra.
Un nombre que es oficio. El universo
y el sellado poder, que eres Tú mismo,
de elevarlo hasta Ti, contigo, todo.

Todo lo que me diste
lo encierro en las palabras con que sello
cada día mi vida con tu Vida...
Y al fin poder decir lo que me has dado:

—El canto

con todo lo que diga,
con todo lo que diga en la esperanza
de poder, sin hablar, decirte entero un día.
Tú me lo has dado todo.

Con clara lentitud y paso firme,
porque Tú me lo aplomas,
por la tierra mis pasos van al cielo
hasta caer, subiendo hacia la tierra
para volar en Ti, cielo del cielo.
Si la tierra me llama,
es que el cielo le dio voz a la tierra
para decir, con alas, el destino
de un nombre que en sí mismo es su mensaje,
tu luz y mi destino

—tu eterno sacerdocio—.

Porque mi nombre es ya sólo tu Nombre
clamado en mí sobre la Rosa nueva
de los cuatro horizontes de las almas
por los que anuncia tu palabra el vuelo
de mi palabra en canto:
Tú mismo en mí cantado, en mí muriendo,
en mí resucitado...

y yo contigo, Cristo, Sacerdote.
Y cantar nuevo el canto de mi llanto:
Canto de la corriente de mi llanto,
la fuente oculta que tus aguas guía:
por un oscuro azul me suab al Día
para hacerse en tu luz, luz de mi canto.
Eco profundo de Ti mismo, el santo
silencio en que Tú apagas su armonía,
se hace tu voz en mí, que hace más mía
mi voz en Ti, Tú en luz, libre en tu encanto.
Porque tu callar puro es esta tarde
del día blanco en que tu vida sangra

y sombra de su sol en mi voz arde.
Llora, Granada en un lucero rojo
y el cielo en un incendio se desangra,
porque yo en él tu Corazón deshojo.

FRANCISCO LUIS BERNARDEZ

Nació en Buenos Aires en 1900. Colaborador de *La Nación* de Buenos Aires. Obras: *Orto* (1922), *Bazar* (1922), *Kindergarten* (1923), *Alcandara* (1925), *El buque* (1935), *Cielo de tierra* (1937), *La ciudad sin Laura* (1938), *Poemas elementales* (1942), *Poemas de carne y hueso* (1943), *El ruiseñor* (1945), *Antología poética* (1946), *Las estrellas* (1947), *Poemas nacionales* (1951), *La flor* (1951), *Himnos del breviario romano* (1952), *El arca* (1953).

ESTAMPA DE SAN JUAN DE LA CRUZ

Manos hondas como el mar desconocido.
Ojos ciegos, ojos sordos, ojos mudos.
Pies que van hacia el amor por el olvido.
Manos juntas, ojos altos, pies desnudos.

Pies sedientos de alcanzar al ciervo herido.
Ojos limpios de recuerdos y preguntas.
Manos solas como pájaros sin nido.
Pies desnudos, ojos altos, manos juntas.

Manos vivas para el cielo prometido.
Pies exentos de temor y sobresaltos.
Ojos muertos para el mundo sin sentido.
Manos juntas, pies desnudos, ojos altos.

POEMA DEL PAN EUCARISTICO

Yo, que lo miro con mis ojos, sé que este pan es el Señor
de cielo y tierra.

Yo, que lo gusto con mi boca, sé que este pan es el Señor
que nos espera.

Sé que la Forma de las formas vive feliz en este trozo
de materia.

Y que esta harina inmaculada no es otra cosa que su
carne verdadera.

Sé que la luz que no se apaga brilla desnuda en esta luna
siempre llena.

Y que la voz de las alturas duerme callada en esta boca
siempre quieta.

Sé que el océano sin fondo cabe sin mengua en esta gota
que destella,

y que la selva sin orillas está encerrada en esta brizna
carcelera.

Sé que el volcán inextinguible se manifiesta en esta
chispa de inocencia.

Y que el amor inenarrable tiembla escondido en esta
lágrima serena.

Durante siglos lo esperamos comiendo a oscuras el
manjar del viejo rito.

Y señalando nuestras puertas con una sangre que era
sangre y era símbolo.

Aquel cordero misterioso nos daba fuerzas y valor para
el camino.

Y con las huellas de su sangre cerraba el paso a la
traición y al exterminio.

Cuando los tiempos maduraron, el firmamento dio su
fruto prometido.

Y otro Cordero vino al mundo para pagar al buen
pastor nuestros delitos.

Antes de ser sacrificado, quiso enseñarnos el supremo
sacrificio.

Y en este pan maravilloso se repartió de corazón entre
sus hijos.

Desde aquel día lo tenemos como alimento, como escu-
do y como alivio.

Y su poder nos une a todos en una grey, en un pastor y
en un aprisco.

¿Quién al mirarlo no se acuerda del que llovió sobre la
vieja caravana?

¿Quién al gustarlo no se acuerda del que comimos en
la tierra solitaria?

La sed y el hambre nos movían hacia el magnífico país
del pan y el agua.

Pero la fe de nuestros pasos desfallecía en el desierto
sin entrañas.

Como la tierra estaba sorda, quisimos ver si el cielo azul
nos escuchaba.

Y el cielo azul nos dio con creces lo que la tierra
desdeñosa nos negaba.

Nubes de pan se deshicieron sobre el rencor de la
llanura desolada.

Y poco a poco la cubrieron con vestiduras de alegría y
de abundancia.

Con la virtud de aquel sustento fuimos llegando sin
dolor al agua santa.

Y por el agua que renueva, dimos al fin con este pan
que no se acaba.

Su luz, que alumbra y alimenta, brilla sin tregua en el
altar y en la custodia.

Y desde el fondo del sagrario se multiplica sin descanso
en limpias ondas.

Cruza los muros de materia que la separan de los seres
que ambiciona.

Vence las puertas que resisten a la profunda caridad
que la devora.

Pisa el umbral de las tinieblas, entra en la ciega
oscuridad, busca en las sombras.

Y al fin reposa en nuestras almas, que son estrellas
apagadas y remotas.

Infunde paz en las que sufren; deja su brillo de piedad
en las que lloran.

Y a todas juntas las abraza con un amor incomprensi-
ble para todas.

Después ajusta el movimiento de nuestras almas al del Sol que la ocasiona.
 Y con el Sol que la difunde concierta el ansia incontenible de sus órbitas.
 La luz penetra en los lugares más silenciosos y en los sitios más oscuros.
 Y va llegando con sus rayos hasta los últimos rincones de este mundo.
 En los más fríos y olvidados abre con honda caridad su blanco puño.
 Y de su mano bienhechora deja caer una semilla en cada surco.
 Luego de haberlos fecundado, vuelve cantando hacia su Sol eterno y puro.
 Y en su reflujo melodioso va cosechando nuestros seres, uno a uno.
 Sube a su nido fulgurante, cruza de nuevo los umbrales y los muros.
 Pero esta vez lleva consigo nuestros más íntimos destellos, que son suyos.
 Bien abrazada con nosotros, entra por último en el cielo sin crepúsculo.
 Y se confunde con el astro que está escondido en este pan que miro y gusto.

SONETO A LA NATIVIDAD DE LA SANTISIMA VIRGEN

Vino a la vida para que la muerte dejara de vivir en nuestra vida, y para que lo que antes era vida fuera más muerte que la misma muerte.

Vino a la vida para que la vida pudiera darnos vida con su muerte, y para que lo que antes era muerte fuera más vida que la misma vida.

Desde entonces la vida es tanta vida y la muerte de ayer tan poca muerte, que si a la vida le faltara vida,

y a nuestra muerte le sobrara muerte, con esta vida nos daría vida para dar muerte al resto de la muerte.

PALABRAS A UNA CRUZ DE PALO

Así como en el llanto del poniente se presiente el vagido de la aurora, tu plenitud sacramental de ahora su adolescencia vegetal presiente. Eras un álamo, meditabundo como la amanecida del cariño, cuando para un espíritu de niño es un muñeco destripado el mundo. Un álamo, poeta, hubieras sido si un destino mejor no convirtiera en ave tu metáfora primera y tu primer epitalamio en nido. Leal a tu destino como ahora, estabas tan ausente y tan arriba, que ignorabas tu sombra como ignora las ofensas un alma comprensiva. Y como eras hermano de Jesús, para representarte su memoria, un día tu materia transitoria jerarquizaste eternamente en cruz. Si bastan cuatro tiempos de compás para ceñir el cósmico concierto, para abrazar el infinito concierto bastan tus cuatro brazos, nada más. De tu cuádruple abrazo es el esfuerzo síntesis de las cuatro lejanías y las elementales energías en que se crucifica el universo. En trescientos sesenta grados que resume tu cuadrángulo me fundo para medir la órbita del mundo y la circunferencia de mi fe. Con tu símbolo † sumo las dos

hipótesis del tiempo y del espacio,
y mi voracidad de lumbre sacio
despejando la incógnita de Dios.
Eres conciliadora abreviatura
de dos caminos de peregrinante:
uno idea, tendido hacia adelante,
y otro sentimental, hacia la altura.
Tus aspas son el único molino
que con suspiros de plegaria rueda
para que el hombre bondadoso pueda
moler el trigo de su pan divino.
Anuda tanta caridad y tanta
misericordia de perdón tu nudo,
que te pareces al sollozo mudo
que está crucificando mi garganta.

JOSE GOROSTIZA

Nació en Villahermosa, estado de Tabasco (México), en 1901. Catedrático de Literatura y diplomático, ocupó diversos cargos importantes en su país y en el extranjero, siendo, por último, secretario de Relaciones Exteriores. Obras: *Canciones para cantar en las barcas* (1925), *Muerte sin fin* (1939), *Poesía* (1964).

LA LUZ SUMISA

Alarga el día en matinal hilera
tibias manchas de sol por la ciudad.
Se adivina casi la primavera,
como si descendiera
en lentas ráfagas de claridad.
La luz, la luz sumisa
(si no fuera
la luz, la llamaran sonrisa),
al trepar en los muros, por ligera,
dibuja la imprecisa
ilusión de una blanda enredadera.
¡Ondula, danza y, trémula, se irisa!

Y la ciudad, con íntimo candor,
bajo el rudo metal de una campana,
despierta a la inquietud de la mañana,
y en gajos de color
se deshilvana.
Pero puso el Señor,
a lo largo del día,
esencias de dolor
y agudo clavo de melancolía.
Porque la claridad, al descender
en giros de canción,
enciende una alegría de mujer
en el espejo gris del corazón.
Si ayer vimos la luna desleída
sobre un alto silencio de montañas...;
si ayer la vimos derramarse en una
indulgencia de lámpara afligida...,
nos duele desnatar en las pestañas
el oro de la luna.

MUERTE SIN FIN

(Fragmento)

¡Más que vaso—también—, más providente!
Tal vez esta oquedad que nos estrecha
en islas de monólogos sin eco,
aunque se llama Dios,
no sea sino un vaso
que nos amolda el alma perdida,
pero que acaso el alma sólo advierte
en una transparencia acumulada
que tiñe la noción de El, de azul.
El mismo Dios,
en sus presencias tímidas,
ha de gastar la tez azul
y una clara inocencia imponderable,
oculta al ojo, pero fresca al tacto,
como este mar fantasma en que respiran
—peces del aire altísimo—

los hombres.
 ¡Sí, es azul! ¡Tiene que ser azul!
 Un coagulado azul de lontananza,
 un circundante amor de la criatura,
 en donde el ojo de agua de su cuerpo
 que mana en lentas ondas de estatura
 entre fiebres y llagas;
 en donde el río hostil de su conciencia,
 jagua fofa, mordiente, que se tira,
 ay, incapaz de cohesión al suelo!,
 en donde el brusco andar de la criatura
 amortigua su enojo,
 se redondea
 como una cifra generosa;
 se pone en pie, veraz, como una estatua.
 ¿Qué puede ser—si no—si un vaso no?
 Un minuto quizá que se enardece
 hasta la incandescencia,
 que alarga el arrebato de su brasa,
 ¡ay!, tanto más hacia lo eterno mínimo
 cuanto es más hondo el tiempo que lo colma.
 Un cóncavo minuto del espíritu
 que una noche impensada,
 al azar
 y en cualquier escenario irrelevante
 —en el terco repaso de la acera,
 en el bar, entre dos amargas copas
 o en las cumbres peladas del insomnio—,
 ocurre; nada más, madura, cae
 sencillamente,
 como la edad, el fruto y la catástrofe.
 ¿También—mejor que un lecho—para el agua
 no es un vaso el minuto incandescente
 de su maduración?
 Es el tiempo de Dios que aflora un día,
 que cae; nada más, madura, ocurre,
 para tornar mañana por sorpresa
 en un estéril repetirse inédito,
 como el de esas eléctricas palabras

—nunca aprehendidas,
 siempre nuestras—
 que eluden el amor de la memoria,
 pero que a cada instante nos sonríen
 desde sus claros huecos
 en nuestras propias frases despobladas.
 Es un vaso de tiempo que nos iza
 en sus azules botares de aire
 y nos pone su máscara grandiosa,
 ¡ay!, tan perfecta,
 que no difiere un rasgo de nosotros.
 Pero en las zonas ínfimas del ojo,
 en su nimio saber,
 no ocurre nada, no; sólo esta luz,
 esta febril diafanidad tirante,
 hecha toda de pura exaltación,
 que a través de su nítida substancia
 nos permite mirar,
 sin verlo a El, a Dios,
 lo que detrás de El anda escondido:
 el tintero, la silla, el calendario
 —¡todo a voces azules, el secreto
 de su infantil mecánica!—
 en el instante mismo que se empeñan
 en el tortuoso afán del universo.

PEDRO GARFIAS

Nació en Ecija (España) en 1901 y murió en México en 1967. Obras: *El ala del Sur* (1926), *Héroes del sur* (1939), *Primavera en Eaton Hastings* (1940), *Poesía de la guerra española* (1941), *Elegía a la Presa de Dnieprostoi* (1943), *De soledad y otros pesares* (1948), *Viejos y nuevos poemas* (México 1951), *Río de aguas amargas* (1953), *Antología poética* (1970, póstuma).

MOTIVOS DEL MAR

Abrevadero del mar,
donde he bebido esta sed,
esta sed de eternidad.
Canta en la tarde clara
las horas al arribar.
Las horas que naufragaron
a la noche cantarán.
Quiero morirme en el mar
cara a la cara de Dios,
de frente a la eternidad.

OYE AL ARBOL

Oye al árbol
cómo el tronco se le queja;
oye al campo
cómo le duele la yerba;
oye al silencio nutrido
de palabras entreabiertas.
Oye al viento
que vio a Dios y no lo recuerda.
Oye a Dios llorando hombres,
oye al hombre andando a tientas...
Que el llanto, si corre largo,
suena.

PRIMAVERA EN EATON HASTINGS

Tú, que todo lo hiciste
—los pasos y el sendero—, me has dejado
en libertad de andar a mi albedrío.
Pero yo doy al viento mis velas indefensas...
Sólo quiero mirar, mirar el agua
de intimidad azul, mirar el cielo
de grises bloqueado, y a la orilla,
el bosque de fresca inmarchitable.
Mis ojos son mi vida.
Aquello que mis ojos reflejaron
vuelve a su ser de nuevo verdecido.
Mirando voy creando
naturaleza pura, luz exacta,
el mundo que Tú hiciste.
Dentro del pecho oscuro,
la clara soledad me va creciendo
lenta y segura... Hay luz en mis entrañas,
y puedo ver mi sangre ir y venir,
y puedo ver mi corazón... Afuera
se agolpan, desoladas y sonámbulas,
noches enracimadas.
Un atropello de silencios turbios
repta y ondula...
Señor, que hiciste el verso y la amapola,
haz las paredes de mi pecho fuertes,
duras como el cristal de esta ventana.

ALVARO DE LAS CASAS

Orensano (1901-1950). Cultivó el teatro y el ensayo. Obra poética: *Sulco e vento*, *Escolma de cantigas*.

SALAIO

¡Meu Deus! ¡Meu Deus! ¡Meu Deus!
Vinte de pequeniño
e non te volto a ver.

Búscote e non te encontro;
chámete e non respondes;
óllote e non te vexo.
Procúrote entre os homes,
e nos azús infindos
do ceo que me envolve;
e nas augas do mar,
e nos arbres dos montes,
e nas froles miúdas,
e nos camiños longos
que van, rube que rube,
polos catro hourizontes.
¡Meu Deus! ¡Meu Deus! ¡Meu Deus!
volta a mín outra vez.

Apártame este ensoño,
esta loucura que anda en mín a roer,
de amarme soio a mín,
e a ninguén mais que a mín, porque non sei
—e na dúbida
encomenzo a estar certo de saber—
si Ti, ¡meu Deus!, ¡meu Deus de aqueles tempos!,
estás dentro de mín
e fuxiches do mundo que andiven a correr.

RAFAEL ALBERTI

Nació en el Puerto de Santa María en 1902. Reside en Italia. Obras: *Marinero en tierra* (1924, Premio Nacional de Literatura), *El alba del alhelí* (1927), *La amante* (1926), *Cal y canto* (1929), *Sobre los ángeles* (1929), *Poesía* (1934), *Trece bandas y cuarenta y ocho estrellas*, *Poema del mar Caribe* (1936), *Entre el clavel y la espada*, *Pleamar*, *Poesía* (1945), *De la pintura* (1952), *Retornos de lo vivo lejano*, *Roma, peligro para caminantes* (1968).

A LA PINTURA

(Fragmentos)

MIGUEL ANGEL

No las Gracias, las Furias, las frenéticas,
desesperadas Furias
te acunaron de niño. Fueron ellas
el Angel de la Guarda de tu sueño.
Clamó por ti el Señor,
te llamó por tu nombre allá en las cimas
en donde extraviado, antiguo y loco,
habla consigo mismo,
mordiéndose en voz baja su secreto.
—Miguel Angel—te dijo—. Y en tu mano,
cerrándola, lo puso.

Y tú la abriste.

* * *

Mirad aquí al violento,
al desnudo, al hambriento
de Eternidad.
Para él la Belleza
es la santa, la fuerte,
poderosa Tristeza
con quien a vida o muerte
lucha la Humanidad.

* * *

Pincel en soledad, pincel hundido
 en lo oscuro, llenando
 de ráfagas de luz y de temblores
 de tierra todo el cielo.
 Sólo por ti la cara desvelada de Dios,
 pincel movido al soplo de trompetas finales,
 pudo ser descubierta entre las nubes.

* * *

Por las calles de Roma, nieve y viento,
 desolado nocturno, levantándole
 fuego a las piedras, ráfaga de sombra,
 alguien galopa, eco de trueno antiguo,
 casi extinguido ya, solo, ¿hacia adónde?
 No es grande la campaña, no es inmensa
 la mar aún para guardar el último
 relámpago salvado de su sueño.
 Tal vez la mar, ¡oh Dios!, pero montaña,
 no es de espumas y olas, sí de cumbres
 congeladas, de mármol, sí de simas
 de pétreos, sordos ríos torrenciales.
 Tal vez allí, tal vez allí...

Y galopa.

Lleva en su mano el rayo, la postrera
 exhalación, la chispa final. Todo
 pudiera ser de nuevo iluminado:
 la Creación, recién nacida al día,
 el palpitante verbo nunca oído.
 No son las bridas, no, las que en sus dedos
 se estrujan. Es la última centella.
 Lo saben sólo un viejo y un caballo.
 Va a abrir la mano, va a soltarla. ¿Adónde?
 Tal vez al mar, al mar, pero de roca.
 ¡Peñas del mar, montes del mar, canteras!
 Allí tal vez...

Y las espuelas sangran.

Bloques ya guerreados, sometidos,
 cinceladas entrañas, escondidas
 medulas de la piedra, atrás, pasando,

ya estatuas olvidadas de la noche,
 entre la compasión de las ruínas.
 Atrás, los puentes vistos sólo en sueño,
 la ciudad de su honor fortificada,
 los natales jardines agredidos,
 dioses de su niñez entre las hojas:
 allí el fauno riendo, el torso roto,
 brotado nueva fuente de la tierra.
 Pero ya todo es súbito delirio
 por ver la cara de la luz y hablarle.
 Y oye su galopar como un solemne
 son de martillos de una antigua cólera.
 Atrás rompiendo, aplastadora, inmune,
 salta la arquitectura, blanco cíclope
 furioso, en el azul tendiendo arcos,
 subiendo fustes al frontón del cielo,
 bajo el ojo asombrado de las cúpulas.
 La geometría del espacio llora
 una lluvia de líneas trastornadas.
 ¡Más aún, más aún, más todavía!
 Grito del trueno, voz de la centella
 que en la mano le rigen.

Y galopa.

Atrás, en turbonada, la pintura.
 Sube y descendiendo, palma, esparto, alambre,
 el pincel por los ámbitos sin límites.
 Precipitada va la anatomía,
 viento en escorzo, ardiente alud en guerra.
 Suenan portazos en las nubes, tremen
 rotos los goznes del quicial del mundo.
 ¡Oh Dios, oh Dios, oh Dios! No sé si infierno
 es para mí tu gloria, si tus ángeles
 se despeñan en mí como demonios...
 Y en rasgado ciclón, atrás, hundiéndose,
 cartones, cal, esbozos, andamiajes,
 muros feroces, convulsivas ánimas.
 No es grande la campiña, no es inmensa
 la mar, no es grande, no, la solitaria,
 ahuyentadora nieve sin vestigios,

no la desarbolada, impune noche
 para zafar un último relámpago.
 ¡El mar, tal vez el mar, pero de piedra!
 ¡Cumbres del mar, mármol del mar, espuma!
 ¡Oh Dios, oh Dios, oh Dios! Va a abrir la mano,
 va a arrancarle de cuajo las pupilas
 a la luz, va por fin a revelarte
 su última luz, dejándote a Ti ciego.
 ¡Al mar, al mar! Tal vez allí...

Y galopa.

BASILICA DE SAN PEDRO

Di, Jesucristo, ¿por qué
 me besan tanto los pies?
 Soy San Pedro aquí sentado,
 en bronce inmovilizado;
 no puedo mirar de lado
 ni pegar un puntapié,
 pues tengo los pies gastados,
 como ves.
 Haz un milagro, Señor.
 Déjame bajar al río,
 volver a ser pescador,
 que es lo mío.

ENTRO, SEÑOR, EN TUS IGLESIAS...

Entro, Señor, en tus iglesias... Dime,
 si tienes voz, ¿por qué siempre vacías?
 Te lo pregunto por si no sabías
 que ya a muy pocos tu pasión redime.

Respóndeme, Señor, si te deprime
 decirme lo que a nadie le dirías:
 si entre las sombras de esas naves frías
 tu corazón anonadado gime.

Confíesalo, Señor. Sólo tus fieles
 hoy son esos anónimos tropeles
 que en todo ven una lección de arte.

Miran acá, miran allá, asombrados:
 ángeles, puertas, cúpulas, dorados...
 y no te encuentran por ninguna parte.

LUIS CERNUDA

Nació en Sevilla (1902). Murió en México. Obras: *Perfil del aire* (1927), *Egloga, elegía, oda* (1928), *Donde habite el olvido* (1934), *El joven marino* (1936), *La realidad y el deseo* (1936), *Las nubes* (1937), *Como quien espera el alba* (1947), *Vivir sin estar viviendo*, *Con las horas contadas* (sin título, inacabado).

LA VISITA DE DIOS

Pasada se halla ahora la mitad de mi vida.
 El cuerpo sigue en pie y las voces aún giran
 y resuenan con encanto marchito en mis oídos;
 mas los días esbeltos ya se marcharon lejos;
 sólo recuerdos pálidos de su amor me han dejado.
 Como el labrador, al ver su trabajo perdido,
 vuelve al cielo los ojos esperando la lluvia,
 también quiero esperar en esta hora confusa
 unas lágrimas divinas que aviven mi cosecha.
 Pero hondamente fijo queda el desaliento,
 como huésped oscuro de mis sueños.
 ¿Puedo esperar acaso? Todo le ha dado al hombre
 tal distracción efímera de la existencia;
 a nada puede unir esta ansia suya que reclama
 una pausa de amor entre la fuga de las cosas.
 Vano sería dolerse del trabajo, la casa, los amigos per-
 didos
 en aquel gran negocio demoníaco de la guerra.
 Estoy en la ciudad alzada para su orgullo por el rico,
 adonde la miseria oculta canta por las esquinas

o expone dibujos que me arrasan de lágrimas los ojos.
 Y mordiendo mis puños con tristeza impotente,
 aún cuento mentalmente mis monedas escasas,
 porque un trozo de pan aquí y unos vestidos
 suponen un esfuerzo mayor para lograrlos
 que el de los viejos héroes cuando vencían
 monstruos, rompiendo encantos con su lanza.
 La revolución renace siempre, como un fénix
 llameante en el pecho de los desdichados.
 Esto lo sabe el charlatán bajo los árboles
 de las plazas, y su baba argentina, su cascabel sonoro,
 silbando entre las hojas, encanta al pueblo
 robusto y engañado con maligna elocuencia,
 y canciones de sangre acunan su miseria.
 Por mi dolor comprendo que otros inmensos sufren,
 hombres callados a quienes falta el ocio
 para arrojar al cielo su tormento. Mas no puedo
 copiar su enérgico silencio, que me alivia
 este consuelo de la voz, sin tierra y sin amigo,
 en la profunda soledad de quien no tiene
 ya nada entre sus brazos, sino el aire en torno,
 lo mismo que un navío al alejarse sobre el mar.
 ¿Adónde han ido las viejas compañeras del hombre?
 Mis zurcidoras de proyectos, mis tejedoras de espe-
 ranzas
 han muerto. Sus agujas y madejas reposan
 con polvo en un rincón, sin la melodía del trabajo.
 Como una sombra aislada al filo de los días,
 voy repitiendo gestos y palabras mientras lejos escucho
 el inmenso bostezo de los siglos pasados.
 El tiempo, ese blanco desierto ilimitado,
 esa nada creadora, amenaza a los hombres
 y con luz inmortal se abre ante los deseos juveniles.
 Unos quieren asir locamente su mágico reflejo,
 mas otros le conjuran con un hijo
 ofrecido en los brazos como víctima,
 porque de nueva vida se mantiene su vida,
 como el agua del agua llorada por los hombres.
 Pero a ti, Dios, ¿con qué te aplacaremos?

Mi sed eras tú, tú fuiste mi amor perdido,
 mi casa rota, mi vida trabajada y la casa y la vida
 de tantos hombres como yo a la deriva
 en el naufragio de un país. Levantados de naipes,
 uno tras otro iban cayendo mis pobres paraísos.
 ¿Movi6 tu mano el aire que fuera derribándolos,
 y tras ellos, en el profundo abatimiento, en el hondo
 vacío,
 se alza al fin ante mí la nube que oculta tu presencia?
 No golpees airado mi cuerpo con tu rayo;
 si el amor no eres tú, ¿quién lo será en tu mundo?
 Compadécete al fin, escucha este murmullo
 que ascendiendo llega como una ola
 al pie de tu divina indiferencia.
 Mira las tristes piedras que llevamos
 ya sobre nuestros hombros para enterrar tus dones:
 la hermosura, la verdad, la justicia, cuyo afán imposible
 tú sólo eras capaz de infundir en nosotros.
 Si ellas murieran hoy, de la memoria tú te borrarías
 como un sueño remoto de los hombres que fueron.

ATARDECER EN LA CATEDRAL

Por las calles desiertas, nadie. El viento
 y la luz sobre las tapias
 que enciende los aleros al sol último.
 Tras una puerta se queja el agua oculta.
 Ven a la catedral, alma de soledad temblando.
 Cuando el labrador deja en esta hora
 abierta ya la tierra con los surcos,
 nace de la obra hecha gozo y calma.
 Cerca de Dios se halla el pensamiento.
 Algunos chopos secos, llama ardida
 levantan por el campo, como el humo
 alegre en los tejados de las casas.
 Vuelve un rebaño junto al arroyo oscuro
 donde duerme la tarde entre la hierba.
 El frío está naciendo y es el cielo más hondo.
 Como un sueño de piedra, de música callada,

desde la flecha erguida de la torre
 hasta la lonja de anchas losas grises,
 la catedral estática aparece,
 toda reposo: vidrio, madera, bronce,
 fervor puro a la sombra de los siglos.
 Una vigilia dicen esos ángeles
 y su espada desnuda sobre el pórtico,
 florido con sonrisa por los santos viejos,
 como huerto de otoño que brotara
 musgos entre las rosas esculpidas.
 Aquí encuentran la paz los hombres vivos,
 paz de los odios, paz de los amores;
 olvido dulce y largo, donde el cuerpo
 fatigado se baña en las tinieblas.
 Entra en la catedral, ve por las naves altas
 de esbelta bóveda, gratas a los pasos
 errantes sobre el mármol, entre columnas,
 hacia el altar, ascua serena,
 gloria propicia al alma solitaria.
 Como el niño descansa, porque cree
 en la fuerza prudente de su padre;
 con el vivir callado de las cosas
 sobre el haz inmutable de la tierra,
 transcurren estas horas en el templo.
 No hay lucha ni temor, no hay pena ni deseo.
 Todo queda aceptado hasta la muerte
 y olvidado tras de la muerte, contemplando,
 libres del cuerpo, y adorando,
 necesidad del alma exenta de deleite.
 Apagándose van aquellos vidrios
 del alto ventanal, y apenas si con oro
 triste se irisan débilmente. Muere el día,
 pero la paz perdura postrada entre la sombra.
 El suelo besan quedos unos pasos
 lejanos. Alguna forma, a solas,
 reza caída ante una vasta reja
 donde palpita el ala de una llama amarilla.
 Llanto escondido moja el alma,
 sintiendo la presencia de un poder misterioso

que el consuelo creara para el hombre,
 sombra divina hablando en el silencio.
 Aromas, brotes vivos surgen,
 afirmando la vida, tal savia de la tierra
 que irrumpe en milagrosas formas verdes,
 secreto entre los muros de este templo,
 el soplo animador de nuestro mundo
 pasa y orea la noche de los hombres.

ANGELA FIGUERA AYMERICH

Nació en Bilbao en 1902. Obras: *Mujer de barro* (1948), *Soria pura* (1949), *Vencida por el ángel* (1950), *Verbo* (Alicante 1949), *Mujer de barro* (en un solo volumen), *Más allá* (1951), *El grito inútil* (1952), *Belleza cruel* (1958), *Toco la tierra* (1962).

EL BARRO HUMILDE

Porque hoy, Señor, te hablo de esos muertos.
 De los muertos más muertos, más hundidos;
 de los muertos del todo.
 Pasaron muchos, pero muchos quedan
 en carne viva—suya—demorados.
 Tú hiciste del aljibe de su pecho
 polvo y basura, pero ya su sangre,
 en generoso trance transfundida
 hacia canales nuevos, permanece.
 Otros, amordazada ya su boca
 con lodo espeso, gritan, gritan, gritan...
 Y todos los oímos. Tú los oyes.
 Tú sabes que no están del todo muertos.
 Y aquellos que apretaban en su mano
 una semilla rubia, un bulbo henchido,
 hoy se nos yerguen en presencia plena
 de espigas o de nardos. No murieron.
 Y los que caminaban, encendidos
 los ojos en la almena de la frente,

borrachos de una estrella, tan ajenos
 al suelo que les dabas por apoyo,
 ¡qué huellas hondas de contorno puro
 fueron dejando y cómo se llenaron
 de agua y de cielo cuando Tú lloviste!
 Sólo por eso, sólo, bien lo sabes,
 éstos no morirán eternamente.
 Otros murieron. Otros: infinitos
 como los granos de menuda arena
 que el viento sopla, escupe y amontona,
 Arena inútil, inconexa, estéril,
 que pierde el agua y ni concibe sueños
 ni se levanta en torres
 ni tolera caminos
 ni grávidas semillas amamanta.
 Tú los hiciste un día y así fueron.
 Traídos y llevados,
 giraron en absurdo remolino
 entre el cielo y la tierra.
 Jamás llegaron a tocar las nubes,
 sus cortos brazos ni sus pies cobardes
 pesaron en el suelo.
 Vivieron (¿se enteraron?). Eran dulces
 y mansos. Y también eran amargos
 y fieros. Porque sí. Porque lo eran.
 Sus miembros se encresparon muchas veces
 en lujurias sin fruto. Y otras tantas
 ciñeron con un hielo de abstinencia
 sus castigados lomos.
 Nada brotó en su tronco. Fue su llanto
 de lágrimas redondas que corrieron
 sin trabajar sus almas. Fue su risa
 espuma derramada.
 Eran así. Murieron. ¿Lo sabían
 en el preciso instante?... Y hoy, ¿lo saben?
 ¿Lo saben que están muertos, muertos, muertos;
 borrados, aventados, desnacidos...?
 ¿Saben que ya no son, que no serán,
 que no han sido jamás entre los hombres?

Señor, de ellos te hablo. Tú, ¿los cuentas?
 Yo, ni podría imaginar su nombre,
 ni perfilar la curva de sus labios,
 ni sospechar, mirando tu arco iris,
 el color de sus ojos.
 Conozco que estuvieron. Que ahora esconden
 en cualquier parte su menguada ruina.
 Sobre sus tristes miembros disgregados
 la tierra, eterna parturienta, brota
 vida infinita en tallos quebradizos.
 Pero ellos, mudos, torpes, ni en la hierba
 escribirán sus formas y colores.
 Ni sombra serán nunca; ni recuerdo.
 De ellos hablo, Señor. Tú, sin olvido,
 Tú, centro de Ti mismo y tu horizonte,
 Tú, ¿los tendrás los muertos olvidados?
 Quizá los quieres más por más pequeños.
 Su barro humilde, deleznable, sucio,
 acaso moldearás con tus pulgares
 en finos vasos de preciosa forma.
 El muro de tu mano levantada
 acaso abrigará piadosamente
 esa llamita débil de su espíritu.
 Acaso de tu aliento huracanado
 un hilo compasivo se adelgace
 para tañer la flauta de sus huesos.

DESTINO

Vaso me hiciste, hermético alfarero,
 y diste a mí oquedad las dimensiones
 que sirven a la alquimia de la carne.
 Vaso me hiciste, recipiente vivo
 para la forma un día diseñada
 por el secreto ritmo de tus manos.
 Hágase en mí, repuse. Y te bendije
 con labios obedientes al Destino.
 ¿Por qué después me robas y defraudas?
 Libre el varón camina por los días.
 Sus recias piernas nunca soportaron

esa tremenda gravidez del fruto.
 Liso y escueto entre ágiles caderas,
 su vientre no conoce pesadumbre.
 Sólo un instante, furia y goce, olvida
 por mí su altiva soledad de macho.
 Líbrase a sí mismo y me encadena
 al áspero servicio de la especie.
 Cuán hondamente exprimo, laborando
 con células y fibras, con mis órganos
 más íntimos, vitales dulcedumbres
 de mi profundo ser, día tras día.
 Hácese el hijo en mí. ¿Y han de llamarle
 hijo del hombre cuando, fieramente,
 con decisiva urgencia me desgarras
 para moverse vivo entre las cosas?
 Mío es el hijo en mí y en él me aumento.
 Su corazón prosigue mi latido.
 Saben a mí sus lágrimas primeras.
 Y esa humedad caliente que lo envuelve
 es la temperatura de mi entraña.
 ¿Por qué, Señor, me lo arrebatas luego?
 ¿Por qué me crece ajeno, desprendido
 como amputado miembro, como rama
 desconectada del nutricional tronco?
 En vano mi ternura lo persigue
 queriéndolo ablandar, disminuyéndolo.
 Alto se yergue. Duro se condensa.
 Su frente sobrepasa mi estatura
 y ese pulido azul de sus pupilas,
 que en un rincón de mí cuajó su brillo,
 me mira desde lejos, olvidando.
 Apenas si las yemas de mis dedos
 aciertan a seguir por sus mejillas
 aquella suave curva que al beberme,
 formaba con la curva de mis senos
 dulcísima tangencia.

UNIDAD

Si todos nos sintiéramos hermanos...
 (pues la sangre de un hombre, ¿no es igual a otra san-
 gre?)
 Si nuestra alma se abriera... (¿no es igual a otras almas?)
 Si fuéramos humildes... (el peso de las cosas,
 ¿no iguala la estatura?)
 Si el amor nos hiciera poner hombro con hombro,
 fatiga con fatiga
 y lágrima con lágrima.
 Si nos hiciéramos unos.
 Unos con otros.
 Unos junto a otros.
 Por encima del fuego y de la nieve,
 aún más allá del oro y de la espada.
 Si hiciéramos un bloque sin fisuras
 con los dos mil millones
 de rojos corazones que nos laten.
 Si hincáramos los pies en nuestra tierra,
 y abriéramos los ojos, serenando la frente,
 y empujáramos recio con el puño y la espalda,
 y empujáramos recio, solamente hacia arriba,
 ¡qué hermosa arquitectura se alzaría del lodo!

CRISTINA DE ARTEAGA

Cristina de Arteaga y Falguera, hija de los duques del Infantado, nació en Zarauz (Guipúzcoa) el 6 de septiembre de 1902. Cursó el doctorado de Ciencias históricas en la Universidad central. Ha publicado varias obras de carácter histórico y biográfico. En 1924, un libro de versos, *Sembrad*, que prologó D. Antonio Maura y que obtuvo gran éxito. En 1934 ingresó en la Orden de San Jerónimo, y hoy es priora de Santa Paula, de Sevilla, y priora general de la Federación de monjas Jerónimas.

CORONAS

¿Para qué los timbres de sangre y nobleza?

Nunca los blasones
fueron lenitivo para la tristeza
de nuestras pasiones.

¡No me des corona, Señor, de grandeza!

¿Altivez? ¿Honores? Torres ilusorias
que el tiempo derrumba.

Es coronamiento de todas las glorias
un rincón de tumba.

¡No me des siquiera coronas mortuorias!

No pido el laurel que nimba al talento
ni las voluptuosas

guirnaldas de lujo y alborozamiento.

¡Ni mirtos ni rosas!

¡No me des coronas que se lleva el viento!

Yo quiero la joya de penas divinas
que rasga las sienas.

Es para las almas que Tú predestinas.

Sólo Tú la tienes.

¡Si me das corona, dámela de espinas!

AMOR CONTRA AMOR

Me preguntan los hombres: «¿No has dudado?»

¡Cómo pude dudar, pues te sentí!

¡Si fuiste mi tormento exasperado,
si con hierro candente me has sellado
para Ti!

Te combatí las noches y los días,
quise olvidar tu amor; ¡no lo logré!
Después de cada crisis resurgías.

Inexorablemente me decías:

«Sígueme».

Nadie sospechará lo que he sufrido.

¡Tú lo sabes, Señor!

Nunca quieras echar en el olvido
que todo el drama de mi vida ha sido
la lucha del amor contra el Amor.

ENTREGA TOTAL

¡Hazlo Tú todo en mí! Que yo me preste
a tu acción interior, pura y callada.
Hazlo Tú todo en mí, que aunque me cueste,
me dejaré labrar sin decir nada.

¡Hazlo Tú todo en mí! Que yo te sienta
ser en mí dirección y disciplina.
Hazlo Tú todo en mí. Que estoy sedienta
de ser canal de tu virtud divina.

CIPRIANO TORRE ENCISO

Nació en La Coruña en 1902. Obra poética: *Panxoliñas, Camélias brancas.*

MIÑA CAMPÍA

A SANTA MARÍA PEREGRINA

Xa chega o santo
da Pelengriña.
Sempre me quedo
sen romaría.
Son Pecoreiro...
Años e ovellas
hai que coidalos
feiras e festas.

Santa María,
Virxen do Ceo,
como non pode
ser teu romeiro,
¿por qué non ves
e pelengrinas
pra conoser
miña campía?

Pónte a veluda
capa de vieiras,
colle o chapeo.
Todo o meu corpo
acouba en vías
encrucilladas
de treidorías...
Teus pes enxoiros
pasen meu sangue
como teu Fillo
cruzaba o mare...
¡Moza de cego,

préstame a fe
pra ver as cousas
que non se ven!
Que si me guía
teu Corazón,
¡darei ca senda
que leva a Dios!

SAN XOSE FOI CARPINTEIRO

Calma na carpinteiría,
Xosé durme a seu pracer...
«¿Por qué non lle fas un berce
a Xesús de Nazarét?»
«Teño táboa de carballo,
cola, compás e martelo;
mais non sei facel-o berce
d'un Neno tan xirifeiro.
¿Pra qué vou m'atrafegar
ca miña dentuda serra,
si meu Fillo xa ten berce
na folla d'unha maceira?
¿Pra qué vou facerlle cuna
cas torquesas e ca lima,
si meu Fillo xa ten berce
n'unha barquiña da ría?
¿Pra qué vou tallal-o pau
no meu banco carpinteiro,
si meu Fillo xa ten berce
na branca nube do ceo?
¿Pra qué vou sacar fayuscas
ca galropa e co formón,
si meu Fillo xa ten berce
no bambán dos corazóns?»

¡MEU MANOELIÑO!

Froitece a noite
do inxel Amor...
Com'un paxaro
treme no niño
¡meu Manoeliño!
Non chores, Neno,
boquiña santa;
sei o que pides,
son adiviño,
¡meu Manoeliño!
Eu ben conozo
que che gorenta
co pan albeiro
cunca de viño,
¡meu Manoeliño!
Teral-os cachos
das miñas vides;
terás molete
ben comeiño,
¡meu Manoeliño!
Deixa qu'a troco
meu peito atope
xunt'ô teu peito
maino cariño,
¡meu Manoeliño!
Non me abandoes...
Vela meus pasos,
vela meu sono
mentras durmiño,
¡meu Manoeliño!
Inmaculado
Astro do ceo,
sálvame a-i-alma
do torveliño,
¡meu Manoeliño!

ANTONIO OLIVER BELMAS

Nació en Cartagena en 1903 y murió en Madrid en 1968.
Obras: *Mástil* (1927), *Tiempo cenital* (1932), *Elegía a Gabriel Miró* (1935), *Libro de loas* (1947).

LA PAZ INTIMA

Enfría, Señor, mi boca;
Señor, reduce mi brasa;
dame, como te lo pido,
concordia de cuerpo y alma.
Frente al perverso oleaje
ponme costado de gracia.
Dame, como te demando,
concordia de cuerpo y alma.
Señor, mitiga mi angustia;
remite, Señor, mi ansia;
dame, como te la clamo,
concordia de cuerpo y alma.
No dejes que los sentidos
me rindan en la batalla.
Señor, Señor, no me niegues
concordia de cuerpo y alma.

MISA EN EL MAR

¡Qué pura es la misa en el mar!
Para el hombre de tierra
parece la primera misa de los tiempos.
Entre agua y cielo
el viejo latín se tornasola,
los rezos son palpitanes
y las almas se prosternan.
Dios se transustancia en la divina Forma,
aunque también se aprieta humano junto a nosotros

o, desde el mástil de proa,
 nos bendice en la Cruz.
 Dios está aquí contigo, hombre marino,
 andando sobre las aguas;
 Dios está con nosotros y con vosotros,
 navegantes todos de la existencia,
 o allá enfrente sobre las nubes,
 presidiendo la Caridad y la Fe.
 Pero, a la vez se halla en la capilla del buque,
 catacumba donde el capellán lo invoca
 para que venga a redimirnos.
 Los violines han hablado en voz alta;
 cantaban con la voz hermosa de la certidumbre
 y rasgaban con sus arcos la vestidura del silencio.
 ¡Oh, la misa en el mar!
 El pez vuelve a ser un símbolo sacro.
 Como en mi infancia, esta mañana,
 Dios ha nacido en mí.

DEL NACER Y EL MORIR

(Casi ovillejos)

No sufre, no se intimida,
 él que piensa de esta suerte:
 ¿Quién nos condena a la muerte?
 La vida.
 Si débil, fuerte se hace
 el que así llega a sentir:
 ¿Quién, por fuerza, ha de morir?
 Quien nace.
 El que tal verdad percibe
 no es el temor lo que infiere:
 ¿Quién, al fin, es el que muere?
 Quien vive.
 Pues si nacer es llevar
 hacia otro tiempo la vida,
 sólo el hombre que lo olvida
 es el que puede temblar.

DEL BUEN ARDER

Donde el hombre se delate
 ha de ser en el arder
 que lo dibuje, retrate.
 Cada cantor tiene un plectro;
 pero todo ser ardiente,
 sus rayas en el espectro.
 Unos gastan su pasión
 en lumbrarada, ceniza.
 Pero ésa es pobre lección.
 Otros, con más argumento,
 ordenan su corazón,
 la llama, la luz y el viento.
 En el mar y el querer,
 en el cantar y el soñar,
 lo más fecundo es arder.
 Arder como Dios lo hacía;
 en el monte, en una zarza
 que nunca se consumía.

SUPLICA

¡Oh Dios, cuán infinita es tu piedad!
 Para Ti no hay vencedores ni vencidos,
 no hay naciones ni razas,
 no hay inteligentes ni torpes,
 no hay pobres ni millonarios.
 Tú a todos nos abrazas en la tierra;
 de todos tomas el alma;
 de todos, Señor, sacas flores.
 Yo te pido que me hagas piadoso;
 que mi dolor nada sea junto al dolor de mi prójimo,
 que ni odie ni desprecie.
 Haz que me duelan las carnes con frío,
 las carnes de los que no tienen ropa;
 arráncame de la lujuria,
 de la vanidad y la soberbia.
 Quítame, Dios mío, de la ira
 y de sus terribles hogueras.

Tanto en la vida como en la muerte,
no me niegues, Señor, el sosiego.
Dame la paz que enguinaldan tus ángeles
bajo el mediopunto del iris.

SEBASTIA SANCHEZ JUAN

Nació en Barcelona en 1904. Obras: *Claror* (1952), *Miralls* (1955), *Prismes* (1957), *Principat del temps* (1961), *Somnis i extàsis* (1967).

NADAL

Per la xemeneia sense fons
puja i baixa el misteri entre el Cel i els fogons
Angels blancs! (Oh silenci de la fosca fumada!)
Sonen orgues divins amb vellut de nevada.
El formatge i el pa, la mantega i el sucre—
llur blancor pastorívola un gust blanc hi involucra.
Aquesta nit imanta d'emoció d'aurora
les puntes sensibles de l'ànima que adora.

PLENITUD DE NADAL

En uns carrers com fruita madura,
a les botigues
de revinguda abundant,
tan clares,
de tan netes sembla que no hi hagi vidres.
«Per què
—diria un antic—
tants esclats, tant de verd amb boletes vermelles,
tanta profusió de llum —llum pàllida,
llum absoluta—
i aquests llumenerets de tots colors, de nit?
Per què l'austriac *lied*,
i cançons i cançons de totes les senyeres?
Per què s'omplen els temples a la matinada?

Per què els pobres fan caritats als pobres?»
Es la propulsió d'aquella força
que fa que es pugui cantà el *cantic nou*,
que es visitin malalts i captius,
que es compreguin —s'eduquin— subnormals,
que sobretot i per damunt de tot s'ami Déu,
Déu i les seves criatures;
que s'arribin a amà els enemics d'un mateix
—que no s'hi resisteixi ni se'ls jutgi—
i que la dona porti el seu anell.
Es la força que «neix», un estable per llar
i per escalf l'alé de dues bèsties,
per després treballar i ensenyar de pregar,
mori en creu entre lladres
i al tercer dia ressucitar d'entre els morts...
I atreure tot el que cedeix
a uns ulls incomparables.

CAMINS

Somnis que vagament guardem
en una absència contenible,
el gruix, de vegades penible,
se'ns fa tan subtil que el perdem.
Amar, cedir —amb net esguard,
amb cor fi— com eliminant-nos,
els uns als altres perden-nos
en dir simplement «Déu-vos-guard».
Hi ha somnis que no recordem,
hi ha vides en flor que oblidem
—o desconeguèrem a posta—
i que ens deixaran el neguit
de no havè amb l'ànima seguit
el foc llur, ni enllà de la posta.

ERNESTINA DE CHAMPOURCIN

Nació en Vitoria (Alava) en 1905. Obras: *En silencio* (1925), *Ahora* (1928), *La voz en el viento* (1931), *El cántico inútil* (1936), *Presencia a oscuras* (1952), *El nombre que me diste* (1960), *Cárcel de los sentidos* (1964), *Hai-kais espirituales*, *Cartas cerradas* (1968) y *Poemas del ser y del estar* (1972).

DECIMA

¡Esta noche interminable
en que me buscas, Señor,
mientras voy tras otro amor
y su delicia palpable!
Dulce visión codiciable
que entre las sombras se crece.
Tu piedad no desfallece
a pesar de mi desvío.
Por fin venciste, Dios mío.
¡Qué lentamente amanece...!

HORA SANTA

No he venido a consolarte, ni enjugar tus heridas con
mis lágrimas,
ni a ofrecerte mi pecho como refugio de tu cansancio...
¿Quién soy yo para darte lo que no poseo, para ofrecerte
un amor que no ha logrado encenderme todavía?
Es tu hora, lo sé. Tu hora y la de todos aquellos que han
sufrido como Tú sufriste, y que sólo por eso
pretenden acercarse a Ti.
Yo he llorado también, Dios mío, y mi soledad es ancha
y profunda, tan ancha que mis ojos no saben
dónde está la otra orilla,
la ribera donde huye el desamparo, donde hay sombras
amigas y un agua fresca, pura,
que con un sorbo apagaría esta sed que me abrasa.

Pero no vengo tampoco a pedirte que me sacies y apacigües.
Es justo que muera de sed, es justo que una inquietud
más honda que la noche
torture mi alma y la atenace interminablemente.
Es justo...
No me sorprende la angustia que oprime todos los momentos de mi vida,
ni la niebla implacable que entorpece cada uno de mis pasos,
ni ese grumo de acíbar que paraliza mi lengua y le impide gritar el horror que me invade.
Es justo. Lo sabemos Tú y yo sin decirlo...
No vengo a suplicarte que levantes el peso que lastima mis hombros,
que hagas florecer bajo mis pies las rocas,
que me allanes la senda aceptando de nuevo la carga que me abruma.
Vengo a estar a tus pies, a mirarte despacio, a ser bajo tus ojos...
Y me postro a la entrada del camino que lleva hacia Ti...
Y espero silenciosamente, obstinadamente, sujetando mis sentidos y mis potencias para que todo lo mío desaparezca, para que donde estás Tú nada se atreva a existir, a alentar, a afirmarse.
Y por eso, Dios mío, quiero negarme con todas mis fuerzas a hablarte, a sentirte;
porque sería sentirme y hablarme, cuando todo lo mío debe tender a humillarse, a romperse,
a quebrantar sin miedo en mi alma y en mi espíritu lo propio, lo personal, lo que me aleja de Ti.
Y si tengo paciencia, obrarás el milagro. Si consigo no resistir, no oponerme, no luchar, obtendré la victoria.
Vencerás Tú, Señor y Dios mío; permanecerás Tú; y mi viejo ser, devorado por tu presencia, pasará de esta nada que soy a esa eternidad que eres Tú. Soy un agua sin cauce. Deténme en tu pozo. Cífieme en tus lisas paredes invisibles. Conténme en Ti. Apri-sióname.

¿Para qué quiero esta libertad que me aleja de Ti, que eres la libertad verdadera?

Todos los yugos que he roto me han sujetado más estrechamente a mí misma haciéndome mi propia esclava,

subordinándome a mis más íntimos desórdenes, a mis más ocultas contradicciones.

Si ruego, si suplico, si imploro, vuelvo a sentirme, a evadirme de Ti, de tu ámbito, de tu presencia.

Por eso heme aquí en tierra, inmóvil, sin voluntad, en un esfuerzo de donación completa y absoluta.

Acéptame, Señor, abrázame para que renazca verdaderamente y eternamente en Ti...

EL NOMBRE QUE ME DISTE

No sé cómo me llamo...

Tú lo sabes, Señor.

Tú conoces el nombre que hay en tu corazón y es solamente mío;

el nombre que tu amor me dará para siempre si respondí a tu voz.

Pronuncia esa palabra de júbilo o dolor...

¡Lámame por el nombre que me diste, Señor!

EMAUS

Porque es tarde, Dios mío porque anochece ya y se nubla el camino; porque temo perder las huellas que he seguido, no me dejes tan sola y quédate conmigo.

Porque he sido rebelde y he buscado el peligro, y escudriñé curiosa las cumbres y el abismo, perdóname, Señor, y quédate conmigo.

Porque ardo en sed de Ti y en hambre de tu trigo, ven, siéntate a mi mesa; bendice el pan y el vino. ¡Qué aprisa cae la tarde!... ¡Quédate al fin conmigo!

* * *

Un día me miraste como miraste a Pedro...

No te vieron mis ojos, pero sentí que el cielo bajaba hasta mis manos.

—¡Qué lucha de silencios libraron en la noche tu amor y mi deseo!—

Un día me miraste y todavía siento

la huella de ese llanto que me abrasó por dentro.

Aún voy por los caminos soñando aquel encuentro...

Un día me miraste como miraste a Pedro...

* * *

Y te quise traer un ciprés de Castilla que hundiera sus raíces hasta tocar tus huesos: Castilla que cantaste y amaste con locura cuando faltó a tus pies su barbecho fecundo. Raíces en lo hondo; copa esbelta en el cielo. No ese ciprés de Silos que Gerardo cantara, sino un ciprés aún tierno que creciese a tu vera

señalando al que pase la ruta que seguiste.
 Así todos verían, al levantar los ojos,
 que ya no estás ahí donde tu nombre queda,
 porque el ciprés, cual índice de verdor y esperanza,
 guiaría su vista a tu verdad inmutable.
 ¡Qué guardia de cipreses en la tarde de oro!
 Y me acordé de ti y de aquellos poemas;
 y de los que, después, colmaste de ese Amor
 que te acunó la muerte.
 Yo te quise traer un ciprés de Castilla.
 ¿Para qué?, me pregunto. ¡Si ya la tienes toda!

(Segovia-México 1968.)

POEMAS DEL SER Y DEL ESTAR

I

Ego hodie genui te (Sal 2)

Presencia siempre: presencia
 sin pasado ni futuro,
 sin la angustia de una espera.
 Hoy naciendo y hoy estando.
 En el poder que te engendra
 todo es ahora y es hoy;
 y yo entrego las potencias
 que me sostienes y diste
 a este saberte sin tregua.
 Conocimiento perpetuo.
 ¡Ayúdame Tú a que te encienda
 en otros entendimientos
 ofuscados por la niebla!
 Hoy sin ayer ni mañana.
 ¡Quién sabría, quién supiera
 clamarlo hasta los confines
 donde pactan cielo y tierra!
 Hoy, ahora. En el momento.
 Lo repito y se me llenan
 de júbilos nunca sentidos

el alma y la vida entera.
 Eternidad comenzada
 y vivida. No hay presencia
 como la tuya, que invade
 las más ocultas fronteras.

II

Y para ser, estar.
 Lo que huye no existe.
 Lo que pasa fugaz
 no será propio nunca,
 ni nunca se dará
 a lo eterno absoluto.
 Para ser de verdad,
 estáte ahí, en tu sitio,
 en tu raíz. ¡Jamás
 te disperses en rumbos
 que no te acogerán!
 —Marta salió al camino;
 María aguardó en paz.
 Hay días de silencio,
 gozosos de esperar,
 y días en que el cielo
 entero se nos da.
 Para ser, entregarse;
 para entregarse, estar
 en la cena de Pascua,
 de pie, sin buscar más.

LUGARES DEL ENCUENTRO

(Primer lugar: combate)

Hay un camino estrecho.
 ¿Encogerse, escapar?
 Posible nacimiento
 hacia un ser diferente
 o este luchar eterno
 que nos deja agotados,

sin rumbo ni deseos.
 Lugar de la batalla.
 Ir hacia el punto extremo
 o jugárselo todo
 hasta quedar maltrecho,
 pero nunca vencido.
 Lugar del gozo eterno.
 Para llegar a él,
 quemarse hasta los huesos.

(Segundo lugar: inquietud)

Desazón y cansancio.
 La sombra del camino
 invita a ir dormitando,
 a quebrar una rama,
 a quedarse varado
 a orillas de una fuente,
 a caminar despacio
 sin el brío primero.
 No te estés descuidado,
 Señor, si me detengo.
 Arráncame del vago
 ensueño que me acecha
 y devuélveme al largo
 sendero que me lleva
 al lugar codiciado.

MANUEL ALTOLAGUIRRE

Nació en Málaga en 1905 y murió en España en 1959.
 Obras: *Las islas invitadas* (1926), *Ejemplo* (1926), *Lenta libertad* (1936), *Nube temporal* (1939), *Fin de un amor* (1949), *Obra completa* (México 1960).

CENTRO DEL ALMA

De ojos que ya nada ven
 brotan lágrimas tan negras
 que se olvidan de su oficio
 de ser en la noche estrellas.

Dolor sin luz. Hoy el alma
 se hunde más en sus tinieblas,
 porque la vida y la noche
 —un mismo mar— hacen que ella
 por su propio peso caiga
 en oscuridad completa.
 Ya su desnudo en la noche
 nadie lo ve, que atraviesa
 profundidades que sólo
 a Dios, su centro, la acercan.
 Hace tiempo que no miro
 sino hacia adentro. Me llevan
 por las calles lazarillos
 que me toman y me dejan.
 ¡Ojalá tenga mi vida
 luces, aunque no las vea!

SONETO A UN CANTICO ESPIRITUAL

Cruzó el césped tu sombra, y presuroso,
 alcé la vista por seguir tu vuelo;
 mas la alegría del azul del cielo
 me hizo olvidarte, pájaro piadoso;
 hasta que arriba comenzó armonioso
 tu canto a dar señales de tu celo,
 notas tan dulces y amorosas que lo
 hicieron ser el centro de un glorioso
 ámbito de cristal, donde domina
 más que la luz la música extremada.
 Alcé la vista para oír tu canto
 que en el azul alegre me ilumina.
 Sombra y canto movieron mi mirada
 y la movieron largamente al llanto.

ESCRIBIR ES NACER

Hijo de la oración,
 cada mañana
 dejo el seno del cántico,
 me desnudo del himno que se eleva
 a la gloria de Dios
 y desde el polvo
 me atrevo a murmurar
 tristes palabras.
 Escribir es nacer,
 dejar la cristalina
 morada de inocencia
 donde ya no estoy.
 Mi verso tiene formas maternas,
 es nube sobre el mar
 y una gota de lluvia,
 es niño que en la arena se entretiene
 con las espumas y los caracoles.
 Mi Padre está en los cielos
 y yo me siento alegre,
 nacido de su Verbo,
 de donde salgo cada día.

ETERNIDAD

Este jardín donde estoy
 siempre estuvo en mí. No existo.
 Tanta vida, tal conciencia,
 borran mi ser en el tiempo.
 Conocer la obra de Dios
 es estar con El.

JOSE FILGUEIRA VALVERDE

Pontevedrés (n.1906). Narrativa poética: *Os nenos, O Vi-
 gairo, Quintana viva*. Lírica: *Cantigas de mar in modo antico*.

DA SEGUIDA DOS ANXOS

¡Ai, anxos que eu vin ver!,
 ¿querédesme dicer
 cantiga en ceo?
 Anxos que vin mirar,
 ¿querédesme cantar
 cantiga en ceo?
 ¿Querédesme dicer,
 do voso bon saber,
 cantiga en ceo?
 ¿Querédesme cantar,
 do voso doce amar,
 cantiga en ceo?

* * *

Anxos de Compostela,
 amostrádeme a estrela,
 ¡meus amigos!
 Anxos dos pes lixeiros,
 amostráime os luceiros,
 ¡meus amigos!
 Amostrádeme a estrela,
 pra tér guía por ela,
 ¡meus amigos!
 Amostráime luceiros,
 que endereitan vieiros,
 ¡meus amigos!
 Pra guiarme por ela,
 anxos de Compostela,
 ¡meus amigos!

Que adeliñan vieiros,
 anxos dos pes lixeiros,
 ¡meus amigos!

* * *

Cantai, anxos de Diego, baixo os arcos frocidos,
 a carón dos piares, dos mesteres antigos,
 polas rúas abertas co paso dos romeiros,
 ¡cantai, eternos!

Beilai, anxos do Apóstolo, baixo as boutas labradas,
 á veira do sartego, onde findan estradas,
 no Fisterre lonxano, polo mar dos anceios,
 ¡beilai, eternos!

A carón dos piares, dos mesteres antigos,
 cale o canto das mozas, i o prego dos mendigos,
 i a rolada dos nenos, i a refenda dos vellós...
 ¡cantai, eternos!

A veira do sartego, onde findan estradas,
 nin troulas de folía, nin xoldas de ruadas,
 nin pasos de muíñeira, nin rebrincos chouteiros,
 ¡vos soio, eternos!

Baixo os arcos, as boutas, o piar e o sartego,
 soio vos, nosos anxos, os anxos de Mateo.

CAPELA VIVA

Nadal no mar xiado dos ensoños.
 Varou Brandán as naos cabo as insuas,
 pra erguer un novo altar en terra nova.
 (Tal nosa Fe, na abaladoira vida.)
 O monstro inqueda, esguío, desnortado,
 foi, baixo a man do Santo, unha insua viva:
 a un tempo terra acolledora e nave
 na roita das saudades infinida.

CARMEN CONDE

Nació en Cartagena en 1907. Obras: *Júbilos* (1934), *Pasión del verbo* (1944), *Ansia de la gracia* (1945), *Honda memoria de mí* (1946), *Mujer sin Edén* (1947), *Sea la luz* (1947), *Mi fin en el viento* (1947), *Iluminada tierra* (1951), *Derribado arcángel* (1960), *En un mundo de fugitivos* (1960), *Su voz le doy a la noche* (1962), *Poemas del Mar Menor* (1962), *Jaguar puro in-marchito* (1963), *Obra poética* (1967).

ARREBATO

Y si es a Ti a quien busco,
 ¿por qué no te me ofreces de un sorbo?
 ¿Por qué de un solo canto no cae tu voz en mí?
 Por qué no me desborda tu empuje de oceano
 y toda te reboso cual cauce a un fiero río
 que sale de su madre, y baña las orillas,
 se lleva las raíces, las aves y los vientos?
 Que si eres Tú mi forma, si vas a ser mi sino,
 ¿qué tiempo este que pierdo en no ser toda tuya?
 ¿Acaso mi alegría, mi pena o mi desvelo
 serían menos tuyos si Tú los recogieras,
 si en Ti se rebujaran, si a Ti se te doblaran
 cual frutos de tu tierra que piden que los comas
 para alcanzarte a Ti?
 ¡Ah lejos de los lejos, criatura que no veo!
 ¡De cuántas sacudidas me puebla desearte!
 Quisiera conocerte, oír tu voz violenta,
 oler tu áspero cuerpo de fuerza en arrebato.
 Poder saber que voy a un día y hacia un tiempo.
 Dormirme a Ti doblada, sentirte aquí en mi oído...
 Que ya la sangre ahoga de tanto presentirte,
 de tanto imaginarte, de ir en busca tuya.
 Y si eres Tú mi fin, te pido que me llares
 con una voz, la tuya, que sea voz del cielo.
 Y, ¡Carmen!, si me llamas, será toda una brasa
 que funda tu palabra hasta quedarse muerta.

* * *

En Ti, mi Dios,
 en Ti quiero estar callada.
 Transparentándote.
 Resonándote.
 Y que todo este enlace de huesos y músculos
 huela a tomillo fresco,
 sea lo menos visible de la naturaleza:
 lo más cándido de cuanto ignoro tuyo.
 Nunca más corazón,
 cuerpo, voz inútil entre lo efímero
 ni entre lo eterno, porque yo, Señor...
 ¡Déjame pedirte lo que no sé,
 lo que no puedo pensar:
 una brizna de tu voluntad en mi voluntad,
 que al desgajarse de lo que aquí ama,
 de no volverlo a hallar,
 idéntico, ello otra vez,
 te pide le otorgues la misericordia
 del no ser absoluto!
 He delinquido de tal manera
 yéndome sin lograr alas,
 sin sacar ángeles de mí ni de otros,
 que tendré vergüenza eterna
 de mi ruindad.
 ¿Para qué contar conmigo, luego?
 Creo en Ti y en Todo.
 Pero déjame, Señor...
 ¡Déjame con tu perdón, fruta de luz en mis dientes,
 más duraderos que los senos
 que te latieron a Ti!

NOSTALGIA DE MUJER

Mil años ante Ti son como sueño.
 Como de aguas el grosor de una avenida.
 Hierba que en la mañana crece,
 florece y crece en la mañana
 aunque a la tarde es cortada y se seca.
 ¿Qué es el tiempo ante Ti, qué son los truenos

que blandes contra mí cuando me nombras?
 Pavor siento a tu idea, te veo hosco
 mirándome en la lumbré de tu Arcángel.
 La espada Tú también, eres el filo
 y el pomo que se aprieta con el puño.
 Para verte a Ti mismo me has nacido.
 Por no estar solo con tu omnipotencia.
 Soy la nada, soy de tiempo, soy un sueño...
 Agua que te fluye, hierba ácida
 que cortas sin amor...

Tú no me quieres.

PLEGARIA

Dispones que tus susurros lleguen
 a distanciadas memorias.
 Estoy más cerca que las montañas,
 que los árboles que te buscan,
 unida al cielo por istmos de angustia,
 y no te oigo venir.
 Cuando los huracanes pulsan
 largos penachos de selvas,
 yo escucho cómo caminan.
 Y jadeando pavura por el viento negro,
 víctima de su opaca furia,
 llamando al que lo creó.
 Te hablo con una voz mate,
 cortada de la angostura
 que es mi amarga verdad.
 Soy leño para las lumbres todas,
 débil piedra que las hachas quiebran,
 pero te amo, Dios mío.
 Tengo tu amor entre mis hombros,
 una carga de amor sufriente
 que abrasar aspira, lo sabes.
 ¡Oh qué hoguera en tus montes soberbios
 la que enciende mi lumbré arrebatada
 por Ti y por tu voz!
 Acércate sin arcángeles,

no adelantes presencia a mis ojos,
ven contigo solo. Visítame.
Tu gran cuerpo incandescente y fúlgido
llameará conmigo sobre tus bosques libres,
incorporándome a Ti.

DIOS Y MAR

Como nadando, abandonada
al agua gruesa del mar.
O mejor que si nadara: flotante
en ondas firmes, en ondas fuertes,
en una inmensa ola azul
que se juntara
con otra inmensa ola azul. Hasta los cielos.
Así, en tu mano.
Igual que en el mar, en la mano tuya:
abierta, infinita mano ilimitada,
que sostiene mi cuerpo sin tensión...
Tú, el mar. El mar, Tú.
La ola, tu mano; la mano, tu ola.
Abandonándome a los dos, ciega
y sorda y vuestra. Con fe.
¡No hay peligro de ahogarse,
ni de morir sin alegría de que la muerte
no sea bellísima liberación
hacia Ti!
El misterio de la confianza
reside en nadar, en flotar, en abandonarse
plenamente a Ti,
sola y eternamente a Ti.
Al mar.

YA A LOS PIES DE JESUS

Este pozo florece sobre el brocal su agua.
Y este unguento es ya noble porque toca tu planta.
Déjame que te beba, dale Tú a mi alma
esa agua que surte de tu hermosa garganta.

El olor de mi cuenco poblado de tu aroma
es memoria de Ti, cuya presencia invoca
el nardo que te pide, que de tu piel se toma
la dulce suavidad que unge lo que toca.

Agua y perfume tuyos, ¡oh Señor del camino!
Pastor y gran labriego del corazón cansino,
al verte y al tocarte, yo toda me ilumino

de la aurora redonda de tu verbo divino.
Soy fragante mujer, y peco por amor...
¡Tú lo sabes y hablas conmigo, Tú, Señor!

BARTOLOME MOSTAZA RODRIGUEZ

Nace en Santa Colomba de Sanabria el 14 de septiembre de 1907. Publica, muy tardío, su primer libro de poemas —*Búsqueda*— el año 1949. Está agotado. Recogía ese libro una parte mínima (151 poemas) de la producción lírica del autor. En 1953 publicó B. Mostaza su segundo libro: *La vida en vilo*. Después ha dado poemas sueltos en diversas revistas y diarios. Tiene tres libros preparados: *En esta tierra mía*, *Noticia del abismo* y *Braceando en el silencio*. Hay poemas suyos en varias antologías.

ACAECER

¿Dónde el primer reír de la muchacha
Venus, recién desnuda de las olas?
¿Dónde su olor a rosas húmedas?
Busca, busca en el aire...
¿Y Aquiles con las armas relumbrando,
en la cimera trémula la rueda
del pavo real arcoírico?
Mira, mira en la sombra...
¿Dónde el recio castillo, rumoroso
de brocados y arneses y canciones?
¿Dónde el corcel, dónde la alcándara?
—Cava, cava las ruinas...
La siringa de Pan—¡tu lira, Orfeo!—,

¿son quimeras del sueño? ¿Ya no ciñe
 Baco a la sien racimos? Fábulas:
 ¡espejismos de historia!
 Pero es la misma del Edén la alondra
 que aclara con sus trinos la tiniebla;
 y hogaño nieva en la alta cúspide
 la nevada de antaño.
 El Ser es uno, si las formas muchas;
 por dentro de las cosas fluye el canto
 que Dios a Sí se canta: el «hágase»
 del Principio, perenne.

ENTRAR EN EL SILENCIO

Entrar en el silencio, oscurecerse
 y anochecer de tanta luz que ciega,
 de tanto estruendo como nos aturde.
 Bañar en noche el cuerpo fatigado...
 Hundirse en el silencio rumoroso,
 braceando en un pando mar de calma,
 y curar tanta herida que llevamos
 sangrando del bla-bla que a troche y moche
 nos tunde todo el día y nos atonta,
 sin poder atender a la voz íntima
 en que nos habla Dios. Porque Dios habla
 por boca de la brisa que remueve
 los millares de lenguas de cada árbol.
 Dios habla en el rumor de la fontana
 que brota en el recodo de la cuesta...
 Esa fontana que llevamos dentro
 y se enverdece de merujas ácidas
 que gustamos comer con el asado
 de cordero en el campo (donde reina
 el silencio tejido de susurros
 y música de alondras mañaneras).
 Dios habla en el silencio con que, a veces,
 a tristear a solas nos ponemos,
 pensando que te piensa en lo que nunca
 lograremos hacer... y deseamos.

Hundirse en el silencio de la noche,
 mientras, campo a través, vamos rumiando
 traspuestas esperanzas. Acallarse
 del todo para oír esa palabra
 en que el misterio se revela. Luego,
 todo será distinto, nuevo todo,
 y empezaremos una vida, a pleno
 ser criaturas del Señor, que lee
 en nuestro corazón el palimpsesto
 de la verdad que somos por debajo
 de la mentira que mostramos. Luego
 vendrá la paz, esa gallina clueca,
 a incubarnos con sus calientes alas...
 De nosotros entonces saldrá el ángel
 volando a todo vuelo a su destino.

¿HASTA CUANDO, HASTA DONDE?

¿Hasta dónde vamos a sufrir la vida?
 ¿Hasta cuándo vamos a llorar por dentro?
 Y este afán inútil de imposibles
 ¿hasta cuándo, hasta dónde?
 El dolor de Dios es una herida en grito.
 Caminamos ciegos, a tentones, hacia
 no sabemos qué sorpresa, lejos,
 ¿hasta dónde, hasta cuándo?
 Preguntando, preguntando..., y nadie asoma
 que responda. Un horizonte mudo se abre
 en caminos y, anda que anda, vamos
 ¿hasta cuándo, hasta dónde?
 La carcoma de la duda roe y roe.
 Te nos caes, corazón, agusanado
 de fracasos. Sola el alma sigue
 ¿hasta dónde, hasta cuándo?
 Y la herida que se muerde su quejido,
 gota a gota mana, gota a gota cae,
 noche abajo, noche larga...
 ¿hasta cuándo, hasta dónde?
 Sólo amor es ala para el libre vuelo.

Y amanece si una fe nos alza en vilo.
 El misterio en sombra nos anega
 ¿hasta dónde, hasta cuándo?
 ¡Oh congoja de anhelar que llegue el día!
 ¡Oh cansancio de esperar lo que no viene!
 Amo duro empuña la trailla...
 ¿hasta cuándo, hasta dónde?

NUESTRO VERTICE

¿Soy a secas tiempo fugitivo?
 ¿He de conformarme, y nada más,
 con lo sucio que sucede en torno?
 ¿Soy la piedra quieta que no anhela?
 ¿He de ser un número en la suma?
 ¿He de ser un eco en el estruendo?
 ¿Qué me importas, corazón enfermo?
 ¿Ni que amargues, hígado remisó?
 Desviendo vamos, mis amigos,
 la ilusión de mozos y anhelando
 yo no sé qué brisa, qué fragancia,
 que nos atraviere las entrañas,
 y nos haga resonar de gozo
 esta enredadera de los nervios,
 y nos rice de olas reidoras
 esta red de rojos ríos lentos
 que nos baja y sube por el cuerpo.
 Buscadores del misterio, vamos
 peregrinos de una marcha terca
 hacia el infinito. Nada vale
 la fatiga. Ni tampoco el triste
 acezar de huélfago, ya a punto
 de caer. Amigos, lo que vale
 es andar hacia adelante siempre...
 Alguien nos espera, sin retraso,
 justo allí donde caigamos. Alguien
 nos levantará del suelo, en vilo,
 injertándonos en sus manos como alas.
 ¡Ah!, y entonces, ya despesarados,

leves con el júbilo de pájaros
 que estrenasen cielo sin borrascas,
 el misterio nos anegará
 de su luz y todo se hará claro,
 todo lo que aquí ignoramos, todo.
 Y recién nacidos de nosotros,
 nuevos y estrenando vida limpia
 de sereno ser, nosotros, nuestros,
 en piñón de atónita alegría,
 rezumándonos del uno al otro,
 y del otro al uno—alternos—hasta
 ser del todo dioses abismados
 en el Dios que es y es y es
 plenitud de plenitudes y último
 vértice que encumbra nuestras vidas.

AGUSTI BARTRA

Nació en Barcelona en 1908. Entre su amplia obra poética destaca *Oda a Catalunya dels tropics*, *L'arbre de foc*, *Marsias*, *Marsias y Adila*.

EL NOU DIA

Sí, hom veurà més enllà d'aquestes estrelles taciturnes,
 més enllà d'aquesta llarga nit de mans crispades,
 per damunt els meandres de sang i foc,
 per damunt els munts de runes fumejants i tenebres
 xopes de llàgrimes,
 per damunt el dolor dels vius i dels morts,
 aixecar-se la màgica claror precursora.

Vindrà enmig del gran silenci de tots,
 d'un gran silenci inefable de sang aturada i d'ala que
 s'allarga.

Vindrà lentament com una llum coronada de somnis
 naixents i d'innocències porugues,
 com una plenamar de tremolosa placidesa i d'escumes
 de pures nostàlgies,

com un bressol curull d'astres recents, d'aigües immòbils d'estupors i d'aurores boreals exànimes.
 Pujarà al món com una saba calenta amb anhels celestes.
 Les aloses es perdran a l'infinit emportant-se les darreres angoixes,
 les neus eternes dels cims es fondran per fer-se abraçada d'ample riu,
 de sobte els perfils dels homes tornaran a ésser humans i familiars
 i cada ànima serà un íntim repicar d'hosannes.
 I a frec encara del record de la finida grandesa heroica del martiri
 —espetec de banderes, nervis de clarins, terra a la boca i negres les mans—
 els mateixos pensaments faran transparents els fronts i amples els somriures.

Pàtria Nova! Gegant de ferro i de pètals que acabes d'obrir els ulls al teu destí d'escumes i palmeres, homèrica meravella que sorgeixes de la visió i el suplici dels que t'han volgut amb l'intel·lecte i amb les venes,
 cor flamejant que rodoles pel glaciari d'una Europa pu-sillànime i bàrbara:
 quin alè de volcà florit et gronxa? Quina tèbia cascada de vellut t'agombola?
 Et redreces al centre de la història viva de la Humanitat com una imatge de bellesa eternal,
 amb el geni vindicatiu d'unes races el fecund dolor de les quals grava el seu perfil damunt el granit de la Immortalitat.

Pàtria Nova! Els teus fills predilectes han eixamplat els àmbits dels teus futurs,
 han fet rectilínies i infinites les teves rutes.
 Comences a caminar pel Tiberiades de la Victòria amb una tristesa majestuosa.
 Et saluden des del fons dels segles tota la bondat i amor de la terra.

OCTAVI SALTOR

Nació en Barcelona en 1908. Fue redactor de *Revista de Poesia* y colaborador de *La Veu de Catalunya*. Ejerce la crítica literaria y ha publicado poemas en diversas revistas. Entre sus obras está *Els Jocs Florals i la ideologia del segle XX*.

PENTECOSTES

I

Llum dels cors, infoneu en aquest dia
 del vostre Adveniment meravellós,
 una set perennal d'Eucaristia
 al nostre seny, ressec de tebiors.

Feu viva l'ombra que el passat congria,
 ressò d'algun adéu melangiós;
 que ell ens atregui vers l'eterna via
 i que per Vós se'ns torni gloriós.

Imprecis agredolç de l'hora humana;
 terrenals clar-obscur! La cristiana
 pau afermeu en tots, Consolador!

Grani cada verger el Bé que hi manca,
 i esporgueu-los del mal, com una branca
 que filtri, transparent, vostra Claror.

II

Callen les hores sota el bres del vent.
 Llur pas les amples soledats dilata.
 Al pes de l'infinit, l'ànima esclata
 i tota es vincla en holocaust fervent.

L'immens silenci mena al Déu vivent.
 Ens xucla el palp diví i ens arravata.
 No et calen pas esments de lloc ni data
 per espremer vers Ell ton pur accent.

Tot ens centri en l'abis del seu Voler.
 Borbolli ja la saba de la Fe.
 I mentre el jorn en l'horitzó s'afua,

redreça, cos mortal, ton do immortal,
 i aferra't a la rel celestial
 que, fidel, ton Origen perpetua.

III

Flecta, Natura, ta superba ossada
 a l'invisible gest del Creador,
 present en tu, qui filla n'ets, en cada
 bri d'herba humil o freu engolidor.

Lloa'l avui, innúmera ocellada!
 Lloïn-lo els homes, de plural faisó!
 Que tot verb canti el Verb, Forma humanada!
 Que res no sigui absent de sa Remor!

Cessin les veus errívols del món
 per millor rebre el flamejar pregon
 de l'Esperit que el Pare ja ens acosta.

Que Ell ens marki amb el seu diví senyal
 el front i el pit, i arbori en sa fornal
 el Crisma de la nostra Pentecosta.

GENERACION DE LA "POSGUERRA"

LEOPOLDO PANERO

Nació en Astorga en 1909. Murió en Astorga el 27 de agosto de 1962. Obras: *Poesías en la revista Escorial* (1940), *Escrito a cada instante* (1949).

INVOCACION

Autor de nuestro límite, Dios santo.

¡Oh, fluye tú, feliz ola tranquila
del corazón de Dios, dando a mis pulsos
tanta viviente paz, sobre esta cumbre
—delgada ya—, donde mi voz resuena,
con el rumor de su presencia sola,
en la vencida luz que deja agosto,
tras el verdor de los viñedos áurea!
¡Oh, fluye en El, feliz, ola poniente,
ola que empuja al mundo con su soplo
de hierba derramada por el valle!
¡Ola de plenitud que nos envía
el silencio movable de las aguas
y el recostado aroma del recuerdo!
¡Ola que vuelve hacia nosotros árboles,
y entreteje las ramas silenciosas,
y suspende su juego verdeante,
mientras el corazón recibe, alegre,
la luz y fresca sombra del olvido!
¡Oh fluye, fluye en mí, total marea
que moja cuanto soy de amor supremo!
¡Oh mosto tenebroso reposando!
¡Oh, fluye en el rubor, como manzana,
del corazón de Dios, y dora el dulce
sabor de sus entrañas, jugo vivo
de infancia, en donde pican los gorriones...!

ESCRITO A CADA INSTANTE

Para inventar a Dios, nuestra palabra
 busca, dentro del pecho,
 su propia semejanza y no la encuentra,
 como las olas de la mar tranquila,
 una tras otra, iguales,
 quieren la exactitud de lo infinito
 medir, al par que cantan...
 Y su nombre sin letras,
 escrito a cada instante por la espuma,
 se borra a cada instante
 mecido por la música del agua;
 y un eco queda sólo en las orillas.
 ¿Qué número infinito
 nos cuenta el corazón?

Cada latido,
 otra vez es más dulce, y otra y otra;
 otra vez ciegamente desde dentro
 va a pronunciar su nombre.
 Y otra vez se ensombrece el pensamiento,
 y la voz no le encuentra.
 Dentro del pecho está.

Tus hijos somos,
 aunque jamás sepamos
 decirte la palabra exacta y tuya,
 que repita en el alma el dulce y fijo
 girar de las estrellas.

EL TEMPLO VACIO

No sé de dónde brota la tristeza que tengo.
 Mi dolor se arrodilla, como el tronco de un sauce,
 sobre el agua del tiempo, por donde voy y vengo,
 casi fuera de madre, derramado en el cauce.
 Lo mejor de mi vida es el dolor. Tú sabes
 cómo soy. Tú levantas esta carne que es mía.
 Tú esta luz que sonrosa las alas de las aves.

Tú esta noble tristeza que llaman alegría.
 Tú me diste la gracia para vivir contigo.
 Tú me diste las nubes como el amor humano.
 Y al principio del tiempo, Tú me ofreciste el trigo,
 con la primera alondra que nació de tu mano.
 ¡Como el último rezo de un niño que se duerme,
 y con la voz nublada de sueño y de pureza
 se vuelve hacia el silencio, yo quisiera volverme
 hacia Ti, y en tus manos desmayar mi cabeza!
 Lo mejor de mi vida es el dolor. Tú hiciste
 de la nada el silencio y el camino del beso,
 y la espuma en el agua para la tierra triste,
 y en el aire la nieve donde duerme tu peso.
 ¡Señor, Señor! Yo he hecho mi voluntad. Yo he hecho
 una ley de mi orgullo, pero ya estoy vencido.
 Como una madre humilde que me acuna en su pecho,
 mi espíritu se acuesta sobre el dolor vivido.
 Sobre la carne triste, ¡sobre la silenciosa
 ignorancia del alma como un templo vacío!
 ¡Sobre el ave cansada del corazón que posa
 su vuelo entre mis manos para cantar, Dios mío!
 Soy el huésped del tiempo; soy, Señor, caminante
 que se borra en el bosque y en la sombra tropieza,
 tapado por la nieve lenta de cada instante,
 mientras busco el camino que no acaba ni empieza.
 Soy el hombre desnudo. Soy el que nada tiene.
 Soy siempre el arrojado del propio paraíso.
 Soy el que tiene frío de sí mismo. El que viene
 cargado con el peso de todo lo que quiso.
 Lo mejor de mi vida es el dolor. ¡Oh lumbre
 seca de la materia! ¡Oh racimo estrujado!
 Haz de mi pecho un lago de clara mansedumbre.
 ¡Señor, Señor! Desata mi cuerpo maniatado.

TU QUE ANDAS SOBRE LA NIEVE

Ahora que la noche es tan pura y que no hay nadie
 más que Tú,
 dime quién eres.

Dime quién eres y qué agua tan limpia tiembla en toda mi alma;
dime quién soy también;
dime quién eres y por qué me visitas,
por qué bajas hasta mí, que estoy tan necesitado,
y por qué te separas sin decirme tu nombre,
Ahora que la noche es tan pura y que no hay nadie más que Tú.
Ahora que siento mi corazón como un árbol derribado en el bosque,
y aun el hacha clavada en él siento,
aun el hacha y el golpe en mi alma,
y la savia cortada en mi alma,
Tú que andas sobre la nieve.
Ahora que alzo mi corazón, y lo alzo vuelto hacia Ti mi amor,
y lo alzo
como arrancando todas mis raíces,
donde aun el peso de tu cruz se siente.
Ahora que el estupor me levanta desde las plantas de los pies,
y alzo hacia Ti mis ojos,
Señor,
dime quién eres,
ilumina quién eres,
dime quién soy también,
y por qué la tristeza de ser hombre, Tú que andas sobre la nieve.
Tú que al tocar las estrellas las haces palidecer de hermosura;
Tú que mueves el mundo tan suavemente que parece que se me va a derramar el corazón;
Tú que habitas en una pequeña choza del bosque donde crece tu cruz;
Tú que vives en esa soledad que se escucha en el alma como un vuelo diáfano;
ahora que la noche es tan pura,
y que no hay nadie más que Tú,
dime quién eres.

Ahora que siento mi memoria como un espejo roto y mi boca llena de alas.
Ahora que se me pone en pie,
sin oírlo,
el corazón.
Ahora que sin oírlo me levanta y tiembla mi ser en libertad,
y que la angustia me oscurece los párpados,
y que brota mi vida, y que te llamo como nunca,
sosténme entre tus manos,
sosténme en la tiniebla de tu nombre,
sosténme en mi tristeza y en mi alma, Tú que andas sobre la nieve...

COMO LA HIERBA

Por el dolor creyente que brota del pecado.
Por haberte querido de todo corazón.
Por haberte, Dios mío, tantas veces negado;
tantas veces pedido, de rodillas, perdón.
Por haberte perdido; por haberte encontrado.
Porque es como un desierto nevado mi oración.
¡Porque es como la hiedra sobre el árbol cortado el recuerdo que brota cargado de ilusión!
Porque es como la hiedra, déjame que te abrace,
primero amargamente, lleno de flor después,
y que a mi viejo tronco poco a poco me enlace,
y que mi vieja sombra se derrame a tus pies;
¡porque es como la rama donde la savia nace,
mi corazón, Dios mío, sueña que Tú lo ves!

GUILLERMO DIAZ-PLAJA

Nació en Barcelona (1909). Premio Nacional de Literatura (1935). Obras: *Primer cuaderno de sonetos* (1941), *Carmen Grabadi* (1945), *Intimidad* (1946), *Vacación de estío* (1948), *Segundo cuaderno de sonetos* (1950), *Vencedor de mi muerte* (1953), *Tercer cuaderno de sonetos* (1962), *El arco bajo las estrellas* (1965), *Belén lírico para este año conciliar* (1965), *La soledad caminante* (1966), *Zoo* (1966), *América vibra en mí* (1968).

VENCEDOR DE MI MUERTE

Aquí me tienes, Señor.

No entiendo nada.

Uno a uno fueron borrándose los milagros de la frente: la estrella de los Reyes era de cartón y a los niños no los traía la cigüeña.

Más tarde se doraron mis banderas: cabelleras rendidas

o monedas de gloria,

iluminaron los paisajes hondos

donde la soledad se hace esperanza.

Un día supe el haz y el envés de cada instante

y quise, aún, que brillase al sol la medalla espléndida.

Más tarde —es ahora—

grito este canto trágico

viendo la honda sima

por la que caigo hacia lo Oscuro.

Esa que enfría los huesos y vacía los ojos.

Esa que es la Definitiva

frente al Instante de que gozo ahora.

Esa que me hundirá en el silencio,

mientras los tranvías de la ciudad

seguirán llevando a las gentes

hacia sus minúsculas impaciencias.

¿Me reconocerás, Señor, entre tantos y tantos,

cuando yo te grite: estoy aquí?

¿Qué número llevo marcado

en la inmensa hilera que espera tu juicio?

En el segundo de mi muerte,

¿con qué extrañas criaturas

de piel distinta y lengua exótica

ascenderé a tu inmensidad?

¿Cómo será tu ceño cuando explique

la caligrafía de mi existencia?

¿Y cómo he de decirte ¡oh Dios terrible!

la criatura que yo era?

¿Entenderás que las sangres de mis venas

golpearon muchas veces con violencias que no quise?

¿Mirarás mi ansia de nácares,

de claveles tibios, de terciopelos venados,

como un empuje oscuro del que yo mismo no encuen-

tro la clave?

¿Querrás alargar tu misericordia para mis ojos,

un poco más allá del goce que para ellos hiciste

con los azules y los verdes de tus campos, de tus cielos?

¿Y no querrás, Señor, compadecerte

de ese ímpetu

que nos empuja por la existencia?

Flotante sobre tres muchedumbres:

la que ya ha entrado en el túnel oscuro,

la que navega atónita por mapas,

la que habrá de llegar cuando no estemos,

indiferente al reloj y a la brújula;

aquí me tienes, Señor, ¿no me conoces?

¿No me ves agarrado al clavo ardiente

de una fe que vacila?

¿No ves que soy, sobre todas las cosas,

un menesteroso de Eternidad?

MAGNIFICAT

Señor que me has creado y sostenido

vencedor del instante y de la muerte

a mi raíz de espíritu rendido;

que has querido en mi voz reconocerte

y en la ridiculez de mi figura

has redimido el peso de lo inerte;
 que rodea a toda criatura
 del milagro constante de la vida
 y del goce sin par de tu hermosura;
 se emociona mi lengua conmovida
 cuando los horizontes dilatados
 entran en mi pupila estremecida:
 la nube, el mar, los campos derramados
 se achican en el ojo —centinela,
 rayo que los reduce—, dominados.
 La sierra, el llano, el pájaro que vuela
 quedan en la retina vencedora
 que en su propia hermosura se desvela.
 Todo converge al alma escritadora,
 mi horizonte le da capitania
 y a la emoción la inteligencia aflora.
 La más desordenada geografía
 al gesto del espíritu que entiende
 se ordena según norma y jerarquía.
 De este modo se entrega y nos desciende
 la grandeza de Dios que se aproxima
 al corazón que ama y que comprende.
 Aquella nunca derribada cima
 se desmorona por amor, se entrega
 y, al empequeñecerse, se sublima.
 Y un Dios cuyo recuerdo solo ciega,
 se hace dulce presencia diminuta
 y a nuestro pobre corazón se llega.
 ¿Por qué inefable y escondida ruta
 descendió de los altos miradores
 donde toda existencia es impoluta?
 ¿Qué latidos de amor o qué clamores,
 qué estremecida pena o qué lanzada,
 qué gritos de dolor desgarradores?
 La criatura iba por la nada
 de su inseguridad y su torpeza.
 ¿No olvidó la dramática llamada
 de un Cristo declinada la cabeza,
 coronada de espinas que, sangrando,

inventó el manantial de su pureza?
 ¿No bastaba, Señor, que tropezando
 con la vileza de las almas duras
 fueras a los humanos levantando?
 ¿Merecíamos más tus criaturas?
 ¿Con qué derecho reclamar pudimos
 mayor entrega a tus acciones puras?
 Al tremedal de iniquidad caímos;
 ¿qué derecho tenía la esperanza
 al milagro que nunca merecimos?
 El milagro supremo. Nada alcanza
 tu tremendo poder: creaste el día
 y la mar que se pierde en lontananza.
 Sin coyunda de sexo, ¿no nacía
 Adán de un soplo, y la primera rosa,
 sin semilla inicial, no florecía?
 ¿Quién pone el incremento en la terrosa
 cuna donde se yerguen los trigales?
 ¿Quién dibuja tus alas, mariposa?
 De maravillas sobrenaturales
 nos rodeas, Señor. ¿Cómo no apura
 el alma sus contornos celestiales?
 Todavía, Señor, tu gloria pura
 imaginó su extrema gentileza
 convirtiendo tu ilímite en Figura.
 Flor de harina disfraza tu grandeza,
 humilde sayal blanco que decora,
 transfigurada, la inmortal belleza.
 Eucaristía del amor que aflora,
 dádiva que nos llega en una mano
 sacerdotal que, al ofrecerla, ora.
 Católico, apostólico y romano,
 siento la gloria de cantar aquí
 este dulce milagro cotidiano.
 En la alta boda en la que digo sí
 el corazón latiendo, el alma tensa
 a una grandeza que por ser inmensa
 se hace pequeña para entrar en mí.

TRAMO SEGUNDO

LAS NOCHEBUENAS DE LA TIERRA

PALESTINA

Nochebuena en Belén. Bajo un cielo remoto
 las estrellas palpitan en la bóveda oscura
 Yo estaba allí. Venían gentes extrañas,
 caminaban hirsutos soldados coloniales,
 botas claveteadas rompían el asfalto,
 misteriosas fronteras entrecruzaban sombras,
 y Dios no se veía en parte alguna.
 Jerusalén dormía, fatigada de pólvora.
 Hacia Samaria, Galilea y Tiberiades,
 los caminos crujían, crepitaban motores.
 Palestina era una selva de alambradas de espinos,
 de clarines de alerta, de cuchillos furiosos.
 Belén dormía al fondo de su valle tranquilo.
 Yo veía no sé donde. Había
 realizado mi peregrinación a Efeso
 (la casita pequeña donde murió la Virgen).
 Había caminado por la dura
 soledad calcinada del mar Muerto; por Jericó
 sin rosas; por la orilla de un Jordán fangoso
 y macilento; pero Jerusalén tenía
 una atracción terrible para el alma en acecho.
 Se la veía recortada como un navío
 desde Getsemaní, ¡ya estábamos llegando!
 ¿No eran las murallas, no era el Templo,
 donde la sangre mana con las lágrimas?
 Laberinto aturdido de encrucijadas hondas,
 ¡qué fácil, Dios mío, conseguir encontrarte!
 Y me volví a Belén a medianoche,
 arrastrando mi oscuro desconcierto,
 buscando entre los astros; uno solo,
 una estrella de plata muy pequeña
 caía en un rincón, junto a un pesebre.

Los gritos de los hombres no dejan oír el llanto del Niño.

Los alaridos
 de los que lloran la destrucción de Jerusalén;
 el resonar de los cascos tenaces sobre los caminos;
 el rezo de los circuncisos
 en los *ghettos* empavorecidos;
 el ruido de las máquinas de la muerte;
 el dolor de los perseguidos.
 No dejan oír el llanto del Niño,
 el débil llanto de Jesús, en el Portal chiquito;
 el llanto de Dios sobre los hombres.

No dejan oírlo.

AQUILINO IGLESIA ALVARIÑO

Mindoniense (1909-1996). Obra poética: *Señardá, Corazón ao vento, Cómáros verdes, De día a día, Nenias, Lanza de soledá.*

ORACION DO SAPO

¡Señor, que estás nun reculliño de sombra,
 e andas sempre por camiños de noite,
 e cantas cada hora e cando o teu cantar
 sin que ninguén se mofe de Ti!
 Libranos, Señor,
 das cousas que andan a correr.
 Dos pucheiros cheos d'auga, nas hortas,
 e da boca das cobras,
 e da roda dos carros,
 e de tódolos bichos malos.
 Dainos, Señor,
 un alpendre de sombra e de luar
 para cantar.
 E un carreiriño de vagalumes
 polas hortas vizosas do teu reino.

PANXOLIÑA

I

En noite tan fría,
 ¡ai, Virxen María!
 Nun lugar tan solo
 co Neno no colo.
 Vai polo camiño
 sobre o seu burriño
 a Virxen María.
 ¡Qué noite tan fría!
 Todo está calado,
 todo esborrallado.
 ¿Onde van as rosas
 e as torres airosas?
 ¡Ai, Virxen María
 nesta noite fría!

II

Dorme o grau na terra,
 i a mañá na serra,
 i a rosa no espiño.
 No teu Picariño,
 ¡ai, Virxen María!,
 desperta a esperanza
 que a noite no alcanza.
 Da nosa alegría,
 ¡ai, Virxen María!,
 tras da noite fría?
 Tras da noite escura
 ¿él chegará pura
 hora de alegría
 de miralo día?
 ¡Ai, Virxen María!

MIGUEL HERNANDEZ

Nació en Orihuela en 1910 y murió en Alicante en 1942.
 Obra poética: *Perito en lunas* (1934), *El rayo que no cesa*
 (1936), *Viento del pueblo* (1937), *El hombre acecha* (1939),
Cancionero y romancero de ausencias (1941), *Poemas últimos*
 (1938-1941).

ECLIPSE CELESTIAL

Una nube, redondo y puro obstáculo
 para mirarte, encuentro:
 sin errores de gallos,
 eclipse de los cielos.
 Tu luz en una umbría de blancura:
 los que ven, no te vemos:
 ¡mucho mejor!, a oscuras,
 —¡la fe!—te ven los ciegos.
 Tú, con naturaleza de semilla
 reducido a la mano,
 transformado en harina,
 traspuesto, trasplantado.
 En tan escaso medio tu abundancia,
 en tan mezquino círculo:
 en su materia blanca,
 haces deiforme el trigo.
 Noche de Ti, con mengua de tu bulto:
 ¡victoria de lo plano!
 Dios, para nuestro uso,
 por el polvo ilustrado.
 Cereal geometría de la tierra,
 la celeste substancia,
 oculta su presencia,
 en una sombra blanca.
 ¿Cómo tienes, bajeza de la espiga,
 mi No Sé Qué en tu sitio?...
 Enigma, enigma: ¡enigma!
 descubierto, escondido.

—¡Oh sacerdote; danos, puro, Aquello,
 favor de sí otorgado!
 ¿Guardas, fiel, el Secreto
 que mantienen tus manos?

LA MORADA AMARILLA

¡Apunta Dios, la espiga, en el sembrado;
 florece Dios, la vid, la flor del vino!
 (Tiró por recoger multiplicando
 su fortuna de troj el campesino
 que, como pobre, en ambicioso pica.)
 Muy pobremente rica,
 muy tristemente bella,
 la tierra castellana, ¿se dedica
 a ser Castilla, ella?
 El desamparo cunde—¡qué copioso!—,
 al amparo—¡qué inmenso!—de la altura.
 Inacabable mapa de reposo,
 sacramental llanura:
 de más la soledad y la hermosura.
 Pan y pan, vino y vino.
 Dios y Dios, tierra y cielo...
 Enguizando a las aves y al molino,
 pasa el aire de vuelo.
 Sube la tierra al cielo paso a paso,
 baja el cielo a la tierra de repente
 (un azul de llover cielo cencido,
 bueno para marido):
 cereal y vinícola en el raso,
 Dios, al fin accidente,
 hace en la viña y en las mieses nido.
 ¡Qué morada es Castilla!
 ¡Qué morada de Dios y qué amarilla!
 ¡Qué solemne morada
 de Dios la tierra arada, enamorada,
 la uva morada y verde la semilla!
 ¡Qué cosechón de páramo y llanura!
 ¡Qué lejos, ay, de trigo!

¡Qué hidalga paz! ¡Qué mística verdura!
 ¡Y qué viento rodrigo!
 Páramo mondo, mondas majestades,
 mondo cielo, luz monda, mondo olivo,
 monda paz: y silencio mondo y vivo:
 ¡soledad! ¡Soledad de soledades!,
 con una claridad a la redonda
 viüda, sola y monda.
 ¡No hay luz más afflictiva!
 ¡No hay altura más honda!
 ¡No hay angustia más viva!
 La copa fugitiva
 del chopo, verde copo
 de cielo en cielo, cielo al cielo priva
 en un celeste anhelo:
 ¡chopo!: copo de cielo,
 que es menos que ser cielo y más que chopo,
 chopo de cielo: ¡copo!
 Por viento al horizonte va el molino;
 por gracia, luz, molienda y movimiento:
 y se queda parado en el camino,
 pacífico un momento,
 gracia, molienda, luz, pero no viento.
 ¡Soledad trina y una castellana!
 Dios: el viento, el molino y la besana.
 La luz es un unguento
 que cura la mirada del espanto.
 Se levanta el jilguero,
 cereal ¡tanto y tanto!
 de trigo y voz provisto.
 (—No amedrentes al ave, meseguero,
 que hace celeste el pan, un poco Cristo.)
 Se impacienta la espiga por la siega
 con la impaciencia de la brisa encima,
 membruda, enamorada de las hoces.
 ...Esta Mancha manchega,
 ¿por qué se desarrima
 al cielo en este tiempo y le da voces?
 ¡Tan bien que está el cordero,

sobre la línea pura del otero
 paciendo sobre el cielo cabizbajo
 las cabizaltas flores!
 ¡Tan bien que está, ya arriba y aun abajo,
 la soledad lanar de los pastores,
 proveyendo distancias
 de soledad, de amor, de vigilancias,
 encima de la loma
 que lo deje en el cielo que lo toma!
 La espiga rabitiesa,
 nutrida de altitudes...
 ¡Isidro!, ¡Juan!, ¡Teresa!,
 ¡Alonso!, ¡Ruy...!, ¿qué fueron las virtudes?
 La viña alborotada
 está; la mies revuelta;
 ruedo es la era ya de polvo y nada:
 ¡tanto que fue la era por la trilla!
 todo de Dios, en Dios siempre resuelta.
 —De casta te vendrá lo de Castilla,
 ¡oh campal ricahembra castellana!,
 asunto, como Dios, de la semilla.
 No esperes a mañana
 para volver al pan, a Dios y al vino:
 son ellos tu destino.
 Y has de ser resumible ¡siempre!, amiga,
 en un racimo, un cáliz y una espiga.

EL SILBO DEL DALE

Dale al aspa, molino,
 hasta nevar el trigo.
 Dale a la piedra, agua,
 hasta ponerla mansa.
 Dale al molino, aire,
 hasta lo inacabable.
 Dale al aire, cabrero,
 hasta que silbe tierno.
 Dale al cabrero, monte,
 hasta dejarlo inmóvil.

Dale al monte, lucero,
 hasta que se haga cielo.
 Dale, Dios, a mi alma,
 hasta perfeccionarla.
 Dale que dale, dale,
 molino, piedra, aire,
 cabrero, monte, astro;
 dale que dale largo.
 Dale que dale, Dios,
 ¡ay!
 hasta la perfección.

LUIS ROSALES

Nació en Granada en 1910. Obras: *Abril* (1935), *Retablo sacro del Nacimiento del Señor* (1940), *Rimas* (1944), *La casa encendida* (1949).

MISERICORDIA

Misericordia quiero y no sacrificio (Mt 12,5).

¡Señor, Señor,
 gravitación de horizontes en sereno equilibrio,
 playa de soledades donde el cielo y el mar fueran es-
 tatuas,
 mansedumbre sin voz, yerba piadosa, sosiego de mis
 ojos:
 Tú sabes que yo nunca he negado el presente,
 y el presente eras Tú cuando yo te buscaba
 por los rincones de mis ojos heridos,
 por la corriente viva de las aguas empapadas de cielo,
 y en la nieve;
 a Ti, Señor, Amor sin determinaciones,
 Presencia sin instante,
 a Ti, Señor, en la nieve absoluta.
 Nunca en el mar,
 porque el mar nos lleva lejos de Ti,

nos aísla, nos hace dioses sobre la arena de la playa,
 por su oculto brillar de premura en acopio,
 por el ruego sin labios de todos los sentidos;
 ¡nunca en el mar!
 tibio canto pagano de la rosa y el número,
 porque el mar quiebra su línea para no espejar el cielo;
 y yo Te busco, Señor, Dios de misericordia,
 con los ojos anegados en llanto,
 sin saber nada, sin desear nada,
 pero también sin olvidar nada para entregarme a Ti.
 Suprime mi sonrisa, cámbiala por el gozo,
 esa vasta y precisa alegría que no turba ni ofende;
 suprime mi sonrisa, Señor, hoy que comienza
 esta ascensión callada por la fiebre del pasmo.
 Dime, dime, Señor, ¿qué es este gozo mío,
 por qué sabe a madera mi voz cuando te nombro?,
 ¿por qué un cuerpo de hombre bajo el sol
 se desdobra en la sombra?;
 dime Tú, Luz rendida, Advenir sosegado,
 ¿a qué suerte de visión encendida le llamamos amor?
 ¡Por qué es siendo yo mismo que llegaré a ser nuevo!
 ¡cúmplase en mí tu voluntad, Dios mío!
 He aquí que fue el silencio el primero de tus dones.
 Era el silencio;
 tierra sin hierba en noche estremecida;
 después, sólo tus ojos entre el ser y la nada.
 ¿Qué evidencia de amor movió tu lengua?
 Era el silencio;
 toda la tierra en éxtasis como un mar asombrado;
 fue cántico la vida porque el silencio era
 sobre el haz de las aguas la unidad de las cosas.
 Comprended
 que el silencio es como una oración inmóvil,
 como el desangrarse de un corazón;
 oíd, montes, mares, islas,
 he aquí que el silencio es amor.
 Yo lo pongo a tus plantas y con él la norma,
 la intención de perseverar en el instante puro.
 No lloro lo perdido, Señor, nada se pierde.

He aquí que ahora tengo un amor
 abandonado a ser puro instante supremo;
 un amor cuya sola presencia era ya una oración.
 Fue tránsito en sus ojos la ceguera del agua,
 tuvo sobre su carne
 el sonoro vibrar del perfume del lirio.
 Todo por Ti, Señor, Pura brisa sin norma,
 porque el amor es como un gran desierto lleno de tu
 presencia,
 cielo postrado, mar sin orillas, alba
 (su soledad de mundo serenaba los vientos);
 todo por Ti, Señor, Total forma gozosa,
 Vívido, Dulce, Grave, Transparente y Herido:
 hay que ordenar la espuma y dejar correr el agua;
 oíd, montes, mares, islas:
 era el amor, sin nada,
 el milagro sin límites de su ensimismamiento.
 Yo lo entrego en tus manos de nieve y llanto míos,
 con él te ofrezco el universo entero.
 No lloro lo perdido, Señor, nada se pierde.
 Aún me brindaste el don del llanto.
 Fue impotencia de ser como Tú deseabas,
 cristiana certidumbre de sentirme incompleto;
 fue vanidad de perfección, decía:
 yo no burlaré el dolor.
 Era el llanto, Señor, la oración de la carne,
 Tú tan sólo comprendes esta impureza mía:
 nada me ha engañado tanto como mi sinceridad.
 No lloro lo perdido, Señor, nada se pierde.
 He aquí que aún me queda el dolor,
 ese dolor conmovido y llamado que tienen los puertos
 y las manos de los locos.
 Mi oído y mi lengua, Señor, olvidan las palabras,
 gasta el dolor mi cuerpo suficiente y tranquilo;
 yo pregunto, yo, hombre tan sin consuelo,
 nacido de mujer, nacido para siempre,
 para siempre, Señor, por la iluminación de tu miseri-
 cordia;
 yo pregunto: ¿qué es el dolor?

Oíd, montes, mares, islas,
 yo no he de hablar con amargura de mi alma,
 porque el dolor no es la sombra de tu cuerpo, sino tu
 cuerpo mismo,
 tu cuerpo de cristal encendido, tan claro;
 ¡oh, Señor, transido en dulcedumbres,
 el dolor es la llama de tu visitación!
 Yo lo pongo a tus plantas y con él la soledad,
 la soledad, que es igual que un espejo
 donde nos crece el alma hasta romperse,
 sangre en víspera alzada, insistencia en el sueño,
 ella es el principio y el fin de las cosas,
 la memoria y la tumba, la culpa y la gracia
 (la palma de su mano jugaba con el mundo como con
 un grano de arena);
 y fue la soledad
 como el desprendimiento del peso de su cuerpo
 para el hombre crucificado,
 ¡visión tan sostenida, presencia de la gracia,
 nuevo descendimiento de la cruz, para el hombre!
 Y he aquí que era la soledad mi última tentación.
 Tú me escuchas, Señor, Número tan divino,
 Total forma gozosa, Presencia sin instante;
 Tú haces rodar el sol por la corriente del día,
 Tú has visto sin asombro la claridad del cielo,
 Tú que afirmas mis pies en la tierra que pasa,
 Tú que has puesto en la angustia de mis labios de
 hombre
 una sola palabra de temblor aterido;
 todo te lo devuelvo para quedar desnudo,
 y ya, sin voz, ante Ti, te pido que eternices
 la hora mansa y la paz de mi entrega absoluta.
 No lloro lo perdido, Señor, nada se pierde.
 Oíd, montes, mares, islas:
 Gracias, Señor, por esta total nada serena que a mi
 inquietud le brindas;
 sin un temblor,
 humanamente solo,
 ¡misericordia pido, Señor, misericordia!

DE COMO FUE GOZOSO EL NACIMIENTO DE DIOS NUESTRO SEÑOR

¡Morena por el sol de la alegría,
 mirada por la luz de la promesa,
 jardín donde la sangre vuela y pesa;
 inmaculada tú, Virgen María!

¿Qué arroyo te ha enseñado la armonía
 de tu paso sencillo, qué sorpresa
 de vuelo arrepentido y nieve ilesa,
 junta tus manos en el alba fría?

¿Qué viento turba el monte y le conmueve?
 Canta su gozo el alba desposada,
 calma su angustia el mar, antiguo y bueno.

La Virgen a mirarle no se atreve,
 y el vuelo de su voz arrodillada
 canta al Señor, que llora sobre el heno.

DE CUAN GRACIOSA Y APACIBLE ERA LA BELLEZA DE LA VIRGEN NUESTRA SEÑORA

Venid, alba, venid; ved el lucero
 de miel, casi morena, que trasmana
 un rubor silencioso de milgrana
 en copa de granado placentero;

la frente como sal en el estero,
 la mano amiga como luz cercana,
 y el labio en que despunta la mañana
 con sonrisa de almendro tempranero.

¡Venid, alba, venid!, y el mundo sea
 heno que cobra resplandor y brío
 en su mirar de alondra transparente;

aurora donde el cielo se recrea,
 ¡aurora tú, que fuiste como un río,
 y Dios puso la mano en tu corriente!

DE COMO VINO AL MUNDO LA ORACION

De lirio en oración, de espuma herida
por el paso del alba silenciosa,
de carne sin pecado en la gozosa
contemplación del niño sorprendida;

de nieve que detiene su caída
sobre la paja que al Señor desposa,
de sangre en asunción junto a la rosa
del virginal regazo desprendida;

de mirar levantado hacia la altura
como una fuente con el agua helada
donde el gozo encontró recogimiento;

de manos que juntaron su hermosura
para calmar, en extensión nevada,
su angustia al hombre y su abandono al viento.

CONCHA URQUIZA

Nació en Morelia (México) en 1910 y murió en 1945, ahogada durante una excursión. Obras: *Poemas y prosas* (1946).

Un soñar con el pálido ramaje
y las llanuras donde cuaja el trigo,
un aspirar a soledad contigo
por los húmedos valles y el bosque.

Un buscar la región honda y salvaje,
un desear poseerte sin testigo,
un abrasado afán de estar conmigo
viendo tu faz en interior paisaje;

tal que mi juventud más verdadera
en el clima ideal de tu dulzura
maduró mi divina primavera;

y tuve mi esperanza tan segura
como que en la hermosura pasajera
se me entregaba, intacta, tu hermosura.

D I C H A

Mi corazón olvida
y asido de tus pechos se adormece;
eso que fue la vida
se anubla y oscurece
y en un vano horizonte desaparece.

De estar tan descuidada
del mar de ayer y de la simple pena,
pienso que tu mirada
—llama pura y serena—
secó del llanto la escondida vena.

En su dicha perdido,
abandonado a tu dulzura ardiente,
de sí mismo en olvido,
el corazón se siente
una cosa feliz y transparente.

La angustia miserable
batió las alas y torció la senda.
¡Oh paz incomparable!,
un día deleitable
nos espera a la sombra de tu tienda.

La más cruel amargura
con que quieras herirme soberano
se henchirá de dulzura
como vino temprano
apurado en el hueco de tu mano.

Hiere con saña fuerte
si sólo no desciñes este abrazo,
que aun la faz de la muerte,
con ser tan duro lazo,
pienso que ha de reír en tu regazo.

RAFAEL DE BALBIN LUCAS

Nació en Alcañices (Zamora) en 1910 y es catedrático de Crítica literaria en la Universidad de Madrid. Dirige el Instituto «Miguel de Cervantes» de Literatura y ha publicado varios libros, en los que alterna el cultivo de la poesía con la crítica de temas centrados fundamentalmente en la figura de Gustavo Adolfo Bécquer.

CANTO A LA TIERRA

Aquí, sobre estos libros y papeles
varados en la noche silenciosa,
me ha llamado mi Dios. Su voz gozosa
baja de los callados anaqueles.

Horas oscuras goteando fieles,
la madrugada suben fatigosa
y encienden mi trabajo con la rosa
de luz que planta el día en sus cancelas.

En ti, materna tierra desvelada,
simiente de mi amor veré nacida
y viviré a mi Cristo en mi jornada.

¡Campo de mi esperanza estremeceida,
ventana de mi Dios a la alborada!
¡Tierra, escalón abierto hacia la Vida!

CON LA TARDE QUE HUYE

En el fondo del día muerto
queda como rescoldo frío y blando,
el silencio salino de la ría
y el húmedo rocío de los prados.

La tarde se me escapa por los cielos,
como encendido pájaro
que rompe, con su vuelo libre,
la cárcel entreabierta de mis manos.

El sol, como ternero rubio
que trisca y vive por el campo,
saltó los montes de oro,
y huye ligero y alto.

La marea, de plata soleada,
huye a la mar, como los bandos
de las gaviotas grises y veloces
al áspero sonar de los disparos.

Y el viento del noreste vespertino,
fugaz se aleja por los álamos,
con el correr tendido
de los sedientos, ágiles venados.

¿Y yo me quedo al borde de la noche,
en la sombra sentado?

¿Dónde va el sol, en su marchar constante?
Y el agua, ¿dónde en sus caminos anchos?
¿Y por qué con la luz, y el mar y el viento,
hacia las fuentes de mi Dios no escapo?

JOSE CAMON AZNAR

Nació en Zaragoza en 1899. Catedrático de Historia del Arte en la Universidad de Madrid. Obra poética: *El hombre en la tierra* (1940, 1952), *La divina tragedia* (1962), *Canto a los siglos* (1970).

EL GRECO

Crece el color, asciende. ¿Ángel o nube?
Cuanto se alarga, en alma se transforma.
La forma, siempre Dios: ésta es la norma.
Alto el pincel, sobre los cielos sube.

Alta la luz, las formas en desmayo.
Ya todo es ala, todo es ya viento.

Del Espíritu, el roce; sólo intento
de forma. Hacia los cielos, rayo.

Más alto aún. Ya en la cima del vuelo,
los espacios en flor, en flor el cielo,
y allí el pincel se embriaga. Llama es la Cruz.

Fuego el color. Los ángeles son lumbre.
El mismo Dios, pintado como cumbre.
¿Y la Gloria? Un éxtasis de luz.

DESEOS ENORMES

Yo quisiera, Señor,
sobre tu rostro ensangrentado,
eternamente ser
el lienzo de Verónica.
Sobre esa arquitectura de astros
que es tu cuerpo,
rodar eternamente
como gota de sangre.
Pecho de Juan intacto,
ancho como la mar.
Y allí, río de amor,
eternamente
volcada tu cabeza.

EN LA EUCARISTIA

Sin espacios.
sin tiempos,
blanco.
Dios, que es sólo faz,
asciende.
Lenta bruma de almas
se insinúa.
Todo,
opaco y leve,
se desvanece en esa faz.

Y allí quedamos,
anchos de Dios,
ojos abiertos sobre toda la ciencia
sin silencios,
sin músicas,
vivos,
patentes en la redonda eternidad de la Hostia.
La nueva creación es ésta.

JUAN BAUTISTA BERTRAN

Nacido en San Juan de las Abadesas (Gerona) en junio de 1911. Profesor de Literatura en Italia, España e Hispanoamérica. Obra poética: *Arca de fe* (1946), *Madrigales del nacimiento del Señor* (1948); *Del ángel y el ciprés* (1950), *La hora de los ángeles* (1952), *Entre silencio y vuelo* (1952), *Me canta el mar* (1956), *Viento y estrellas* (1963), *Al filo de los ojos* (1964), *Río hacia el alba* (prosas de fe) (1964), *Me acercaré a su fuego* (1966), *Hay un valle en mi infancia* (1969), *Ciudad, afán y cántico* (1970), *Del lienzo al verso* (en prensa), *Senda y claridad de Asís* (en prensa).

ORACION DESDE UNA AZOTEA CIUDADANA

Amanecer de otoño. Paz de fiesta.
El tránsito aún no asorda.
La vida empieza algo más tarde. Duerme.
Es grato el paladeo del silencio
donde imperaba el tráfago.
Parece otra ciudad, desconocida.
La madrugada pura del otoño
como en esfera de cristal la envuelve.
El mar es claro, palpitante el cielo,
limpio el perfil del monte.
Parece una conciencia liberada
de adherencias de estio.
Chimeneas, depósitos, antenas
—alcándara de cita de palomas—,
asfaltos relucientes, solitarios;
cual párpado de sueño, las ventanas

y balcones cerrados.

Descanso de los hombres, del trasiego
de nuestra vida de hoy, agotadora.

Este vértigo exige su reposo.

Duerme el cansancio, la bondad, la vida.

Duerme la lucha, la maldad, el dolor.

Duerme el hombre y su afán y su miseria.

Ten compasión, Señor, de la aventura
de cada uno con su vida a cuestas.

ORACION DE UNA TARDE DE OTOÑO

Todo en estado de oración parece:

el camino, los álamos, el río,
en este atardecer iluminado
de serena ardencia del otoño.

La santidad que empapa todo el aire
rebose de los cielos como de ánfora,
y se filtra en las venas del deseo.

Todo sube en afán contemplativo
como a través de transparencia angélica,
y lo más puro que hay en mi despierta
sorbido por vorágine de altura.

Tiene alas la tarde, unción y llama.

Todo yo en la plegaria he naufragado,
se levantan mis manos como lámparas,
frota mis labios un celeste fuego,
por el silencio el corazón respira.

Se ha encendido el crepúsculo en mi frente
y la lumbre de Dios transe mi carne.

BENDICION NUPCIAL

Dios, Padre del Amor, os ha juntado
fundiendo en uno vuestro amor diverso.
Que El os dé a comprender—raíz divina—
que cabe en el amor el universo.

CONCHA LAGOS

Nació en Córdoba (1916); directora de la revista *Agora* y de la colección poética del mismo nombre. Obra: *Balcón* (1954), *Los obstáculos* (1955), *El corazón cansado* (1957), *Luna de enero* (1959), *La soledad de siempre* (1968), *Tema fundamental* (1961), *Golpeando el silencio* (1961), *Los anales* (1966), *Para empezar...*, *El cerco*.

DUDA Y DESOLACION CON DIOS AL FONDO

Todo debió ocurrir
en un cerrar de ojos.

Tal vez sólo fue un sueño.

¿Cómo es posible

que así se desvanezca lo que nuestro creímos?

Humo, dolor; única prevalencia.

Buscamos asideros en la noche:

Aquella estrella. Aquella luz...

(Abandonarse al pensamiento
es perder pie, delirar, ahogarse lentamente.)

Muy cerca, seres, cosas reales, rostros,
palabras, ademanes;

pero no pueden liberarnos.

Pisando soledad seguimos,

tierra de nadie,
desconocimiento.

Amortajados desde el alentar.

Y la niebla arañamos.

en busca de verdades;

o predicamos la esperanza,
único vino para embeber el desconsuelo.

A veces,

entre el delirio y los fantasmas
surge un hermoso mar.

Un mar inmenso, insobornable.

O esa quimera de la luz

que nos hace sentir y amar la vida;
maravillarnos
ante tu testimonio.

ORACION

Yo, Señor Jesucristo,
entiendo pocas cosas.
Estoy a mi trajín
del verso y de la casa.
Al fin una es mujer
y no está bien mirado
ahondar en las costumbres,
ni enmendarles la plana
a los que tanto saben.
Yo, Señor Jesucristo,
no puedo estar conforme
ni andar como si nada
con los ojos cerrados.
Pero ¿dónde decirlo?,
pero ¿cómo gritarles
que no y que no mil veces?
¡Es un vivir en ascuas!
Que baje Dios y vea
lo que en la tierra ocurre.
Yo, Señor Jesucristo,
estoy a mi trajín
del verso y de la pena
en un rincón de España.

COMO PAN COTIDIANO

Quisiera, Dios, tenerte como pan cotidiano;
pero siempre te alejas misterioso, por brumas.
Te estoy llamando, Dios;
mira mi espera
de pájaro sin rama.
No sé qué espacio es este sin caminos,
que a veces me rodea,

y, extrañamente,
me deja suspendida en algún punto muerto.
No te alejes, Dios mío,
que el ala inútil
siento que se derrama
y hasta hueca me nace la plegaria.

CARTA A LO AZUL

Tú me harás el milagro.
Hoy mi sed te lo pide,
te lo pide mi campo
sin fruto, sin alondra,
lo frágil de este barro,
la luz que se me apaga
y la cruz de mis brazos.
Por la breve esperanza,
por aquel largo llanto,
por aquella agonía,
porque me fue vedado
conocer las señales
y el eco de otros pasos
al compás de los míos,
Tú me harás el milagro.
Yo no tuve semilla,
yo no tuve en las manos
esa flor diminuta
que llueve de tu mano.
Yo no tuve canciones;
cuando hiciste el reparto
de pájaros y estrellas,
olvidaste mi árbol.
¡Señor!, desde tu cielo
estréname un milagro.

DALE OFICIO A MIS MANOS

Cuando la carta en blanco se me escriba de sombra,
pon tu sello en mi arcilla,

dale oficio a mis manos.

Dale oficio a mis manos por el aire o el agua,
aplícales quehaceres por ramas o por nubes;
supieron de las cosas sencillas de la tierra,

mondaron las naranjas, plantaron los geranios,
anduvieron de siega tras el grano, la espiga,
y fueron por los ocios a la canción y al verso.

Estuvieron asidas a tu rueda de niños,

a columnas de templos, a brocales de pozos,
a fuertes tajamares por atrios de la espuma.

Tuvieron su tarea y el ademán inútil
que se queda en el aire de no sé qué desgana.

Pasaron del vacío al sol, a la plegaria,

a su noche del llanto y a su noche del huerto.

Dales oficio pobre de molienda o de surco.

Irán por los maizales, por grises olivares,

o si quieres sin frutos. Por tijeras, troqueles

o ruedas de alfarero. Por telares, por ruelas,
herramientas textiles de oficios ignorados.

Aplícales quehaceres por ramas o por nubes,
pero no me las dejes en quietud para siempre.

ENRIQUE AZCOAGA

Nació en Madrid en 1912. Obras: *La piedra solitaria* (1942), *Versos* (1943), *El canto cotidiano* (1943), *Entregas* (1945), *Verso y vida* (antología) (1945), *El poema de los tres carros* (1948), *Dársena del hombre* (1957), *Cancionero de Samborombón* (1960), *España es un sabor* (1964), *Del otro lado* (1968).

De un muerto puesto a prueba soy testigo.

La vida a muerte tengo condenada.

Por muerto, Dios es sólo mi alborada.

Por vivo, en Dios me encuentre y me consigo.

Memoria de la muerte, no persigo

vivir en el olvido de mi nada,

ni estimo otra razón que la labrada

en la condena viva que bendigo.

Vivo para librarme la esperanza

por siempre de su sombra, de su espanto,

a vida o muerte en duelo confiado.

Labro bajo su asedio la alabanza

perpetua de mi sangre o de mi canto,

deseoso de morir resucitado.

EL RUMOR

Rumor, cimiento del mundo,

savia feraz de la nada;

principio remoto, fresco;

tradicón anticipada.

Rumor del aire, del fuego,

de la tierra, de las aguas;

rumor de la vida nueva,

de la muerte y las palabras...

Rumor sin tregua creado

para bien de la ilograda

manera de ser más tierna;
 raíz eterna del alma.
 Rumor de lo no sabido,
 rumor que anuncia la gracia,
 rumor de arranques posibles,
 rumor o salve estimada.
 Rumor que rumor parece
 y no es sino susurrada
 promesa de otros rumores
 con sabor a fue y mañana.
 Rumor del silencio limpio,
 canto perdido en su alma;
 voluntad pura de nobles
 encarnaciones tempranas.
 Rumor del milagro virgen
 anterior a cualquier rama;
 gemido inicial de todo;
 después, de plumas cansadas.
 La vida del hombre, el árbol,
 lo elemental, la iniciada
 verdad sencilla, lo neutro,
 la materia por ti cantan.
 Y el gran rumor, Dios, tejiendo
 con los rumores su vasta
 promesa, cual un rumor
 dándole aliento a las alas.

DIONISIO RIDRUEJO

Nació en Burgo de Osma (Soria) en 1912. Obra poética: *Plural* (1935), *Primer libro de amor* (1939), *Poesía en armas* (1940), *Sonetos a la piedra* (1943), *En la soledad del tiempo* (1944), *Elegías* (1948), *En once años*, Premio Nacional de Literatura (1950), *Cuaderno catalán* (1965).

CONFESION

¿Por qué, Señor, me siento tan densamente vivo,
 tan placentero y fuerte, sobre la breve tierra,
 cuando esgrime la muerte su presencia de hierro
 detrás del inminente rumor de la batalla?

Esta inmortal conciencia que me habita sin duda
 es igual que el presente, y los cinco sentidos
 tejen su mismo gozo de eternidad soñada,
 toda de tierra y tiempo, toda imagen y pulso.

Un transcurso de flores secuestra mi esperanza;
 no son eternas rosas de tan frágil encanto,
 ni aquel mirar que inclina las horas de la ausencia,
 ni esta fe soleada que me canta en los ojos.

Señor, creo en tu sueño que despierta a la vida,
 a la vida absoluta ya desierta y sin curso.
 ¿Por qué no abrasa el hambre de su luz poderosa,
 como ahora la sangre, mi loca certidumbre?

Miro, Señor, la tarde incendiada de oro:
 nada despide al alma, y, aunque todo está lejos,
 siento cómo el ensueño posee sus paisajes
 y cobra las caricias del regreso fingido.

Tu voz también es dulce, y el alma confiada,
 bendiciente, se deja reposar en tus manos.
 Señor, corta es el ansia, no son alas mis bienes;
 ¡oh Dueño de mi vida, despiértame en el alba!

NOCTURNO

Una noche he pensado
la muerte en la llanura:
un caminar sin senda
bajo la blanca luna,
sin fin de tierra sorda,
abismo sin caída
y el desamparo yermo,
sin otra compañía
que un miedo, acongojando
la andadura infinita.

Otra noche he pensado
el llano de la muerte
como el extenso y frío
resplandor de la nieve
desterrando la noche:
luz sola eternamente.

Siempre la soledad
—tierra y cielo desiertos—,
el alma desvalida
en los páramos muertos
y la fatiga larga
sin alivio del tiempo.

¿Y tú, Dios de mis ojos,
Señor de mi desvelo?
Mí corazón de sangre
no tiene tu secreto.
Más allá—luz o sombra—,
más allá de mi sueño,
tu inmensa compañía,
su cerrado misterio.

Esta noche he pensado
mi muerte en la llanura:
hombre infinito, senda
infinita y desnuda.

CRISTO CRUCIFICADO

(VELÁZQUEZ)

Todo renace en él, desierto y breve,
cuando, por cinco fuentes derramado,
ha lavado la tierra y está alzado,
desnudo y material como la nieve.

En la tiniebla está la luz que debe
órbitas a su voz. En el pecado,
la ventura de amor. Todo, borrado,
va a amanecer. El tiempo no se mueve.

Cielo y tierra se miran suspendidos
en el filo o espina de la muerte,
para siempre asumida y derrotada.

En la cerrada flor de sus sentidos,
los siglos, como abejas—Santo fuerte—,
labran la vida humanamente dada.

DULCE MARIA LOYNAZ

Nació en Cuba. Obra poética: *Juegos de agua* (1947), *Versos* (1950), *Ultimos días de una casa* (1958), *Poemas sin nombre* (1953).

LA ORACION DEL ALBA

Señor:

Te pido ahora que me dejes
bajar de esta mi torre de marfil; de la altísima
torre a donde, sola y callada,
sin volver la cabeza subí un día:
un día de esos en que siente uno
yo no sé qué nostalgia de alas...

Una fina

tristeza se me ahonda

despacio... la tristeza de las cimas.
 Quiero bajar, Señor,
 quiero bajar en paz.

Inclina

más mi frente—esta frente siempre alta...—
 Suaviza
 y distingue mis manos que, de tanto
 no querer asir nada, están un poco rígidas...
 Inclíname la frente alta y devuélvele
 a tu tierra mi mirada perdida.
 ¡Ay!, miré demasiado las estrellas...
 No hay que mirarlas tanto:

Con tus manos heridas

sosténme en la bajada un poco triste
 y dime qué palabra se le dice a la hormiga,
 a la yerba del campo, al que está triste,
 al que tiene las manos manchadas...

La sencilla

palabra, Dios mío...

Ayúdame

a disimular esta repulsión instintiva
 hacia las cosas feas y concédeme
 la comprensión.

Yo quiero comprender...

¡Qué exquisita
 gracia la de saber que todo está
 bien!... La de entender la armonía
 de lo inarmonioso.

Yo quiero

comprender y amar
 — ¡quisiera besar la herida
 de un leproso y que él no supiera nunca
 cuánto el beso me costaría!...—
 Dame la buena voluntad;
 dame más suavidad para la vida...
 Yo no quiero que sepan que estoy triste,
 yo quiero comprender y amar; yo quiero
 que la palabra dura que alguien diga
 no vaya a oscurecerme

la mirada limpia.
 Dame, Señor, un buen olvido
 para las pequeñas
 injusticias de cada día;
 dame que la mentira y la torpeza
 no puedan ya quitarme la sonrisa.
 Dame valiente el corazón, segura
 la mano, el pie incansable y el amor...

¡Bien vendría

ahora un poco de serenidad
 y otro poco de fe!... Me quedo tan sombría,
 tan callada a veces...

Amanece en la vaga lejanía:

Bajaré de la torre de marfil,

y dejaré mi luna lila

y mi soledad y mi ensueño...

El polvo vuelve al polvo:

Me perderé un buen día

por los caminos de la tierra, y, si un minuto
 el desaliento me domina,

nadie vea mi desaliento

y todos vean mi sonrisa.

Y mi sonrisa sea fuente,

y flor, y ala y venda... ¡Y sonrisa!...

¡Por los caminos de la tierra;

por los caminos de la tierra,

como San Francisco quería!...

SEÑOR QUE LO QUISISTE...

Señor que lo quisiste: ¿para qué habré nacido?
 ¿Quién me necesitaba, quién me había pedido?
 ¿Qué misión me confiaste? Y ¿por qué me elegiste,
 yo, la inútil, la débil, la cansada...? La triste.
 Yo, que no sé siquiera qué es malo ni qué es bueno,
 y si busco las rosas y me aparto del cieno,
 es sólo por instinto... Y no hay mérito alguno
 en la obediencia fácil a un instinto oportuno...

Y aún más: ¿Pude hacer siempre todo lo que he intentado?

¿Soy yo misma siquiera lo que había soñado?

¿En qué ocaso de alma he disipado el luto?

¿A quién hice feliz tan siquiera un minuto?

¿Qué frente oscura y torva se iluminó de prisa tan sólo ante el conjuro de mi pobre sonrisa?

¿Evitar a cualquiera pude el menor quebranto?

¿De qué sirvió mi risa: de qué sirvió mi llanto?

Y al fin, cuando me vaya fría, pálida, inerte...

¿Qué dejaré a la Vida? ¿Qué llevaré a la Muerte?...

.....
 Bien sé que todo tiene su objeto y su motivo:

Que he venido por algo y que para algo vivo.

Que hasta el más vil gusano su destino ya tiene, que tu impulso palpita en todo lo que viene...

Y que si lo mandaste fue también con la idea de llenar un vacío, por pequeño que sea...

Que hay un sentido oculto en la entraña de todo:

En la pluma, en la garra, en la espuma, en el lodo...

Que tu obra es perfecta, ¡oh Todopoderoso,

Dios Justiciero, Dios Sabio, Dios Amoroso!...

El Dios de los mediocres, los malos y los buenos...

En tu obra no hay nada ni de más ni de menos...

Pero... No sé, Dios mío; me parece que a Ti

—¡jun Dios...!— te hubiera sido fácil pasar sin mí...

POEMA IV

Con mi cuerpo y mi alma he podido hacer siempre lo que quise.

Mi alma era rebelde y, como los domadores en el circo, tuve que enfrentarme con ella, látigo en mano...

Pero la hice al fin saltar arcos de fuego.

Mi cuerpo fue más dócil. En realidad, estaba cansado de aquel trajín de alma y sólo quería que lo librasen de ella.

No acerté a hacerlo; pero ahora, en paz con mi alma

y acaso un poco en deuda con mi cuerpo, pienso que rebañé en los dos algunas migajas de Marta y algunas otras de María...

Migajas nada más; pero me bastan para poder decir, cuando me lo pregunten, que he servido al Señor.

POEMA LXXXIX

Para mí, Señor, no es necesario el Miércoles de Ceniza, porque ni un solo día de la semana me olvido de que fui barro en tu mano.

Y lo único que realmente necesito es que no lo olvides Tú...

ALFONSA DE LA TORRE

Nació en Cuéllar (Segovia). Obras: *Egloga* (1943), *Oratoria de San Bernardino* (1950), *Oda a la Reina del Irán* (1947).

DEFENSA DE LAS VIRTUDES

Era ya requerida,
 de mi mano tiraba tu epidermis de hierba:
 los relojes del mundo nos mostraban su hora,
 la que Dios bien sabía,
 la que Dios esperaba en su reloj sin tiempo
 rodeado de amantes
 que no mancharon nunca sus labios de ceniza.
 Sólo Dios lo sabía.

Circundado de santas, de pájaros y mártires,
 entre dorados nimbos,
 con urbes en las palmas,
 como jugando a un mundo inocente y pequeño.
 Y Dios me sonreía;
 quería que jugara con nimbos y ciudades,
 con claras latitudes,
 y formó una aureola en torno de mi frente
 que germinaba sueños,

y tendió por la tierra un crepúsculo rosa
 con traje de domingo;
 y Dios me sonreía,
 y era a la vez mi padre, y mi madre y mi hermana,
 la que yo nunca tuve,
 y sin embargo quise,
 y mis dulces hermanos: el fuerte y el sumiso.
 Y Dios me sonreía
 entre bellas Virtudes,
 entre músicos ángeles,
 extendiendo en las nubes guirnaldas de cabezas,
 volcando entre las nubes
 cuernos de la abundancia.
 Porque Dios lo quería,
 despertaba Virtudes esculpidas en mármol,
 Virtudes que tenían talla de primavera
 y en los labios cerrados la bondad de las rosas.
 Y Dios me sonreía
 proclamando sus nombres,
 los que el mundo robaba para comprar sus vicios,
 los que el mundo ocultaba a fuerza de quererse.
 Sólo Dios lo sabía,
 y en sus nichos de piedra las Virtudes hablaban
 con voces de promesa.
 Ostentando a su lado la llama de los símbolos,
 susurraban mi nombre,
 el que Dios conocía,
 el que Dios me curaba a fuerza de quererme
 hasta lograr salvarlo;
 y cambiaban mi nombre
 sus voces de promesa,
 porque Dios les decía
 que el amor cambia el nombre,
 que el amor gana el nombre,
 y mi nombre sonaba en sus labios a tarde,
 sonaba a amaneceres,
 a pimpollos de pino,
 a julio entre los álamos,
 a polen de mimosa.

Y Dios me repetía
 que ese nombre era el mío,
 que me llamaba Alondra;
 pero yo bien sabía que me llamaba Alfonsa;
 y Dios bien lo sabía.
 Las Virtudes despiertas
 destapaban sus cofres
 donde guardaban todas mis ternuras de niña:
 mis perdidas ternuras,
 diáfanas como el cielo,
 delgadas como torres,
 frescas como el venero de las fuentes serranas,
 jugosas como pomas
 de los lejanos días;
 y Dios me sonreía
 nivelando balanzas,
 serenando rencores y olvidadas querencias,
 disipando temores y fuertes cobardías.
 La Justicia sin prisa sopesaba mi nombre,
 el que yo me temía,
 el que Dios agrandaba,
 el que Dios recreaba inventando sus voces,
 fulgurando sus letras,
 alumbrando sus signos,
 hasta hacerlo distante,
 hasta hacerlo distinto de pilas y bautismos.
 Y la Piedad gritaba
 que aquel nombre era mío,
 que aquél era mi nombre
 —Piedad adolescente,
 seguida por lebreles y por manos de niños,
 ceñida por las olas de sus chales de dalía,
 con melena de espiga y diadema de olivo—;
 pregonaba mi nombre,
 gritaba a sus hermanas que aquel nombre era mío,
 que me pertenecía,
 y Dios se sonreía,
 y Dios me sonreía mostrando su secreto,
 barajando a escondidas las llaves de su huerto,

y yo me estremecía.
 La Pureza, sin prisa,
 de corazón sin viento,
 salía en mi defensa,
 modelaba mis alas con nieve de mis huesos,
 y yo ya no pesaba,
 y yo ya no sentía,
 se esfumaba mi cuerpo
 y Dios ya me tenía.

HIMNODIA DE LAS ESPIGAS

Alabad al Señor, espigas verdes,
 espigas de lumbre, que os balanceáis y gozáis como
 criaturas paradas al borde de los caminos,
 alabad al Señor.
 Alábenle vuestros granos y vuestros rayos verticales,
 alábele vuestra forma,
 y vuestra norma,
 y la ternura de vuestra sombra.
 Alabad vosotras al Señor,
 alabadle en vuestra esencia,
 en el blanco pan y en las hogazas morenas,
 en los bollos de los bautizos
 y en las roscas de las bodas;
 ensalzadle en la oculta sustancia de las hostias.
 Alabadle vosotras,
 alabadle, espigas,
 en los llanos y en las colinas,
 en los pedregales y en los secanos,
 alabadle por toda la haz de los campos,
 alabadle por toda la haz de la tierra,
 de las playas a las riberas,
 de los barrancos a las cumbres de los montes;
 alabadle en las alboradas y en las noches,
 en los inviernos y en los veranos;
 alabadle por toda la haz de los campos.
 Alabadle, hermanas;
 alabadle, espigas;

alabadle, prometidas,
 cuando estáis verdes y floridas,
 cuando vais vestidas
 con la túnica de mayo
 y coronadas de frescos rayos.
 Cuando os sentís nuevas y tiernas,
 cuando vuestra sangre vegetal despierta
 y se inundan de verde las praderas;
 cuando dejan de soñar los grillos y las rosas
 para irse a vivir con vosotras
 y zumban por doquier las abejas y las tórtolas;
 cuando os requebráis entre los surcos
 dejando volar vuestro aroma.
 Alabadle cuando se emparejan las mariposas,
 alabadle entre el verdor, espigas de amor,
 alabad al Señor.
 Alabadle en la plenitud de los estíos,
 cuando la fuerza del sol os madura los hijos;
 vuestros hijos, que tienen forma de corazones
 y son duros como dolores
 y se aprietan a vuestra espina
 en el silencio de las noches.
 Alabadle en la ternura maternal del brote,
 alabadle en la generosidad de vuestros dones,
 en la fecundidad de vuestros cuerpos
 y en la ofrenda de vuestros tormentos.
 Alabadle también en las hoces,
 durante la siniestra media luna de las hoces;
 alabadle, espigas secas,
 mientras vuestra carne se quiebra;
 alabadle en la degollina de la siega,
 en el interminable entierro de las carretas,
 y en el pagano circo de las eras,
 y en la tortura redonda de la piedra,
 y en el blanco holocausto de la muela;
 alabadle cuando vuestras cenizas se aventan
 y vuestros bellos tallos se comen las bestias.
 Alabadle, víctimas;
 alabadle, espigas;

alabadle, espigas muertas, si ya la noche se adentra.
 Alabad al Señor
 en el impulso del sembrador,
 en la mano del sembrador que os entierra
 por toda la haz de la tierra,
 para que vuestros tallos florezcan,
 para que os elevéis en verdor,
 para que os levantéis hasta las estrellas;
 alabad al Señor,
 bendecid al Señor, espigas verdaderas,
 las que maduráis en amor;
 espigas eternas,
 bendecid, alabad al Señor.

MANUEL CASADO NIETO

Orensano, nacido en 1912. Obra poética: *Orballo ispido, Canta de lonxe o corazón no tempo.*

I AFINAL TODO AMOR

I afinal todo amor:
 Amor aos eidos, aos albres, á erba,
 ás vacas, aos vermes, ás casas,
 aos ríos, ao mar, ao ceo, ás pedras,
 aos carrouchos, aos cruceiros, ás bágoas...
 I encol de todo: a Deus, ao home, á terra.

A NOITE

Se non teño detráis senón a noite,
 ¿qué vou faguer da cántiga do tempo?
 Se non teño detráis senón a noite,
 ¿qué vou faguer da fruta do meu soño?
 Se non teño detráis senón a noite,
 ¿qué vou faguer da ardora que me queima?

Se non teño detráis senón a noite,
 ¿qué vou faguer do bafo da paisaxe?
 Se non teño detráis senón a noite,
 ¿qué vou faguer do agoiro das palpebras?
 Se non teño detráis senón a noite,
 ¿qué vou faguer do celme da saudade?
 ¿Qué vou faguer do pan da nova vida,
 se non teño detráis senón a noite?

RAMON DE GARCIASOL

Nacido en Guadalajara (1913). Premio Fastenrath de la Academia Española. Obras: *Defensa del hombre* (1950), *Canciones* (1952), *Palabras mayores* (1952), *Tierras de España* (1955), *Del amor de cada día* (1956), *La madre* (1958), *Sangre de par en par* (1960), *Poemas de andar España* (1962), *Fuente serena* (1965), *Herido ver* (1966), *Antología provisional* (1967), *Apelación al tiempo* (1968), *Hombres de España: Cervantes* (1968).

MALA LLUVIA

¡Si lloviese sobre alegría!
 Pero llueve sobre mojado,
 sobre el corazón entelerido,
 sobre tiempo de melancolía
 —el amor en el suelo, derribado—,
 sobre el entusiasmo escarnecido.
 Si lloviese sobre la cara
 juvenil, y sobre los ojos
 llenos de risa, sobre el paso
 caminero, y no se alocara
 la corriente con muertos, los rastros
 con pedrisco, los vientres con fracaso.
 Si lloviese como Dios manda,
 para la tierra y las cosechas,
 para el viñedo y el olivo,
 no para el cauce que se desmanda,
 no para enrobinar las flechas,
 no para emborronar lo que escribo.

Llueve, Señor, y llévate todo
 lo que no tenga cepellón eterno,
 lo que no cante amor en las raíces.
 Llueve, Señor, y llueve más, a modo;
 respeta solamente lo materno,
 lo que tiene futuro en las matrices.
 Bórrame si soy llanto, si soy humo,
 hasta dejarme a flor de sol el hueso;
 arrástrame este fango de la queja,
 pisa mi pulpa extrema para zumo,
 estrújame la sangre para beso,
 rotúrame la entraña con tu reja.

HOMBRE EN SOLEDAD

Contigo vengo, Dios, porque estás solo
 en soledad de soledades prieta.
 Conmigo vengo a Ti, porque estoy solo,
 sintiendo por el pecho un mar de pena.
 Qué tristeza me das, Dios, Dios, sin nadie
 que te descanse, Dios, de tu grandeza,
 que te descanse de ser Dios, sin nada
 que te pueda inquietar o te comprenda.
 Qué tristeza me doy, perdido en todo,
 y todo mudo, tan lejano y cerca,
 cada vez más presente ante mis ojos
 en un mutismo que no se revela,
 con el corazón loco por saberte,
 preguntando en la noche que se adensa.
 Con voz de espadas clamo por mi sangre,
 rebusco con mis manos en la tierra
 y escarbo en mi cerebro con mis ansias.
 Y silencio, silencio, mudez tensa.
 Dios, pobre mío, todo lo conoces.
 Para Ti todo ha sido: nada esperas.
 Hasta lo que me duele y no me encuentro
 Tú lo conoces ya, porque en mí piensas.
 Yo no conozco nada, Dios, y tengo

socavones de amor llenos de inquietas,
 oscuras criaturas que me gritan
 palabras, no sé dónde, que me queman,
 preguntas que me tuercen y retuercen,
 sábana viva chorreando estrellas.
 Qué compasión me tengo, Dios, pequeño
 llamando siempre a la inmutable puerta
 con las palmas sangrando, a la intemperie
 de mis luces y dudas y tormentas.
 Qué compasión te tengo, Dios, tan solo,
 siempre despierto, siempre Dios, alerta,
 sin un pecho bastante, Dios, Dios mío,
 que ofrezca su descanso a tu cabeza.
 Cómo me dueles, Dios. Cómo me dueles,
 herido por la angustia que te llena,
 sin poder descansar, sin caberte
 en mis entrañas ni aun en mis ideas.
 No puedo más Contigo, que me rompes
 creciendo por mi dentro y por mi fuera,
 cercándome, estrechándome, ahogándome,
 dejando, sin saberlo, en mí tu huella.
 Y soy hombre, Señor. Soy todo caspa
 de angustiada esperanza contrapuesta,
 arcilla informe de reseco olvido,
 quizá, capricho de tu indiferencia.
 Señor, qué solo estás. Cómo estoy solo,
 yo con mi carga insoportable a cuestras.
 Tú, con todo y sin nada—¡todo, nada!—,
 más que Tú, Dios perdido en tu grandeza,
 muerto de sed de amor de algo supremo,
 Dios, algo que te alegre y que te encienda.
 Sin nada superior a Ti creado,
 mi vozalzada al límite no llega
 a rumor que resbale por tus sienes,
 a brisa en tus oídos, que se secan
 de no oír desde nunca una palabra
 que antes de estar en hombre no supieras,
 pobre Creador, Dios mío sin sosiego,
 preso en tu creación, en diferencia.

A Ti vengo, Señor, porque estoy solo,
 a veces aun sin mí. Pero no temas,
 Señor, que has puesto en mí necesidades
 sin darme el modo de satisfacerlas.
 Perplejo, reconocido de inquietudes,
 de Ti tengo dolor; de mí, conciencia
 de ser como no quiero: ser inútil,
 vana palabra, humana ventolera
 con sabor de cenizas y de ortigas
 clavándome alfileres en la lengua,
 y un huracán de vida por la carne
 que no ha encontrado carne que florezca.
 Versos, versos, más versos, siempre versos,
 ¿y para qué, Dios mío? Dentro queda
 una fuente de llanto sofocado
 minándome la hirviente calavera,
 sin encontrar salida a la congoja
 cada vez más patente. Y todo niebla.
 Contigo vengo, Dios, porque estoy solo;
 me huyes cada vez, más te me alejas.
 ¿No tienes qué decirme, Dios, qué darme?
 ¿No ves, Señor, no ves, Dios, cómo tiembla
 este vaho que se alza de mi vida,
 hierbecilla perdida que se hiela?
 Encallece mi alma, Dios. Haz dura
 la mano y la mirada: hazme de piedra.
 Quítame el sentimiento que me escuece.
 Borra, Señor, con sol, mi inteligencia.
 Déjame en paz, en flor, en roca, en árbol,
 en muda, resignada, dulce bestia
 caminante con ritmo y sin sentido
 por un mundo de instintos e inocencia,
 o dame con la luz aquel sosiego
 original del prado que apacientas.

BARTOMEU ROSSELLO-PORCEL

Nació en Palma de Mallorca en 1913 y murió en Barcelona. Obras: *Imitació del foc* (1938) y diversas colecciones de poesía publicadas en obras antológicas.

BROLLADOR

L'àngel desinfla les galties
 i encén les flames de l'aigua,
 entre ficcions d'incendi
 i polèmica de nacres.

Quin cristall trenca les llàgrimes?
 Quina espasa entre les albes?
 Fina estructura de l'èxtasi.
 Calitja de porcellana.

Perla viva, branca clara,
 entre les ombres més càndides,
 catedral de clarianes.

Entre perles de cascada
 i diamants implacables,
 l'agonia de les aures.

CONCHA ZARDOYA

Nació en Valparaíso (Chile) en 1914. Es española. Reside en los Estados Unidos, en cuyas universidades enseña. Obras publicadas: *Pájaros del Nuevo Mundo* (1945), *Dominio del llanto* (1947), *La hermosura sencilla* (1953), *Los signos* (1953), *El desterrado sueño* (1955), *Mirar al cielo es tu condena* (1957), *La casa deshabitada* (1959), *Debajo de la luz* (1959), *Elegías* (1961), *Corral de vivos y muertos* (1965), *Hondo sur* (1968).

LA HERMOSURA SENCILLA

Tus pasos de silencio nadie oye,
ni el aire de tu aliento por el mundo,
aunque las puertas abres con un signo
en la noche lustral de ciertos sueños.
No escuchan cómo avanzas por el humo,
desvanecido gris de lenta escoria
que en brazos de los cielos se disuelve.
No saben que Tú fluyes como el Tiempo.
Azulada tu sombra, a veces, surte
de los árboles bellos, de las flores,
exhalando un aroma delicado,
un perfume ya joven o vetusto.
A las cosas humildes tu presencia
incorpora beldad y mansedumbre,
sin pronunciar un nombre altivamente,
sin preguntar por qué se decoloran.
Si Tú no fueras aire, las campanas
no sabrían sonar. ¿Cómo podrían?
Si Tú no fueras luz, ¿cómo los vidrios
sabrían imitar la transparencia?
No estás sólo en los templos, Corzo vivo.
También en las fontanas y en los bosques,
en las disueltas sangres de los lagos,
en los puros espacios de las almas.
Inmenso resplandor y pura música,
te llegas a los hombres en silencio.

A las entrañas llegas de la madre
y al vagido del niño más desnudo.
Nadie sabe que pasas con el viento
y que a veces nos cierras las ventanas
o las abres al soplo de la brisa,
fiel trasunto de Ti o sólo huella.
Por cópulas y besos vas poniendo
ígneas marcas de amor, de luz, de muerte.
Y tu viajar interno por las rocas,
las antiguas raíces y los pájaros,
nadie, Señor, presente, nadie sabe.

SUBIDA A LA MONTAÑA

Con este niño subo,
Señor, desde la tierra.
Es hijo de mi alma,
un vivo sueño mío.
(Quizá será una antorcha
que brille sobre el mundo
o sólo un hombre manso,
un corazón sencillo,
que suavemente muera
después de quince lustros.)
¿Los pinos de las landas
murmuran un secreto?
¿Preguntan a los aires
el nombre de mi niño?
¿O cantan por mi boca
los himnos que te callo?
¿El manantial es música
que brota entre las piedras
para recreo tuyo,
oh Corzo de estas cimas?
Abajo está la hierba,
los dulces ternerrillos...
Lejanas, las ciudades
ocultan su amargura.
Los hombres son hormigas...

¿Conducen el arado
o siegan la tristeza?
Aquí las formas huyen
y sólo reina el viento
que emana de Ti mismo.
Graciosas nubes áureas
valsean delicadas
en torno al ceño duro
de las desnudas rocas
que fulgen como espejos.
No hay nieve en este trono,
ni musgo sobre arena.
Granito berroqueño
nos alza como a pájaros
que ansian más altura.
¿Qué he de decir al niño,
Señor, que te he traído?
Disueltas las palabras
perecen en la atmósfera,
en este puro mundo
que no ha manchado nadie.
El sol, reverberando,
me quema en la garganta
inútiles sonidos.
¡Oh Dios inexpresable!
Por mí las siete testas
se elevan como gritos
que claman a tu Gloria.
Se exaltan con las águilas,
volando al claro espacio
que nace de tu frente.
Como un cordero al niño,
mi Dios, aquí te ofrezco
con alma silenciosa:
recíbalo tu Gracia.
No es carne de mi carne.
Es una hojuela tierna
del árbol de mi espíritu
que crece pobrementemente,

sin sombra y sin follaje.
Acaso el niño sea,
Señor, la florecilla
que sola nazca y muera
en esta quieta rama
que a Ti se eleva triste.

¡MAS ALTO!

Más alto, amor, más alto.

En el cielo, amor, la cita
de mis ansias con mis ansias.
Aquí se quema la dicha
sin arder en luz o llama.
A fuerza de amor, de gozo,
a ciegas, ir en volandas,
sintiendo el mundo en las venas
y el propio ser en las alas.
¡Más alta, más, que lo eterno,
yazca mi vida mañana!
¡Por el aire, por el fuego
hermosamente impulsada!
¡Más alta, más que los pájaros!
¡Más, más perfecta que el alba,
surja y resurja en el ímpetu
de ver a Dios en su calma!
El espacio, a la deriva,
perpetuándose de gracia,
cruzaré delgadamente
hasta llegar a su nada.
En el cielo, amor, la cita
de mis ansias con mis ansias.
En el cielo hallar la dicha
que se gasta aquí sin llama.

AQUEL SECRETO VALLE
(Elegía a San Juan de la Cruz)

¿Aquel secreto valle
de Dios fluyó su leche y miel más dulce
para gozo sin nombre
de tu alma entregada?
¿Nació la primavera en gracia tuya?
¿Perfectos coros, dime,
te abrieron el camino de los cielos,
con hosannas, en círculos,
entre vientos colmados
de éxtasis y lluvias silenciosas?
¿Ni una nube, ascendiendo,
ni una sombra azulada se interpuso
entre las hierbas altas
y las dichas o vuelos
que soñabas, ligero corzo en raptó?
¿O, por ventura, un pájaro
tu subida guió de rama en rama
de una cima a otra cima,
transparente y despierto,
delirando quizá celestemente?
¿Qué clara maravilla
anegó de hermosura inexpressable
la delicada forma
de tu ingrátido espíritu?
¿Qué resplandor colmó de luz tus llagas?
Sin temor, en el pecho
de Dios Padre te sumes ya por siempre.
Y la final belleza
de sus inmensos ojos
enciende con su Amor tu noche oscura.

JOSE GARCIA NIETO

Nació en Oviedo en 1914. Premio Nacional de Literatura. Premio Nacional de Poesía de Garcilaso. Premio Fastenrath de la Academia Española. Obras: *Vispera hacia ti* (1940), *Poesía* (1944), *Versos de un huésped de Luisa Esteban* (1944), *Tú y yo sobre la tierra* (1944), *Toledo* (1945), *Del campo y soledad* (1946), *Tregua* (1951), *Primer Libro de poemas. Segundo Libro de poemas* (1951), *Juego de los doce espejos* (1951), *Sonetos por mi hija* (1953), *La red* (1955), *El parque pequeño y Elegía en Covaleda* (1959), *Geografía es amor* (1961), *Corpus Christi y Seis sonetos* (1962), *Circunstancia de la muerte* (1963), *La hora undécima* (1963), *Memorias y compromisos* (1966), *Hablando solo* (1968).

GRACIAS, SEÑOR

Gracias, Señor, porque estás
todavía en mi palabra;
porque debajo de todos
mis puentes pasan tus aguas.
Piedra te doy, labios duros,
pobre tierra acumulada,
que tus luminosas lenguas
incesantemente aclaran.
Te miro; me miro. Hablo;
te oigo. Busco; me aguardas.
Me vas gastando, gastando.
Con tanto amor me adelgazas
que no siento que a la muerte
me acercas...

Y sueño...

Y pasas...

* * *

Hombre, te vas quedando mudo
cuando conoces las palabras.
No te dicen lo que decían
allá en el aire de tu infancia

cuando, en lucha por poseerlas
y no tenerlas encerradas,
ibas del corazón que pide
hasta los labios que proclaman.
Pero te vas quedando mudo
de conocerlas, de apresarlas,
de mezclarte, tú que eres tierra,
con su antigua, celeste gracia,
de repartirlas como lluvia
entre los surcos de tu alma
y ver tan lejos la cosecha,
tan repetida la jornada,
de sol a sol tus campos yertos,
y de silencios acechada
tu soledad donde no encuentras
más música que la que hablas.
Hombre, te vas quedando mudo,
y tenías sólo palabras.
¿Qué llevarás al Dios que espera
y va acortando tus distancias...?

EL HACEDOR

Entra en la playa de oro el mar y llena
la cárcava que un hombre antes, tendido,
hizo con su sosiego. El mar se ha ido
y se ha quedado, niño, entre la arena.

Así es este eslabón de tu cadena
que como el mar me has dado. Y te has partido
luego, Señor. Mi huella te ha servido
para darle ocasión a la azucena.

Miro el agua. Me copia, me recuerda.
No me dejes, Señor; que no me pierda,
que no me sienta dios, y a Ti lejano...

Fuimos hombre y mujer, pena con pena,
eterno barro, arena contra arena,
y sólo Tú la poderosa mano.

LA RED

(II)

Se puede andar, y respirar, y, un poco
más difícil, pero también yo puedo
sentir como una sombra y como un miedo
por esa misma sombra. Y la provocho

cuando no acude. ¡Oh Dios!; el hilo toco
de tu trama. Bien sabes que me enredo
si trato de escapar. Y con el dedo
me sigues... ¿O no hay nadie?... Gira loco

mi corazón sin norte. ¿Qué oscurece
tu presencia?... Yo puedo andar. Parece
que respirar también. Pero la parte
de la sombra... Ilumíname. Descubre
tu tejido final... La tela cubre
mis ojos. Y estoy ciego por amarte.

LA RED

(III)

Tú y tu red, envolviéndome. ¿Tenía
yo un ciego mar de libertad, acaso,
donde evadirme? ¿O era breve el vaso,
y más corto mi trago todavía...?

No podía ser otro; no podía,
siendo tuyo, escapar. Tu cielo, raso,
sin ventana posible. Y, paso a paso,
yo midiendo mi celda cada día.

Y, sin embargo, libre. ¡Oh Dios! Qué oscuro
mi pecho está junto a tu claro muro,
contándote las penas y las horas,
sabiéndose en tu mano. ¡Red, aprieta!
Que sienta más tu yugo esta secreta
libertad que yo gasto y Tú atesoras.

GERARDO ROSALES

Nació en Granada (1915). Murió en Granada (1968).
Obras: *Poema de Yavé* (1964), *Paisaje íntimo* (inédito).

BUSQUEDA

... y se puso en camino sin
saber a dónde iba (Heb 11, 8)

Ni un pájaro en el bosque, Señor;
tan sólo sombras
y algo que no quiere morir
entre las ramas.

Sombras en mí
y alrededor de mí,
y el rudo golpear de tu mano
en mi espalda.

Las aguas que dormía,
las poderosas aguas,
se han vuelto turbulentas
y amenazan con inundarlo todo,
ahora que yo escuchaba
la voz del viento amigo,
su monótona queja
entre las ramas.

En medio de las sombras
hay un hombre
que se volvió de espaldas
hacia su antiguo corazón
y se desgarró
caminando sombrío
en la noche del alma.

Sombras en mí
y alrededor de mí,
y el rudo golpear de tu mano
en mi espalda.

Tus firmes latigazos
en mi nuca,
tu brutal empujón
en el centro del alma,
me han ido a derribar
como una bestia herida.

Pero yo te buscaba, Señor;
yo te buscaba
desde el triste trapecio
de mis días de trabajo sin fruto,
temblando como un niño,
con el miedo ancestral
a la Vida, a la Noche, a la Nada.

Pero yo te buscaba,
sin encontrar jamás
la palabra encendida de caridad
que me llevara a Ti.
Pero yo te buscaba.

NOCHE SOMBRÍA

*Puso en derredor suyo tinieblas
por velo (2 Sam 22,12).*

Como una mano amiga
me acunaba aquel vértigo,
el indecible vértigo
de penetrar tu esencia.

Por el bosque sombrío,
guarida de la Muerte,
junto al espacio abierto,
me detuvo tu voz.

Era tu voz amiga,
junto a una luz difusa...

Luego, sólo el silencio oscuro,
la espera desgarrada,
la tiniebla en el bosque,
y un grito desvalido
que no espera respuesta.

Hostil, siniestro, solo,
un hombre se ha enfrentado
con el ciego peligro
de la noche sin límite,
y una canción de cuna
estremece el espacio.

Dulce noche sombría,
desesperada noche.

Poblaban los árboles del bosque
ojos amigos,
desconocidas fuerzas
preñadas de ternura...

No me acompaña ahora
tu dulce mano amiga.
¿He de quedar por siempre
perdido entre las sombras
que pueblan mi vida de fantasmas?...

ACEPTACION

... y el mismo Dios será con
ellos, y enjugará las lágrimas de
sus ojos, y la muerte no existirá
más ni habrá duelo, ni gritos, ni
trabajo, porque todo esto es ya
pasado (Ap 21,3-4).

Penetrarás por la ventana,
por la misma ventana
que habré dejado abierta.

Quedarás encogida
sobre las blancas sábanas
y clavarás en mí
tus penetrantes ojos
de oscuro centinela,
mientras me cuentas algo
de la región en sombras,
donde vives temblando,
temerosa de que no te comprenda.

La tierra faltará bajo tus pies,
hechos de noche y cielo,
y tu voz ancestral,
que quema y estremece,
entonará canciones
del principio del tiempo.

Con tímida amenaza
me besarás la frente
con tus labios de hielo,
y partiré contigo
al Más Allá sin nombre,
para abrazar, al fin,
el fuego fugitivo
de todo cuanto amé.

Al Más Allá sin nombre,
donde soñar y ser
se funden en amorosa llama
con todo lo que nunca tuvieron,
por siempre liberados
de esfuerzos y de lágrimas,
de carne, espacio y tiempo.

CELSE EMILIO FERREIRO

Orensano, de Celanova (n.1914). Obra poética: *Cartafol de Poeta, O sono sulagado, Al aire de tu vuelo, Bailadas, cantigas e donaires, Longa noite de pedra.*

ORACION POLOS PARVOS

Señor Dios, ten piedá dos probes parvos
que non sabemos ren de xeometría
i embobados na música celeste
esquecimos a fórmula
do binomio de Newton.

Imos andando a trancas e barrancas
 adeprendendo as cousas tristemente
 por iste mundo adiante que fixeches
 en sete días só, según os libros.
 Eu son un pouco parvo, ben comprendo.
 Nunca poiden saber para qué sirven
 moitas cousas escuras que consintes.
 Humildemente quixen preguntar
 preguntas pequeniñas coma seixos
 sobre os grilos que cantan incansábeles
 e os amores dos peixes,
 pero sempre chegaban unhos homes
 carregados de textos
 e mazacotes grises sapientísimos,
 con datas rigurosas, datos certos,
 horribelmente certos, abafantes.
 Mais ninguén me decía dos paxaros,
 dos cávados, das froles, de esas nubes
 que pousaches, Señor, sobre o meu teito.
 Perdóanos, Señor, tanta parveza
 e ten piedá de nós, dos probes parvos
 que andamos os camiños das estrelas
 cos ollos alcendidos
 na bebedeira tépeda das fábulas.
 E cando chegue a hora do Xuicio
 á tua veira lévanos cos nenos,
 cos santos inocentes, cos vellíños,
 e déixanos seguir ollando ó ceo,
 modelando no vento doces soños,
 como Tí fás, Señor, dende o Principio.

JOSE MARIA DIAZ CASTRO

Mindoniense (1914-1971). Filósofo. Linguísta. Obra poética: *Nacida de un sono, Nimbos*.

TRANSFIGURACION

Sinto ás veces ás horas nos meus hombros
 e digo que me pesan como un reino.
 Eu penso no teu Reino que non é deste
 mundo, i entón parécenme as miñas horas
 alas, Xesús, i escuma sobre a mar.

O VERME I A ESTRELA

Esta sede infinita de pureza
 ausoluta, esta sede de xustiza
 que nos queima, esta sede de beleza...
 baixo as alas de pedra da preguiza
 i a paga do pecado en cada esquina
 i a herbiña sobre a foia i a ruina...
 Esta sede de lus, méntrelo vento
 da morte zúa darredor das cousas
 que están no noso corazón, cincento
 sopro que arrinca os días, queima as cousas
 mais íntimas, e bárreas como a auga...
 A Lus do mundo é a que arde nunha bágoa.

BLAS DE OTERO

Nació en 1916 en Bilbao. Obras: *Cántico espiritual* (1942), *Ángel fieramente humano* (1950), *Redoble de conciencia* (1951), *Pido la paz y la palabra* (1955), *Ancia* (1958), *En castellano* (1960), *Que trata de España* (1964).

HOMBRE

Luchando, cuerpo a cuerpo, con la muerte,
al borde del abismo, estoy clamando
a Dios. Y su silencio, retumbando,
ahoga mi voz en el vacío inerte.

¡Oh Dios! Si he de morir, quiero tenerte
despierto. Y, noche a noche, no sé cuándo
oirás mi voz. ¡Oh Dios! Estoy hablando
solo. Arañando sombras para verte.

Alzo la mano, y tú me la cercenas.
Abro los ojos, me los sajas vivos.
Sed tengo, y sal se vuelven tus arenas.

Esto es ser hombre: horror a manos llenas.
Ser—y no ser—eternos, fugitivos.
¡Ángel con grandes alas de cadenas!

ESTOS SONETOS

Estos sonetos son las que yo entrego
plumas de luz al aire en desvarío;
cárceles de mi sueño; ardiente río
donde la angustia de ser hombre anego.

Lenguas de Dios, preguntas son de fuego
que nadie supo responder. Vacío
silencio. Yerto mar. Soneto mío,
que así acompaña mi palpar de ciego.

Manos de Dios hundidas en mi muerte.
Carne son donde el alma se hace llanto.
Verte un momento, ¡oh Dios!; después, no verte.

Llambria y cantil de soledad. Quebranto
del ansia, ciega luz. Quiero tenerte,
y no sé dónde estás. Por eso canto.

SALMO POR EL HOMBRE DE HOY

Salva al hombre, Señor, en esta hora
horrorosa, de trágico destino;
no sabe a dónde va, de dónde vino
tanto dolor, que en sauce roto llora.

Ponlo de pie, Señor, clava tu aurora
en su costado, y sepa que es divino
despojo, polvo errante en el camino;
mas que tu luz lo inmortaliza y dora.

Mira, Señor, que tanto llanto, arriba,
en pleamar, oleando a la deriva,
amenaza cubrirnos con la Nada.

¡Ponnos, Señor, encima de la muerte!
¡Agiganta, sostén nuestra mirada
para que aprenda, desde ahora, a verte!

SERENA VERDAD

Hay un momento, un rayo en rabia viva,
entre abismos del ser que se desgarran,
en que Dios se hace amor, y el cuerpo siente
su delicada mano como un peso.
Hemos sufrido ya tanto silencio,
hemos buscado, a tientas, tanto; estamos
tan cubiertos de horror y de vacío,
que, entre la sombra, su presencia quema.
Grandes dolores, con su hambre inmensa,
nos comieron las ansias; mas ninguno

es como tú, dolor de Dios: león
 del hombre; hambre inmortal; sed siempre en vilo.
 Pero, de pronto, en un desmayo íntimo,
 en un instante interno, eternizado,
 nace el amor, irrumpe, nos levanta,
 nos arroja en el cielo, como un mar.
 Somos pasto de luz. Llama que va
 vibrando, en el vaivén de un viento inmenso;
 viento que sube, arrebatadamente,
 entre frondas de amor que se desgarran.

Y este río que pasa siempre y nunca,
 y esta selva ignorada que me acoge,
 son, sobre abismos milagrosos, sueños
 de Dios: eternidad que fluye y queda.
 Busqué y busqué. Mis manos sangran niebla,
 tropezaron en llambrias y galayos,
 se me abrieron, llagaron de infinito,
 pero todo fue en vano: Te evadiste.
 Llegué a odiar tu presencia. Odiemos, dije,
 al Inasible. ¡Ah, sí! Pero el suplicio
 se hizo mayor. Mi sed ardía sola.
 Como una ola, me anegaste Tú.
 Y fui llama en furor. Pasto de luz,
 viento de amor que, arrebatadamente,
 arrancaba las frondas y las iba
 subiendo, sí, subiendo hasta tu cielo.
 Allí, mecidas, en vaivén de céfiro,
 en finísima luz y aguas de oro,
 gozan la paz, parece que te miran,
 ¡oh serena Verdad!, con mis dos ojos...

FRANCISCO GINER DE LOS RIOS

Nació en Madrid en 1917. Desde 1953 trabaja en las Naciones Unidas. Primero en México y actualmente en Santiago de Chile, donde reside. Obra poética: *La rama viva* (México 1940), *Romancerillo de la fe* (1941), *Pasión primera* (1941), *Los laureles de Oaxaca* (1948), *Jornada hecha poesía* (1934-1952), *Poemas mexicanos* (1958), *Llanto con Emilio Prados* (1962), *Poemas y elegías españolas* (1967).

NUEVA PRIMAVERA

¡Qué hermosura callar!
 ¡Qué limpias voces
 cantando a un Dios que busco
 en el silencio!
 Campanas en la noche,
 campanas a las tres,
 entre un rocío que sube
 hasta este casi cielo
 que me habita
 y en que duermo esta noche.
 Despertándose está
 la luz más escondida,
 la voz perenne
 que ayer me abandonaba
 y que ahora
 es campana otra vez
 entre campanas.
 ¿Dónde, dónde está Dios
 esta noche de Dios
 sobre la hierba?

LOS ROMANCES DE SAN ANGEL

Esta noche de Dios canta
entre las hojas desnuda,
y tiembla sobre mi frente
una encendida hermosura
que es no sé qué de callado,
de clara palabra muda.
Pero Dios no está en la noche
ni su esencia dulce y una
está en la luz que le brota
al prado de su verdura.
Como un terrible diamante,
la noche refulge pura
en esta piedra que aguanta
toda mi triste amargura.
¿Dónde está Dios esta noche
de Dios? Esta hermosura
¿viene de dónde y a dónde
abrevará su ternura?

* * *

La tarde cae sobre el valle
lentísima y dulcemente.
Hay un sol que ya se marcha
junto a la noche que viene
y deja rosado al Popo,
todo dormido en su nieve.
Es una hora bien tierna,
de una ternura solemne
en que parece que Dios
sobre las nubes se mueve.
El silencio se hace ancho,
todas las luces se mueren
y bajo un cielo ceniza,
dulce y lentísimamente,
me voy con el sol al monte
y al valle vuelvo y me cierne

toda la noche callada
en que Dios está presente.
Su dedo lento y seguro
dibuja la noche leve,
y descuelga desde el cielo
su misterio omnipresente.
Aquí me estoy, aquí abajo,
con la noche que ya viene.
Con el sol se van mis ojos,
y siento que Dios se mueve
entre las hojas del árbol,
temblando sobre mi frente.
Cuando despierto del sueño,
sueña la noche y se vierte
por el agua de los prados
hacia esa escondida fuente
en que el agua sola canta
una canción que no muere.
Sobre el valle, entre la noche,
muerto el sol, alta la nieve,
parece que lo he encontrado
lentísima y dulcemente.

* * *

La Hora se desliza
en sus luces finales
y los ojos descansan
sobre la ciega tarde.
Hay una nube quieta
y hay un sol sin detalles
que rompe en la ventana
sus últimos cristales.
Me quedo en el silencio
de la flor y los panes,
del milagro del árbol,
del cielo y del paisaje.
Nada corre en el alma
y el recuerdo es un valle
en que duerme la pena
un sueño de encinares.

(Aquellos que perdió
 un día el caminante.)
 Sólo esta luz importa
 en los ojos impares
 que Dios me entregó ayer
 para que lo explicase.
 Y si esta luz es Dios,
 y si Dios es la tarde,
 ¿por qué esta angustia quieta?
 ¿Por qué la voz cobarde
 no se levanta pura
 para manifestarle?
 Un alborozo tiemblan
 mis venas y mi sangre
 y en alma se traduce
 y en vilo de este aire
 que no mueve las hojas
 sobre un cielo que arde.
 Todo canta su alma
 y nada se deshace.
 Hay un presente entero
 plantado entre la tarde,
 y florece la tierra
 todo un claro mensaje
 que recogen mis ojos
 y en mi pecho se esparce.
 No hay ayer ni mañana.
 Sólo canta esta tarde
 su presencia absoluta.
 El presente me invade.
 Me deslizo con él
 en las luces finales
 de esta hora que muere
 y que muriendo nace.
 Sobre el silencio dulce,
 sola, inmensa, la tarde,
 tarde mía y de Dios,
 tarde presente y grave.

PURA VAZQUEZ

Nació en Orense (1918). Maestra. Obras: *Peregrino de amor* (1943), *Márgenes veladas* (1944), *En torno a la voz* (1948), *Desde la niebla, Intimas, Madrugada, Maturidade, Tiempo mío, Columpio de luna a sol, Madrugada fronda* (1951).

D I O S

Detrás estabas Tú, alzándote en la niebla
 del mundo anonadado. Como una certidumbre
 que muriese a su orilla, entre dos tempestades.
 Detrás, con tu misterio, halo recio del aire
 metiéndote en mis huesos, calándome, crujiéndome.
 Yo te sentía ardiendo sobre mis laberintos,
 atada al yugo duro de los días, mordientes,
 con nostalgia de Ti, tan hondas traspasándome,
 que azul el corazón, como Tú, se me abría.
 ¡Oh Dios, qué horas oscuras sin Ti, desconociéndote,
 sin luz, sin horizontes, nadando entre dos olas,
 inmensa entre la nada huérfana de tu nombre...!
 Pero Tú estabas siempre detrás, entre la niebla,
 más allá de la furia crecida de los hombres.
 Tan sobre la hermosura encendida del mundo,
 que te grababas sólo en tu órbita infinita.

PRISION TOTAL

¿Por qué, Señor, me duele este acabado mundo
 donde toda presencia de belleza se vende
 y es como un reino turbio de incoloras arenas
 donde cunde el desánimo o reluce la ira?
 Un tiempo acorralado nos cerca en certidumbres
 de costumbres y sombras en sucesivas olas;
 nada queda en la orilla de los hondos caminos,
 sólo una leve huella que va apagando el polvo.
 ¿Perdurarán los gritos? ¿O se ahondarán las patrias
 en la cumbre bruñida de cielos implacables?

¿Se mantendrá en latido sobre el rumor y el llanto de esto tan frágil, vano, a que llamamos Vida? Porque me duele todo, Señor, dame tu nombre para sentir su rosa renacida en las manos, para que el pan se alegre, y se encienda la entraña en otra intacta sangre más honda y más reciente. Apágame los mitos, las fábulas radiantes que te velan y atan tu esencial armonía. Abrete en mil vertientes que aneguen con su espuma este metal caduco que cada día muere. Porque me duele todo con cansancio de herida, y crujo en cien mil muertes oscuras y diarias; porque nada responde cuando llamo y pregunto, porque nada contiene tu verdad, te la roban, y me asomo a un vacío que llaman Paz y es guerra solapada y latente que en dolor se resume. Porque todo se pierde en destinos de sombra y nos manchan el barro y la flor y la brisa, y todo son pañuelos de náufragos temblando entre una inmensa ciénaga que nos cubren con ramas. Apágame el tumulto de mi pecho que clama por la dulce belleza, por la inocente sangre, por la verdad tan alta que la crueldad nos ciega; por un más justo ensueño y un símbolo más puro, sin engaños, mintiendo sustanciales conceptos.

NOSTALGIA DE DIOS

Trágico paso a caminar me lleva de mi sombra a tu luz.
De mi luz a tu sombra.
Rompo mis lazos. Parto de mis tinieblas, de mi oscura noche —joh Dios!—, hacia el principio de la Vida donde tu claridad cantó tu nombre entre ángeles lucientes, sobre el caos, antes de las edénicas visiones que te yerguen sombrío entre la bruma. Ciego Dios de tristeza... Es mi nostalgia

arraigada en remotos paraísos, mi nave, mi camino, mi morada. Te desconozco, Dios. Eres arcano. Divina pesadumbre que me aplasta. Me llueves amargura, incertidumbre, deseo enraizado en lo infinito. Vengo desde tu aurora, sostenida de eternidad. Soy flecha y trayectoria, y el centro de mi angustia es mi destino.

DISTANTE PLENITUD

I

Yo sostenida en Ti por el arrimo de tu luz, como nube, tallo o rama. Yo, caliente bullir; Tú, suave llama, donde me abraso y muero y me redimo. Yo torrente del ansia me aproximo, alborotada voz que ruge y clama, pecho desierto, sed que me derrama segura por el cauce donde gimo. Tú encendiendo la aurora con la estrella, y el júbilo del aire, y la centella y el polvo que nos diste, y el estruendo de este turbión rotundo y encrespado. Yo asida a Ti, infinito Dios, tremendo y oculto Dios, Dios dulce, inalcanzado.

II

Tú me quieres vencida, desgarrada, sin vida y sin palabra. Tan vencida, que sólo a Ti me enlazaré la vida, y a toda humana flor seré cerrada. Abatida por Ti y arrebatada el alma, el cuerpo. Víctima suicida sin lucha ya, sin grito, sin partida para ganar, exhausta, limitada.

Tú me quieres arcángel, llama viva
para tu amor, transiéndome cautiva
en tu cárcel, trasunto de tu cielo.

Tú me quieres divina... ¿Por qué humana
me has sacado del barro, sombra vana,
sólo mujer, sin alas, sobre el suelo?

III

¿De qué rastros o signos, de qué leves
heridas voces, sigilosa nueva?

¿De qué dulce latido se renueva
ese rumor que a su candor le llueves?

Arremete la voz con que le mueves,
¡oh Dios!, y claro viento le releva.
Es un blando gemir entre la gleba,
un remover sin tino entre las nieves.

La fuente mana y mana. Y no sabía
sentir que su rumor me requería
el corazón, rondándome, seguro.

Yo ardiéndome rondaba, sostenida
en mi porfía humana... Allí escondida
—Amor—, junto a mi pecho, allí en lo oscuro.

NOITE

Caíume sobre os ollos a pecha voz da noite,
e funme camiñando... Topéi mundos estranos
onde Deus era néboa, nome non escoitado,
terra onde non chegaban as augas. Sombras soio.
Maus como azas ían a voar polo escuro,
comidas pola ausencia da luz. Pola imprevista
hora de cote triste no espírito pendurada.
Loceiros, mortas lúas, ronseles de lonxanos
horizontes non vistos caíanme nas pálpebras,
e unha soidá sin trégoas afogaba os camiños
—¡joh, corazón da noite!—, latexándome dentro.

¡Qué mundos de distancias cegos de luz, repechos
de dedos apertados ós sendeiros anónimos
das cidades vacías de noitámbulos ventos!
Nada. Perdido o tempo nun largacío outono,
espida a barca loira do mencer. Desfollado
nunha lufada amarga o efímero deseio...
Nada. Lembranzas soio, espallando pequenas
margaridas sin cheiro na indelével saudade
do laberinto canso... ¡E volteime sumisa,
recobrando o silencio onde ficara a vida,
tan de lonxe, topándome, arela, áxil, perdida
na pecha noite, soia a néboa de Deus!

VICENTE GAOS

Nació en Valencia (1919). Obra poética: *Arcángel de mi noche* (Premio Adonais, 1944), *Sobre la tierra* (1945), *Luz desde el sueño* (1947), *Poesías completas* (1959), *Mitos para tiempo de incrédulos* (Premio Agora, 1963), *Concierto en mí y en vosotros* (1965).

ATARDECER

¡Oh bienestar en el poniente!
¡Qué cerca estamos del secreto
velar de Dios, vivo y despierto!
¡Qué cerca estamos de la muerte!
¡Qué abandono dulce, qué triste
júbilo ver cómo las cosas
en el trasluz se hacen más hondas,
y la benigna noche aflige
el corazón. Sazón de siglos
que se dispersan en lo oscuro,
porque la noche es su fin último
y en ella encuentran su destino!
¡Paz infinita! ¿Nos dormimos
en Dios, despierto? Sí, atardece.
¡Oh Dios inmenso, gran Dios íntimo,
tan hondamente transparente!
¡Qué cerca estamos de la muerte!

DIOS MIO

No te pido luego,
 no, no quiero luego,
 para verte aún más,
 una luz sin sombras,
 una luz total.
 Me basta con esta
 dulce claridad
 con que te revelas
 en el mundo ya.
 Entre luz y sombra
 te evidencias más.
 Amo tu sombría
 y humana mitad.
 Te quiero en lo oscuro.
 Así, tu verdad
 es más honda y buena
 que de par en par.
 Más íntima. Te amo
 en la soledad
 de mi pecho vivo,
 en mi sangre estás,
 por mis venas corres
 ciego de ebriedad.
 Dios en mis entrañas,
 qué interioridad
 plena de luz sorda.
 Canta, canta ya,
 corazón, que eres
 vagamente igual
 a un pájaro, ebrio
 por la luz solar.
 No sé si en el cielo
 que nos has de dar
 no habrá ya misterio,
 si al fin te verán
 los ojos mortales
 todo luz y paz.

Mas yo te prefiero
 así, así sin más,
 razón de mi entraña,
 raíz de mi mal,
 todo sombra y sueño,
 nocturna verdad.
 ¡Ciégame del todo
 en la eternidad!

OMNIBUS VITAE

*Heureux péle-mêle.
 pêcheurs et saints.
 (CHARLES PÉGUÿ)*

Omnibus: Para todos.
 Mejor que aquella arca
 que sólo salvó al justo
 del castigo del agua
 universal. Mejor
 que la fúnebre barca
 de Caronte, *quasi-omnibus*,
 en que casi naufragan
 los mortales. Mejor.
 Para todos. Ven, vayan
 todos en él, vayamos.
 Un viento nos arrastra...
 Viento, corceles, manos,
 gran primavera blanca
 del huracán. El látigo
 de Dios sobre la espalda
 nuestra, junta, sumisa.
 ¡Oh carro inmenso!, cada
 hombre en él, en su puesto,
 en fraternal octava
 el mundo. Todos juntos.
 Rueda siempre rodada
 la existencia. Y sin ver,
 hasta el fin, la distancia
 que queda todavía

por recorrer. Es larga
la vida. *Vita longa,*
ars brevis. No nos basta
detener un instante
la vida que se escapa
—brioso corcel— hermosa-
mente, un día, apresarla
entre las manos crueles,
mágicamente sabías
del poeta, entre todas
vanas y solitarias.

Ars brevis, vita longa.

Optimus quisque, calla.

Omnibus cum eundum
est, sin preguntar nada.

Eundum est qua itur.

Por donde todos vayan
ve también tú, poeta.
Las noches, las mañanas
claras, luego el poniente
absoluto, las claras
mañanas otra vez,
las noches... ¿Dónde para-
remos al fin? ¿En dónde
detendremos la marcha?

Arida es la llanura
y hemos de galoparla
sin preguntarle a Dios
a dónde nos arrastra
en el inmenso carro.

Hemos de galoparla
omnes, omnibus. Todos,
y con todos. ¡Qué larga
es la carrera, *omnibus,*
para todos, qué larga!
Después de haber, unidos,
atravesado tantas
noches con tantos días,
tantas mañanas, tantas

tardes —así la vida—.
¡Oh tantas, tantas, tantas
tierras tristes, desnudas,
el cielo en la mirada...!
omnes, omnibus, omnia,
todos, con todos, cada
cosa; *omnium,* de todos,
al final de la marcha,
dinos, ¡oh Dios!, que a todos
acogerás, que nada
se perderá, Dios mío,
al llegar la llegada.

MAS QUE ETERNO

¡Ansia de eternidad! Señor, ¿acaso
no es suficiente ya con esta vida,
con esta hermosa noche concedida,
límite entre tu aurora y nuestro ocaso?

¿Si la luz de esta noche en que me abraso,
si el fuego en que mi sangre está encendida
no colman mi ambición en su medida,
dime qué tierra medirá mi paso?

¿Qué cielo exigiré para mi frente,
qué luz para mis ojos y qué fuego
para este corazón tan vehemente?

Será inmortal. ¿Y alcanzaré el sosiego?
¿La eternidad será, al fin, suficiente?
No, siempre, siempre pediré más, luego.

MI CREACION

¡Ay, ambiciosa lengua que quisiste
dar luz, con tu palabra creadora
a la entraña del mundo abrasadora!
¡Ay, qué poco, qué poco conseguiste!

Quisiste darle luz, sólo le diste
leve penumbra que tu luz ignora.
¡Oh mundo no alcanzado y pobre aurora,
y empeño en que, tenaz, te destruiste!

Cosa imposible fue, rebelión mía,
intento de negar a Dios y al mundo,
relámpago infeliz, ángel caído.

Yo no sabía, no, yo no sabía
que sólo Tú, con tu callar profundo,
dabas al universo su sentido.

JOSE LUIS HIDALGO

Nació en Torres (Santander) en 1919 y murió en Madrid en 1947. Obra: *Raíz* (1943), *Los animales* (1944), *Los muertos* (1947). Murió cuando se estaba imprimiendo este último libro.

MUERTO EN EL AIRE

Murió en el aire cuando estaba Dios
más cerca de su ser, cuando la tierra
no sentía su peso y le llamaba
con su mano rugosa entre la niebla.
Venció el Señor. Murió en la zona pura
donde el odio es amor y la tristeza
parece azul, porque los hombres, lejos,
dejan sola la luz de las estrellas.
Alta tumba, sin música ni roces,
donde el silencio nace y sólo tiembla
cuando el latir de un corazón se para
y a su eterno vivir el alma vuela.
Murió en el aire, cuando estaba Dios
más cerca de su ser, cuando la tierra
no sentía su peso y le llamaba
con su mano rugosa entre la niebla...

ESTA NOCHE

Si en la noche de Dios yo me muriera
y el mundo de los vivos yo dejase,
qué triste sonaría entre los hombres
el ruido de mi alma al derrumbarse.
En la noche desnuda se alzarían
los pájaros divinos, y en el aire
sus alas romperían el durísimo
silencio de los siglos que en él yace.
Sólo un viento furtivo cruzaría
el aliento de un niño cuando nace.
Niña el alma elevándose, muriendo
al encontrarse viva sin su carne.
Y la noche, la noche, las estrellas
imposibles brotando eternidades,
y la mano de Dios inmensamente
abierta, temblorosa y esperándome.

A M A N E C E R

Cuando los ojos de Dios se abren
amaneciendo por la tierra
y sobre el mundo de los vivos
se derrama su transparencia,
yo abro los míos para todo
y en todo veo su belleza;
y comprendo que si he nacido
es porque El quiere que así sea.
Mi alma entera se desnuda
de la materia en que está presa
y una luz pura me traspasa
y como un agua azul me anega.
Agua de siglos, me has llegado
del fondo ciego de su alberca.
Luz incesante que de El brotas
para los hombres, agua eterna,

ya me he mojado y he bebido
 hasta saciar mi sed inmensa.
 Pero velaba Dios desde la altura.

MANO DE DIOS

La noche era tan larga que todos la olvidaron,
 y de pronto en el cielo brilló tu mano ardiendo
 como una luna roja que hasta la tierra baja
 y nos toca la frente hundida en el silencio.
 Desde entonces te siento, Señor, ya tan lejano,
 que no sé si es que existes o fuiste sólo un sueño;
 porque quise saberte, Señor, quise tocarte,
 al ver sobre mi vida toda tu luz cayendo.
 Señor: ¿por qué encendiste con tu fulgor terrible
 la pura noche negra que oculta mis secretos?
 ¿Por qué no me dejaste como la piedra, inerte,
 eternamente blanco, eternamente muerto?

TE BUSCO

Déjame que, tendido en esta noche,
 avance como un río entre la niebla
 hasta llegar a Ti, Dios de los hombres,
 donde las almas de los muertos velan.
 Los cuerpos de los tristes que cayeron
 helados y terribles me rodean;
 como muros encauzan mis orillas,
 pero tengo desiertas mis riberas.
 Yo no sé dónde estás, pero te busco,
 en la noche te busco y mi alma sueña.
 Por los que ya no están sé que Tú existes
 y por ellos mis aguas te desean.
 Y sé que, como un mar, a todos bañas;
 que las almas de todos Tú reflejas,
 y que a Ti llegaré cuando mis aguas
 den al mar de tus aguas verdaderas.

DIOS EN LA PIEDRA

Cuando mis manos tocan
 la roca dura y ciega,
 te siento en mí, Señor,
 toco tu permanencia
 y ya no dudo más
 de que en el mundo seas.
 Más que palpar, me mojo
 la mano en una brecha
 de tu carne, en tu fría
 presencia verdadera...
 Pero ¿te tengo, Dios?
 ¿Eres sólo materia?
 ¿Será tu cuerpo eterno
 esta lívida piedra?...
 Ha llegado un temblor
 sin luz, como la niebla.
 Siento que vibras, hondas
 ráfagas me golpean...
 ¡El Tiempo! Es lo que late,
 rompe la permanencia
 y todo se encamina
 a su forma perfecta.
 Señor: ahora te toco,
 te toco, sí. Me quemas.

RAFAEL MORALES

Nació en Talavera de la Reina en 1919. Obras: *Poemas del coro* (1943), *El corazón y la tierra* (1956), *Los desterrados* (1947), *Canción sobre el asfalto* (1954), *Antología y pequeña historia de mis versos* (1958), *La máscara y los dientes* (1962), *Poesías completas* (1967).

LOS ATEOS

Buscan entre la niebla, entre la angustia
buscan la luz para su entraña ciega
y hunden su corazón lleno de luto
en una inmensa y sideral ausencia.
Ausencia son y soledad sin límite,
ausencia descarnada que les llena,
ausencia como un perro que les come,
ausencia nada más, tan sólo ausencia.
Dolor tan sólo, sí, tan sólo angustia;
su carne es soledad que no se puebla,
labios locos de sed que se levantan
resecos de ilusión en la tiniebla.
¡Angustia de las almas, de la carne
y de sentir que el corazón es tierra!
¡Ay, angustia de Dios, del Dios que falta
en sus ardientes, solitarias venas!
Pobres hombres sin Dios, ellos le buscan
pudriéndose en dolor y en la blasfemia,
mientras la tierra miran y la sienten
como honda loba pasional y hambrienta.
Ven la nada crecer, la ausencia palpan
entre la carne que a su Dios no encuentra.
Miran bajo sus pies, huir no pueden...
La tierra helada, indiferente, espera...

INVOCACION AL SEÑOR

Danos tu luz, Señor, para esta pena,
corta de tu jardín tanta agonía,
tanto oscuro dolor, la sombra fría
que al corazón del hombre ciega y llena.

Aniquila, Señor, corta, cercena
esta angustia del hombre, esta porfía;
danos, Señor, tu corazón por guía,
tu sangre que enamora y enajena.

Mas si el sufrir, Señor, es merecido,
no nos quites ni el llanto ni el lamento,
ni el amoroso corazón herido.

Pero danos también como sustento
tu corazón, tu vida, tu latido,
tu divino calor por alimento.

LOS NIÑOS MUERTOS

La ilusión hecha carne, la ternura,
el temblor de la aurora, la inocencia,
la piel tranquila, casi luz, ventura,
apagaron de pronto tu presencia.
Todo cayó. Sobre la piel templada,
frío celeste no cuajó amarillo;
la vida se apagó. La madrugada
flota en los ojos sin color, sin brillo.
Para alta rama que se eleva pura
iba la frente en tierno movimiento;
ansia de vida, chorro de ternura...
tesoro fue del inclemente viento.
Apenas si las manos..., si la boca...;
apenas si los ojos..., la mirada...
Todo, Señor, nació, y ya es la roca,
es la roca, Señor, la tierra helada.
¿Por qué fue desterrada la azucena,
por qué la alondra se quedó sin vuelo?

GLORIA FUERTES

Nació en Madrid en 1920. Obras: *Isla ignorada* (1950), *Antología y poemas del suburbio* (1954), *Canciones para niños* (1952), *Aconsejo beber hilo* (1954), *Villancicos* (1955), *Piruli*; *Versos para jovencuelos* (1955), *Todo asusta*. Primera mención del concurso internacional de Poesía (Caracas 1958), *Ni tiro, ni veneno, ni navaja* (1966), *Poeta de guardia* (1968).

ORACION

Que estás en la tierra, Padre nuestro,
que te siento en la púa del pino,
en el torso azul del obrero,
en la niña que borda curvada
la espalda mezclando el hilo en el dedo.
Padre nuestro que estás en la tierra,
en el surco,
en el huerto,
en la mina,
en el puerto,
en el cine,
en el vino,
en la casa del médico.
Padre nuestro que estás en la tierra,
donde tienes tu gloria y tu infierno
y tu limbo que está en los cafés
donde los pudientes beben su refresco.
Padre nuestro que estás en la escuela de gratis
y en el verdulero,
y en el que pasa hambre,
y en el poeta, ¡nunca en el usurero!
Padre nuestro que estás en la tierra,
en un banco del Prado leyendo,
eres ese Viejo que da migas de pan a los pájaros del
paseo.
Padre nuestro que estás en la tierra,
en el cigarro, en el beso,

en la espiga, en el pecho,
en todos los que son buenos.
Padre que habitas en cualquier sitio.
Dios que penetras en cualquier hueco.
Tú que quitas la angustia, que estás en la tierra;
Padre nuestro que sé que te vemos,
los que luego te hemos de ver,
donde sea, o ahí en el cielo.

OTROS POBRES

Hoy me entristecen otros pobres.
Dan pena los mendigos,
los mendigos de letras,
los mendigos de duda,
los mendigos de ciencia,
ésos sí que dan pena.
Los que no tienen nada,
duermen a pierna suelta,
en un banco, en el puente,
beben en la taberna,
dicen: ¡Dios se lo pague!,
se rascan una pierna,
se comen un tomate
y parecen profetas.
Mendigo es el que dice:
¿Y si Dios no existiera?

TRACOMA POR EL ALMA

Cuando decimos: —«No puedo ver a esa persona,
es que no la puedo ni ver...»
Nos merecemos no poderla ver de verdad
—ni a ella ni a nadie más—.
Cuando decimos: —«No puedo ver a esa persona...»
Ya tenemos por el alma el tracoma;
Dios debiera extenderlo hasta los ojos

y no dejarnos ver tampoco,
ni el mar,
ni el cielo,
ni el rosal,
ni el chopo.
Ni el camino.

VAMOS A VER...

Vamos a ver si es cierto que le amamos,
vamos a mirarnos por dentro un poco.
¡Hay cosas colgadas que a El le lastiman;
freguemos el suelo y abramos las puertas!
¡Que salgan las lagartijas y entren las luces!
Borremos los nombres de la lista negra,
coloquemos a nuestros enemigos encima de la cómoda,
invitémosles a sopa.
Toquemos las flautas de los tontos, de los sencillos,
que Dios se encuentre a gusto si baja.

EL POETA

I

Mi poeta es Unamuno,
el que a Cristo llama Hermano
y a Dios Padre Cirujano
—porque te corta la vida por lo sano—.
Unamuno
me confesó de verdad:
—No me puedo enamorar ni de una ni de dos;
ando siempre trabajando,
creando a Dios.

II

Para mí, Dios no es problema.
Dios es para mí un paisaje sin niebla
—a la hora del amanecer—,
entre rojos y azules,
Dios es un paisaje sin niebla;
para mí
está claro.

BERNARDO CASANUEVA

Nació en México, D. F., en 1920. Obras publicadas: *La cuarta vigilia* (1942), *Sonetos del corazón*, *Vesperales*, *El libro de los Lázaros*, *Continuación del aire*, *Fuente de tres caños* (1965). En preparación: *El quinto Evangelio*, del que publicamos aquí *El sueño del Carpintero*; *Via Crucis*.

CREACION

Entre las hojas que aún no existen
y en un ambiente original, en trance
de compartir el silbo de su boca,
haré la rosa de lo que es: de aire.
Creador también el corazón, congreso
el llanto que me anega la mirada,
y así, llorando por amor, prefiero
hacer la rosa de lo que es: de agua.
Todo está decidido. Hay un otoño
sideral en las venas y un fluido
del Verbo creador en el espíritu.
Entre las zarzas secas de la tierra,
colaborando siempre con el Verbo,
haré la rosa de lo que es: de fuego.
De barro de la tierra estamos hechos,
a imagen del Señor en cuya boca
late el Verbo creador, la Poesía,
la Palabra reciente, el puro Verso,

el Poema, la Llama que no quema...
Poeta al fin, humildemente, mía,
haré la rosa de lo que es: de tierra.

LA FUENTE DE TRES CAÑOS

Al principio era el Verbo, era la Fuente,
la Palabra, el Poeta;
tres palabras distintas, y no más un Poema;
tres Cuerdas, y un Sonido nada más, sólo un Trémolo;
tan sólo una Metáfora y tres Versos;
un Espejo, una Fuente
de Tres Caños, un Mar, un Reverbero;
tres Arroyos distintos, y una sola Corriente,
un Río, un Son, un Canto
de pura Poesía y pura Fuente;
tres Voces a una Voz, Tres Caños.
Pero de Tres en uno nació el Cuarto,
y también fue Poeta,
inspirado, hipostático...
Empezó a dar el trémolo divino,
a hacer la Poesía en la materia,
a dar trino a los pájaros,
entusiasmar un cuerpo y un sentido,
armonizar un Trino con un Arco,
y Tres que daban Uno nunca sumaron cuatro,
ya que, restado el Hombre, a fin de cuentas
no hay yerro alguno, tres o cuatro clavos...

SONETO SEDIENTO

¡Tierno cáliz formado por sus venas!
¿Con qué cristal recogeré su llanto?
¿Con qué sol? ¿Con qué nube? ¿Con qué canto?
¿A qué se pueden comparar sus penas?

¡Están muertas de sed las azucenas,
pálidas de sufrir duro quebranto,
mustias de soledad y desencanto,
y van las brisas de suspiros llenas!

¿En qué mar, en qué río, en qué ribera
volcar el manantial de su tormento,
las olas de su pecho agonizante?

¡Arriba de la cruz, alta bandera,
tremola el Cuerpo del Señor al viento,
en desgarrón de eternidad triunfante!

SONETO SOMBRIO

Pisando voy el ala más oscura,
la sombra de mi pie, negra, cerrada,
y no hallo amanecer, no encuentro nada
que ilumine este poso de negrura.

Es la prolongación de mi figura,
noche en el suelo, claridad errada,
luto del pie, crespón de la pisada,
raíz que se me va a la sepultura.

Mas será en vano que mi claro prisma
intente enajenar este carisma
de humo fugaz en descarnada mano.

¡Encontraré la luz sobre mis huellas
el día que amanezca tan temprano
que no deje lugar a las estrellas!

EL SUEÑO DEL CARPINTERO

José llegó a la muerte con una enorme carga sideral de
pobreza,
misericordia y humildad, limpieza de corazón y pa-
ciencia...

Bienaventurada el alma de José, bienaventurado el
cuerpo de José.

A ciencia cierta bienaventurado, y manso, manso,
manso...

Soñaba, a veces, como un párvulo:

¡Las puertas de la morada eterna! No las abrió Sansón
como a fauces de león.

Altas puertas cerradas, jambas en el sin fin de las galaxias:

Movía la cabeza y se desperezaba... Hacía saltar las cortezas.

Y soñaba representándose otra vez las puertas:

—¡El tiene amor e inteligencia, entiende ya de maderas! ¡El abrirá las puertas!

En su obsesión imaginaba a un carpintero de oficio en el cuerpo y el alma.

—¡Tienen sangre de casa! ¡Están clavadas a la tierra!

Y soñaba, soñaba, entrè tanta madera...

Y no debe extrañar a nadie el sueño de un carpintero de la tierra

a quien de cierto sábase habló un ángel. Ni tampoco que el Hijo del

carpintero, una tarde, en la encendida loma recitara

—José no estaba

ya en la tierra—las bienaventuranzas.

EL CLAVO

¿Quién cuando cala el clavo, traspasada la albura, tiene poder de hacer que la madera no sufra al ser—cuidado puesto en ello—, ¡ay!, extraído...?

Y si el clavo es de luz, ¿cómo sacarle?

Sacar se puede de una vez la espina sepulta de la carne; pero clavos macizos, clavos de amor, ¡no pueden, no, sacarse!

Hay un destrozo en toda la madera y se derrama a un lado, como un río, toda la savia en flor, toda la albura.

Está en el corazón la punta fiera y está haciendo más daño que la herida;

pero qué bien guardar este tesoro

y no sacarle nunca, nunca, nunca, pues no hay mano que le alcance a sacar sin el destrozo;

dejadle donde está y que su sitio

sea en la luz del fondo, donde en punta

de diamante se recorta y relumbra y donde brilla

en gran constelación suya la carne.

¡Dejad el clavo del amor adentro!

No vengáis, no, por él... ¡El clavo es uno con el tuétano, y es uno con el hueso y con la carne, y tiene el brillo y el fulgor del golpe, y es uno con el alma y el espíritu!

RAMON GONZALEZ ALEGRE

Berciano (1920-1970). Tiene abundante obra lírica y teatro: *Noticia de Indias*, *Clamor de tierra*, *Raíz de las horas*, *Os Namoros*, *Teatro galego*.

A EIREXA

Unha ves soio estuveche morta;
soio unha ves

cando non eras senon terra escura,
cando non eras senon triste lama.

Agora non. Agora eres do mundo,
estás no mundo

e tés pedras que falan.

Eres eirexa

de anxos ledizosos nos maitines
e cativa cabana do ceo.

Non estás morta, non. Ti vives
nos días do mundo,

nos carrales quentes

onde os labregos pasan pra o muiño.

Tes o Señor adrento

e vives, ¡vives!, coma unha herbiña
que medra soía.

O RELOXIO DE DIOS

Tanto convida o mundo a ser camiño
que apenas medro, sin medrar, nascendo
na outísima cantiga dun muiño.

Son un tempo de home, descendendo
 pola faciana espida, rostro novo
 onde apenas nacido, estou crescendo.
 Pero a paz do Señor quero na mao,
 pois cinco resprandores como niños
 brincan con sangue do meu corpo vao.
 Nos labres teño amores e desexos
 por tanto amor como me vai queimando.
 A morte ha de petar nos meus latexos,
 e o reloxo de Dios me irá xulgando.

FAUSTINO REY ROMERO

Nacido en Isorna, cerca de Rianjo, en 1921. Murió en América en 1971. Obra poética: *Florilegio poético, Doas de vidro, Escolántas de Meiros, Poema das materias sagras.*

MARIA-EUCARISTIA

Panadeira divina, que amasaches
 coa meirande ilusión, con agarimo,
 ese que é Pan dos anxos, no teu seo,
 para que se fixera pan dos homes,
 repetir podes sinalando a Cristo:
 «Este é o meu Corpo», porque dél foi feito.
 E o teu parto en Belén, multiplicándose
 en todo o mundo, en cada Sagrificio.
 A carne e o sangue que nos vivifican,
 o sangue e a carne son que alumeaches.

O MERLO QUE CANTOU A ETERNIDA A SAN ERO DE ARMENTEIRA

Por acalmar unha amorosa queixa,
 por endozar de fera ausenza o agre,
 apreixáches o tempo na madeixa
 do teu canto, unha noite de miragre.

Non renderon tres sigros un segundo.
 Tan proxidioso foi teu rechouchío,
 que ás ditosas estancias do trasmundo
 de aquel Santo subiches o albedrío.

Foches, en comparanza, coma a escada
 que veu Xacob unindo terra e ceo,
 pro en vez de anxos, de música baixada.

Tu semeabas eternal semente,
 i o Santo estaba de sí mesmo alleo,
 mentras cantabas milagrosamente.

JOSE HIERRO

Nació en Madrid en 1922. Premio Adonais. Premio de la Crítica. Premio Nacional de Literatura. Premio March. Obras: *Tierra sin nosotros* (1947), *Alegria* (1947), *Con las piedras, con el viento* (1950), *Quinta del 42* (1952), *Antología poética* (1953), *Estatuas yacentes* (1955), *Cuanto sé de mí* (1957), *Poesía del momento* (1957), *Poesías escogidas* (1960), *Poesías completas* (1962), *Libro de las alucinaciones* (1964).

ORACION PRIMERA

No sé por qué fatal llamada,
 por qué secreto y ciego impulso,
 me siento al borde del camino,
 me acerco al agua y le pregunto.
 Hoy la mañana se descíñe
 y me siento más sueño suyo,
 más empapado de su sangre
 toda de savias y de zumos,
 vegetalmente modelado
 en las entrañas de sus surcos.
 Hoy la mañana es sólo mía
 y quiero ser su hijo desnudo;
 tocarla, a ver si se deshace
 igual que un álamo de humo;

arrancarme mis propios ojos
para mirarla con los suyos.
Tenía ganas de cantar
y estoy parado, y solo y mudo
esperando a que me pregunte
qué ha sido de ellos, vagabundos
por otras tierras, solitarios
por otro tiempo triste y turbio.
No es posible cantar a solas.
Ya todo se ha tornado oscuro
y hemos de orar por ellos, tierra,
de rodillas ante tu muro.
Hemos de orar por todos ellos,
desencantados y difuntos,
locos y tristes y cobardes,
ciegos, perdido ya su rumbo.
Todas las cosas me comprenden
aunque sus labios estén mudos:
el agua, el árbol, el silencio,
la nube, el vino, el campo húmedo.
Son afluentes que van a Dios
y Dios escucha en cada uno.
Y que El recoja la palabra
y le dé su destino justo.

VIENTO DE INVIERNO

Si me hiciste, Señor, de barro tierno,
de húmedas albas silenciosas,
¿cómo no dar, por mi terrestre invierno,
la más perfecta de tus rosas?
Si me hiciste de musgo y llamas locas,
de arena y agua y vientos fríos,
¿no he de buscar mi ser entre las rocas,
en las arenas y en los ríos?
¿No he de sentirme enriquecido al verlos
en olorosa y cruda guerra,
si me diste dos pies, para tenerlos
siempre en contacto con la tierra?

YEPES COCK-TAIL

(Fragmento)

Juan de la Cruz, dime si merecía
la pena descolgarte por la noche
de tu prisión al Tajo, ser herido
por las palabras y las disciplinas,
soportar corazones, bocas, ojos
rigurosos, beber la soledad...
—¿Otro whisky?

La pelirroja
—caderas anchas, ojos verdes—
ofrece ginebra a un amigo.
Hombros y pechos le palpitan
en el reír. ¡Oh llama de amor viva
que dulcemente hieres...!
Junto al embajador de China,
detrás de la cantante sueca,
del agregado militar
de Estados Unidos de América,
Juan de la Cruz bebe un licor
de luz de miel...

(Dime si merecía
la pena, Juan de Yepes, vadear
noches, llagas, olvidos, hielos, hierros,
adentrar en la nada el cuerpo, hacer
que de él nacieran las palabras vivas,
en silencio y tristeza, Juan de Yepes...
Amor, llama, palabras: poesía,
tiempo abolido... Di si merecía
la pena para esto...)

El aplaudido
autor con el puro del éxito,
la amigueta del productor
velando su pudor de nylon,
las mejillas que se aproximan
femeninamente: «Mi rouge
mancha, preciosa...» (Mancha amor

cuando en las bocas no hay amor.)
 (Juan de la Cruz, dime si merecía
 la pena padecer con fuego y sombra,
 beber los zumos de la pesadumbre,
 batir la carne contra el yunque; Juan
 de Yepes, para esto... Vagabundo
 por el amor y huérfano de amor...)

LA SOMBRA

X
 ¿Todo en El es presente:
 el futuro, el pasado?
 Lo que será y ha sido,
 ¿es actual en sus manos?
 ¿A un mismo tiempo toca
 la semilla y el árbol?
 ¿En el brote ve el tronco
 talado y abrasado?
 Nos contempla y ¿tan sólo
 puede llorar, llorarnos?
 ¿Nos tiene ya en su gloria?
 ¿Nos tiene condenados?
 ¿Ve en nuestros pobres huesos
 el alba y el ocaso?
 ¿No puede detenernos
 ni puede apresurarnos?
 ¿Llora por lo que tiene
 que pasar (y ha pasado)?
 ¿Llora por lo que ha sido?
 (¿Por lo que aún no ha llegado?)
 ¿Nos arranca del tiempo
 para que no suframos
 nosotros, sus heridas
 criaturas, esclavos
 sombríos? ¿Nos ve ciegos
 y no puede guiarnos?

LAS NUBES

Inútilmente interrogas.
 Tus ojos miran al cielo.
 Buscas detrás de las nubes
 huellas que se llevó el viento.
 Buscas las manos calientes,
 los rostros de los que fueron,
 el círculo donde yerran
 tocando sus instrumentos.
 Nubes que eran ritmo, canto
 sin final y sin comienzo,
 campanas de espumas pálidas
 volteando su secreto,
 palmas de mármol, criaturas
 girando al compás del tiempo,
 imitándole a la vida
 su perpetuo movimiento.
 Inútilmente interrogas
 desde tus párpados ciegos.
 ¿Qué haces mirando a las nubes,
 José Hierro?

ALUCINACION EN SALAMANCA

En dónde estás, por dónde
 te hallaré, sombra, sombra,
 sombra...

Pisé las piedras,
 las modelé con sol
 y con tristeza. Supe
 que había allí un secreto
 de paz, un corazón
 latiendo para mí.
 Y que serías, sombra,
 sombra, sombra: qué nombre
 y qué forma, y qué vida
 serías, sombra. Y cómo
 podías no ser vida,

no tener formas y nombre.
Sombra: bajo las piedras,
bajo tanta mudez
—dureza y levedad,
oro y hierba—que, quién
me solicita, qué
me dice, de qué modo
entenderlo... (No encuentro
las llaves)... Sombra, sombra,
sombra... Cómo entenderlo
y hacerlo...

De pronto,
deslumbradoramente,
el agua cristaliza
en diamante. Una súbita
revelación...

* * *

Azul:

en el azul estaba,
en la hoguera celeste,
en la pulpa del día,
la clave. Ahora recuerdo:
he vuelto a Italia. *Azul*,
azul, *azul*: Era ésa
la palabra (no *sombra*,
sombra, *sombra*). Recuerdo
ya—con qué claridad—
lo que he soñado siempre
sin sospecharlo. He vuelto
a Italia, a la aventura
de la serenidad,
del equilibrio, de
la belleza, la gracia,
la medida...

Por estas
plazas que el sol desnuda
cada mañana, el alma
ha navegado, limpia

y ardiente. Pero dime,
azul (¿o hablo a la sombra?),
qué dimensión le prestas
a esta hora mía; quién
arrebato las alas
a la vida. Y quién fui
que yo no sé. Quién fue
el que ha vivido instantes
que yo recuerdo ahora.
Qué alma mía, en qué cuerpo
que no era mío, anduvo
por aquí devanando
amor, entre oleadas
de piedra, entre oleadas
encendidas (las olas
rompían y embestían
contra torres cantiles)...

* * *

Entre oleadas... Olas...
Gris... Olas... Sombra... He vuelto
a olvidar la palabra
reveladora. Playas...
Olas... Sombras... Hubo algo
que era armonía, un sitio
donde estoy... (sombra, sombra,
sombra)... donde no estoy.
No: la palabra no era
sombra. El fulgor del cielo,
la piedra rosa, han vuelto
a su mudez. Están ante mí,
ante mí. Los contemplo
y, sin embargo, ya
no están. El equilibrio,
la armonía, la gracia,
no están. Ya *sombra*, *sombra*
(y tanta claridad).
Quién disipó el lugar
(o el tiempo) que me daba

su sangre, el que escondía
 el tiempo (o el lugar)
 no vivido. Y por qué
 recuerdo lo que ha sido
 vivido por mi cuerpo
 y mi alma. Qué hace
 aquí por mi memoria
 este avión roto, un viejo
 Junker, bajo la luna
 de diciembre. La niebla,
 la escarcha, aquel camino
 hasta el silencio, aquella
 mar que estaba anunciando
 este mismo momento
 que no es tampoco mío.
 Quién sabe qué decían
 las olas de esta piedra.
 Quién sabe lo que hubiera
 —antes—dicho esta piedra
 si yo hubiese acertado
 la palabra precisa
 que pudo descuararla
 del futuro. Cuál era
 —ayer—esa palabra
 nunca dicha. Cuál es
 esa palabra de hoy
 que ha sido pronunciada,
 que ha ardido al pronunciarla,
 y que ha sido perdida
 definitivamente.

CARLOS BOUSOÑO

Nació en Boal (Asturias) en 1923. Premio Fastenrath de la Academia Española. Premio de la Crítica. Obras: *Subida al amor* (1945), *Primavera de la muerte* (1946), *Hacia otra luz* (1950), *Noche del sentido* (1957), *Poesías completas* (1960), *Invasión de la realidad* (1962), *Oda en la ceniza* (1967).

SALMO DESESPERADO

Como el león llama a su hembra, y cálido
 al aire da su ardiente dentellada,
 yo te llamo, Señor. Ven a mis dientes
 como una dura fruta amarga.
 Mírame aquí sin paz y sin consuelo.
 Ven a mi boca seca y apagada.
 He devorado el árbol de la tierra
 con estos labios que te aman.
 Venga tu boca como luz hambrienta
 como una sima donde el sol estalla.
 Venga tu boca de dureza y dientes
 contra esta boca que me abrasa.
 Tengo amargura, y brillo como fiera
 de amor espesa y de desesperanza.
 Soy animal sin luz y sin camino
 y voy llamándola y buscándola.
 Voy oliendo las piedras y las hierbas,
 voy oliendo los troncos y las ramas.
 Voy ebrio, mi Señor, buscando el agrio
 olor que dejas donde pasas.
 Dime la cueva donde te alojaste,
 donde tu olor silvestre allí dejaras.
 Queriendo olerte, Dios, desesperado
 voy por los valles y montañas.

DIOS SOBRE ESPAÑA

España toda cruje, ardiente y escabrosa.
 Dios entero la oprime con su cuerpo de brasa.
 La endurece su mano como una inmensa losa,
 la amontona y violenta y la pisa y la abrasa.
 ¡Oh, no toquéis a España!: quema su tierra roja.
 Quema terriblemente como Dios quemaría,
 porque desde hace siglos España se despoja
 de lo que no es el fuego que la arrebataría.
 ¡Oh España ya desnuda!: tan sólo piedra y fuego.
 Necesita ser fuerte quien tu áspera piel pisa.
 Vivir furiosamente como el desasosiego,
 sangrar a diario sol y tierra se precisa.
 Las llanuras sedientas, los despoblados montes,
 todo ruge con hambre de Dios, dura, infinita,
 de Dios que brama ciego sobre los horizontes,
 de Dios que sobre España duramente gravita.
 Los hijos de esta tierra tienen rostro violento,
 fuerte rostro tajado por el hacha divina,
 tienen hombros que llevan el gran peso sangriento
 del grave Dios que inmenso sobre ellos se reclina.
 ¡Oh Dios, oh Dios!, desgarras la piel de España pura
 y devora la tierra y a sus hijos espesos.
 La misma hambre tenemos que tu garganta dura.
 Somos sangres y tierras mezcladas a tus huesos.

LA LUZ DE DIOS

Dios está entre los aires vivo y puro,
 pero durante el día
 su presencia de luz se desvanece
 ante la claridad que dulce gira.
 Cuando llega el crepúsculo,
 lenta aparece en la vibrante cima
 de los aires su forma en resplandores,
 su presencia purísima.
 Hace falta la noche para verte

entero, ¡oh Dios! Entre la noche viva
 quiero tenerte, ver tus ojos puros
 que lucientes me miran.
 Mucha noche hace falta en las estrellas,
 pero más en el alma se precisa.
 Mucha noche hace falta
 que caiga grave en su honda mina.
 Tu aparición entonces sobre el cielo
 del alma en vasta noche oscurecida,
 allá, en el más profundo firmamento,
 luce hondamente y sin medida.
 Tu luz descende clara,
 trémula, pura: el aire se ilumina.
 Toda mi alma en el amor se empapa,
 y tiembla, y brilla.
 ¡Oh alma traspasada!,
 bebes luz que descende, luz divina,
 y te levantas sosegadamente
 y oreas a Dios como una brisa.
 Dios en la brisa. Puros cielos limpios.
 No existe el mundo. Espacio sólo brilla.
 El alma llega, toca, pasa, gime
 de amor, y se retira.
 Dios hecho luz cubre los cielos.
 Tú ya no existes, alma mía.
 Sólo el espacio iluminado.
 Sólo la luz se extiende límpida.

DECIDME

Dime que es cierto mi vivir. Decidme,
 ayudadme a pasar por este río,
 por este largo río. En esta niebla
 helada, hundido, te pregunto
 a Ti, Señor, pregunto si existimos.
 Y si en la larga noche, donde nadie
 se detiene, decidme si en la larga
 noche existe alguien que respira
 al otro lado, si del otro lado

alguien respira hondo, si respira
 despacio, vida plena, a bocanadas.
 Y yo que paso como cualquier otro,
 aunque apenas me atrevo a pronunciarlo;
 y yo que paso, yo que detenido
 quisiera estar, decidme; yo que nada
 sé, nada sé de todo esto, yo que toco un libro,
 que escribo una palabra lentamente...
 Y más allá hay la luna, las estrellas.
 Como diamantes en la noche triste
 nos acompañan; hay luceros grandes...
 La vida es breve y grandes nos contemplan.
 Nadie sabría. Todo lo ignoramos.
 Nadie puede escuchar otra palabra
 que la que nace viva allá en su pecho.
 Y Tú, Señor, Señor de mi destino...
 Quisiera pronunciarte lentamente,
 creerte hondamente luminoso,
 creer en Ti, detrás de la penumbra;
 creer que estás oyendo mis palabras,
 aplicando tu oído tercamente
 y tercamente y delicadamente
 ayudando hacia Ti mis pasos tristes.
 Sin que nadie lo sepa, ni yo mismo,
 que estabas Tú al fondo del pecado
 manchándote por todos los sitios, escondido,
 respirando despacio, pronunciando
 mi nombre (¡yo que te negaba!),
 ¡mi nombre con amor entre tus labios!
 Mi compañero fuiste, Tú silbabas
 mi nombre apenas, leve en la penumbra,
 en el fondo más negro, resoplado
 acaso con fatiga...

Dime, dime...

ODA EN LA CENIZA

Una vez más. Las olas, los sucesos,
 la menuda porfía que horada
 la granítica realidad, el inmóvil
 bloque como un águila
 aciaga.

Cada minuto el mundo es otro,
 otra la muerte,
 otro el desdén, la diurna aparición del entusiasmo,
 el radical sentido.

Perdemos suelo,
 firme contacto, asidero de sombras. Dame
 la mano, álzame, tocaría
 acaso la sublime
 agarradera sin ceniza, la elevada
 roca, el alto asiento
 del resplandor, la puerta que no gira
 ni se abre, ni cierra, el último
 fundamento del agua, de la sed, de los aires
 diáfanos,
 del barro mísero donde el ardor se quema
 como un ascua. ¡Oh tentación de ser
 en la portentosa verdad,
 en el irradiante espacio, estallido de veneración
 más allá del respeto
 sombrío! ¡Oh calcinante
 idealidad sagrada que no arde ni quema
 en la deslumbradora invisibilidad, en la increíble
 fuerza del mundo! ¡Oh témpano de oceánico ardor
 donde el cansancio
 puede brillar y la queja
 abrasar y ser otra, y el hombre apeteer y saciarse
 en el alimento continuo!

¡Oh desaliento
 del desconocer, hambrear, consumirse,
 centro del hombre!

Tú, mi compañero,
 triste de acontecer;

tú, que como yo mismo ansías lo que ignoras y tienes
lo que acaso no sabes,
dame la mano en la desolación,
dame la mano en la incredulidad y en el viento,
dame la mano en el arruinado sollozo, en el lóbrego
cántico.

Dame la mano para creer, puesto que tú no sabes;
dame la mano para existir, puesto que sombra eres y
ceniza;

dame la mano hacia arriba, hacia el vertical puerto, ha-
cia la cresta súbita.

Ayúdame a subir, puesto que no es posible la llegada,
el arribo, el encuentro.

Ayúdame a subir, puesto que caes, puesto que acaso
todo es posible en la imposibilidad,
puesto que tal vez falta muy poco para alcanzar la sed,
muy poco para coronar el abismo,
el talud hacia el trueno,
la pared vertical de la duda,
el terraplén del miedo.

¡Oh, dame

la mano!, porque falta muy poco
para saltar al regocijo,
muy poco para el absoluto reír y el descanso,
muy poco para la amistad sempiterna.

Dame la mano

Tú que como yo mismo ansías lo que ignoras y tienes
lo que acaso no sabes,
dame la mano hacia la inmensa flor que gira en la
felicidad,
dame la mano hacia la felicidad olorosa que embriaga,
dame la mano y no me dejes caer
como Tú mismo,
como yo mismo,
en el hueco atroz de las sombras.

CUESTIONES HUMANAS ACERCA DEL OJO DE LA AGUJA

¿Será posible aquello?

¿Será posible un espacio ensanchándose
terriblemente a cada instante,
a cada golpe de humanidad que ingresa
victoriosa en la luz, a cada racha
de gloriosa miseria acontecida
de amor y de tristeza y hecha luz,
y hecha de pronto luz,
luz que penetra
velozmente en la luz,
en la luz única?

¿Será posible que de pronto
entre a empujones, a empellones súbitos,
brutalmente, diríamos,
por las sencillas rendijas del misterio
el hondo mar humano, el oleaje
miserio

de la calamidad y la paciencia?

¿El ojo de una aguja espera siempre
el ahilamiento prodigioso
de la terrible ola embrutecida,
del sufrimiento atroz,
y allí los peces íntegros
del verde mar humano
de la pena, y todo
cuanto acontece y es
y cuanto arriba al hombre,
y todo lo demás,
penetrará como la inmensa ola
sagazmente
por la imposibilidad de un agujero?

¿El agujero,
el roto, el descosido
adrede,
el desgarrón que no se ve,
el invisible tubo,

el hueco hilo
 más delgado que el sueño
 y que la palidez con que bregamos,
 soportarnos podrá
 terriblemente?
 La presión hechizada
 del sufrimiento humano,
 el poder de la pena,
 la irresistible fuerza
 que nos lleva hacia allí,
 ¿forzará las paredes tenebrosas,
 raspará en agonía
 el duelo, el muro?
 ¡Quién lo podrá decir!
 Sellado está el silencio y oigo el rumor del mar
 que el silencio golpea
 una vez y otra vez.
 ... Una vez y otra vez, por si el silencio
 tuviese una rendija,
 tan sólo un agujero.

BARTOLOME LLORENS

Nació en Catarroja (Valencia) y allí murió en 1946. *Secreta fuente*, publicado en 1948, es publicación póstuma.

AMOR DE LA TIERRA

Reposa horizontal mi carne alerta
 a la mansa llamada que amorosa
 solicita la tierra poderosa
 con un aliento extraño en su alma abierta.

Un hondo corazón se me despierta
 para darse a este amor que no reposa;
 ¡ay amor de la tierra!, ¡ay clara rosa
 en que revive mi esperanza muerta!

Horizontal mi carne, mi entrañable
 humanidad de barro dominado;
 mientras, un grito surca lo impalpable.

Mis ojos al azul se han levantado.
 ¡Tengo amor a la tierra deleznable
 y estoy también del cielo enamorado!

PECADO Y RESURRECCION

¡Qué inmensa, negra noche desolada,
 sus tinieblas de espanto y de amargura,
 su frío desamor, su sombra impura,
 descendió sobre mi alma abandonada!

¡Qué triste corazón sin tu mirada,
 sin tu luz, mi Señor, sin tu ventura!
 ¡Qué muerte sin tu amor! ¡Qué desventura
 sentir mi sequedad, mi amarga nada!

Es la Noche, es la Sombra, es el no verte,
 Señor, en la ceguera del pecado
 la más amarga, cruel, trágica muerte...

Te tuve en mis entrañas sepultado
 tanto tiempo, Señor, sin conocerte...
 ¡Mas nuevamente en mí has resucitado!

AMOR DE DIOS

He aquí la paz. El dulce claro viento,
 el manso fluir del agua rumorosa,
 la límpida armonía venturosa
 del cielo azul, del huerto del convento.

Pájaros cantan, sí; su tierno acento
 encanta al sueño que en la paz reposa.
 Y en mí canta tu esencia milagrosa
 en el silencio del recogimiento.

He acallado mis gritos y mis voces
y escucho allá en el fondo la voz tuya,
mansa y dulce, Señor, amor cantando.

¡Qué nueva vida! ¡Qué secretos goces!
Ten cuidado, Señor, no me destruya
esta caricia, Amor, que me estás dando...

NOCHE

Mi antiguo corazón, sin voz ni vida,
¡con cuánta noche y soledad pelea!
Un viento misterioso de ala herida
besando gime el corazón que orea.

Oculto sangre del amor, huida,
por mis venas levanta su marea.
Hondo rumor de muerte enloquecida,
de vida oscura, que mi amor desea...

Allá en la lejanía canta el cielo,
la montaña se yergue noble y pura,
la luz se eleva en un sereno vuelo...

Alzo mis tristes ojos a la altura
y te ofrezco, Señor, mi desconsuelo
desde esta noche de mi vida oscura.

PRESENCIA DEL SEÑOR

Siento la voz divina de tu boca,
acariciar mi oído tiernamente,
tu aliento embriagarme, y en mi frente
la mano que ilumina cuanto toca.

Mi antiguo corazón de amarga roca
ha brotado divina, oculta fuente,
y una armonía dulce y sorprendente
a su celeste amor fiel me convoca.

La soledad, la noche en que vivía,
el hondo desamparo y desconsuelo,
la triste esclavitud que me perdía,

son ahora presencia, luz sin velo,
son amor, son verdad, son alegría,
¡son libertad en Ti, Señor, son cielo!

GUADALUPE AMOR

Nació en México y publicó su primer libro en 1946. Obras:
Yo soy mi casa, Puerta obstinada, Círculo de angustia, Polvo,
Más allá de lo oscuro, Sirviéndole a Dios de hoguera, Poetas
completas (1946-1951).

DECIMAS

Dios, invención admirable,
hecha de ansiedad humana
y de esencia tan arcana,
que se vuelve impenetrable.
¿Por qué no eres Tú palpable
para el soberbio que vio?
¿Por qué me dices que no
cuando te pido que vengas?
Dios mío, no te detengas,
o ¿quieres que vaya yo?

* * *

Yo siempre vivo pensando
cómo serás si es que existes;
de qué esencia te revistes
cuando te vas entregando.
¡Debo a Ti llegar callando
para encontrarte en lo oscuro!
O ¿es el camino seguro
el de la fe luminosa?
¿Es la exaltación grandiosa,
o es el silencio maduro?

* * *

Te quiero hallar en las cosas;
 te obligo a que exista el cielo,
 intento violar el velo
 en que invisible reposas.
 Sí, con tu ausencia me acosas
 y el no verte me subleva;
 pero de pronto se eleva
 algo extraño que hay en mí,
 y me hace llegar a Ti
 una fe callada y nueva.

* * *

Hablo de Dios como el ciego
 que hablase de los colores,
 e incurro en graves errores
 cuando a definirlo llego.
 De mi soberbia reniego,
 porque tengo que aceptar
 que no sabiendo mirar
 es imposible entender.
 ¡Soy ciega y no puedo ver,
 y quiero a Dios abarcar!...

* * *

Oculto, ausente, baldío,
 hermético, inalterable,
 asfixiante, invulnerable,
 absorbente, extraño y frío:
 así te siento, Dios mío,
 cuando sola y angustiada
 me consumo alucinada
 por lograr mi plenitud,
 rompiendo esta esclavitud
 a la que estoy condenada.

CLARA SILVA

Nació en Montevideo. Obras: *La cabellera oscura* (1945), *Memoria de la Nada* (1948), *Los delirios* (1955), *Las bodas* (1950), *Preludio indiano* y otros poemas (1960), *Guitarra en sombra* (1964), *Antología poética* (1966).

DESPIERTATE, SEÑOR

Despiértate, Señor, que se hace tarde;
 tu sangre entre mis sombras amanece;
 no me niegues, Señor; mi muerte crece
 de incierta vida, de engañoso alarde.

Deja los muertos que la muerte guarde,
 aparece en mi voz, desaparece,
 muerde la rosa, vence, prevalece,
 resplandece en tu aliento que me arde.

Pena de Ti, mi pena de tu olvido
 busca la mano que la suelte presa,
 clara en el sueño si en la vida oscura.

¿Tal vez alguna vez Tú me has oído?...
 Derramada en tu cuerpo y en tu mesa,
 tu principio en mi muerte se apresura.

TE PREGUNTO, SEÑOR

Te pregunto, Señor,
 ¿es ésta la hora
 o debo esperar que tu victoria nazca
 de mi muerte?
 No soy como tus santas,
 tus esposas,
 Teresa, Clara, Catalina,
 que el ángel sostiene en vilo
 sobre la oscuridad de la tierra,
 mientras tu aliento

tempranamente las maduras.
 No soy siquiera como aquellas
 que te siguen humildes
 en el quehacer del pan y la casa,
 pero amamantando tu esperanza
 sin saber de tus graves decisiones.
 Soy como soy
 yo misma,
 la de siempre,
 con esta muerte diaria
 y la experiencia triste
 que guardo en los cajones
 como cartas;
 con mi pelo, mi lengua, mis raíces,
 y el escándalo que hago con tu nombre
 para oírme;
 y tu amor que revivo en mí cada mañana,
 masticando tu cuerpo
 como un perro su hueso.
 Y nada me ha cambiado,
 me derriba en el cuerpo de mi sombra
 cada acto de amor, cólera o llanto,
 espadas que me cruzan y te cruzan.
 De todo lo que fue,
 de lo que espero,
 el alma se me quema.
 Y no fulgura.

LAS BODAS

Después de oscura noche
 en mí despiertas.
 Ahora estás en mi carne
 y caes conmigo
 para levantarme hasta tu día;
 Tú, el inocente castigado
 por mis manos, mi lengua,
 por la demencia de mi sangre,
 racimo amargo de tu viña

que el ángel terrestre
 apretó entre mi boca y tu agonía.
 ¡Ah!, no digas que te he matado
 si amaneces todos los días sobre el otoño de las hojas.
 Verdad que te dejé solo
 cuando te levantaron en la oscuridad de la tierra,
 en la soledad de tu reino,
 y los perros lamieron tu sangre,
 río de claridad tempestuosa
 corriendo entre la culpa y la esperanza.
 Ahora que estamos solos,
 sobrenatural esposo,
 por el escándalo de esta boda,
 no sé cómo llamarte.
 Confundo los nombres del amor
 oscuramente transitados,
 y tu aliento,
 tu viento del desierto,
 en la zarza ardiendo de mi pelo.
 Pero Tú me llamas por el nombre que yo sola conozco
 y que Tú solo sabes.

ERNESTO CARDENAL

Nació en Granada (Nicaragua) en 1925. En 1956 ingresó en el monasterio trapense de Getsemaní, en Estados Unidos, de donde sale por motivos de salud. Fue ordenado sacerdote en Managua. Obras: *Vida en el amor*; *Getsemaní, Ky.*; *Salmos* (1969).

COMO EN LA RUEDA DE UN ALFARERO

(SALMO 103)

Bendice, alma mía, al Señor.
 Señor, Dios mío, Tú eres grande,
 estás vestido de energía atómica
 como de un manto.
 De una nube de polvo cósmico en rotación, como en
 la rueda de un alfarero,

comenzaste a sacar las espirales de las galaxias,
y el gas en tus dedos se fue condensando y encendiendo,
y fuiste modelando las estrellas.

Como esporas o semillas regaste los planetas
y esparciste las cometas como flores.

Un mar de olas rojas era todo el planeta:
hierro y roca derretida

que subía y bajaba con las mareas;
y toda el agua entonces era vapor,
y sus espesos nubarrones ensombrecían toda la tierra,
y empezó a llover y llover por siglos y siglos
una larga lluvia de siglos en los continentes de piedra;
y después de eones aparecieron los mares
y empezaron a emerger las montañas

(la tierra estaba de parto),
a crecer como grandes animales
y a ser erodadas por el agua
(y allí han quedado como escombros de aquellos tiempos,
como ruina amontonada);

y la primera molécula por el efecto del agua y de la luz se fecundó,
y la primera bacteria se dividió,
y en el Pre-Cámbrico la primera alga tenue y transparente
alimentada de energía solar,
y los flagelados transparentes como campanitas de cristal

o flores de gelatina
se movían y reproducían
(y de ahí procede la criatura moderna).

Y después las primeras esponjas,
medusas como de plástico,
pólipos con boca y estómago,
y los primeros moluscos
y los primeros equinodermos: la estrella de mar y el erizo de mar.

Al principio del Cámbrico una esponja cubrió todo el fondo del mar
construyendo arrecifes de polo a polo,

y a mediados del Cámbrico todas murieron.
Y los primeros corales florecieron,
llenando de rojos rascacielos el fondo del mar.
En las aguas del Silúrico, las primeras tenazas: escorpiones de...

y a finales del Silúrico, el primer pez voraz
como un diminuto tiburón (ya tiene mandíbula).
Las algas se han convertido en árboles en el Devónico;
aprendiendo a respirar,
dispersan sus esporas y empiezan a crecer en bosques,
y nacieron los primeros tallos y las primeras hojas.
Los primeros humildes animales pasan a tierra:
escorpiones y arañas huyendo de la competencia del mar;

las aletas crecen y aparecen los primeros anfibios,
y las aletas se hacen pies.
Arboles suaves y carnosos crecían en los pantanos del Paleozoico.

Todavía no había flores,
y aparecen los insectos,
nacen los dinosaurios y las aves,
y las primeras flores son visitadas por las primeras abejas.

En el Mesozoico aparecen los tímidos mamales,
pequeños y con sangre caliente,
que crían vivos a sus hijos y les dan leche;
y en el Eoceno, los lemures que andan sobre las ramas,
y los tarcios con ojos estereoscópicos, como el hombre;
y a comienzos del Cuaternario creaste al hombre.
Tú das al oso polar su traje de color del glaciar,
y a la zorra polar del color de la nieve,
a la comadreja haces parda en verano y blanca en el invierno;

a la *Mantis religiosa* le das su camuflaje
y camuflas las mariposas con colores de flores.
Enseñaste a los castores a construir sus diques con palitos y sus casas sobre el agua;
la cigarra nace sabiendo volar y cantar y cuál es su alimento,

y la avispa sabiendo perforar el tronco de los árboles
 para depositar sus huevos,
 y la araña sabiendo tejer su tela.
 Las cigüeñas saben desde que nacen cuál es el norte
 y el sur,
 y sin ser guiadas por nadie vuelan en dirección al norte.
 Distes rapidez al leopardo,
 ventosas a la rana arbórea
 y olfato a la mariposa nocturna
 para sentir el olor de la hembra en la noche
 a dos millas de distancia;
 y órganos luminosos al crustáceo,
 y a los peces abismales das ojos telescópicos,
 y al *Gymnotus electricus* pilas eléctricas.
 Inventaste los mecanismos de la fecundación de las
 flores.
 Les das alas a las semillas para volar en el viento,
 membranas como si fueran mariposas;
 otras tienen cabelleras para flotar en el viento
 o caen como copos
 o como hélices
 o como paracaídas,
 o bogan en el agua como barcas buscando los estigmas;
 y el polen conoce siempre su camino exacto,
 no vacila a través de los tejidos del estilo
 hasta encontrar el óvulo.
 Los ojos de todos en Ti esperan, Señor,
 y le das a cada uno la comida a su tiempo.
 Abres tu mano,
 y llenas a todos los animales de bendiciones.
 Al humilde copeópado le das su diatomea.
 Te piden de comer las anémonas marinas
 (flores feroces y voraces),
 y Tú las alimentas.
 La nereida de celofán
 te pide de comer con sus ham-
 brientos tentáculos.
 Das algas y cangrejos al somormujo y a sus hijos,
 y a la gallinita de playa le das suaves moluscos.

Los gorriones no tienen graneros ni tractores,
 pero Tú les das los granos que caen de los camiones
 en la carretera

cuando van a los graneros,
 y al picaflores le das el néctar de las flores.
 Tú le das arroz tierno al pájaro arrocero
 y pescados al martín pescador; y su compañera,
 la gaviota, todos los días encuentra sus pescados;
 y la lechuza, todas las noches, sus ranas y ratones.
 Tú le preparas al cuco su comida de orugas
 y de gusanos peludos.

Le das grillos al cuervo
 y das insectos al grillo que está cantando en su hoyo.
 Tú le das frutitas rojas al pájaro carpintero
 y tiene más frutitas de las que puede comer.
 La ardilla listada pasa el invierno dormida,
 y cuando se despierta ya tiene sus semillas;
 y Tú abres las primeras flores primaverales
 cuando las primeras mariposas salen de sus crisálidas.
 Abres las flores en la mañana para las mariposas
 diurnas
 y las cierras en la tarde cuando se van a dormir;
 y abres otras de noche para las mariposas nocturnas,
 que pasan todo el día dormidas en rincones oscuros
 y empiezan a volar al caer de la tarde;
 y despiertas a los abejorros de su sueño invernal
 el mismo día que les abres las flores de los sauces.
 Cantaré al Señor mientras yo viva.
 Le escribiré salmos.

Séale grato mi canto.

Bendice, alma mía, al Señor.

¡Aleluya!

NO SE ENSOBERBECE, SEÑOR, MI CORAZON

(SALMO 130)

*No se ensoberbece, Señor, mi corazón.*Yo no quiero ser millonario
ni ser el líder

ni ser primer ministro.

Ni aspiro a puestos públicos
ni corro detrás de las condecoraciones;
yo no tengo propiedades ni libreta de cheques,
y sin seguros de vida
estoy seguro,
como un niño dormido en los brazos de su madre...
Confíe Israel en el Señor
(y no en los líderes).

EL COSMOS ES SU SANTUARIO

(SALMO 150)

Alabad al Señor en el cosmos.

Su santuario,

de un radio de un millón de millones de años luz.

Alabadle por las estrellas

y los espacios interestelares;

alabadle por las galaxias

y los espacios intergaláxicos;

alabadle por los átomos

y los vacíos interatómicos.

Alabadle con el violín y la flauta

y con el saxofón;

alabadle con los clarinetes y el corno,

con cornetas y trombones;

alabadle con violas y violoncelos,

con pianos y pianolas;

alabadle con blúes y jazz

y con orquestas sinfónicas;

con los espirituales de los negros

y la Quinta de Beethoven;

con guitarras y marimbas;
alabadle con tocadiscos

y cintas magnetofónicas.

Todo lo que respira alabe al Señor,

toda célula viva.

¡Aleluya!

JOSE MARIA VALVERDE

Nació en Extremadura (1926). Obras: *Hombre de Dios* (1946), *Salmos, elegías y oraciones* (1947), *La espera* (1949), *Versos del domingo* (1954), *Poesías reunidas* (1961).

SALMO INICIAL

Señor, no estás conmigo aunque te nombre siempre.
Estás allá, entre nubes, donde mi voz no alcanza,
y si a veces resurges, como el sol tras la lluvia,
hay noches en que apenas logro pensar que existes.
Eres una ciudad detrás de las montañas.
Eres un mar lejano que a veces no se oye.
No estás dentro de mí. Siento tu negro hueco
devorando mi entraña, como una hambrienta boca.
Y por eso te nombro, Señor, constantemente,
y por eso refiero las cosas a tu nombre,
dándole latitud y longitud de Ti.
Si estuvieras conmigo yo hablaría de cosas,
de cosas nada más, sencillas y desnudas,
del cielo, de la brisa, del amor y la pena.
Como un feliz amante que dice sólo: «Mira
qué pájaro, qué rosa, qué sol, qué tarde clara»,
y vierte así en la luz de los nombres su amor.
Pero no. Tú me faltas. Y te nombro por eso.
Te persigo en el bosque detrás de cada tronco.
Te busco por el fondo de las aguas sin luz.
¡Oh cosas: apartaos, dadme ya su presencia
que tenéis escondida en vuestro oscuro seno!

Marcado por tu hierro vago por las llanuras,
abandonado, inútil, como una oveja sola...
Hombre de Dios me llamo. Pero sin Dios estoy.

ORACION POR LAS ROSAS

¡Oh Señor!, Tú que acoges en Ti las rosas muertas,
guárdalas una a una para cuando yo vaya.
Las rosas, en su fuga, nos rozan con sus alas,
nos contagian de angustia mortal y de crepúsculo.
¡Oh cómo os vais llevando mi vida en vuestros brazos,
rumbo hacia Dios, hacia ese gran mar del universo!
Todas llevan un poco de mi vida al marcharse.
Si Tú no me las guardas no podré estar entero,
Señor, para gozarte...
Guárdalas. Lo merecen. Yo he de necesitarlas.
Han empapado mi alma igual que, desde un búcaro,
la penumbra de un cuarto.
Yo no quiero pedirte que no mueran las rosas.
La muerte es lo que anima su belleza infinita.
¡Mas no quiero morir en ellas poco a poco,
dejando que se lleven mi efluvio hacia la nada;
que se entierre con ellas mi sangre en primavera!
Y las rosas que han muerto sin que las haya visto
¿dejarás, ¡oh Señor!, que hayan vivido en vano?
Si por una tan sólo, todo se justifica...
Guárdamelas también, que en Ti lo encuentre todo.
¿No lo merecen ellas por sí mismas, acaso?
Han sido y han pasado, lo mismo que los hombres,
brotando a nuestro modo como unos chorros ciegos,
y han cumplido, sumisas, su efímero destino.
¡Abreles otra vida en donde te perfumen,
en donde nunca pasen, lo mismo que los hombres!

ORACION POR NOSOTROS LOS POETAS

Señor, ¿qué nos darás en premio a los poetas?
Mira, nada tenemos, ni aun nuestra propia vida;
somos los mensajeros de algo que no entendemos.

Nuestro cuerpo lo quema una llama celeste;
si miramos, es sólo para verterlo en voz.
No podemos coger ni la flor de un vallado
para que sea nuestra y nada más que nuestra,
ni tendernos tranquilos en medio de las cosas,
ni pensar, a gozarlas en su presencia sólo.
Nunca sabremos cómo son de verdad las tardes,
libre de nuestra angustia su desnuda belleza;
jamás conoceremos lo que es una mujer
en sus profundos bosques donde hay que entrar callado.
Tú no nos das el mundo para que lo gocemos,
Tú nos lo entregas para que lo hagamos palabra.
Y después que la tierra tiene voz por nosotros
nos quedamos sin ella, con sólo el alma grande...
Ya ves que por nosotros es sonora la vida,
igual que por las piedras lo es el cristal del río.
Tú no has hecho tu obra para hundirla en silencio,
en el silencio huyente de la gente afanosa;
para vivirla sólo, sin pararse a mirarla...
Por eso nos has puesto a un lado del camino
con el único oficio de gritar asombrados.
En nosotros descansa la prisa de los hombres.
Porque, si no existiéramos, ¿para qué tantas cosas
inútiles y bellas como Dios ha creado,
tantos ocasos rojos, y tanto árbol sin fruta,
y tanta flor, y tanto pájaro vagabundo?
Solamente nosotros sentimos tu regalo
y te lo agradecemos en éxtasis de gritos.
Tú sonríes, Señor, sintiéndote pagado
con nuestro aplastamiento de asombro y maravilla.
Esto que nos exalta sólo puede ser tuyo.
Sólo quien nos ha hecho puede así destruirnos
en brazos de una llama tan cruel y magnífica.
...Tú que cuidas los pájaros que dicen tu mensaje,
guarda en la muerte nuestros cansados corazones;
dales paz, esa paz que en vida les negaste,
bórrales el doliente pensamiento sin tregua.
Tú nos darás en Ti el Todo que buscamos;
nos darás a nosotros mismos, pues te tendremos
para nosotros solos, y no para cantarte.

SALMO DE LA MANO DE DIOS

¡Oh Señor!, Tú sostienes con tu mano
 todos nuestros momentos, sin cansancio ni olvido:
 cada instante nos sacas de la nada,
 nos haces nuevamente,
 concitando las mil casualidades
 que hacen que un cuerpo vivo pueda seguirlo siendo.
 ... Y todo, ¿para qué? Para poder seguir
 gastando vida y vida inútilmente,
 para dar pasos vanos,
 para volvernos contra la mano que nos alza,
 para, lo que es peor, olvidarte, y sentados
 en tu mano creer que nos lo somos todo.
 Mas Tú no te fatigas
 y a tus hijos mimados sigues soplando el fuego
 sin dormir ni olvidarte del más bajo,
 como todos de Ti...
 Y eso no solamente es a nosotros,
 en quienes te contemplas y quizá un día te amen.
 Tú sostienes las miles de flores no miradas,
 los ríos, aves y árboles; las olas y los vientos.
 ¡Oh cómo te desvelas atizando la lumbre
 de un insecto que pudo lo mismo no haber sido!
 Acudes de uno en otro:
 de la piedra ignorada en el fondo del agua
 al gusano que roe su madera,
 como si eso pudiera serle contado un día.
 Pienso el viento en el mar,
 clamando en soledad siglos y siglos
 —para dejarlo todo lo mismo que al principio—
 desde el día que hablaste hasta el que calles.
 ¡Oh!, ¿cómo no te olvidas siquiera un solo instante,
 pues que nadie te mira y nada ha de quedar?
 Si yo toco una piedra,
 Tú me la has sostenido durante miles de años,
 velando cada día para que hoy estuviese.
 ¡Y tantas, tantas cosas,
 tantos ríos corriendo sin descanso,

sin pararse a tomar aliento nunca,
 tantos bosques y pájaros sin cesar floreciendo
 por si algún día un hombre los mirase al pasar!
 Sí; las cosas renacen de nuevo en cada instante
 y ese bullir divino nos las hace ver vivas.
 Vivas: o sea, alzadas
 en vilo por la mano del Señor,
 con temblor de su sangre.
 Vivas: o sea, al borde de la muerte,
 que se intuye debajo de esa mano,
 si se apartara un día.
 (En el fondo de vuestro corazón,
 ¿no teméis de las cosas
 que puedan sepultarse de repente en la nada?)
 Y la mano de Dios también está en la muerte.
 Sabedlo bien: la muerte no es el olvido súbito
 de la mano de Dios, por negligencia
 que nos deja caer en los abismos
 al quedar separados de su fuente de ser.
 Eso no está en su amor.
 Ved la muerte; mirad cómo Dios nos la endulza
 y nos lleva hacia ella de la mano,
 cómo nos la prepara antes, igual que un lecho...
 Ni aun esos que tropiezan con una muerte fuera
 estaban ese instante dejados de su mano...

LUIS JIMENEZ MARTOS

Nació en Córdoba en 1926. Director de la Colección Adonais de Poesía. Obras: *Por distinta luz* (1963), *Encuentro con Ulises* (1969), *Sino de alegría* (1969).

SONETOS ESENCIALES

Acercado al altar de la alegría,
 pido la comunión con su blancura.
 Un niño por los ojos me perdura.
 Ya derribé la sombra que me hería.

Pero en mi cuerpo queda todavía
tristeza, arrodillada mordedura
pronta a sanar si llega la ventura
de recibir a lo que ayer huía.

Algo me dice que la tierra es vuelo
y crece trigo ahora en mi verano.
Pasa el gozo la raya del consuelo.

Mañana no me importa tan siquiera.
Sobre el pulso de Dios pone su mano
el hombre que es el ansia del que era.

PLEGARIA DONDE SE PIDE TIEMPO LIBRE

Te pedimos, Señor, el tiempo libre
entre paredes, prisas y ciudades
de músculos rozados y de ahogos
sin flores en la boca. Te pedimos,
entre los mares muertos del papel,
con el alma debajo de la mesa
como objeto olvidado diariamente.
Te preguntamos la salida rápida
para los ojos que nos encadenan.
Cardinalmente somos divididos
y rotos por las puntas, no giramos
con el vivir en orden, a pequeños
montones de las horas para todos,
crucificando corazón, caminos,
y poniendo a la sombra nuestro nombre.
Concédenos valor para la entrega
a lo que no se paga, bosques súbitos
como a tus animales, mucho aire,
la risa, el golpetazo al reloj triste
aunque no sea ni fiesta ni domingo.
Te pedimos, Señor, el tiempo libre
para ocuparnos de verdad la vida.

EMILIO DEL RIO

Nació en Quintana Redonda (Soria) en 1928. Director de la revista *Humanidades* y profesor de Literatura en la Universidad de Comillas. Obras: *Antología de la poesía católica del siglo XX* (1964), *La voz por las palabras* (1965), *Espada de Paraiso* (1967) y *La Ciudad al Sol*, poema de Toledo (1970).

SECUENCIA DEL LAUREL

Llegó el laurel, el enviado verde de los árboles.
Y manos de niños, y manos ágiles de muchachos,
rápidamente tallaron los ramos y sujetaron las cuerdas,
y la mesa quedó convertida en una peana pascual
y aun sembraron en ella el pálido brillo de los claveles
rosa,
lánguidos ya del viernes del gran dolor y como
quebrados de espera.
El agua estaba inmóvil sobre el balde brillante
antes de ser bendecida, antes de ser repartida.
Una parte tan sólo—¿qué es una parte del Agua?—,
bendita con el óleo y con el crisma pascual,
se guarda junto a la pila, como pan de alacena,
como un trozo de vida, como un fuego encerrado,
para caer a su hora sobre las tiernas cabezas,
hecha alegría y poblando de pájaros las ramas,
dando a la primavera la sonrisa del cielo.
El laurel habrá cumplido su modesta misión;
habrá estado a su hora exacta para cubrir
la desnuda madera de una mesa redonda
escoltando de ramos afirmativos, puros,
el balde que figura la creación del mundo,
y en el que Dios acaba de poner una mano,
haciendo con la cruz
el símbolo transparente que, unido a su palabra,
dé su grito de Pascua, y anuncie para el mundo
el comienzo secreto de las bodas de siempre.

CENTAURO

No puedo con esta fiera;
 me lleva un centauro ciego;
 cabalga día tras día
 y estoy siempre como en sueño;
 día a día voy saltando,
 día a día y no me encuentro;
 siempre armado con la flecha,
 siempre con el arco tenso;
 que es el centauro quien lleva
 mis armas y mi secreto;
 el secreto que en su aljaba
 resuena al golpe del viento;
 el secreto de mi vida,
 que es de flechas y de acero;
 el secreto que los aires
 espía sin valimiento;
 mientras yo soy arrastrado
 día a día prisionero,
 llevado por el centauro
 que atraviesa mi desierto
 y custodiando en la aljaba
 de mi corazón el fuego.
 Porque es de fuego mi vida
 y Dios se llama secreto.

EL JUEGO

Con el verdor de una rama
 y un poco de cielo solo,
 sobre la arena mi alma
 juega a la nada y al todo.
 ¿Qué es mi mente, si no es nada?
 ¿Qué es mi mente, si no es todo?
 Límite de todo y nada
 donde juego a ser del todo.
 Me engaño si digo: ¡Nada!,
 puesto que aún existe todo.

Y, pues, soy borde de nada,
 me engaño si digo: ¡Todo!
 Borde de nada, soy nada
 limitada por mí en todo.
 Recubro todo de nada.
 Todo me tiñe de todo.
 Y así no me extraña nada
 que el corazón sepa sólo
 latir entre todo y nada,
 camino de Dios en todo.

UNA CARCEL Y UN CIERVO

Una cárcel y un ciervo malherido
 en seis meses de pena se desangra.
 Con varillas le hieren: se le quedan
 abiertas para siempre las espaldas.
 Emparedado en soledad y fiebre,
 la angustia teje su telar de araña.
 Un hueco de seis pies al medio fraile;
 y libre, y sola, y rápida la garza.
 Saetera de luz sólo tres dedos;
 y la noche se enciende toda en llamas.
 En la noche, de un golpe, los cerrojos;
 le escolta el río, el cielo y la muralla.
 Acorralado queda en luz de luna.
 Y a los «levantes de la aurora», escapa.
 Lleva el cántico escrito en sola el alma.

BLAI BONET

Nació en Santanyi (Mallorca) en 1926. Obras: *Quatre poemes de Setmana Santa* (1950), *Entre el coral* (1951), *L'espiga* (1951), *Cant espiritual* (1952), *Comèdia* (1953), *Oh, Calvary, Calvary!* (1954).

DEU COMPANYY

Jo som el vostre ca que bava,
 el meu clamor és una saliva amarga.
 Des del llim de la terra, la meva veu com un colomí,
 com un colom de mar ferit pels caçadors.
 Les meves mans no han cantat,
 estic a la fosca com un munt de baleigs,
 i la meva memòria me cruix com una garba d'aritges
 Jo no he tret espiga; només herba, Senyor.
 Te cant com un marge ple de canyarussins.
 Però en la meva soca desficiosa pel banyarriquer,
 de cada aurora, de cada dia, de cada lluna,
 és més alta la flama vibrant del vostre amor,
 que ara és el meu amor, Senyor.
 Les meves malures brillen com a rams
 fosforescents de civada,
 i és l'amor damunt el meu front com un batall
 joveníssim.
 I Vós, Senyor, vora els meus ossos incendiats,
 vora la meva carn agra com un pa florit,
 estau com un ca fidel,
 llepant-me aquestes nafres que, amb la seva
 claror,
 canten la misericòrdia de la vostra saliva.

JOSE LUIS MARTIN DESCALZO

Nació en Madridejos (Toledo) en 1930. Obra poètica: *Fábulas con Dios al fondo* (1957), *Camino de la cruz* (1959), *Querido mundo terrible* (1970).

SONETOS DEL ALBA

*En el principio creó Dios el cielo
 y la tierra (Gén 1,1).*

No existían la luz ni el movimiento
 en el albor de tu ciudad temprana.
 Aún soñaba en ser carne la manzana
 y el corazón en ser piedra y cimientó.

Tú eras del ser el acaparamiento,
 exactitud redonda y soberana.
 En la quietud del día sin mañana
 tan sólo Tú y algún presentimiento.

Nacías como un río de Ti mismo,
 comías de tu Ser, y en tus orillas
 comenzabas de nuevo más profundo.

Y te alzaste de Ti cual de un abismo.
 Tu boca se inundó de maravillas.
 Y casi fue tu voz. Y casi el mundo.

* * *

Creció tu voz como una llamarada
 despeinada de viento y oleaje,
 y fue la luz un cántico salvaje
 que, palmo a palmo, arrinconó la nada.

Fue tu verdad, tu luz, tu enamorada
 belleza, que soñaba ser paisaje.
 ¡Qué nuevo rumbo al ser! ¡Qué hondo viraje
 la creación recién inaugurada!

¡Qué milagrosa paz llenó el instante
como una dulce mano que resbala
el corazón, süave, y nos desvela!

¡Qué luz llegó, divina y palpitante
como el rozar levisimo de un ala
sobre la piel del aire, sin estela!

* * *

¿Es posible, Señor, que la azucena
naciera de tu soplo solamente
y que el temblor de un aire indiferente
pueda crear la maravilla plena?

Dios te salve, azucena; salve, llena
eres de gracia, barro omnipotente,
último blanco, castidad fulgente,
ave sin carne, carne sin cadena.

¿Qué sintieron los pájaros el día
que, asombrados, rozaron tu blancura?
¿Qué sintió el sol que te besó primero?

¿Qué siento ahora yo, avemaría?
¿De qué playas arriba esta ternura
que no existe quizá, pero que espero?

MANUEL MARIA TEIJEIRO

Nació en Otero de Rey (Lugo) en 1930. Obra poética: *Terra Cha*, *Muiñeiro de Brêtemas*, *Morrebo a cada intre*, *Advento*. Adonais ha publicado una extensa antología suya.

PERCUREI E CHAMEI O SEÑOR CANDO ME OLLEI MAGOADO

(Sal 33,4)

Deus: Eu non te coñozco matematicamente
aínda que te ollei ó andar meu camiño.
Só sei falar de home a home

no silencio garimoso das tuas cousas:
a fror esmaíada de horas sin cumprir,
a lua—tan vella—coberta de ferruxe
i os sapos coas suas frautas de noite
son cantigas tépedas
o mesmo que istes versos esfarrapados.
Tí, que eres Deus, vas deixando a tua voz
na auga cristaiña e no silencio limpo
e fálasme sempre nunha língoa de estrelas.
Eu quérote como quero a un vello amigo
e fáloche así, con verbas súpetas,
que Tí entendes mellor que tódolos latís.
Sabes que son un home sinceiro
e que non teño moito que decirche.
Fáloche do meu pequeno mundo sin veiras,
da miña nugalla que se me fai naufraxo
e dos meus saloucos que se voltan rulas.
Tamén teño moi pouco que amosarche:
só un anaco de amor que inda latexa
e istes versos que escribo de vagar.
Sei que Tí podes todo canto queres
e que eres o mais fidel dos meus amigos:
por iso che falo con barvesca.
Fáloche porque che agradezo a vida:
ista vida que Tí me diches sin pedircha,
ista vida homilde como un verme pequeno.
Quero falar contigo sin fachenda,
sin literatura chea de verbas vellas
e decirche o que vou cavilando a cada intre.
Tí comprendes e sorrís docemente.
¡I é que sabes dos meus afrouxamentos
e dasme sempre o teu perdón de amigo!

E LIBEROU O PROBE DA PROBEZA

(Sal 106,41)

Señor:
¡estamos queimados
e cinlleiros

como a fonte homilde
 no agosto!
 ¡En nós hai tolemia,
 carraxe acesa,
 un odio vello, podrecido!
 ¡I é que as nosas almas,
 Señor,
 tamén son barro!
 ¡Por iso nos rimos
 dos paxaros que cantan
 e dos homes
 que dispen a sua alma!
 ¡Fai que arda
 en Tí
 o noso espírito!
 ¡E que nos libremos
 pra sempre, Señor,
 da nosa lama!

... PORQUE VAN E A SALVACION QUE VEN
 DO HOME

(Sal 59,3)

Todo poide quedar,
 Señor,
 nunha cantiga.
 Todo poide quedar,
 Señor,
 baixo do vento.
 Todo queda,
 Señor,
 ó vir a morte.
 ¡Todo queda,
 Señor!
 ¡Todo é silencio!
 ¡Danos, coa morte
 e co silencio,
 unha cantiga!
 ¡Danos alento!

DEUS, BOTACHENOS E DESFIXECHENOS...

(Sal 57,5)

Señor:
 ¡só temos bágoas
 pra ofrendarche!
 ¡Estámonos murchando!
 ¡Non sabemos sorrir
 diante de nada!
 ¡Ponnos arrepío,
 Señor,
 a frialdade!
 ¡Non temos luz
 con que
 alumarnos!
 ¡Ainda
 que as espiñas
 nos alcendan
 a carne,
 o noso corazón,
 Señor,
 está apagado!

PILAR PAZ PASAMAR

Nació en Jerez de la Frontera en 1933. Obras: *Mara* (1931), *Los buenos días* (1954), *Ablativo amor* (1954), *Del abreviado mar* (1957), *La soledad contigo* (1960).

EL RECLINATORIO

¿Quién colocó mentira sobre el suelo
 para las descansadas bienvenidas?
 ¿Para qué fe sin luz ansias mullidas
 arropan al dolor con terciopelo?

Quien cabalgue amargura vaya a pelo
 con las roncadas espuelas doloridas,

fluyéndole la sangre por las bridas
sobre las ancas de la bestia en celo.

De rodillas aquellos los que ignoren
que pueden encontrarte en una rosa
o en la terrible soledad espesa...

Que es muy fácil, Señor, que aquí te lloren
con una bienvenida presurosa
y la sangre rotundamente ilesa.

MUNDO NUEVO

Este es mi mejor mundo,
puesto que tú lo habitas,
—lo habitamos—, en medio
del llanto y la palabra.
Para estrenarlo hubimos
de adoptar la esperanza
que, como lazarillo,
guiara nuestros pasos.
La soledad, contigo,
¡qué dulce se presenta!
El mar, contigo al fondo,
su amistad nos ofrece;
el pájaro nos canta,
el agua corre limpia,
por la noche asomamos
nuestros rostros en paz,
juntos, frente a la estrella.
Y cuando en el instante
de sentir a Dios, tomas
mi mano, ¡qué silencio
mi corazón recoge!
Todo está más que dicho
en ese mundo antiguo
donde tú rescataste
mi tristeza. Hoy estreno
la luz, la verdadera,
la única que podía

iluminar mis ojos.
Amor, un mundo nuevo,
un reducido mundo
para cantar: es todo.
Ya es bastante: lo único.

LOS QUE NO TE CONOCEN

Por ellos no pasaste. Bien se advierte
que están secos al verles la sonrisa;
van de una cosa a otra tan de prisa
que el agua de la vida se les vierte.

Van de acá para allá, sin conocerte,
gastados por el soplo de la brisa;
pero nunca sabrán de la precisa
hora en que el mundo en fuego se convierte.

Míralos: desatentos, desalados,
desparramados, secos, sin saberte,
más solos que la luna y ateridos.

No supieron ganar y están ganados
por un soplo gemelo al de la muerte
que brota de sus labios consumidos.

A UN CRUCIFIJO DE HIERRO FORJADO

Así te veo más: hilado, vena,
rúbrica de dolor oscura y leve.
El forjador apenas si se atreve
a repetir tu gloria y tu condena.

Así se siento más: hierro, cadena,
cuanto más te reduces en el breve
suspiro del metal, ¡así te eleve
sin peso y sin contorno por la pena!

Así, tan solitario e incruento
como un mínimo árbol desvalido
sobre la oscura tierra del pecado.

Así te quiero más y más te siento,
hilo que me rescata del olvido,
rayo de luz, Señor Crucificado.

VIOLENCIA INUTIL

I

Tengo querencia por tus tablas,
en plena lucha, en pleno ruedo;
quisiera más, pero no puedo;
pero podré si tú me hablas.

Quiero llegar al burladero,
quiero arrastrarme a ver si toco,
si ya descanso, si coloco
mi gran fatiga en tu madero.

Dame una tregua. Ya es bastante.
Tienes ventaja. Estoy delante
de Ti, sin armas, ya cansada.

Derribame. Yo ya no sigo.
Pongo a mi nada por testigo
de que me doblo ante tu espada.

II

Tú enriqueciste el mundo de repente
y anudaste los pájaros dispersos.
Archivaste las luces y los versos
y ordenaste las dudas por mi frente.

De golpe, has hecho al mundo suficiente,
exacta la palabra, exacto el terso,
quieto lunar por el azul disperso,
lleno el aljibe, el agua permanente.

Y al darte así total, también te he dado
toda la paz, la voz, la sed, la duda,
el caminar, la sombra, el pensamiento...

Ahora me sobra todo lo guardado:
déjame así por fin, porque desnuda,
más vestida que un tallo me sustento.

III

Enmudece tu voz, y yo me callo.
Hablas, y el mundo es una boca abierta,
gritadora. Me cierras Tú tu puerta
y es paredón la vida en que me hallo.

Te mueves en mi alma, y yo me muevo.
Te detienes, y el pulso se me para.
Te haces luz, y mi noche se hace clara.
Vuelves a entrar en mí, y ya es todo nuevo.

Todo de Ti depende, ya ves, tanto,
que sólo con tu música yo canto
como acentor que busca compañía.

Si vuelas sobre mí, también yo vuelo.
Pero si me negaras... ¡Qué consuelo
pensar que ni aun así te negaría!

MARIA ELVIRA LACACI

Nació en El Ferrol (Galicia) en 1935. Premio Adonais. Premio de la Crítica. Obras: *Humana voz* (1957), *Sonido de Dios* (1962), *Al este de la ciudad* (1963).

LA CUCHILLA

Ven, Dios. Acércate. Quisiera hablarte humanamente
hoy.

No te parezca osada
esta inversión de términos. Debiera ser mi paso
en tu sendero, pero esta niebla pertinaz que gira...
Pero acércate. Llega hasta mí. Tú puedes.

Mírame
 investida de Ti
 y tiritando siempre por la vida.
 Pero acércate aún más, penetra, sí, aquí,
 donde tuve algún tiempo corazón,
 hoy ya materia orgánica, que late, ¿para qué?
 —tus designios, ¡oh Dios!—,
 para seguir en pie y apuñalándote.
 Pero mira, mira despacio el filo que te hiendo.
 Está húmedo y rojo. Acaso
 ya atravesó mis venas antes que tu costado.
 Si Tú quisieras, Dios.
 Si alargaras los brazos un poquito
 no sería tan fácil...
 Con tu mano piadosa
 —que yo sé que es piadosa, aunque las gentes digan...,
 esas gentes
 que al padecer vocean y te escupen—
 podrías alcanzar esta cuchilla
 amarga
 que nos hiere a los dos.

EN EL JARDINCILLO

Un jardincillo leve,
 varios niños jugando, y a mi lado —yo leía poemas en
 un banco de piedra—,
 una joven mamá que hacía punto
 mientras vigilaba
 a su pequeño hijo, que, en la tierra,
 jugaba con un coche de aluminio
 de vistosos colores.
 Se acercó otro pequeño,
 aproximadamente de su misma edad,
 vivaracho, espontáneo, gordinflón y gracioso.
 Clavó sus ojos en el cochecillo,
 se arrodilló en el suelo
 y, casi en éxtasis,
 lo acarició temblando de deseo.

Con graciosa humildad, con media lengua, dijo:
 «¿Me lo dejas? ¿Un poquito na más?»
 El otro sonrió. Fue suficiente.
 Lo agarró apresurado,
 lo apretó contra sí. La confianza
 aleató en su pecho.
 Ya no había humildad en sus palabras,
 exigía más bien,
 mientras decía con exaltación:
 «¿Pa to el día? Di, ¿me lo dejas pa to el día?»
 Alegremente
 arrastraba afanoso el automóvil,
 y yo seguí leyendo,
 mientras que la sonrisa
 nacía de mis labios. Apretados.
 No tardaron mis ojos
 en buscar al pequeño apasionado.
 El juguete
 estaba abandonado junto a un árbol,
 y él,
 travieso,
 subía y se bajaba desde todos los bancos.
 Una sombra inconcreta
 fue creciéndome lenta por los ojos ausentes.
 Mientras que me decía,
 al borde de la angustia —la angustia que en mis venas
 es el líquido rojo
 que me voltea despiadadamente—:
 «Los mayores
 somos también así.
 Para siempre», decimos, y...
 «Ni los muertos nos viven más allá de un recuerdo
 que se inclina en el tiempo
 hasta hacerse horizonte».
 Me rebelé de pronto.
 Yo también... Me pesaba esta carne.
 Me pesaba llevarla
 sobre los huesos ciegos, pero nunca mudable.

Mi pecho te buscó, Señor, entonces,
 se aferró a tu contorno pavoroso y amante.
 «Sólo Tú —repetía—. Sólo Tú, sobre el Tiempo...»

DIOS SOÑADO

Nos vamos arrastrando
 penosamente. Mudos. Sobre el Tiempo.
 Nunca como los ríos. Jamás como serpientes.
 Nos pesa acaso el cuerpo. El barro endurecido.
 La gravedad que gira
 por sobre el corazón. En sus arterias.
 Unos
 tenemos un momento de desgarro
 en que clamamos, en que confiamos,
 en que intentamos, aunque torpemente,
 enderezar
 la desviada sombra proyectada.
 Acaso el viento se levanta
 huracanadamente. Nos derriba
 de nuevo. Nuestro llanto
 ya es el eco sonoro de su vuelo nocturno
 que levemente, temeroso,
 va rozando o se posa
 sobre la vaguedad de ciertos signos
 —la fe, la propia estimación, o el amor verdadero—.
 Es entonces
 cuando a nosotros llegan. Afiladas
 palabras que agudizan nuestra bruma
 —porque el temor confunde, pero jamás conmueve—,
 palabras que se clavan en las fibras
 de la carne vencida.
 Palabras
 de justicia divina, que se yerguen
 implacablemente
 frente a nosotros. Derribados. Mínimos.
 Yo prefiero soñarte más humano,
 con un trozo de barro—nuestra carne podrida—entre
 tus manos

y escuchar tus palabras. Las tuyas de verdad,
 —las que a mí me dirías si me tropezaras—:
 «Es que acaso, con esto, puede hacerse otra cosa»,
 mientras se va posando
 la ternura infinita de tus ojos
 sobre tanta miseria.

LAS COSAS VIEJAS

Qué boba soy, Señor
 —me da vergüenza que lo sepa alguien—,
 con cuántas cosas cargo. Sin motivo.
 Esta pluma así vieja que ha girado mi llanto.
 Este abrigo teñido, o mejor, desteñido,
 porque cuántos inviernos...
 Esta horrorosa planta
 tan raquítica
 como mi corazón,
 porque ha sobrevivido —como él—
 la angustiosa miseria
 de la ventana
 oscura
 de este patio indecente.
 Y así,
 muchas cosas menudas
 que yo siento. Indefensas.
 Y debiera dejarlas,
 jubilarlas, tirarlas; ahora
 ya podré cambiarme,
 —el nuevo sueldo de los funcionarios...—.
 Pero no. No podría
 olvidarlas,
 y llevaré conmigo
 estas pequeñas cosas así dóciles.
 (Sería tan cruel si las dejara...)
 Ellas
 compartieron mis horas de agonía. No los seres hu-
 manos.
 Además

tengo miedo. Señor.
 Otro sitio. La Vida,
 y seguiré tan sola. Desgajada,
 y estas cosas
 amigas
 pronunciarán mi nombre
 desde su silencio.
 Y cuando allá muy dentro
 la ternura
 me arañe y me desgarre—por tenerla encerrada—,
 lo mismo que otros días,
 yo miraré estas cosas
 tan sencillas, tan mínimas,
 tan entregadas desde su inconsciencia,
 y, lentamente,
 mis venas
 se irán tornando mansas. Sosegadas.
 ¡Oh Señor, si al menos
 pudieran comprender cómo las amo!

ANTONIO MURCIANO

Nació en Arcos de la Frontera (Cádiz) en 1929. Obras: *Natividad* (1952), *El pueblo* (1955), *Amor es la palabra* (1957), *La semilla* (1958), *De la piedra a la estrella* (Premio Ciudad de Santander 1960), *Los días íntimos* (1962), *Canción mía* (1965), *Perfil del cante* (1965), *Fe de vida* (Premio Ciudad de Palma 1969) y, en unión de Carlos, los libros: *Los ángeles del vino* (1954), *Antología de poetas de Arcos de la Frontera* (1958), *Corpus Christi* (1961) y *Plaza de la memoria* (1966).

NOCHEBUENA DEL ASTRONAUTA

Desde arriba se ve el mundo
 —mordida manzana—al aire.
 Tan solamente Belén,
 qué grande, hoy, desde el aire.
 Hoy, que están de enhorabuena

el mar, la tierra y el aire.
 Fiesta niña de mis ojos
 dentro y fuera y bajo el aire.
 Hoy he visto al Niño-Dios
 en una gruta del aire,
 ángeles y serafines
 mecían su cuna de aire
 y cantaban villancicos
 de aire, al aire por el aire.
 Esta noche es Nochebuena
 y yo, soñando, en el aire;
 surcando la noche negra
 del tras-mundo, tras el aire;
 descubriendo la otra cara
 de la luna, de entre el aire;
 yo, quemándome en el fuego
 del encuentro con el aire
 y helándome con el frío
 de los espacios sin aire.
 Hoy están de parabienes
 cielo y tierra y mar y aire.
 Y yo, astronauta, perdido,
 tendido en paz junto al aire,
 sintiendo en mí la infinita
 sombra de Dios, frente al aire.
 Para mí toda la gloria.
 Todo el gozo para el aire.
 ¡Fiesta de mis ojos niños!
 ¡Mi Nochebuena del aire!
 Aire que el aire me lleva,
 aire que me lleva al aire.

A SOLAS CON MI ALMA

Hoy me siento otro hombre. Me parece
 que yo he cambiado y no ha cambiado nada:
 el árbol sigue allí, bajo las aves,
 y a horcajadas el puente sobre el agua.
 Hoy es un día, un miércoles cualquiera,

un día más de viento por las parvas,
de sol doblado contra el horizonte,
de estar solo a solas con mi alma.
Hoy sí que siento a Dios. Me va subiendo
por el pecho una ola de esperanza,
que sube de los labios a la frente
y de la frente a las estrellas altas.
¡Otro día perdido!... La conciencia,
con su voz de metal, me lo gritaba.
Con esto de soñar, como yo digo,
tengo en la tierra, a medio hacer, mi casa.
Pero hoy no sueño. (O sí.) Me va creciendo
por el pecho la limpia del alba.
Creerse junto a Dios ¿no es ya bastante
para justificar una jornada?

VILLANCICO TRISTE POR LO QUE OCURRIÓ AQUELLA NOCHE

Parece un contrasentido,
pero hay quien muere a la misma
hora en la que otro ha nacido.
Juntos el gozo y la pena.
Tenía que suceder
la noche de Nochebuena.
«Mi vida entera daría,
Niño, por poderte ver».
Esto dicen que decía
un hombre que se moría
aquella noche en Belén.

CARLOS MURCIANO

Nació en Arcos de la Frontera (Cádiz) en 1931. Obra poética: *El alma repartida* (1954), *Viento en la carne* (Accésit al Premio Adonais 1955), *Poemas tristes a Madia* (1956), *Angeles de siempre* (1958), *Cuando da el corazón la media noche* (1958), *Tiempo de ceniza* (1961), *Desde la carne al alma* (1963), *Un día más o menos* (Premio Ciudad de Barcelona 1962), *La noche que no se duerme* (1964), *Los años y las sombras* (Premio Ausias March 1965), *Estas cartas que escribo* (1966), *Libro de epitafios* (Premio Boscán 1967), *El mar* (Premio Virgen del Carmen 1968), *Breviario* (1969), *Veinticinco sonetos* (1970) y *Este claro silencio* (Premio Nacional de Literatura 1970).

TODAVIA

Cuando dicten sentencia las hormigas
sobre mi corazón, yo estaré lejos:
a un año-sombra (o luz) de los espejos,
cerca del ecuador de las ortigas.

Ajeno de reclamos y de ligas,
como van al poniente los vencejos,
volaré al fin, mientras mi huesos viejos
pugnarán por alzarse en las espigas.

Pero esto será ayer, digo mañana,
y todavía es mucho todavía
para que pueda un hombre esperanzarse.

Haz sonar en el patio la campana,
forma en dos filas la melancolía:
que va Dios a explicarnos y a explicarse.

8 DE DICIEMBRE

Sobre la mesa están el agua, el vino,
los cubiertos, el pan, la loza nueva.
Hoy ha salido el sol y, en tanto funde
la mucha nieve—sucia ya—de ayer,
acaricia el blancor de los manteles

y arranca chispas del cristal. Llegamos ante la mesa familiar y, mudos, vamos tomando asiento: cinco seres de Dios, en esta casa que ahora empieza a conocernos y a ser nuestra—un hombre, una mujer, tres hijos—, silenciosamente, vamos cumpliendo un viejo rito, uniendo nuestros claros eslabones a la cadena del vivir. Aroma la hierbabuena, cuando voy sirviendo, humeante, la sopa. Tomo luego un pedazo de pan y, mientras gozo repartiéndolo, digo: «Dios, bendice este techo, esta mesa, este alimento, este poco de lumbre y este mucho de amor». Y es una música celeste el leve son que inician las cucharas.

22 DE MARZO

Hasta mañana, Dios, si el tiempo quiere.

Y el tiempo quiso, Dios. Y Dios—el tiempo—quiso. Miradlo aquí. Mañana ha sido. Miradlo aquí, en mi mano, como un fruto redondo, dulce y duro, preparado para los labios y la dentellada. Fruto que muerdo y cuyo amargo zumo a vida nueva sabe, a reencontrado paraíso (celeste alfombra o musgo donde la cicindela se agiganta y hace su luz tan grande como el sueño). Mañana es hoy. El tiempo lo ha querido. Dios lo ha querido. De cualquier palabra entonces dicha, un fleco oscuro pende, volviéndola de sombra y confundiéndola con todo lo que fue y hoy sigue siendo, en un rincón de la memoria, espuela para la cabalgada decisiva; de cualquier agua entonces acercada

a nuestra sed, queda un brutal deseo de estar bebiendo siempre su milagro; de cualquier almohada o tronco o piedra donde nuestra cabeza reposara, cuelga, como verdín, un turbio insomnio de ojos abiertos siempre y anhelantes. Ayer, larga antevíspera, descubre, quebrada ya su poderosa cáscara, la triste almendra, la letal semilla. Pero Dios—nunca el tiempo—. Dios, Dios, Dios quiso, al fin, ser mañana. Abrió la puerta y, vencedora, el alba entró a raudales. Un día más o menos ya no importa si dentro está la luz para cerrarla.

LA PUERTA

Yo soy la puerta (Jn 10,9).

Dice la voz: «Abre la puerta». Digo: «Soy yo la puerta y cierro con candado». «¡Llaves, aquí!—dice la voz—, al lado de este muro sin hueco ni postigo».

Rueda en lluvia la noche. Digo: «Amigo, ni hueco ni postigo mi costado tiene, pero la puerta la he cerrado a piedra y lodo y no abriré». «Te sigo—dice la voz—desde hace siglos; puedes olvidarte de mí, pero aquí estoy hasta que se derrumben tus paredes».

«Yo no soy quien tú buscas—digo—; voy a enloquecer así. ¿Por qué no cedes, si yo no soy, ¡oh Dios!, si yo no soy?»

HABLANDO CLARO

Las cosas claras, Dios, las cosas claras. ¿Acaso te pedí que me nacieras, que de dos voluntades verdaderas, de barro y llanto, Dios, me levantarás?

¿Acaso te pedí que me dejaras
en mitad de la calle—en las aceras
se apiñaba la vida—, y que te fueras
y que con tu desdén me atropellaras?

Palabra que no sé por lo que pecho.
Palabra que procuro, mas en vano,
llenar tu hueco, rellenar mi hueco.

Pero soy nada más Carlos Murciano.
Ni hombre ni nada, Dios; sólo un muñeco
que se mueve en la palma de tu mano.

DIOS ENCONTRADO

Dios está aquí, sobre esta mesa mía
tan revuelta de sueños y papeles;
en esta vieja, azul fotografía
de Grindelwald cuajada de claveles.
Dios está aquí o allí: sobre la alfombra,
en el hueco sencillo de la almohada;
y lo grande es que apenas si me asombra
mirarle compartir mi madrugada.
Doy a la luz, y Dios se enciende; toco
la silla, y toco a Dios; mi diccionario
se abre de golpe en «Dios»; si callo un poco
oigo jugar a Dios en el armario.
Abro la puerta, y entra Dios—¡Si estaba
ya dentro!...—; cierro, y sale, mas se queda;
voy a lavar mi cara, y Dios se lava
también, y el agua vuélvese de seda.
Dios está aquí: lo palpo en mi bolsillo,
lo siento en mi reloj y, aunque me empeño,
ni me sorprendo ni me maravillo
de verle tan enorme y tan pequeño.
Me lo dobla el cristal, me lo devuelve
hecho yo mismo—Dios, perdón—su frío,
y no intento explicarme por qué envuelve
su cuerpo en este pobre traje mío.
Hoy he encontrado a Dios en esta estancia

alta y antigua donde vivo. Hacía
por salvar, escribiendo, la distancia
y se me desbordó en lo que escribía.
Y aquí sigue: tan cerca, que me quemó,
que me mojó las manos con su espuma;
tan cerca, que termino, porque temo
estarle haciendo daño con la pluma.

ANTONIO Y CARLOS MURCIANO

CORPUS CHRISTI

Todo fue así: tu voz, tu dulce aliento
sobre un trozo de pan que bendijiste,
que en humildad partiste y repartiste
haciendo despedida y testamento.

«Así mi cuerpo os doy por alimento...»
¡Qué prodigio de amor! Porque quisiste,
diste tu carne al pan y te nos diste,
Dios, en el trigo para sacramento.

Y te quedaste aquí, patena viva;
virgen alondra que le nace al alba
de vuelo siempre y sin cesar cautiva.

Hostia de nieve, nube, nardo, fuente;
gota de luna que ilumina y salva.
Y todo ocurrió así, sencillamente.

* * *

Sencillamente, como el ave cuando
inaugura, de un vuelo, la mañana;
sencillamente, como la fontana
canta en la roca, agua de luz manando;
sencillamente, como cuando ando,
como cuando Tú andabas la besana,
cuando calmabas sed samaritana,
cuando te nos morías perdonando.

Sencillamente. Hora de paz. ¡Qué leves
tus manos para el pan, para el amigo!
Cena de doce y Dios. Noche de Jueves.

Y era en Jerusalén la primavera.
Y era blanco milagro ya aquel trigo.
Sencillamente: «Este es mi cuerpo». Y era.

* * *

Que viene por la calle Dios, que viene
como de espuma o pluma o nieve ileasa;
tan azucenamente pisa y pesa
que sólo un soplo de aire le sostiene.

Otro milagro, ¿ves? El, que no tiene
ni tamaño ni límites, no cesa
nunca de recrearnos la sorpresa
y ahora en un aro de aire se contiene.

Se le rinde el romero y se arrodilla;
se le dobla la palma onduleante;
las torres en tropel, campaneando.

Dobla también y rinde tu rodilla,
hombre, que viene Cristo caminante
—poco de pan, copo de pan—pasando.

NICOLAS ORMAETXEA («ORIXE»)

Nació en Oreja (Guipúzcoa) en 1888, murió en Añorga (Guipúzcoa) en 1961. Obra original: *Barne muinetan* («En la intimidad del alma», 1934, poesías místicas), *Euskaldunak* («Los vascos», 1950, poema épico).

MIRAMAR 1954

Betieran sartzen ote naiz asia
tarteka bederen? Ez muga, ez aldi,
ez tarte laisterrik; betaren barnean
beti dan Arekin *bete* nago geldi.

BAT. Ala zakurra eizez dabillala,
isats-eraginka, ikara belarri;
baiñan oillagorra suma dula, kuzkur,
batera biltzen tu, lotuz gorputzari.
Buru ta biotza alde banatara
doazkit egunez, bi liran iduri;
gauaren mendean bat biurtzen dira
ezin bakanduaz: ordún naiz bat-bat ni.
Gauetzko pakean egin ez duenak
otoitza xortzeke, zer dan ote daki?
Gauak? Ixillak? Zerk ote nauka kuku?
Indar oro batuz zer ote naiz ari?
Egonean jardum, jardunean egon,
eraginik gabe norbaitek naragi.

BETA, Jainkoaren *beti*'ren antzera
noiz así, noiz buka, ezer ez dit neri.
Tarte onek ez du laisterrik; egonak
âztuazi dit noiz otoitza nun asi.
Ari naiz, ba nago. Betaren pakean
ez-axolik nago otoitza noiz utzi.
Xaguxar bat egan bekoki gaiñean...
lurrean nagola dioket igerri.
Murgiltzen naiz berriz beta paketsuan,

NICOLAS ORMAETXEA («ORIXE»)

Versión castellana de J. I. Goikoetxea.

MIRAMAR 1954

¿Habré empezado a entrar en la eternidad siquiera a ratos? No hay límite, ni tiempo, ni intervalo fugaz; dentro del tiempo estoy *lleno* y en reposo con Aquel que es siempre.

UNO. Así el perro que anda de caza, mueve el rabo y las orejas; pero, cuando rastrea la becada, se encoge y los recoge a la vez, pegándolos al cuerpo.

De día, cabeza y corazón, se me dispersan a un lado y a otro, como si fuesen dos; bajo el dominio de la noche, se vuelven uno, sin que puedan diseminarse: entonces soy yo uno.

¿Sabe lo que es oración quien no la ha hecho sin adormecerse en el sosiego de la noche? ¿Qué es lo que me retiene dentro?

¿La noche? ¿El silencio?

¿En qué me ocupo reuniendo todas mis fuerzas?

Obro en la quietud, guardo quietud en la acción; alguien me mueve sin impulsar. No me tiene cuidado cuándo empieza y cuándo acaba el TIEMPO, a semejanza de la eternidad de Dios.

Este intervalo no tiene velocidad: la quietud me ha hecho olvidar dónde y cuándo empieza la oración.

Obro y permanezco quieto. No me trae cuenta cuándo termina la oración.

Un murciélago vuela sobre mi frente... y me percató de que me hallo en la tierra.

Nuevamente me sumerjo en el sosegado tiempo, en quietud en la acción, actuando en la quietud.

jardunean egon, egonean ari.
 Katu elur-margo, marrakaz isatsa
 legunduz, atea zaiodan zabali,
 eizetik irten da; atzarriz berriro,
 lurrean nagola dioket igarri.
 Arraiak uraren axalean zenbait
 mamu atzemanka eiten baitu jauzi
 ura galdu gabe? Alaxe berriro
 arnasa galtzeke murgillik naiz geldí.

BETE. Utsarterik, aldarterik gabe
 ni bete; neronez ez xortu, ez ântzi.
 Baiñan utsa naiz ni; Jainkoak nau bete.
 Ark ez baitu bazterrik, nik ez dut bazterrik;
 ez baita mugitzen, enaiz ni mugitzen;
 oro naiz Arekin, oro dut nerekin.
 Miramar eipea! gaeuz bitan goxo.
 Agur!, baiñan emen barne zaitut beti.
 Noranai noala nerekin zaramat,
 ez baita neretzat utsik, ez tarterik.
 Gizaingeru diran Muyshondt'arrak oro
 emen barne ontan nigaz daramatzit.

BETI. Sar banendi *betian* zatika...
 oro bat dirade oso eta zati.
 Anima *betian* bizi zait; gorputzak
 ba du, zorigaitzez, aldarteen berri.
 Zeru goxo onek lureko minkaitza
 ez galtzen! Erria lur ontan atzerri!
 Bizi nadin, Jauna, naizaño, Zurekin,
 Zurekin biurtuz BAT, BETE ta BETI.

JAINKOAGAN BAT

Bil nadin barnera, mintzo bat entzuki,
 argi bat izetuz, biotza landuki.
 Leze-barne untan, zer dut ikusgarri?
 Bost aldiz nerera mintzo ozenak io du!;
 ni, berriz, etxetik urrun nabilazu!
 Ate-ioka norbait. Erantzuna... «Bego».

Un gato de color de nieve, dando maullidos y lisonjeando con su cola; viene de la caza; le abriré la puerta. Al despertar otra vez me percato de que estoy en la tierra. Como el pez, sin salirse del agua, salta para atrapar algunos insectos en la superficie, así yo quedo de nuevo sumergido sin perder el aliento.

LENO. Sin intervalos ni cambios me hallo lleno, sin aletargarme ni olvidarme de mí mismo; pero yo soy vacío, y es Dios quien me ha llenado. El no tiene límite, tampoco yo; El no se mueve, tampoco yo; estoy todo con El, todo El está conmigo. ¡Adiós, refugio de Miramar, doblemente grato de noche!; pero te guardo siempre dentro mí. Donde quiera que vaya, te llevo conmigo, porque no hay para mí vacío ni intervalo. Llevo aquí conmigo, dentro, a todos los Muyshondt, que son ángeles humanos.

SIEMPRE. ¡Si yo pudiese meterme por partes en la eternidad...!
 Todo es uno: el todo y las partes. Mi alma vive en la eternidad, pero mi cuerpo conoce, por desgracia, los cambios.
 ¡Este grato cielo no pierde el amargor de la tierra!
 ¡La patria es destierro en esta tierra!
 Señor, viva yo, mientras exista, contigo, convirtiéndome contigo en UNO, LLENO y ETERNO.

UNIDOS EN DIOS

Concéntrame en mi interior, a la voz de una llamada, encendiendo una lumbre y desbastando mi corazón. En esta profunda cueva, ¿qué se ofrece a mi contemplación?

Mil veces ha llamado a mi puerta la penetrante voz; pero yo vagaba lejos de mi casa. Llama alguien a mi puerta. Mi respuesta es: «Luego».

Iparra geldi da, legun dator ego,
 egatsetan dakar maitetasun bero.
 Aren mintzoari muzinik nork egin?
 Bide zoroak utz, etxera sar nadin.

Etxera sar eta zoko denak ilun,
 begi-lauso au noiz enegandik urrun?
 Egun zoroaren aztarnak itzali,
 Deitzaile maitea, Zu zaitut iguzki.

Ba dakust enegan izkutu ondarra:
 barnean bizi dut Irutan Bakarra.
 Berak bizi nau ni, Beronek naragi;
 barne-muin unetan Berau bekit argi.

Nigan ari duzu, Aitak sor Semea,
 ta alkar maitatuki Biongandik duzu
 As Gurena. Iesus! Nire lo betea!
 Ernal-iturria nigan daukadala
 Jainkoaz ain antzu. Nondik naiz ibili?...
 Aunitz esker! Iaunak egin baitit argi.

Ez zadan argi au nik itzal, ez ere
 edozein mintzoari ta argiri iaramon:
 emen daukat oro; etxe barnen nagon.

Ha cesado el cierzo, y sopla caricioso el mediodía;
 en sus alas trae fervoroso amor.
 ¿Quién será esquivo a su llamamiento?
 Deje yo mis desvariados caminos y penetre en mi casa.

Penetro en ella y hallo oscuros todos sus escondrijos.
 ¿Cuándo me despojaré de la alucinación de mis ojos?
 Tú, amado que me llamaste, borra las huellas que en
 mí dejó
 aquel insensato día. Tú eres mi único sol.

Ya percibo dentro de mí un profundo misterio:
 dentro de mí vive el que es Trino y Uno.
 El es quien me da la vida; El es quien me está impul-
 sando.

El sea mi luz en lo más recóndito de mi interior.
 En mí está obrando: el Padre engendra al Hijo,
 y de ambos, amándose mutuamente,
 procede el Espíritu Santo.
 ¡Dios mío! ¡Y qué letargo el mío!

¡Teniendo en mí al que es la fuente de la fecundidad,
 estar yo tan estéril de Dios!
 ¿Por dónde he andado?
 Mil gracias, porque el Señor me ha iluminado.

No apague yo esta lumbre;
 no dé oídos a cualquiera voz,
 ni guíe mis ojos otra luz. Aquí lo tengo todo.
 Estéme yo en lo interior de mi casa.

JAIME DE KEREXETA

Nació en Elorrio (Vizcaya) en 1918. Miembro correspondiente de la Academia de la Lengua Vasca. Es autor de una veintena de obras, entre las que destacan: *Orbelak*, *Bitargi*, *Evangelios concordados*, *Misal diario*, *Evangelios*, *El Nuevo Testamento*, *Los Salmos*, *Diccionario onomástico y heráldico vasco* (4 vols.), *Evangelios* (bilingüe), *Historia Sagrada*, etc.

BIOTZA JAUNAGAN

Itxirristuan, eztabaidan,
biotzeko atea;
aizeak ez dautso emon nai
bear dauan bakea.

Zabaldu ta itxi aizeak
nire ate gaiso au:
zartadaka erdi-etenda,
ia Erio'k jo dau.

Burruka luzea darabilt,
gogor arerioa,
kemena guztiz kikilduta,
zauriz josita noa.

Bakar-bakarrik aurkitzen naz,
orain ez dot lagunik:
iges egin dauste guztiak
etsaiak izan ezik.

«Ta, zer egin?», diraust buruak.
Biotza eztabaidan.
Itxi dagiodan atea,
sar nadin nire baitan.

Ixi, aize!, urrun zakidaz,
amaitu dozu lana;
nire bakartade onetan
ba-dot bear dodana.

JAIME DE KEREXETA

Versión castellana revisada por Luis Castresana.

MI CORAZON EN EL SEÑOR

Entreabierta, dudando,
la puerta de mi corazón;
el viento no le quiere dar
la paz que necesita.

El viento cierra y abre a su placer
esta pobre puerta:
se halla medio deshecha a bandazos,
casi se la ha arrancado la Muerte.

Ando en larga pelea,
arrecia fuerte el enemigo,
mi fuerza vital está anonadada,
voy cosido de heridas.

Me encuentro completamente solo,
ahora no tengo compañero alguno:
todos se han alejado de mí,
a no ser los enemigos.

«Y ¿qué hacer?», me dice la mente.
Mi corazón duda.
Ciérrele yo la puerta,
concéntrame en mi interior.

¡Enmudece, viento!; vete lejos de mí,
has cumplido tu trabajo;
en esta mi soledad
ya poseo lo que necesito.

Irutan Bakar zaran Ori,
Zeu zaitut Maitasuna,
Biztuera, Argi, Bizia,
benetako Ondasuna.

Zeugan dot, Jainko, uste ona,
Zeu zaitut laguntzaille;
nire aterpe Zeu izanik,
neu naz beti garaille!

JUAN MARIA LEQUONA

Nació en Oyarzun (Guipúzcoa) en 1927. Obras: *Mindura gaur* («Sufrimiento hoy», 1966), *Muga beroak* («Fronteras ardientes», 1972). Seleccionamos un extenso poema de 1966, en versión castellana de Angel Lertxundi.

JAINKOA IL DA

Jainkoa il da biotz askotan.
Illeta-otsa senti det nunnai.
Tenplu santuan ere bai—.
Batzuek azkena eman diote
bortxazko eriotzaz.
Besteek, berriz, aantzi dute
ardurik-ezako otzaz.
Egiatz degu ostiral santu:
barru askotan ezur-mendia;
Kalbarioko etena,
Jaungoikoaren azkena.
Jainkoa il da biotz askotan,
ba-danik ere oroitu gabe
bizi diran askorentzat,
batez ere gaizkilleentzat...
Oien jokerak adierazten du:
mundua ez da ñoren biotz,
mundua ez da ñoren itza,
ez da ñoren ardatzez eio
gure bizitza...
Ertzaz aruntzik

El que eres Trino y Uno,
Tú eres mi Amor,
Resurrección, Luz, Vida,
el verdadero Tesoro.

En Ti espero, Dios mío;
Tú eres mi protector:
teniéndote a Ti por cobijo,
jyo soy siempre el triunfador!

JUAN MARIA LEQUONA

Versión castellana de Angel Lertxundi.

DIOS HA MUERTO

Dios ha muerto en muchos corazones.
Su *requiem* se escucha en todas partes,
y también en las iglesias.
Ha muerto en muchos corazones,
vencido por la fuerza,
olvidado de quienes dicen creer en El.
Hoy es viernes santo,
y nuestros corazones
son un calvario donde Dios ha muerto.
Ha muerto
para quienes nacieron
con la intención de morir solos
(obran en consecuencia).
Para quienes nacieron
para obrar el mal.
Gritan que el mundo no tiene dueño,
que es palabra vacía de significado,
tejido en una rueda rota.
El mundo se cierra al sol,
sin más frontera que la suya,

ez duan mundu itxia:
 eguzki-pean erabaki oi
 txarra ta onaren auzia,
 zigorra eta saria.
 Aita gabeko mundu umezurtz,
 mundu itxia.

Jainkoa il dute erri askotan
 bera dalako
 jakin-ezaren tapaki,
 gizon nagien osaki,
 kalte emateko aitzaki,
 lokartutzeko opio.
 Bestalde, berriz,
 nola diteke ainbeste negar
 Jainkorik ba-da?
 Nundik gerrate, eriotz astun,
 on izateko ainbeste traba
 Jainkorik ba-da?
 Aberatsen maikide omen...
 (Birau zakar au barkatu)
 Baiñan askotan (gurea da errua)
 ori ez al-da gertatu?

Jainkoa il dute aurrerapenak,
 biotz-sentipenak,
 mindura zuzenak...
 Bedeinkatzen ditut denak!
 Il bitez betiko
 ilkor ziran eranspenak.
 Ez dan gauzarik ez dezala adieraz
 Jainkoaren izenak!

«Jainkoa il da» diotenekin bear det mintza
 alkarrizketa batean,
 arrixku artean;
 maitasun berak ortaritzen nau
 ongi-nai betean.
 Bizitz berri bat sortzera doa.
 T'egun sentian,
 nai nuke nigandik irten,

evitando que Dios dilucide.
 Un mundo sin Padre,
 un mundo sin herencia.

Muchos pueblos han matado al dios
 tapadera de la ignorancia,
 de la pereza;
 pretexto para hacer el mal,
 opio de quienes se acuestan cansados;
 al Dios que hace llorar
 en las guerras con la llanura muerta,
 al Dios que hace que el infierno
 sean los otros,
 y que se sienta a la mesa con los ricos.
 Perdonadme esta blasfemia;
 pero tal es el rostro de Dios
 que—por culpa nuestra—
 hemos ido desvelando.

Al Dios que deja la llanura muerta
 le han matado el progreso,
 los sentimientos profundos,
 los que sufren por la justicia.
 Doy por bien arrancadas
 las adherencias de lo temporal, de lo caduco.
 No puedo aceptar que el nombre de Dios
 me evoque su negación más rotunda.

He de hablar con quienes dicen: «Dios ha muerto»,
 ellos y yo,
 en la llanura muerta,
 porque el amor me quema las ganas
 de cerrar los ojos.
 Y la llanura nace la vida.
 En el amanecer,
 quiero salir de mí mismo:

ñoiz galdezka,
 ñoiz azalduz sinismen-kezka,
 sagaratua nun arki,
 korapilloa nun eten...
 Gaurko giroko abots zabalak
 au esaten dit:
 «Sagaratuaren leku,
 ez aldare aurean,
 baizikan munduan dezu;
 or, gizartean,
 beartsu artean,
 ori ta zuri, beltzen tartean,
 berdin izateko arrazek dagiten
 barruka latzean.
 Urietako giza-pilloen amets berritan,
 edertilarien biotzkada argitan...
 Au da Jainkoa arkitzea:
 gizarte-uretan murgiltzea».
 Leial izan nai det
 pentsamen auekin.
 Leenago ere Jainkozalea,
 lagun-urkoa maite-ezean,
 gezurti zala ba-nekin.
 Bestea baldin ba-da
 egille baten sorkera argi,
 nere burua detan añaen estimagarri,
 bide-urrats jakiña det: maitasuna.
 Au ez duanak, zail izango du
 Jainko-zentzuna.

Baiñan nerea esan dezadan.
 Aitor biziro
 sinistun baten samiña:
 Jainkoaz ziur biziki eta
 Jainko susmoak izaki eta
 ezer azaldu eziña.
 Aitortzen det: pentsatzeak
 gu bakarrikan gaudela egian,
 Jainko-egian,
 pentsatu utsak lotsa ematen dit;

salir preguntando,
 salir confiando mis dudas.
 Es el amanecer en pos de lo sagrado,
 que quiere desatar el nudo
 de unas palabras necesarias:
 «El lugar de lo sagrado
 está en el mundo,
 no ante el altar.
 Entre las dudas
 —hombres atados—
 en los pobres,
 en las luchas de las razas,
 en los pueblos que aspiran a la igualdad
 y son engañados.
 En los nuevos sueños de las ciudades,
 en las intuiciones de aquel artista.
 Porque encontrar a Dios
 supone bucear
 en el inmenso mar de los humanos».
 La lealtad me exige
 confesar las mentiras que, en nombre de Dios,
 decimos tantas veces.
 Y el hombre,
 imagen viva de Dios,
 dignidad y ofrenda,
 me señala la ruta:
 Ama
 y háblame de Dios.

Abiertas las ventanas,
 ofrezco al viento
 mis sufrimientos de creyente.
 Tengo vivencias de Alguien.
 Intuyo su realidad.
 Pero no puedo comunicar lo que presiento.
 Sufro al decirlo;
 pero me avergüenza pensar
 que sólo nosotros le poseemos.
 Preferiría callarme.

jardun gogorik ez det inñundik;
 ixildutzea naiago det nik...
 Zenbat eta ziurrago
 Jainkoaz senti,
 ainbat eta umillago
 jardun bear beti.
 Sinisgabeko lagun-urkoak,
 geienak ditut jantziagoak,
 giza-legean osoagoak,
 jakintsuago, obeagoak...
 Au da neregan misterioa:
 Jainkoa bera doaia detela,
 bizi-lagun bat nigan bezela.
 Nere utsean maite nauela;
 maite, jakiteko eran.
 Baiñan bizi naiz minberan
 naizen ontziaz,
 nere «izan» ta «egin» guziaz;
 edozertako lur-ontzi,
 makurkeri ta eskastasunak
 ezin utzi!

Asiko ba-nintz emen esaten
 senti ez detan gauzikan,
 konzeptu soillak baizikan,
 neri ez sinista:
 tupiki ots-joa
 besterik ez naiz ta.
 Ez ba-dezu ikusten nigan maitasunik,
 nigan ez ba-da agertzen pozarik,
 pakerik,

espirituzko fruiturik,
 ez nauzu egiaz
 pikondo uts bat besterik...
 Jainkoa il da biotz askotan.
 Nigan ote du arrixku?
 Auzi garratz au ez leike egon
 edozerkerien esku.
 Gaur eguneko bidegurutzak
 esperantza baizik ez du.

La misma adhesión a Dios
 me obliga a proceder con humildad.
 Veo a mis hermanos que no creen en El,
 más dotados,
 más hombres,
 mejores que yo...
 Yo he tropezado con mi misterio:
 Dios es mi don,
 pone en mí su morada,
 me ama en mi nada.
 Y me consta
 hasta el extremo de no poder negarlo.
 Es mi sufrimiento.
 Me duelen mi ser y mis obras.
 Mi vasija sucia de barro.

Y si yo, hablando de Dios,
 dijera cosas que no siento
 —conceptos, conceptos—,
 no me creáis,
 porque soy campana que retiñe.

Y si no os manifiesto alegría en la paz,
 ni os ofrezco los frutos del espíritu,
 significa que ha muerto
 una higuera estéril.
 Dios ha muerto en muchos corazones.
 ¿Correrá en mí el mismo riesgo?
 Comprendo que esta amarga cuestión
 será la esperanza la que dilucide.

Pienso en la muerte de Dios en el Calvario:
 muere en Dios lo que de hombre había asumido,
 eterna purificación a flor de tiempo.

Jainkoa il zan Kalbarioan...
 Zer da il zana?
 Gizakuntz legez ilkorra zana.
 Jainkoa il da biotz askotan.

Baiñan sinismendunentzat,
 iñoiz ba-da ta, gaur ez leike eman
 Jainkoa iltzat.
 Sagaratuen eriotz trazan
 gal-zorian degu, orra,
 giza-eranskun ilkorra...
 Mundu berriko atarikoan
 ba-dakust eguna
 beste aitormen bat emango deguna.
 Beste Jainko bat Jainkoagoa,
 beste gizon bat gizonagoa...
 Ostiral santu ondoren,
 ikus goiz-argiz Kalbarioan,
 leen zapi beltzez zegon muiñoan,
 pazku-egun, udaberri,
 Jainkoa Jainko nai dutenentzat
 pozgarri;
 mundu muiñean argituago
 Jainko berri!

XABIER AZURMENDI

Nació en Cegama (Guipúzcoa) en 1934. Premio Agora de poesía vasca (1970). Recientemente incorporado a la poesía, ha publicado su obra premiada *Izatearen Malura* («Desgracia de la existencia», 1971). Versión castellana de Joseba Intxausti.

TXISTU BALASTA

Txistu balasta naiz ni norbaitek
 bide alboan botea.
 Nundik natorren, nora nijoan
 sekula jakin gabea.
 Izatearen bakardadean
 au! nekea.

Txistu balasta

Para los hombres de fe
 nunca estuvo Dios más vivo que hoy.
 Y en el umbral de un mundo nuevo
 —el nuestro—
 amanece el día
 en que seremos
 testimonio nuevo de lo sagrado.

Será otro Dios más Dios,
 será otro hombre más hombre.
 Después de un viernes santo
 en nuestro calvario desaparecerán
 los crespones negros,
 y la pascua alegrará a cuantos deseen
 que Dios sea Dios.

Las entrañas de la tierra exultarán,
 porque vuelven a sentir al Dios de siempre.

XABIER AZURMENDI

Versión castellana de Joseba Intxausti.

CUAL ESPUMARAJO

Soy cual espumarajo
 arrojado a la vera del camino.
 De dónde venga, a dónde me encamine,
 jamás lo supe.
 Qué pesadumbre
 bajo la soledad de la existencia.

Piñu zomorro grixak bezela
 egunak doaz narraska.
 Legortzen noa, bide alboan
 jausi zan txistu balasta.
 Denborearen uztarripean
 ai! au nazka.
 Agortu naute, bide alboan,
 deseginik nago dana.
 Garraxi dagi agoniatik
 preso jar zuten bolkanak.
 Besterikan zer egin lezake
 or datzanak.
 Dana zait nazka
 beltz ta zuria.
 Illargi gorri
 aize, euria.
 Nazka bolkanaren
 su agonia.
 Nork senti lezaken
 Jainko zauria!

MAITEMINDUEN

Maiteminduen
 espasmoaren antzera
 segundo bitan
 noa iltzera.
 Erlojuak ezin du
 egin atzera.
 Dar-dar
 ikara bat,
 sabel ustua.
 Bildurrez
 garraxika.
 Eta diote
 Jainkoa il zala...
 Emen bakarrik gizona iltzen da.

Los días se arrastran
 como los grises gusanos del pinar.
 Me voy resecaando como esputo
 lanzado al borde del camino.
 ¡Ay!, qué náusea
 bajo el yugo del tiempo.
 Me han agotado, junto al camino;
 me han cuarteado en todo mi ser.
 El volcán que aprisionaron
 grita desde su agonía.
 Qué otra cosa podría hacer
 quien yaciera ahí.
 Todo se vuelve náusea
 negra y blanca.
 Luna roja,
 viento, lluvia.
 Nauseabunda
 la agonía ígnea del volcán.
 ¡Quién pudiera sentir
 la herida de Dios!

ENAMORADOS

Como el espasmo
 de los enamorados,
 voy a morir
 en dos segundos.
 El reloj no puede
 retroceder.
 Un trémulo
 temor,
 una entraña vaciada.
 Un clamor
 de temores.
 Y dicen
 que Dios murió...
 Aquí, tan sólo muere el hombre.

JOXE AZURMENDI

Nació en Cegama (Guipúzcoa) en 1941. Obra poética: *Hitz berdeak* («Verdes palabras», 1971), *Manifestu atzeratua* («Manifesto a destiempo», 1968).

OTOITZA

Gurutze apala,
bi egur alkartuk egina,
gizonon bi zorteen
zurezko imajina,
oren triste hilen
lekuko bakar ta jakina,
ezagun didazuna
nire ilusio birjina,
dakizuna nire pekatu-bide
antsikabe nahiz grina,
nire ames gaizto biren
deitura desberdina,
mila, mila desesperoen
gorroto irakina...

Gurutze apala,
gogo sarraski honen lekuko bakarra,
dakizuna neronek bezain ongi
nire saminen mina,
bi egur alkartuk egindako
gurutze apala,
gurutze zitala,
barneraino adoratua ta
zeruraino madarikatua,
sentitzen didazuna borondate biren
nahasmendu zikina,
ezin saiestuzko borrokaren
borrokatu ezina,
obligatzen nauen ez dakit
nungo eragina
errendatzen nire kemenak gaitzera

JOXE AZURMENDI

Versión castellana de Joseba Intxausti.

ORACION

Humilde cruz,
hecha de dos leños unidos,
imagen en madera
de los dos destinos del hombre,
conocida y solitaria testigo
de las horas tristes de los difuntos;
que me conoces tan bien
mi ilusión virgen,
que tanto sabes de mi camino de pecado
de poltronería o pasión;
que tanto sabes del reclamo desigual
de mis dos sueños malvados,
del odio hirviente
de las mil y una desesperanzas...

Humilde cruz,
única testigo de esta mente apuñalada,
que sabes mejor aún que yo
los dolores de mi dolor;
humilde cruz
hecha de dos leños abrazados;
torturante cruz,
adorada hasta la intimidación y
maldecida hasta el cielo,
que sientes mi sórdida confusión
de dos voluntades,
la imposible lucha
del combate insoslayable;
dura cruz, que ves este impulso mío
que me fuerza no sé desde dónde,
que abate mi fuerza hasta el mal

ta nire arima,
nire arima,
gurutze apala
ezagutzen duzuna errukiz
nire arima,
onhart zaidazu Aita Gure zail hau.

Aita Gurea...
Beti joan naiz bidetik
—ez lagunik,
ez argirik—
Beti joan naiz neuretik,
ez nadukan atsedenek.

Joan nintzan aurrerago
—ihesi guztiengandik,
neuregandik,
neure gabe, gabeago—
beti norako gabarik.

Beti,
ta gaur urrunegi nago
itzultzeko.

Eduki ez daukat nik
aita bat maiterik
maitatzeko
Aita Gurea...

Aldendu nintzan bidetik
aita hil zitzaidanetik.

(Aita Gurea!)

Geroz eta galtzenago
hamalaudun nintzanetik
ez dut eduki Jainkorik,
Jaungoiko on maitaturik,
urte haiek ezkerotik.
Madarikazioaren
erlijio sekta baizik.

Seme pekatuetatik
—gorrototik,

y mi alma,
mi alma;
humilde cruz,
que conoces con piedad
mi alma,
acepta este mi Padre nuestro penoso.

Padre nuestro...
Siempre he marchado por el camino
—sin compañero
ni luz—.
Siempre he marchado por el mío,
sin que me cupiera descanso.

Avancé más lejos
—fugitivo de todos,
de mí propio,
sin mí, y más sin mí—
siempre desbrujulado.

Siempre,
y heme aquí hoy demasiado lejos
para volver.

No tengo yo
un padre amado
que amar.

Padre nuestro...
Me alejé por el camino
desde que se me muriera el padre.

(¡Padre nuestro!)

Desde mis catorce años,
en lejanía creciente
desde aquellos años,
no he sentido a Dios,
Dios bueno y amado.
Tan sólo
religiosidad de anatema.

Desde mis pecados de hijo
—del odio,

destainutik—
 seme pekatuetatik
 dena dakizu segurik
 neuk baino zehazkiago.

Gurutze apal hortatik,
 —bi egurretan zintzilik—
 nauzulako maiteago.

Aita Gurea...

Hemen belaunikaturik,
 hemen damuz damuturik,
 hemen negarrez jarririk,
 eskatzen dizut luzaro
 zure Amaren medio,
 Amaren amoregatik,
 hilobi bat Zegamako,
 nun nire aita baitago,
 bedeinka zazula gaurtik
 bedeinka beti gehiago
 betiraundi betiraino.

Bedeinkazio hortatik
 irtengo dira santurik
 nire arima ta gogo
 ustelduak, berpizturik.

Gurutze apala,
 bi egur alkartuk egina,
 bizitzaren zuhaitz egur gordina,
 Jainkoaren adina
 ermo zagozala.

Aita gurea
 zeruetan zaudena,
 bedeinkatua bedi
 hildakoen izena...

del desprecio—,
 desde mis pecados de hijo
 tú lo sabes todo ciertamente
 más en detalle que yo mismo.

Porque más me amas
 desde esa cruz humilde
 —pendiente de dos leños—.

Padre nuestro...

Arrodillado aquí,
 pesaroso y dolorido aquí,
 entregado al llanto aquí,
 te pido largamente
 por tu Madre,
 por el amor de tu Madre,
 una tumba en Cegama,
 junto a mi padre;
 te pido que lo bendigas desde hoy,
 lo bendigas siempre más,
 por siempre, eternamente.

De esa bendición
 santos han de nacer;
 mi alma y espíritu,
 corrompidos, resucitarán.

Humilde cruz,
 hecha del abrazo de dos leños,
 cruda madera del árbol de la vida,
 que permaneces enhiesta
 tanto como Dios.

Padre nuestro,
 que en los cielos estás,
 santificado sea
 el nombre de los muertos...

BERBIZKUNDE

*Errukarriok: ez gero berpiztu
ta ez orain bizi, egingo duzute. (MINUTIUS FELIX.)*

Heriotza garratza da.
Baina ba dakit nik
zeini diodan sinistu.

Eta bidearen azkenean
zai daukadala
ba dakit.

Ez badakit ere
zer dateken zeruko
zorion betikoa...

Horregatik, negar samin honek
itxaropen lore garbi apal bat
bustitzen du.

RESURRECCION

*Desdichados: ni habéis de resucitar un día, y no
vivís siquiera acá abajo. (MINUCIO FELIX.)*

Acerba es la muerte.
Pero bien sé yo
a quién le he creído.

Y sé ya
que me espera
al término del sendero.

Aunque no sé
qué sea
la perenne felicidad del cielo...

Por eso, este llanto dolorido
humedece
una limpia, humilde flor de esperanza.